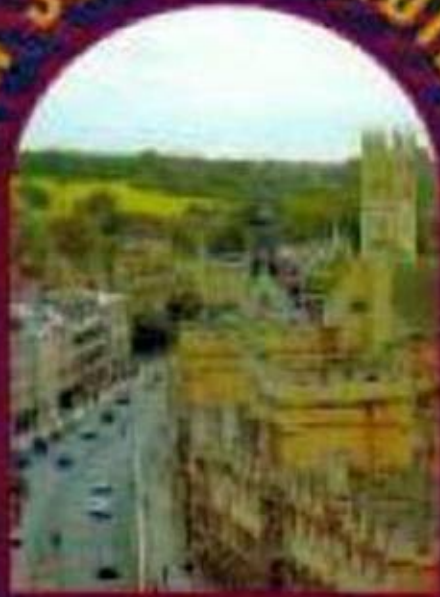




Jet

LA JOYA PERDIDA



COLIN DEXTER

© 2004 by Jet



ePUB

1

LA JOYA PERDIDA

INSPECTOR MORSE IX

COLIN DEXTER

2



Acerca del Autor

Colin Dexter (29 September 1930 – 21 March 2017)

Escritor inglés, Colin Dexter estudió en el Christ's College de Cambridge, trabajando posteriormente como profesor de Estudios Clásicos en varias escuelas. Debido a problemas de sordera, Dexter fue apartado de la enseñanza para ocupar un puesto administrativo en la Universidad de Oxford.

En lo literario, Dexter comenzó su carrera literaria en 1975 y es

3

conocido por su serie de novelas criminales, sobre todo aquellas protagonizadas por el Inspector Morse, un misántropo y excepcional

detective amante de la ópera, los crucigramas y el alcohol, y que dieron lugar a una famosa serie de televisión británica. El personaje de Morse fue recuperado más tarde en una nueva serie bajo el título de Endeavour, donde se relatan los inicios del inspector dentro de la policía de Oxford.

Ganador de varios premios Dagger, incluyendo la Daga de Diamantes, el premio a toda una carrera literaria. También habría que destacar la Orden del Imperio Británico, otorgada por sus servicios a la cultura.

Lecturalia

Wikipedia en inglés

*Para **Dorothy**, mi mujer*

4

Observó el dios con espíritu abatido el tesoro que yacía dentro del cofre y a aquel que, acercándose con paso silencioso, robó la joya que fuera nuestra.

LILIAN COOPER, 1904-1981

5

Resumen

Para Oxford, la llegada de veintisiete turistas norteamericanos no representa nada extraordinario... hasta encontrar a uno de ellos muerto

en la habitación 310 del Hotel Randolph. Parece un súbito (y trágico) accidente. Sólo el Inspector Principal Morse parece no pasar por alto el robo simultáneo de una antigüedad con una joya incrustada de la cartera de la víctima... Luego, dos días después, sacan un cadáver desnudo y magullado del río Cherwell. ¿Una coincidencia? Quizás. Pero esta vez Morse está decidido a probar la conexión.

6

PRIMERA PARTE

7

1

No es del todo imposible llegar a aburrirse en presencia de una amante.

STENDHAL

La botella de Brut Imperial Moët & Chandon etiqueta roja descansaba, ya vacía, sobre la mesilla de noche situada a la izquierda de la mujer; vacía como su copa de champán y como otra copa idéntica sobre la otra mesilla, situada junto al lado opuesto de la cama. Todo parecía vacío. Junto a ella, inmóvil y boca arriba, yacía con las manos entrelazadas tras la nuca un hombre delgado que rondaría el inicio de la cuarentena, apenas unos años más que ella. Tenía los ojos cerrados, y así los mantuvo cuando ella dobló su extremo del edredón floreado, se

incorporó rápidamente, introdujo los pies en unas zapatillas forradas de piel, se echó una bata de seda sobre un cuerpo dotado de pechos, estómago y muslos acaso demasiado maduros, y se aproximó a la ventana para atisbar entre las cortinas.

De haber consultado su *Diario de bolsillo*, editado por la Universidad de Oxford, habría advertido que la puesta de sol de aquel miércoles por la tarde de finales de octubre estaba prevista para las 16.50. La semana anterior habían retrasado la hora, y todo el mundo comentaba que cada día anocheceía antes. Siempre había tenido dificultades con los adelantos y los atrasos de la hora hasta aprenderse la sencilla regla mnemotécnica que había oído en radio Oxford: «quién pudiera adelantar la primavera y retrasar la llegada del otoño».

Aquello le había gustado. Pero en el exterior reinaba ya la oscuridad, bastante antes de tiempo, y la lluvia batía y repiqueteaba contra los cristales. El asfalto aparecía negro y reluciente, con una mancha de luz anaranjada por el reflejo de la farola situada al otro lado de la calle.

Cuando estudiaba primaria, un día la maestra les había pedido

8

que hicieran un dibujo en el que apareciera el Támesis, y todos los niños y niñas habían pintado el río de color azul. Excepto ella. Al verlo, la profesora había interrumpido la clase (a medias, por así decirlo) para

afirmar que Sheila era la única de todos ellos dotada de una innata perspectiva artística. ¿Por qué? Porque el Támesis puede mostrarse gris o blanco o marrón o verde o amarillo... de hecho, puede bajar de cualquier color distinto al de aquellos pequeños rectángulos de azul Oxford, azul Cambridge, azul cobalto y azul ultramarino con que los alumnos impregnaban sus pinceles. Por tanto, ¿serían todos tan amables de comenzar de nuevo, tratar de pintar los colores que veían y olvidarse de las postales y los atlas? Todos, claro está, menos Sheila, porque Sheila había pintado el agua negra.

Y ahora, bajo ella, la calle era de un negro reluciente...

Sí.

Todo parecía negro.

Sheila ciñó aún más el ligero batín en torno a su cuerpo y supo que el hombre ya estaba despierto, mirándola, pensando probablemente en su mujer... o en otra mujer cualquiera. ¿Por qué no le decía sencillamente que saliera de su cama y de su vida? ¿Acaso era cierto que le necesitaba más de lo que él la necesitaba a ella? No siempre había sido así.

Resultaba muy duro decirlo, pero lo dijo:

—Hasta hace poco éramos felices juntos, ¿verdad?

—¿Cómo dices? —la *ese* final restalló al contacto de la lengua con

los dientes.

Se volvió hacia él y le contempló, allí tendido, unidos su bigote y su perilla cuidadosamente recortada formando un círculo oscuro en

9

torno a su boca, una boca que a veces le resultaba demasiado pequeña, demasiado recatada y, sí, demasiado condenadamente engreída.

—¡Tengo que irme! —El hombre se incorporó bruscamente, sacó las piernas de la cama y cogió la camisa.

—¿Nos veremos mañana? —preguntó ella suavemente.

—Sería difícil evitarlo, ¿no te parece? —Hablaban con la meticulosa precisión de un antiguo pedagogo, articulando las eses con rotundidad. Y con un ceceo ocasional, también.

—Quiero decir... luego.

—¿Luego? ¡Impocible! Mañana por la tarde tenemos que dedicamos por entero a nuestros clientes norteamericanos, ¿no crees?

Como sabes, se trata de una ocasión zumamente importante.

Tendremos suerte si terminamos antes de las diez. Y luego...

—Luego tendrás que irte a casa, ya.

—¡Ya! Y sabes perfectamente bien por qué tendré que irme a casa. ¡A pesar de tus defectos no eres tonta!

Sheila asintió tristemente.

—Podrías venir antes de que empecemos.

—¡No!

—No pasaría nada por tomar una copa, ¿no? Reconfortarnos un poco antes de...

—¡No!

—Como quieras.

10

—Además, dejar el alcohol de a ratos se considera sano para el hígado y los órganos con él relacionados, ¿lo sabías? ¿Un par de días a la semana? ¿Crees que lo lograrías, Sheila?

Se había vestido apresuradamente y sus delgados dedos procedían ahora a anudar la corbata de lazo marrón y a proporcionarle su habitual y decadente caída. Ella, por su parte, no tenía más que decir. Se volvió de nuevo hacia la ventana, y no tardó en notar su mano en el hombro mientras depositaba maquinalmente un beso sobre su nuca. A continuación, escuchó el sonido de la puerta. Se sentía desdichada; observó el paraguas negro a medida que avanzaba por la calle. Por fin, apagó la lámpara de la mesilla, cogió la botella de champán y comenzó a descender por la escalera.

Necesitaba una copa.

El doctor Theodore Kemp avanzaba velozmente bajo la lluvia en

dirección a su casa, situada a pocos minutos de camino. Había decidido que poco o nada merecía la pena alargar su aventura con la apetitosa divorciada, que acababa de dejar. Se estaba convirtiendo en un problema. Admitió que muy bien podría ser culpa suya el hecho de que últimamente la mujer pareciera necesitar una ginebra doble antes de iniciar sus tareas cotidianas, que se tomara el asunto tan en serio, que le exigiera cada vez más tiempo, que se mostrara dispuesta a arriesgarse cada vez más en sus encuentros. Bien, pues él no pensaba hacerlo. Echaría de menos a la voluptuosa dama, por supuesto, pero lo cierto era que comenzaba a mostrarse demasiado rellena en sitios inadecuados.

Ginebra doble... papada doble.

Había perseguido cierta forma de amor no sujeta a los problemas de un compromiso. Y durante unos meses le había parecido hallarla con Sheila Williams. Pero se había acabado; ¡él, Theodore Kemp, lo

11

había decidido! Además, había otras mujeres. Una, especialmente, que no cesaba de agitar sinuosamente la cola en su pecera.

Atravesó la entrada vecinal que conducía a los apartamentos de Water Eaton Road a los que, tras el accidente, se habían mudado Marion y él dos años antes, sacudió a su paso el paraguas empapado y

se limpió meticulosamente en el felpudo los zapatos calados por el agua, preguntándose si se le habrían estropeado.

12

2

Se considera que, para la mejor cura de un vicio, es necesario estudiarlo, pero el estudio más eficaz se logra siempre mediante la práctica.

SAMUEL BUTLER

Aquella misma tarde, si bien mucho después, cuando los camareros ya procedían a cerrar la barra con una reja de hierro que bajaba del techo, John Ashenden permanecía sentado, solo, en el hotel University Arms de Cambridge, reflexionando acerca del día siguiente. El pronóstico del tiempo anunciaba ciertamente una mejora, y de ningún modo una Repetición del diluvio que hacía pocas horas se había abatido sobre el sur y este de Inglaterra, incluyendo, como hemos visto, la ciudad de Oxford.

—¿Alguna otra cosa antes de cerrar, señor?

Por lo general, Ashenden bebía cerveza de barril. Sin embargo, sabía que el modo más rápido para ver el mundo de color de rosa consistía en beber whisky; así pues, pidió otro Glenfiddich grande, solicitando al mismo tiempo que este nuevo toque de malta se añadiera

a la cuenta del recorrido por las ciudades históricas de Inglaterra.

Una mejora del tiempo sería de gran ayuda, sobretodo para mitigar las quejas de su actual grupo de norteamericanos: demasiado poco sol, demasiada comida, demasiada basura, demasiados madrugones, demasiadas caminatas (¡especialmente eso!).

Tampoco es que fueran excesivamente protestones en conjunto, a excepción, claro está, de *aquella* mujer. De hecho, pensó Ashenden, apenas lo eran en más de un grado o dos por encima de la media. Eran veintisiete. Casi todos de la costa Oeste, y la mayoría de California; en su mayoría entre sesenta y cinco y setenta y cinco años; ricos, casi sin

13

excepción, y todos miembros bastante típicos del sector de los *abcde*: alcohol, bridge, cigarrillos, detectives (novelas de) y ecología. Durante los primeros días del viaje había confiado en que «cultura» pudiera reemplazar la c de la serie, dado que desde que se había incorporado a las filas de los no fumadores comenzaba a experimentar náuseas cada vez que los veía encender un cigarrillo entre plato y plato. Pero no había habido suerte.

El chaparrón caído aquel día sobre Cambridge había obligado a cancelar los viajes a Grantchester y al Cementerio de Guerra Norteamericano de Madingley, y el cambio de programa no había sido

demasiado bien recibido, especialmente por las damas. Sí, y tampoco por el propio Ashenden. Se había elegido a sí mismo cicerone temporal, y le dolía la nuca de tanto señalar las glorias de la bóveda en abanico de King's. Por fin, había arrastrado sus pies doloridos por el museo Fitzwilliam para mostrarles algunos de los siempre populares cuadros prerrafaelistas.

—Existe una colección notablemente mejor en el Ashmolean, señor Ashenden. O, al menos, eso he leído. William Holman Hunt y... y Mill-ey.

—Mañana podrán ustedes juzgar por sí mismos, ¿no creen? —respondió Ashenden, sospechando que la agorera dama había olvidado (o quizá nunca había conocido) los nombres de pila de un pintor que había pronunciado de tal modo que rimaba con «carey». A Ashenden le había molestado tener que abonar a la compañía de autocares de Cambridge el precio íntegro de las excursiones no efectuadas aquel día, y aún más el hecho de haberse visto obligado a desperdiciar toda la tarde entreteniéndolo e ilustrando a sus ancianos clientes. Era (y lo sabía) un guía competente; sin embargo, durante los últimos años se había sentido incapaz de trabajar a gusto sin disfrutar de intervalos regulares de libertad a lo largo de sus interminables

jornadas. Había adoptado la política de conservar las tardes libres siempre que le era posible, pero nunca había explicado a nadie los motivos de su decisión...

En noviembre de 1974 se había desplazado a Cambridge para someterse al examen de admisión en lenguas modernas. Los resultados obtenidos en los exámenes de grado superior le habían hecho alimentar un razonable optimismo en su instituto, por lo que decidió quedarse durante un curso más —el séptimo— para probar suerte. Como bien sabía el joven John, su padre se habría considerado el hombre más orgulloso del condado de haber conseguido su hijo persuadir a los examinadores de su competencia lingüística. Pero el hijo en cuestión no había tenido éxito, y así lo reflejaba la carta depositada sobre su felpudo el día de Nochebuena: «21.12.74. Del decano del Christ's College, Cambridge. Querido señor Ashenden: Tras estudiar debidamente su petición, lamentamos no poder ofrecerle un puesto en este colegio. Comprendemos la decepción que ello podrá producirle, pero estamos seguros de que será consciente de la encarnizada competencia que existe para conseguir un puesto en... » Sin embargo, aquel breve período en Cambridge había traído consigo un importante Beneficio adicional. Había pasado dos noches en el colegio Christ's, compartiendo la estancia con un compañero de

estudios procedente de Trowbridge: un muchacho desgarrado y extraordinariamente culto que, además de intentar obtener una beca en clásicas, se mostraba ansioso por convertir a la universidad (¿o era el universo?) a las evidentes verdades de su propia rama de neomarxismo. En realidad, John había comprendido muy poco de todo aquello, pero súbitamente había sido consciente de encontrarse rodeado por un mundo de erudición, inteligencia, entusiasmo imaginativo y sensibilidad —en particular, sensibilidad— que nunca había conocido en su instituto de Leicester.

El último día que pasaron juntos, Jimmy Bowden, el trotskista de

15

Trowbridge, le había llevado a ver un programa sobre la edad de oro del cine francés, y esa misma tarde se enamoró de una sensual prostituta de voz ronca al verla cruzar sus piernas envueltas en seda y beber lentamente su absenta en una sórdida taberna. Como Jimmy había intentado explicarle durante las largas horas de charla que mantuvieron hasta altas horas de la madrugada, todo aquello tenía algo que ver con la «síntesis del estilo y la sexualidad»... y con levantarse a las seis de la mañana para vender *El Obrero Socialista* a las puertas de Mark & Spencer.

Pocos días después de que le fuera notificado el rechazo de su

petición, Ashenden había recibido una postal de Jimmy en la que se veía una fotografía en blanco y negro de la tumba de Marx en el cementerio de Hinghate: «Estos idiotas me han concedido una beca preferente... ¡a pesar de mi horrible prosa griega! Espero que a ti también te hayan llegado buenas noticias. Me agradó conocerte, y confío en que pasemos un buen curso juntos. Jimmy.»

Nunca había contestado a Jimmy. Y no fue sino por pura casualidad que, siete años más tarde, se encontrara durante uno de sus viajes por Oxford con un tipo que había conocido a Jimmy Bowden. Tras obtener el primer puesto en las dos partes del examen de clásicas de Cambridge, Jimmy había conseguido una beca juvenil de investigación para estudiar epigrafía etrusca en Oxford y, tres años más tarde, había muerto víctima de la enfermedad de Hodgkin. Tal y como se reveló, era huérfano, y su cuerpo fue enterrado en el cementerio Holywell de Oxford, entre numerosos insignes catedráticos ya fallecidos, apenas a seis metros de distancia (como luego supo Ashenden) de la tumba de Walter Pater. A pesar de su muerte, parte del legado de Jimmy sobrevivió, ya que John Ashenden permaneció suscrito durante años a diversas revistas especializadas en cine e impresas tanto en el Reino Unido como en el continente para aquellos que, como él, se habían convertido en fanáticos del séptimo arte. El

momento y lugar exactos en que había comenzado la degeneración del

16

mismo (si es que podía llamarse degeneración) era algo que John Ashenden no sabía con seguridad.

Nacido en 1952, John no había crecido bajo los represivos tabúes sexuales de la generación de su padre, y tan pronto como comenzó a trabajar y viajar (nada más abandonar el colegio) había descubierto que apenas experimentaba sensación alguna de culpa en satisfacer sus curiosidades sexuales por medio de visitas ocasionales a clubes de sauna, cines pornográficos o espectáculos eróticos. Gradualmente, sin embargo, tales experiencias comenzaron no sólo a satisfacer sino también a alimentar sus necesidades, por lo que fue convirtiéndose en un voyeur inveterado. Ya de tiempo atrás había sido frecuentemente informado por sus más experimentados colegas del oficio (todos ellos aparentemente inmunes a cualquier influencia corruptora) de que el problema de la pornografía era *lo aburrida* que era. Sin embargo, ¿era aquello cierto?

Desde sus inicios, la sórdida naturaleza de su vicio incipiente había pesado como una losa sobre él cada vez que, como un ciego, iba tanteando el camino en los mugrientos cines seguido por una voz de acento *cockney* que aún resonaba en sus oídos: «Esto sí que está bien,

¿eh, jefe? Nada de tonterías ni de manitas... ¡aquí, al grano!» Asimismo, le inquietaba el hecho de experimentar tanta excitación ante tan crudas escenas de fornicación, pero logró reforzar su autoestima diciéndose que casi todos los cines a los que acudía se encontraban repletos de personas probablemente tan corrientes como él. Igualmente, no tardó en comenzar a comprender algo de la «síntesis» que Jimmy había intentado explicarle... la síntesis de estilo y sexualidad, pues había personas que comprendían tales cosas, que celebraban reuniones en locales privados en los que el sumo sacerdote entonaba su glorioso introito: «¿Se conocen todos?» El hecho de haberse visto forzado aquella tarde a perderse semejante reunión de iniciados en Cambridge había resultado decepcionante. Muy decepcionante, en verdad.

17

Pero la próxima parada era Oxford...

3

—¡Vamos, Topo, vamos! —repuso la Rata alegremente sin dejar de avanzar.

—*¡Por favor, Ratilla!* —suplicó el pobre Topo, con el corazón angustiado—¡No lo entiendes! ¡Es mi hogar, mi viejo hogar! Acaba de llegarme su olor y está muy cerca de aquí, muy cerca. *Tengo* que ir a verlo.

KENNETH GRAHAME, *El viento en los sauces*

-¿Arksford? ¿Esto es *Arksford*?

Sentado en el asiento delantero del lujoso autocar, John

Ashenden desvió la mirada en dirección a la pequeña septuagenaria californiana:

—Sí, señora Roscoe, esto es Oxford.

Hablaba con tono de fatiga, mas sin resentimiento alguno. Hasta el momento, apenas una ínfima porción del recorrido por las ciudades históricas de Inglaterra (Londres-Cambridge-Oxford-Stratford-Bath-Winchester) había resultado satisfactoria para la erudita, ávida (¡insufrible!) señora Roscoe, completamente desprovista de sentido del humor. Sin embargo, observando el paisaje que desfilaba ante la ventana, Ashenden no podía por menos de comprender el disgusto de la dama. A duras penas podía el tramo este de la autopista A-40 considerarse como la aproximación más atractiva a la vieja ciudad universitaria. A medida que el autocar avanzaba lentamente en caravana con dirección al cruce de Headington, se divisaba una franja de hierba rala y sembrada de escombros, junto a una gasolinera chillona, que proporcionaba escaso encanto al paisaje.

18

Los componentes del grupo —dieciocho mujeres y nueve

hombres (entre ellos, tres matrimonios registrados como tales)— permanecieron arrellanados en sus asientos mientras el autocar rebasaba la señal de «centro ciudad» y aceleraba durante unos kilómetros a lo largo del inhóspito tramo norte de la circunvalación, en dirección a la intersección de Banbury Road.

Por algún motivo, Laura Stratton se mostraba inquieta. Tras cruzar de nuevo sus piernas, se frotó el pie izquierdo con la mano derecha. Tal y como habían acordado, Eddie se encargaría de firmar los impresos y el libro de visitas, identificar el equipaje y dar la propina al portero, mientras ella tomaba un baño caliente de hierbas y descansaba su fatigado cuerpo y sus exhaustos pies...

—¡Dios mío, Ed, me encuentro fatal!

—Tranquilízate, cariño. Todo saldrá bien. —Su voz era tan débil que hasta Laura tuvo dificultades en distinguir las palabras.

Eddie Stratton, de sesenta y seis años —cuatro más joven que su esposa—, depositó brevemente su mano sobre el pie izquierdo de ésta, que, enfundado en seda, mostraba las articulaciones de los dedos desfiguradas, tras largos años de cruel artritis, y las uñas pintadas de un atrevido tono carmesí.

—Estaré perfectamente, Ed, tan pronto consiga meterme en ese baño. —Una vez más, Laura invirtió el cruce de las piernas y comenzó

a frotarse el otro pie, que, al igual que su compañero, había disfrutado hasta hacía pocos días de los atentos cuidados del pedicuro más caro de Pasadena.

—Sí, claro. —Es posible que algún otro de los ocupantes del autocar, aparte de su propia esposa, llegara a advertir la débil sonrisa de Eddie Stratton en el momento de asentir, prestando énfasis a su afirmación.

19

Para entonces el autocar había enfilado Banbury Road, y Ashenden se apresuró a recitar sus comentarios, aprendidos de memoria:

—... y observen a cada lado de la carretera las alegres casas de ladrillo naranja construidas durante las dos últimas décadas del siglo diecinueve, cuando los catedráticos de la universidad... ¡Ahí! ¿Lo ven? ¿Han visto la fecha?... 1887...

Detrás de Ashenden se sentaba un hombre de setenta y pocos años, ingeniero civil de Los Ángeles ya retirado, que ahora procedía a estudiar la hilera de tiendas y oficinas de Summertown: bancos, constructoras, fruterías, peluquerías, agencias inmobiliarias, agencias de noticias, tiendas de licores... verdaderamente era como estar de vuelta en casa. Claro que, en realidad, pensó Howard Brown, *estaba de*

vuelta en casa— junto a él, Shirley Brown era la segunda esposa que había advertido una sonrisa en los labios de su marido, una sonrisa en este caso soñadora y satisfecha; al verla, experimentó un súbito remordimiento.

—¿Howard? —susurró—. ¡Howard! Me alegro... sabes, me alegro de que hayamos hecho este viaje. ¡Me alegro *de verdad!* —Apoyó su brazo derecho sobre el muslo izquierdo de su marido y lo oprimió suavemente—. Y siento haberme comportado anoche —susurró— como una zorrita desagradecida.

—Olvidalo, Shirl...

Howard Brown se sorprendió a sí mismo deseando que, al menos durante un rato, su esposa mantuviera su actitud hosca y malhumorada de costumbre. Con aquellos no infrecuentes estados de ánimo, solía proporcionarle la excusa que necesitaba para las tampoco infrecuentes infidelidades de pensamiento y obra, que jamás podría haberse permitido de haber ella mostrado tan sólo una cuarta parte del

20

afecto que recordaba de sus tiempos de noviazgo. Pero eso había sido en 1947 —cuarenta y tres años atrás—, mucho antes de que Shirley hubiera siquiera soñado en la posibilidad de comprobar su cuentakilómetros o escrutar los matasellos de su correo particular u

olfatearle con suspicacia a su regreso de la oficina.

—... y aquí —Ashenden se mostraba locuaz y en plena forma—

podemos comprobar la influencia de Ruskin sobre la arquitectura local de la época. ¿Ven?... ¡Ahí! ¡A la izquierda, miren! Rasgos neogóticos y pséudovenecianos... Y aquí, de nuevo a la izquierda, los jardines de Norham, tras los que se extienden los célebres parques universitarios. ¡Ahí! ¿Ven esas verjas de hierro? Los parques constituyen uno de los principales espacios abiertos de Oxford y, aún hoy, suelen cerrarse al público dependiendo del capricho de las autoridades universitarias... a no ser, claro está, que uno sepa cómo deslizarse al interior sin ser visto por los guardas de la entrada principal.

—¿Y cómo deslizarse de regreso al exterior, señor Ashenden?

Por una vez, la señora Roscoe logró que una de sus inevitables interrupciones fuera a la vez oportuna y humorística, y sus compañeros mostraron su aprobación riendo alegremente.

Howard Brown, sin embargo, no llegó a enterarse de la conversación. En aquel momento estiraba el cuello para observar a lo lejos la silueta del pabellón de los guardas y, al igual que el topo, percibía y olfateaba su antiguo hogar, lo que despertaba en su interior una añoranza adormecida durante largo tiempo. Notó cómo sus ojos se humedecían con lágrimas de nostalgia y, sonándose la nariz

ruidosamente, miró de soslayo a su mujer una vez más, observando con agrado que sus labios habían vuelto a curvarse en su habitual rictus de descontento. No sospechaba nada, de eso estaba casi seguro.

Al doblar el autocar hacia St. Giles', el cielo despejado bañaba con
21

una reluciente luz solar el pavimento color canela de la ancha avenida bordeada de árboles.

—Aquí estamos en St. Giles'. —Ashenden comenzaba a entusiasmarse—. Observen los plátanos que bordean el camino, iluminados por los hermosos reflejos dorados del otoño... Y allí, a la izquierda, St. John's College, tras el cual divisamos el Balliol. Aquí, frente a nosotros, el célebre Monumento a los Mártires, construido según las Cruces de Leonor de Eduardo I y diseñado por Gilbert Scott como homenaje a los grandes mártires protestantes, Cranmer, Latimer y... y...

—Nicholas Ridley —sugirió la señora Roscoe mientras el autocar torcía a la derecha en el semáforo para detenerse casi inmediatamente a la izquierda de la calle Beaumont, bajo la elevada fachada neogótica del hotel Randolph.

—¡Por fin! —exclamó Laura Stratton, como una prisionera a la que se comunica un indulto de última hora.

En retrospectiva, hubiera parecido una extraña coincidencia, aunque sin importancia, el hecho de que un hombre de mediana edad, alojado en un anodino edificio de apartamentos situado al comienzo de Banbury Road, hubiera estado contemplando el largo y lujoso autocar del grupo de Ashenden pasar frente a su ventana de cristales dobles del segundo piso a la caída de la tarde. En el interior, una aguja recientemente reemplazada se deslizaba por los gastados surcos del *Götterdämmerung* en versión de Furtwängler, pero, más que en la música, la mente del hombre se hallaba concentrada en el dolor casi físico que le producían los grasientos envoltorios arrojados por los devoradores de pescado y patatas fritas de la noche anterior durante su camino de regreso a casa desde el Pollo Barbacoa de Summertown.

4

22

Según alguien señaló severamente en 1926, se ha advertido en cierta ocasión la presencia de la cucaracha *Blatella Germanica* en la cocina del hotel Randolph.

JAN MORRIS, *Oxford*

Roy, conserje del hotel Randolph de cinco estrellas, era un individuo alegre y rubicundo de sesenta años. Llevaba de servicio desde el mediodía y, como siempre, había sido detalladamente

informado por el encargado de recepción del programa de llegadas previsto para la tarde, y, en especial, claro está, del autocar de turistas norteamericanos anunciado para las cuatro y media. A Roy, quien había entrado a trabajar en el hotel en 1945 en calidad de botones, le gustaban bastante los norteamericanos. Tampoco es que hubiera pensado nunca en volar a ese país en vacaciones, ni nada por el estilo, pero sí opinaba que, en general, los yanquis eran tipos agradables, amigables, comunicativos y generosos. A pesar de ser él mismo un patriota incorregible, había comenzado recientemente a poner en duda la proverbial superioridad de sus compatriotas, especialmente aquella noche del mes anterior cuando había regresado en el Euro-Ferry después de contemplar un decepcionante empate a cero entre Inglaterra y Holanda.

Aún faltaban cinco minutos para la hora cuando, desde su cubículo situado junto a la entrada principal, observó cómo el estilizado autocar se detenía lentamente junto a la blanca marquesina flanqueada por dos elegantes farolas, frente al principal hotel de Oxford. Unos segundos más tarde, ya había salido a recibirlo desde los escalones superiores de la puerta principal, ataviado con su uniforme azul de ribetes amarillos, sonriendo semibeatíficamente y listo para saludar a los recién llegados con el grado adecuado de esa cordialidad

que prometían las diversas páginas del folleto del hotel. Mientras aguardaba, las banderas —Gran Bretaña, Comunidad Europea, Estados Unidos— ondeaban levemente sobre su cabeza, agitadas por la brisa

23

vespertina. Roy disfrutaba con su trabajo: siempre lo había hecho, y en realidad rara vez se refería al mismo calificándolo como tal. Rara vez también surgían problemas en un establecimiento tan prudente y eficazmente organizado como el Randolph.

¿Salvo quizá alguna que otra?

Sí, alguna que otra.

Phil Aldrich, un pequeño y dollicocéfalo ciudadano de expresión triste, oriundo de California, abandonó su solitario asiento en la última fila del autocar para sentarse junto a la señora Roscoe; su capacidad auditiva ya no era la de antes, y quería enterarse de lo que ocurría. El director adjunto había subido personalmente al autocar para darles la bienvenida y anunciar que el té —o el café, para aquellos que lo prefieran— se serviría en la suite St. John's, situada en el primer piso; que todas las habitaciones se encontraban listas para ser ocupadas; que todos los servicios del hotel —desde el teléfono hasta los planchapantalones— se hallaban desde ese instante a disposición de sus clientes, y que, mientras se dirigía a ellos, su equipaje estaba siendo

descargado, contado, verificado y trasladado a las habitaciones correspondientes. Ahorrarían todos un tiempo considerable, añadió el director adjunto a modo de conclusión, si los presentes rellenaban los impresos de registro antes de abandonar el autocar.

A continuación, Ashenden distribuyó los impresos entre los viajeros, rodeado por los gestos de aprobación de aquellos que observaban que los apartados relativos a compañía, próximo destino, forma de pago, día de llegada y de partida y nacionalidad ya estaban rellenos. Los turistas sólo tenían que completarlos apartados de dirección personal, teléfono, número de pasaporte y firma.

Phil expresó su admiración sin reservas.

—¡Vaya! A esto llamo yo eficacia, Janet.

24

Por una vez, la señora Roscoe fue incapaz de identificar ningún fallo obvio en aquel proceso, por lo que pareció concentrar sus reflexiones en los peligros que les acechaban en el imprevisible futuro.

—Espero realmente que aquí la gente sea consciente de la enorme diferencia que hay entre ser vegetariana y lasvegasiana...

—¡Janet! Estamos en uno de los mejores hoteles del Reino Unido...

La voz de Ashenden interrumpió su conversación.

—¡Bien! Si son tan amables de... es la suite St. John y está en el primer piso, subiendo la escalera... Té o café se servirá enseguida. Sé que algunos preferirán instalarse primero o quizá asearse, así que... si quieren llevar sus impresos a recepción... justamente frente a ustedes según entran por la puerta principal... allí pueden firmarlos y les darán sus llaves... El ascensor de los huéspedes se encuentra situado a la derecha, en el pasillo...

—¡Querrás acabar de una vez! —bufó Laura para sí.

—Acudiré luego a sus habitaciones para asegurarme de que todo está a su...

Ashenden sabía lo que hacía. La experiencia le había enseñado que en cualquier hotel la primera hora era siempre la más crucial, ya que cualquier pequeño problema resuelto a tiempo podía representar la diferencia entre una estadía confortable y una angustiosa.

Felizmente, rara vez —por no decir ninguna— se había visto obligado a enfrentarse a quejas sobre cucarachas, ratones o repugnantes hábitos de los anteriores ocupantes de una habitación. Sin embargo, se hallaba ya familiarizado con una gran variedad de minucias que resultaban corrientes incluso en los mejores establecimientos: falta de jabón en las habitaciones, sólo dos tarritos de leche junto a la tetera eléctrica,

ausencia de instrucciones sobre cómo manejar un televisor sin mando, que aún no hubiera aparecido el equipaje...

Eddie Stratton se las había arreglado para colarse en segundo lugar en la fila de personas que esperaban sus llaves, y Laura le arrebató de la mano la que les correspondía, la 3 JO, antes de que hubiera terminado de completar la documentación.

—Ed, yo subo directamente a tomar un baño... No puedo esperar.

—De acuerdo, querida, pero deja la puerta abierta, ¿quieres?...

Sólo tenemos una llave. Yo tomaré una taza de té en la suite St. John.

—Muy bien. Dejaré la puerta abierta.

Y se marchó.

A medida que Laura avanzaba cojeando en dirección al ascensor, Eddie se volvió y su mirada se posó en los ojos de Shirley Brown. Durante unos segundos no pareció establecerse entre ellos comunicación alguna, pero por fin, tras dirigir una fugaz mirada a su esposo, Shirley Brown asintió casi imperceptiblemente y sus ojos sonrieron.

26

5

Todos los santos pueden hacer milagros, pero hay pocos capaces de llevar un hotel.

MARK TWAIN, *Notas*

-¡Por fin! —murmuró Laura Stratton por tercera y última vez, al tiempo que insertaba su llave y la hacía girar correctamente en la cerradura, en el sentido de las manecillas del reloj.

La habitación no daba al pasillo principal del tercer piso, pero una pequeña placa situada junto a unas puertas batientes, sobre las que había un cartel que rezaba SALIDA DE INCENDIOS le había indicado el camino que conducía a la 310. Tras cruzar dichas puertas, Laura había visto un nuevo corredor de apenas metro y medio de anchura, que discurría paralelamente al pasillo principal y a lo largo del cual, tras torcer a la izquierda, hubo de caminar aproximadamente cinco metros hasta alcanzar la puerta de la habitación, situada a la derecha. Más allá de la misma, el pasillo doblaba en ángulo recto y se detenía casi inmediatamente frente a una nueva salida de incendios, formada también por unas puertas batientes que, pensó Laura acertadamente, conducirían hasta la planta baja por las escaleras de servicio. No se le ocurrió que una persona pudiera hallarse oculta contra el muro, de modo que resultara invisible desde el estrecho pasillo que conducía a su habitación.

Ello en caso de que hubiera una persona que pudiera desear pasar de tal modo inadvertida...

Laura extrajo la llave de la cerradura y permitió que la puerta se cerrara —o casi— tras ella, cuidando de que el pestillo del cerrojo la mantuviera ligeramente entornada. Nada más entrar se topó con las dos grandes maletas de cuero negro que descansaban sobre el suelo y paseó la mirada para contemplar una habitación que se le antojó

27

verdaderamente agradable. A su derecha había una cama de matrimonio cubierta por un edredón verde pálido, junto a la que se alzaba un armario sin empotrar. Frente a ella, se abrían sobre el muro exterior tres ventanas ojivales cubiertas por cortinas que llegaban hasta el suelo. Frente a dichas ventanas, de derecha a izquierda, había una tetera eléctrica, un televisor, un pequeño tocador con espejo y una butaquita tapizada de rojo. Sus ágiles ojos recorrieron la escena sin pasar nada por alto, a excepción de una reproducción notablemente digna de la *Vista de Delft*, de Vermeer, colgada sobre la cama. En cierta ocasión, Laura y su primer marido habían tenido oportunidad de contemplar el original en el Mauritshuis de La Haya, y el guía había comentado que se trataba del cuadro favorito de Marcel Proust; curiosamente, sin embargo, Laura lo había encontrado decepcionante, y en los pocos minutos de vida que le quedaban no había de tener ocasión para reconsiderar su juicio.

Se acercó a una de las ventanas y contempló frente a ella un pórtico tetrástilo de columnas jónicas con una figura de Apolo que, con el brazo derecho en alto, permanecía sentada (con cierta precariedad, a juicio de Laura) en la cúspide del frontón inclinado. Entre las dos columnas centrales, aparecía suspendido un gran estandarte de color azul Oxford en el que se leía: *Museum Ashmoleanum apud Oxonienses*. Oh sí, Laura conocía bien el museo Ashmolean, y en las comisuras de sus labios —demasiado pintados— se dibujó un asomo de sonrisa mientras dejaba caer la cortina y giraba sobre sus talones en dirección a una puerta entreabierta situada a su izquierda, que conducía a un cuarto de baño de baldosas color champán. Sin decidirse aún a entrar, abrió un poco más la puerta: a la derecha, el váter; frente a ella, una bañera con las cortinas a medio correr, y a la izquierda un lavabo junto al que se veían varios toalleros de calor cargados de esponjosas toallas blancas.

Tanto de pequeña, cuando dormía con su hermana, como en la edad adulta, con ambos maridos, Laura siempre había ocupado el lado

28

izquierdo de las camas dobles, por lo que se sentó pesadamente en el costado más próximo a la puerta de entrada, depositó su bolso de cuero blanco sobre la mesilla de noche, bajo los diversos interruptores

de luz, radio y televisión, y se quitó los zapatos.

Se quitó los zapatos, por fin.

Cogió la tetera, la llenó de agua en el lavabo y la enchufó. A continuación entró de nuevo en el cuarto de baño, colocó el tapón de la bañera y abrió el grifo del agua caliente. Luego regresó a la habitación, cogió el cartel de no molestar, lo colgó del picaporte exterior y regresó al cuarto de baño para echar un puñado de rosadas sales de espuma en la bañera que iba llenándose lentamente.

Beryl Reeves había observado la solitaria llegada de una única persona a la habitación 310. A las 16.40 había pasado una última vez la mirada y el aspirador por el pasillo, sabiendo, a pesar de su limitada experiencia, que antes de que fuesen las cinco de la tarde y terminara su turno habría de responder a diversas preguntas de aquellos norteamericanos acerca de la ubicación de las (inexistentes) máquinas de hielo y las (fácilmente disponibles) bolsitas de café instantáneo.

Beryl procedía de Manchester. Su honesta y algo inocente actitud ante la vida y, especialmente, su acento, le habían procurado ya el afecto de numerosos de sus clientes del tercer piso. En conjunto, se mostraba como una empleada sumamente eficiente: puntual, simpática y meticulosa, a la vez que, como más tarde habría de descubrir el inspector Morse, una magnífica testigo.

Había sido exactamente a las 16.45 de aquella tarde —¿quién podría resultar más preciso?— cuando había mirado en el interior de la habitación 310, tras observar el cartel que colgaba del picaporte y preguntarse por qué se encontraba ligeramente entornada la puerta de la misma. Sin embargo, retrocedió al observar el vapor que emanaba del cuarto de baño. Sí, pensaba que habría advertido la presencia de un

29

bolso blanco de cuero si hubiera estado a la vista. Pero no había pasado más allá de la puerta ni había mirado en el rincón en que se encontraba la salida de incendios. Poco después había visto a un cliente norteamericano entrando en la habitación 308: un hombre de actitud amistosa le había dicho «¡Hola!». Sí, claro que le reconocería si le viera. De hecho, podía decir sin vacilación de quién se trataba: un tal señor Howard Brown, de California.

Justamente antes de las seis de la tarde, sonó el teléfono en el despacho del superintendente jefe Strange, de la comisaría de policía del valle del Támesis, Kidlington. El hombre escuchó con bastante paciencia —ya que no con entusiasmo— lo que le decía su colega, el inspector Bell de St. Aldate's, Oxford.

—Bueno, la verdad, Bell, no me parece que sea el caso más apropiado para Morse, pero si realmente anda usted escaso de gente...

No, según me ha dicho, intenta tomarse unos días libres; dice que nunca consigue completar sus permisos. En fin. Si descontáramos las horas que pasa en los pubs... ¿Qué? Sí, como le he dicho, si anda escaso de personal... Sí, de acuerdo. ¿Tiene su teléfono particular? Magnífico. Simplemente dígale que ha hablado ya conmigo. Aunque lo cierto es que suele gustarle contar con la compañía de Lewis... ¿Cómo? ¿Que Lewis ya está ahí? Bien. Insisto, dígale sencillamente que ha hablado conmigo. No habrá ningún problema.

30

6

En este mundo existen tareas peores que la de tomarle el pulso a una mujer.

LAURENCE STERNE, *Viaje sentimental*

-¿Ya está aquí, Lewis?

—Desde hace media hora, señor. Me llamó el superintendente.

En St. Aldate's andan cortos de gente...

—¡Y que lo diga!

—Ya he estado arriba.

—¿Algún problema?

—No... no estoy seguro, señor.

—Bien... «¡Adelante, Macduff!»

—Debería ser «¡Hiere, pues, Macduff!», señor. Al menos, nuestro profesor de inglés...

—Gracias, Lewis.

—Al ascensor se va por aquí...

—¿Al ascensor? ¡Ni que fuéramos a subir al Empire State Building!

—Son bastantes escaleras, señor —dijo Lewis con suavidad, sospechando, acertadamente, que su jefe atravesaba una de sus fases de ejercicio y forma física.

—Escuche, Lewis, no se preocupe tanto por mí. Si por algún

31

motivo el ascenso me resulta demasiado arduo, me detendré a intervalos para jadear, ¿de acuerdo?

Lewis asintió, feliz como siempre (o casi siempre) de poder trabajar una vez más con el cascarrabias de Morse.

Durante unos instantes, Morse permaneció frente a la puerta de la habitación 310 respirando pesadamente y contemplado el picaporte.

Alzó las cejas en dirección a Lewis.

—No, señor... sería perder el tiempo. Ya han entrado cuatro o cinco personas.

—¿Quién hay dentro ahora? —preguntó Morse en voz baja.

—Sólo el médico, Doc Swain... Hace años que es el médico del hotel.

—Imagino que también estará el cadáver, Lewis, ¿no es así?

—También el cadáver, señor.

—¿Quién más ha entrado?

—El director, el señor Gascoigne y el señor Stratton, esto es, el marido, señor. Fue uno de los que la encontraron. Me temo que está bastante afectado. Le pedí al señor Gascoigne que lo llevara a su despacho. —Lewis señaló vagamente en dirección a los pisos inferiores.

—¿Nadie más?

—Yo, claro.

Morse asintió, y casi sonrió.

32

La señora Laura Stratton aparecía pulcramente tendida en el costado más próximo de la cama de matrimonio. Lucía una bata de cuerpo entero color melocotón y poco más. Y estaba muerta. Morse echó un rápido vistazo a su rostro, tragó saliva y desvió la mirada. El doctor Swain, un tipo de aspecto fresco y juvenil (¿en los comienzos de la treintena?), se hallaba sentado al pequeño tocador, escribiendo. Volvió la cabeza y respondió a la pregunta que Morse aún

no le había dirigido.

—Ataque al corazón. Trombosis coronaria aguda.

—Gracias, doctor... ¿Swain?

—¿Y usted es...?

—Morse. Inspector jefe Morse.

Swain se puso en pie y tendió a Morse una hoja de papel con el encabezamiento «Departamento de Sanidad de Oxfordshire» y una lista de eminencias médicas impresa en la esquina superior derecha en la que Morse leyó (segundo por arriba): «M. C. Swain, MA, MB, BCH, MRCP, MRCGP.» Menuda retahíla de títulos académicos, pensó.

—¡Enhorabuena! —dijo Morse.

—¿Perdón?

—Dieciséis, ¿verdad? Dieciséis letras después de su nombre, y yo no tengo ni siquiera una después del mío.

—Bien... así son las cosas. Si no le importa, tengo que marcharme.

Ya tiene mi informe. Esta noche tenemos una cena de la Sociedad Médica Británica.

Morse rara vez había experimentado una antipatía tan súbita e

33

irracional por su prójimo, pero siempre hay excepciones, y una de ellas era el doctor M. C. Swain, MA, MB, BCH, MRCP, MRCGP.

—Lo siento, doctor, pero de momento nadie se marcha de aquí.

¿No sé si es consciente de que nos enfrentamos a algo más que un simple fallecimiento?

—Sí, me han dicho que ha sido robado un objeto valioso. Lo sé. Y le estoy diciendo que la causa de la muerte fue un ataque cardíaco.

Puede leerlo ahí. —Swain extendió el dedo índice en dirección a la hoja que acababa de entregarle.

—¿Opina usted que sucedió antes o después de que dicho objeto valioso desapareciera?

—No... no lo sé.

—¿Murió aquí, donde está ahora? ¿O sobre la cama?

—De hecho, murió en el suelo.

Morse adoptó una expresión que rozaba los límites de la credulidad.

—¿Quiere decir, doctor Swain, que la ha *movido*?

—Sí, en efecto.

—¿Ha oído hablar alguna vez de robo con asesinato?

—¡Por supuesto! Pero esto *no* ha sido un asesinato, sino un ataque...

—¿Realmente cree necesario obligarme a repetir las cosas tres veces?

—Yo no sabía nada del robo. De hecho, me he enterado hace cinco minutos... me lo ha dicho el director.

—Eso es cierto, señor —intervino Lewis para considerable fastidio de Morse.

—Ya, bien... Si el doctor tiene que acudir a una cena, Lewis (¡una cena de la Asociación Médica Británica!), ¿quiénes somos nosotros para retenerle? Sin embargo, imagino que tendremos que encontrar al hombre o la mujer responsable de esta... bueno... trombosis aguda, causada sin duda por la impresión que sufrió al descubrir la presencia de un ladrón arrebatándole sus objetos de valor. Buenas tardes, doctor. ¡Que disfrute de su cena! —Morse se volvió hacia Lewis—: Dígale a Max que acuda de inmediato, ¿quiere? Insista en que se trata de un caso urgente.

—Escuche, inspector... —comenzó Swain.

Pero Morse procedía ya a realizar una imitación razonablemente verosímil de un sordo que acababa de desconectar su audífono, y sostuvo en silencio la puerta de la habitación 310 mientras el desconcertado doctor era acompañado hasta el pasillo.

En el despacho del director, situado en la primera planta del Randolph, Morse se enteró por primera vez de los detalles de la

historia. Laura Stratton subió a la habitación con su llave poco después de las 16.40; anteriormente se había quejado de sufrir una considerable fatiga; tomó un baño, presumiblemente antes de colgar de su picaporte el cartel de NO MOLESTAR, y fue descubierta a las 17.20, al regresar su esposo, Eddie Stratton, de un paseo por Broad Street con la señora Shirley Brown, una de sus compañeras de excursión. Eddie se encontró cerrada la puerta de la 310 y, ante la imposibilidad de obtener respuesta del interior, se apresuró a acudir a recepción, presa de un pánico incipiente, para, por fin, regresar y descubrir... En realidad, eso

35

era todo; el resto eran especulaciones y descarga emocional. Excepto, claro está, en lo que se refería al bolso. Pero ¿quién es el hombre que al ver a su esposa muerta sobre la moqueta piensa en comprobar si su bolso ha desaparecido?

Bien, al parecer Eddie Stratton era uno de ellos.

Y por un motivo muy importante.

36

7

La mayor parte de la arquitectura moderna no es más que una farsa.

DIOGENES SMALL (1797-1812), *Reflexiones*

El Randolph se enorgullecía de contar con numerosas y magníficas salas destinadas a la celebración de cenas, bailes, conferencias y exposiciones: salas con nombres tan espléndidos como Lancaster y Worcester, y la suite St. John's, una estancia de techos elevados, en el primer piso, donde se había organizado la reunión. Durante las horas diurnas, la vista del ventanal del este incluía el Monumento a los Mártires —situado al otro lado de la calle—, tras el cual podían verse el Balliol College y el St. John's. Incluso ahora, a las 18.45 y con las floreadas y enormes cortinas corridas, la sala mostraba un aspecto fresco y ligero gracias a la suave luz que sus arañas gemelas arrojaban sobre la decoración, de tonos rosados, marrones y blanco brillante. Incluso Janet Roscoe hallaba poca cosa que criticar en un espacio tan grandioso.

Sheila Williams sostenía un gin-tonic en la mano e intentaba mostrarse amable y hospitalaria:

—Bien, ¿estamos todos preparados? No del todo, creo. ¿Tienen todos una copa?

Las noticias referentes a la muerte de Laura Stratton se habían ocultado al resto del grupo, y solamente a Sheila se le notificó oficialmente el suceso. Ni que decir tiene que para ella constituía una carga, aunque también una magnífica excusa para fortalecerse

interiormente, excusa que Sheila rara vez necesitaba.

—¡Señora Roscoe! No le han dado una copa. ¿Qué puedo...?

37

—¡Yo no bebo, señora Williams! —Janet volvió la mirada hacia un Phil Aldrich de aspecto asustado que permanecía estoicamente junto a ella—. ¡Ya se lo he dicho una vez, Phil!

—Janet es diaconisa de nuestra iglesia, señora Williams...

Pero Sheila ya había iniciado su irritada respuesta:

—¡Bien, señora Roscoe, pues yo «bebo! De hecho, soy una adicta al alcohol, y mis motivos para mantener tal adicción pueden ser tan válidos como los suyos para la abstinencia, ¿de acuerdo?

Con tan rotunda frase, regresó a la mesa situada junto a la entrada principal —sobre la que una docena de botellas de ginebra Booth's y Gordon's, martini francés e italiano y jerez (seco, semiseco y dulce) competían con dos grandes jarras de zumo de naranja —y alargó su vaso medio vacío a la joven que dispensaba las bebidas.

—¡Una ginebra... y larga, por favor! Sin hielo y sin tónica.

Ya reequipada para el cumplimiento de sus deberes, Sheila estudió una vez más la hoja amarilla que John Ashenden había preparado, mecanografiado, fotocopiado y distribuido previamente. Ya iba siendo hora de hacer todo lo que había que hacer. Entre los turistas

sólo parecían faltar Howard y Shirley Brown, aparte de Eddie Stratton... o, mejor dicho, aparte de Eddie y *Laura* Stratton. En cuanto a los dos distinguidos oradores (tres, si se incluía a sí misma), Theodore Kemp aún no había hecho acto de presencia. Sin embargo, Cedric Downes, el tercero del trío, hacía a los ojos de Sheila un magnífico papel, parapetado tras el delicado cristal de su copa de jerez seco, mientras preguntaba, con cierta dosis de lo que a Sheila le pareció disimulada indiferencia, de dónde era cada turista y qué profesión desempeñaba antes de jubilarse.

Eran ya las 19.25 cuando por fin entró el doctor Kemp en

38

compañía de un Ashenden de aspecto sumiso, y para Sheila resultó evidente que ambos habían sido ya informados de los inquietantes sucesos ocurridos durante la tarde. Al cruzarse sus ojos con los de Kemp se produjo un destello de entendimiento mutuo y (¿casi?) de camaradería.

—Señoras y señores... —Sheila golpeó ruidosa y repetidamente una mesa con la parte inferior de un cenicero, y el murmullo de las conversaciones se extinguió—. El señor Ashenden me ha rogado que repase con ustedes brevemente nuestro itinerario de Oxford, por lo que si son tan amables de consultar sus hojas amarillas... —Mientras decía

esto hizo ondear su propia hoja y, a continuación, sin realizar ninguna aportación importante a las palabras impresas, aunque sí una omisión importante, leyó vagamente las fechas y horarios del programa:

RECORRIDO POR LAS CIUDADES HISTÓRICAS DE INGLATERRA

27 de octubre-10 de noviembre (Etapa de Oxford)

Jueves 1 de noviembre (aprox.)

16.30 Llegada al Randolph.

16.30 -17.30 Té inglés.

18.45 Cóctel-recepción (suite St. John's), presentado por Sheila Williams, MA, Blitt (Cambridge), y Cedric Downes, MA (Oxford).

20 Cena (comedor principal).

22.15-22.15 Conferencia por el doctor Theodore Kemp, MA, DPhil (Oxford), sobre «Los tesoros del Ashmolean».

Viernes 2 de noviembre

39

7.30-9.15 Desayuno (comedor principal).

10.30-11.30 Visita al museo de Oxford, Broad Street (a sólo cien metros de distancia del hotel).

12.45 Almuerzo (suite St. John's), seguido por una reunión informal con nuestros conferenciantes en la cafetería del hotel.

15 División en grupos (detalles a especificar).

16.30-17 Té inglés (salón Lancaster).

18.30 ¡La gran atracción del recorrido! Presentación por parte de la señora Laura Stratton del Broche de Wolvercote (museo Ashmolean).

20 Cena (*nota: cargo aparte*) en el Randolph. Aquellos miembros del grupo que no deseen asistir contarán con una última oportunidad para cenar fuera, tomar una copa y descubrir nuevas cosas durante nuestra última noche en esta espléndida ciudad universitaria.

Sábado 3 de noviembre

7.30-8.30 Desayuno (¡se ruega puntualidad!).

9.30 Salida desde el Randolph en dirección al castillo de Broughton (Banbury) y, de allí, a Stratford.

—Lo único acerca de lo que conviene dar más detalles —Sheila hablaba ya con más confianza— son las actividades de las tres de la tarde de mañana. Permítanme, pues, que les ponga un poco al tanto. El doctor Kemp, conservador de antigüedades medievales y anglosajonas del museo Ashmolean (¡que está situado justamente frente a nosotros!), acompañará a su grupo a visitar el mismo y, como pueden ver, se dirigirá a nosotros hoy mismo, después de cenar. Por su parte, el señor Cedric Downes —Sheila se preocupó de destacar a tan distinguido personaje— acompañará a su grupo a lo largo de un recorrido por

diversos colegios, incluyendo la visita a los refectorios más interesantes y haciendo especial hincapié en —consultó sus breves notas— «el diseño y la técnica arquitectónicos durante los siglos dieciséis y diecisiete». Repito, eso será a las tres de la tarde. Bien, creo que ya he hablado suficiente... —Janet Roscoe asentía vigorosamente—, pero creo que habría que mencionar la existencia de un tercer grupo durante el día de mañana.

—Escuchen, escuchen —pidió animadamente Phil Aldrich.

—Me encargaré —continuó Sheila— de acompañar a un grupo de los presentes, acaso sólo dos o tres personas, no me importa, a lo largo de un «recorrido de Alicia». Como ya sabrán la mayoría de ustedes, el reverendo Charles Lutwidge Dodgson (o Lewis Carroll) fue en la vida real «estudiante», ya lo explicaré mañana, de la Iglesia anglicana durante la segunda mitad del siglo diecinueve. Podremos admirar numerosos recuerdos de él en el jardín del decanato, en la catedral y el refectorio; asimismo, contemplaremos una colección única de antiguas fotografías, dibujos y viñetas que se conserva en la Biblioteca Bodleyana. Bien, eso por lo que se refiere al programa. Siento que vayamos con un poco de retraso, pero..., en cualquier caso, tengo el placer de presentarles a Cedric, el señor Cedric Downes, que quisiera

preparar el ambiente para su charla de mañana comentándonos, según me ha dicho, de un modo informal, unas breves reflexiones acerca de la arquitectura *moderna*. Señoras y caballeros... con ustedes, Cedric Downes.

—¡Gracias, Sheila! A veces pienso que algunos de los turistas que nos visitan deben de pensar que en Oxford somos todos medievales, ingleses primitivos, góticos, tudores, jacobinos, georgianos, etcétera.. Sin embargo, también poseemos, aunque no soy experto en ese campo, algunos magníficos ejemplos de diseño contemporáneo. No pretendo elaborar un discurso demasiado serio, ¡no esta noche!, pero observen Santa Catalina, por ejemplo, obra del célebre arquitecto danés Arne...

41

eeh... Johansen...

—¡Jacobsen! —dijo Kemp *sotto voce*.

—¿Perdón?

—Ha dicho usted «Johansen» —murmuró Kemp.

—¡Por supuesto que no! He dicho «Jacobsen».

Un variado coro de turistas se apresuró a asegurar a Downes que, desde luego, no había dicho «Jacobsen» y, durante uno o dos segundos, el conferenciante lanzó a su colega lo que podría haberse interpretado como una mirada de odio ciego de no haber sido por la fatigada

resignación que mostraban sus ojos. Dedicando a su público una encantadora sonrisa, continuó:

—¡Lo siento! Son estos nombres daneses, comprenden... No habrán conocido por casualidad a uno llamado Hamlet, ¿verdad? Y, hablando de Hamlet, observo que visitarán ustedes Stratford-on-Avon...

—Pensé que se decía Stratford- *upon*-Avon —gorjeó una vocecilla aguda y estridente.

Pero Downes ya comenzaba a coger carrerilla.

—Qué suerte tenemos en Oxford, señora, eh...

—Roscoe. Señora Janet Roscoe.

—¡Qué suerte tenemos el doctor Kemp, la señora Williams y yo mismo de poder conocer a una erudita como usted, señora Roscoe! Iba justamente a mencionar, tan sólo de pasada, que el teatro Swan, en mi opinión...

42

Pero todos habían oído abrirse la puerta y contemplaban con cierto desconcierto al recién llegado, un hombre al que ninguno de ellos había visto antes.

—¿Señora Williams? ¿Hay entre los presentes alguna señora Williams?

La dama en cuestión, que aún conservaba su puesto junto a la mesa de las bebidas situada a unos metros de la puerta, alzó en el aire el dedo índice de su mano vacía para revelar su identidad.

—¿Podría hablar con usted a solas, señora? —inquirió el sargento Lewis.

43

8

Madame, si bien parece ingerir ginebra y ello en igual proporción, consigue no obstante exudar bastante más ginebra que ello.

HUGH SYKES-DAVIES, *Obiter dicta*

Una vez en el interior del despacho del director, situado al término del primer tramo de escaleras, Morse vio su atención casi inmediatamente acaparada por el enorme armario de bebidas que se alzaba a la izquierda de la suite de techos altos en que Douglas Gascoigne, un hombre con gafas y aspecto inteligente, intentaba con éxito mantener constante el alto nivel de servicio que exigían las numerosas estrellas con que contaba su establecimiento. Fotografías antiguas, viñetas, diplomas, cartas enmarcadas y una serie de agradables acuarelas se alineaban a lo largo de los muros del despacho principal, sobre diversas mesas en las que pantallas de ordenador,

impresoras, teléfonos, bandejas de documentos, aparatos de fax y archivadores extraídos de las numerosas estanterías, se disputaban unos pocos centímetros cuadrados de espacio justificable desde el punto de vista administrativo. Al igual que en la suite St. John's, las cortinas estaban corridas, cubriendo en esta ocasión la ventana que se abría a espaldas de Gascoigne, sentado ante su mesa y ocultando la fachada del Ashmolean: la misma que, desde una altura superior, había contemplado brevemente Laura Stratton unas tres horas antes.

—Lo que ocurre —decía Gascoigne— es que nunca nadie, bueno, al menos desde que yo estoy aquí... nadie había muerto en el hotel.

—Sí habrán tenido algún robo, imagino.

—Sí, inspector, unos cuantos. Cámaras fotográficas olvidadas por los clientes... esa clase de cosas. Pero nunca nada tan valioso...

44

—¿Ha llegado a preguntarse por qué no la dejó en la caja fuerte?

Gascoigne negó con la cabeza.

—Siempre ofrecemos a nuestros clientes la posibilidad de encomendarnos esa clase de objetos, pero...

—Estaría asegurada, ¿no?

—El señor Stratton —el director bajó la voz e hizo una seña en dirección a una puerta cerrada que se veía a su derecha— cree que

probablemente sí, pero me temo que aún se encuentra un poco aturdido. El doctor Swain le ha dado unas pastillas y aún sigue ahí dentro, en compañía de uno de sus amigos, Howard Brown. — Efectivamente, a Morse le pareció distinguir el murmullo ocasional de una conversación mantenida en voz baja.

Lewis asomó la cabeza por la puerta e hizo una seña indicando que había tenido éxito en la localización de Sheila Williams. Gascoigne se levantó del sillón y se dispuso a dejar a solas a ambos detectives.

—Como ya he dicho, no tengan reparo por el momento en aprovechar las comodidades que tienen a su disposición. Es posible que tengamos que interrumpirles de vez en cuando, pero...

—Gracias, señor.

Gascoigne abandonó su despacho y dejó campo libre a Morse.

Y a Sheila Williams.

Sheila Williams era una mujer sumamente atractiva, al menos a ojos de Morse: se hallaba en mitad de la treintena (¿quizá algo mayor?) y tenía un par de brillantes ojos castaño oscuro que de algún modo transmitían simultáneamente una impresión de vulnerabilidad, sensualidad y ligera ebriedad. ¡Una mezcla embriagadora!

45

—¡Siéntese, por favor! Tiene aspecto de apetecerle una copa,

señora Williams.

—Yo, en fin... todo ha sido un poco alarmante, ¿verdad?

—¿Habría ahí dentro algo apropiado, Lewis? —Morse señaló el armario de las bebidas, no sin cierto grado de interés personal.

—Por lo que se ve, de todo, señor.

—¿Señora Williams?

—Un gin- tonic, por favor.

—Gin- tonic para la señora, Lewis... ¿Hielo?

—¿Para qué diluirlo, inspector?

—De todos modos, no hay hielo —murmuró Lewis.

—Escuche —comenzó Sheila Williams—, no soy yo la encargada de este grupo. Es cierto que estoy ligada al mismo, y esas cosas, pero es John Ashenden quien dirige el recorrido.

Morse parecía completamente desinteresado por las actividades del señor Ashenden.

—Señora Williams, tendré que preguntar a todos los miembros del grupo qué estaban haciendo entre aproximadamente las cuatro y media y las cinco y cuarto de esta tarde, esto es, entre el momento en que el señor Stratton vio a su esposa por última vez y la hora en que regresó de su paseo con... bien, con la señora Brown...

A Lewis le pareció vislumbrar la sombra de una sonrisa en los

labios de Sheila mientras ésta apuraba el último trago de gin-tonic, pero Morse se había vuelto hacia la pared y se encontraba absorto en el

46

estudio de una fotografía de Henry Taunt de finales del siglo XIX que representaba unas narrias de destilería. Es muy posible que sus últimas palabras fueran pronunciadas sin el menor asomo de intención doble o indirecta.

—Estoy segura de que todos cooperarán gustosamente, inspector, pero aún no saben...

—No. ¿No deberíamos quizá esperar un poco? ¿Hasta después de la cena? Desde luego, no mucho más de eso. No querría que el sargento Lewis tuviera que acostarse demasiado tarde... ¿Le apetece otra, señora Williams?

—Lo lamento... parezco una...

—No tiene que lamentar nada.

—Lo mismo, entonces, sargento. Con un poco menos de tónica, si puede ser...

Lewis enarcó las cejas.

—¿Le apetece algo, señor?

—No, gracias, Lewis. Estoy de servicio.

Las cejas de Lewis aún se elevaron más mientras recogía el vaso

de la señora Williams.

Tal y como Morse y Lewis habían llegado a saber, se trataba de un viaje bastante costoso y selecto. La mayoría de los miembros del grupo había estado ya antes en Inglaterra, y la mayoría de ellos eran lo bastante adinerados como para imaginar que volverían pronto, fuera cual fuese la tasa de cambio de la libra esterlina. No obstante, había uno de ellos que jamás regresaría... Sí, Sheila Williams sabía bastantes cosas acerca del Broche de Wolvercote, aunque por supuesto la

47

verdadera autoridad en la materia era el doctor Kemp. Según parecía, el primer marido de Laura Stratton, un industrial inmobiliario de California que, posteriormente, llegaría a convertirse en importante coleccionista, había llegado a encontrarse en posesión de una joya y, tras enterarse de su origen, lo había legado a su muerte, acaecida dos años más tarde, a los conservadores del museo Ashmolean de Oxford. Oh, sí, Sheila Williams lo había visto docenas de veces, aunque sólo en diversas diapositivas en color a partir de las cuales había llegado a dibujar un esbozo de la joya completa, esto es, broche y hebilla; de hecho, había sido ella quien había realizado la ilustración final en color que en aquel momento se exhibía en el Ashmolean. Pensándolo bien, se alegraba de haber hecho los dibujos; pasara lo que pasara, ahora la

gente sabría con exactitud cuál habría sido el aspecto final de la Joya de Wolvercote. La policía terminaría por hallar el broche, sin duda, pero...

—Desde luego, señora, haremos cuanto esté en nuestra mano —
había apuntado Lewis con un tono que no rebosaba precisamente optimismo.

¿Y el propio broche? Bueno, una vez más, lo cierto es que era a Kemp a quien debían preguntar, pero desde luego podía describírselo con detalle: tenía forma triangular y unas dimensiones de siete centímetros y medio de longitud y cinco centímetros de anchura en la base; era de un desagradable color pardo oscuro (¡oro!) y poseía originalmente tres rubíes: uno en cada esquina del triángulo, que ahora se hallaban reducidos a uno solo, situado en la esquina más delgada. El valor especial y único del broche residía en el hecho de que encajaba perfectamente en la hebilla de oro descubierta previamente durante una excavación arqueológica realizada en el poblado de Wolvercote, a comienzos de la década de los treinta, y luego orgullosamente exhibida, a partir de 1947, en el Ashmolean como testimonio de la, hasta entonces insospechada, exquisita maestría artesanal de los orfebres de finales del siglo VIII a. C. Laura Stratton, según Sheila había oído comentar a John Ashenden, había guardado la joya en un estuche

forrado de terciopelo negro y la había transportado en su bolso, negándose a confiar el precioso objeto a servicios postales transatlánticos, agencias de viajes internacionales o cajas de seguridad a prueba de robo e incendio. Asimismo, parecía que Laura había transportado en el mismo bolso una hermosa sarta de perlas falsas con las que había adornado sus vestidos de noche casi todas las veladas. Sheila ignoraba qué otros objetos de valor podrían haber sido sustraídos con el bolso, si bien observó que, según su reciente experiencia —y a pesar del igualmente reciente fortalecimiento de la libra esterlina—, algunos de los norteamericanos no parecían del todo conscientes del valor del dinero inglés que llevaban encima. Entre los acaudalados ciudadanos de California que componían el grupo, pocos habría, sospechaba, que no llevaran en sus bolsos y carteras varios billetes de diez, veinte e incluso cincuenta libras. Así pues, no era extraño que cualquier ladrón ocasional confiara en sentirse agradablemente sorprendido por las cantidades obtenidas. Sin embargo, el señor Stratton —Eddie Stratton— era la persona más indicada para responder a esa clase de preguntas, ¿no? ¿Acaso no opinaba igual que ella?

Dirigió sus grandes y melancólicos ojos hacia Morse y, por unos segundos, Lewis se sorprendió a sí mismo preguntándose si su jefe se

encontraba momentáneamente hipnotizado. Hasta tal punto que decidió aportar su propia contribución:

—¿Dice usted, señora Williams, que a los miembros del grupo quizá no les importe que les pregunte dónde se encontraban entre las cuatro y media y las cinco y cuarto? ¿Le importaría decirnos dónde se encontraba usted?

El efecto de tan inocente pregunta resultó inexplicablemente melodramático. Sheila Williams depositó su vaso, ya vacío, sobre la mesa que había ante ella y prorrumpió en llanto, momento que aprovechó Morse para dirigir una mirada asesina a su subordinado,

49

como si éste hubiera transgredido simultáneamente todas las normas de la diplomacia, la etiqueta y el compañerismo.

Sin embargo, no tuvo dificultades en hacerse cargo de la situación: indicó con impaciencia la copa de la mujer con un gesto de la barbilla y Lewis le sirvió una nueva y generosa dosis de ginebra Gordon's, esta vez tan sólo ligeramente diluida con un poco de tónica *light*.

Súbitamente, Sheila se incorporó en la butaca con un gesto de desafío hacia los dos policías, recuperó su precario equilibrio y apuró la bebida de un solo trago para considerable —y disimulado—

asombro de Morse. Tan sólo pronunció siete palabras:

—¡Pregunten a Kemp! ¡Él se lo explicará!

Una vez se hubo marchado, caballerosamente conducida a lo largo del pasillo por el sargento Lewis, Morse abrió el armario de las bebidas, se sirvió medio vaso de Glenfiddich, saboreó un largo y agradable trago y depositó de nuevo el vaso en una repisa adecuadamente situada bajo el campo de visión de cualquiera que pudiera entrar. Incluido el sargento Lewis.

Curiosamente, ni este último ni el propio inspector parecían especialmente conscientes del hecho de que Sheila Williams no había llegado a contestar a la única pregunta significativa que le habían formulado.

Tal es el sorprendente efecto que pueden ejercer las lágrimas de una mujer.

50

9

A menudo he deseado verme a mí mismo muerto pero, eso sí, bien arropado bajo mi manta, de tal modo que ni la muerte ni los hombres pudieran oírme.

GEORG LICHTENBERG

Posteriormente, John Ashenden recordaría con exactitud todo

cuanto había hecho durante aquellos cuarenta y cinco cruciales minutos establecidos por Morse...

Eran las cinco menos cuarto cuando había salido del Randolph y pasado junto al Monumento a los Mártires en dirección a Broad Street. El sol ya no iluminaba con sus inclinados rayos las piedras de color amarillo pálido, la tarde comenzaba a refrescar y caminaba protegido sólo por una gabardina ligera. Andando con paso rápido, pasó frente al Balliol y junto a las verjas del Trinity y la librería Blackwell; se hallaba frente al edificio del New Bodleian en espera de que cambiara el semáforo para cruzar a Holywell Street cuando los vio a ambos frente al Sheldonian, *sub imperatoribus*, el brazo de ella enlazado en el de su acompañante. Ninguno de los dos, según parecía, prestaba demasiada atención a nada aparte de sí mismos. Apresurando aún más el paso, Ashenden dejó atrás el King's Arms, el auditorio Holywell y la fachada posterior del New College hasta alcanzar Longwall Street. Una vez allí, torció a la izquierda y, tras avanzar unos doscientos metros, atravesó la puerta de madera que daba acceso al cementerio Holywell, donde, bajo las lápidas y las cruces —¡todas aquellas cruces celtas!—, descansaban los restos de eminentes oxfordianos en un entorno ligeramente descuidado, si bien no abandonado del todo. Un sinuoso sendero a través de la hierba le condujo a un banco de madera sobre el cual,

atado a un tejo con alambre, colgaba un letrero rectangular que contenía un plano del cementerio y una relación conmemorativa y numerada de sus difuntos más insignes:

51

Kenneth Grahame (1859-1932)

Maurice Bowra (1898-1971)

Kenneth Tynan (1927-1980)

H.V.D. Dyson (1896-1975)

James Blish (1921-1975)

Theodore y Sibley, ahogados (1893)

Sir John Stainer (1840-1901)

Walter Pater...

¡Ahí estaba!

Abriéndose paso a través del follaje y apartando la hiedra que cubría numerosas inscripciones casi indescifrables, Ashenden tardó unos veinte minutos en hallar la recia y achaparrada cruz cuya inscripción rezaba: «*In te, Domine, speravi.* WALTER PATER. Fallecido el 30 de julio de 1894.»

Casi inmediatamente, descubrió la otra lápida, la que buscaba, grabada con un epitafio aún más simple: «JAMES ALFRED BOWDEN. 1956-1981. *Requiescat.*»

Ashenden permaneció allí varios minutos, en silencio, a medida que la luz iba desapareciendo. Parecía un lugar de lo más apacible para disfrutar del reposo final, pero nadie quería morir. Desde luego no John Ashenden, quien continuó unos momentos junto a la sepultura preguntándose si Jimmy Bowden, enfrentado a los dolores de su etapa terminal, habría llegado a retractarse del resuelto ateísmo que otrora había propugnado, durante la madrugada de un día memorable.

Ashenden lo dudaba. Recordaba, asimismo, aquella última tarjeta

52

postal a la que nunca había respondido...

No había nadie más en el cementerio, por lo que nadie fue testigo de un curioso y pequeño incidente: tras mirar alrededor una vez más para asegurarse, Ashenden separó la espesa fronda de hiedras que crecía tras la pequeña cruz de Bowden, extrajo algo del bolsillo de su gabardina y lo depositó cuidadosamente al pie de la lápida, tras lo cual devolvió la hiedra a su posición original no sin atusarla con un gesto casi afeminado.

No tenía prisa alguna, y mientras andaba lentamente en dirección a la verja del cementerio, se detuvo a leer varias lápidas, entre ellas la de «Kenneth Grahame. Dejó este mundo el 6 de julio de 1932 tras haber otorgado con su existencia una nueva bendición a la

literatura y la infancia por los tiempos de los tiempos». A Ashenden le encantó la frase. Curioseó vagamente en busca de «Theodore y Sibley, ahogados (1893)», pero ya había oscurecido demasiado.

Ya de regreso en la calle principal, camino del hotel Randolph, decidió entrar en el bar King's Arms para tomarse una pinta de Flowers de barril. El inspector Morse no hubiera dicho una palabra, pero se habría sentido orgulloso de su elección.

Shirley Brown había retirado el brazo en el momento en que, junto con Eddie Stratton, cruzaba en dirección a Beaumont Street a las cinco y diez de la tarde.

—Digas lo que digas, Ed, sigo pensando que me gustaría saber adónde se dirigía.

—Ya te lo he dicho, Shirl: ¡olvídalo!

—Intentaba desaparecer de escena... y a toda prisa. Lo sabes perfectamente.

53

—¿Aún sigues pensando que nos vio?

—Aún sigo pensando que nos vio —repitió Shirley Brown con su arrastrado acento californiano.

Se encontraban solos en el ascensor, y Eddie anunció su despedida temporal tan pronto alcanzaron el tercer piso.

—Te veré dentro de un rato, Shirl.

—Sí... dile a Laura que espero que tenga los pies más descansados.

Eddie Stratton se encaminó hacia la habitación 310 sin dar respuesta alguna.

54

10

La insistencia estúpida es la maldición de las mentes pequeñas.

RALPH WALDO EMERSON, *Ensayos*

Morse llevaba demasiado tiempo en la policía para creerse que una muerte y un robo o, tal y como empezaba a pensar, un robo y una muerte podían ser dos sucesos relacionados casualmente. Tampoco es que albergara esperanzas acerca del robo. Nunca le había importado enfrentar su ingenio al de un asesino; pero siempre había dudado de sus posibilidades frente a cualquier ladrón razonablemente competente, de hecho, incluso frente a ladrones razonablemente ¿«competentes. Si, como parecía ser la opinión generalizada, Laura Stratton había dejado la puerta entreabierta para permitirle el acceso a su marido; si había abandonado descuidadamente su bolso sobre la mesilla de noche, visible desde la puerta; si alguien había sabido todo aquello —incluso si nadie lo había sabido—, bien, lo cierto era que

todas las probabilidades apuntaban a una rápida desaparición del bolso. ¿Al cabo de un cuarto de hora, quizá? Como mucho, pensó Morse. Todos imploramos (algunos imploramos) «y no nos dejes caer en la tentación», pero la mayoría de los ciudadanos se muestran encantados de dejar sus cámaras fotográficas, prismáticos, radios, raquetas de squash, bolsos... sí, de dejarlos en el asiento trasero de sus automóviles para luego dedicarse a protestar ante la policía tras haberse encontrado con las ventanillas hechas añicos y...

¡Qué más da!

Lo cierto era que Morse ya había perdido prácticamente todo interés por el caso, y su único recuerdo sólido era la admiración que había experimentado ante la capacidad alcohólica de una dama llamada Sheila Williams.

Apenas había terminado de ocultar su copa cuando, sin

55

anunciarse siquiera con un cortés golpecito, Max asomó la cabeza por la puerta y al ver a Morse sentado en la butaca del director se apresuró a entrar y tomar asiento.

—Me han dicho que te encontraría aquí. Tampoco es que necesitara muchas pistas. Cualquier patólogo que merezca su exiguo sueldo tiende a desarrollar un fino sentido del olfato.

—¿Y bien?

—Ataque al corazón. Trombosis coronaria aguda —dijo Max repitiendo las mismas palabras de Swain.

Morse asintió lentamente.

—Dios sabe por qué me has mandado llamar para confirmar algo que resulta evidente. Por cierto, ¿dónde guardan el alcohol?

A regañadientes, Morse señaló el armario de las bebidas.

—¿Qué pasa? ¿Acaso lo pagas tú?

—¿Qué te apetece tomar?

—Para mí, nada, Morse. Estoy de servicio.

—Muy bien.

—Eeh... el whisky... ¿qué tal es?

Morse se puso en pie, escanció un dedo en un vaso de plástico y se lo tendió. Durante unos minutos, los dos viejos y amistosos enemigos permanecieron sentados mientras degustaban sus respectivas copas.

—¿Estás completamente seguro, Max, de...?

56

—No está mal, ¿eh?

—¿... de la hora de la muerte?

—Entre las cuatro y media y las cinco y cuarto.

—¿En serio? —Morse nunca había oído una afirmación tan precisa de labios del jorobado forense de la policía—. ¿Cómo demonios...?

—La chica de recepción, Morse. Me dijo que la pobre ancianita subió a su habitación a las cuatro y media, ¡y sin ayuda de nadie! Luego, tu gente me dijo que había sido hallada por su bienamado esposo a las cinco y cuarto. —Max bebió un sorbo de Glenfiddich—. Ya sabes, Morse, los profesionales de la policía tenemos que aprender a interpretar las pruebas a nuestro alcance. —Terminó de apurar el vaso con gesto de aprobación.

—¿Quieres otro?

—¡Desde luego que no! Estoy de servicio... y además he de marcharme. Hoy asisto a una cena de lo más agradable.

En la mente de Morse resonó una alarma distante.

—¿No será la misma a la que iba ese doctor como-se-llame?

—Ni más ni menos, Morse.

—Es el médico del hotel.

—¿Por qué no intentas contarme algo que no sepa ya?

—Sólo lo decía porque él también reconoció a la señora Stratton.

—Y no te fiabas mucho de él.

—No mucho.

—Según me han dicho, está considerado un matasanos bastante competente.

—Si quieres que te sea sincero, a mí me pareció un poco...

—¿Un poco gilipollas? ¿Sabías que no siempre te equivocas?...

Hummm... ¿podría tomar una gotita más, Morse?

—¿Le conoces?

—Oh, ya lo creo. Y en este caso sí te equivocas. No se trata de cualquier... No, digámoslo de otro modo: es el mejor de todo Oxford.

—¿Tú sigues asegurando que murió de un ataque al corazón?

—¡Oh, sí! No te molestes en buscar juego sucio en este caso. Y no es Swain quien te lo dice, Morse... soy yo.

Aproximadamente diez minutos después, cuando Max ya había partido hacia su cena de la Asociación Médica Británica, Morse había puesto en práctica lo que en la jerga política habría sido calificado de comprometedor cambio de sentido. Y cuando Lewis penetró en la estancia con el doctor Theodore Kemp pegado a sus talones, Morse supo que su intuición inicial había sido errónea. La coincidencia de un robo y una muerte, en cualquier orden, puede explicarse a menudo como resultado de una simple casualidad.

Mas no en este caso.

Ni que decir tiene que el pobre Lewis tendría que entrevistarlos a todos, o al menos a la mayoría. En cuanto a Morse se refería, no había nada que deseara tan fervientemente como regresar a su piso de soltero de North Oxford y escuchar una vez más el segundo movimiento de la *Séptima* de Bruckner.

58

Aunque sería mejor que hablar con algunos de ellos.

59

11

Historia, f. Una crónica, falsa en su mayor parte, de sucesos en general poco importantes relatados por gobernantes en su mayoría sinvergüenzas y por soldados en su mayoría estúpidos.

AMBROSE BIERCE, *Diccionario del diablo*

Kemp se adaptó casi de inmediato al concepto preestablecido que tenía Morse del hombre-de-Oxford, si bien el inspector era consciente de la posibilidad de estar cometiendo otro de sus errores de apreciación instantánea. El recién llegado, un hombre barbado, de aspecto inteligente y rasgos feamente atractivos (¿en las postrimerías de la treintena?, ¿de la edad de Sheila?), se sentó frente a él tras sacudir el polvo del asiento con un pañuelo. Resultaba evidente que o bien alguien (¿la propia Sheila?) le había puesto parcialmente al corriente de

la situación, o bien se había enterado por su cuenta: los rumores son inevitables. Quizá otras personas se habrían sentido irritadas por su ceceo pasajero, pero no Morse.

—¡Abzolutamente inapreciable, inspector!

—Quizá usted podría contarnos algo más acerca del broche de Wolvercote...

Kemp había acudido bien preparado. Abrió su portafolios negro, extrajo un fajo de folletos azulados y alargó uno de ellos a Lewis y otro a Morse, por encima de la mesa.

EL BROCHE DE WOLVERCOTE

A lo largo de este último siglo aproximadamente, tanto arqueólogos como historiadores han adquirido una conciencia creciente de la espléndida maestría de los artesanos del último período sajón, por lo que el descubrimiento, en 1931, de una hebilla de oro en 60

Wolvercote fue acogido con especial emoción, especialmente si tenemos en cuenta el hecho de que dicha hebilla parecía hallarse relacionada con su correspondiente broche —completamente documentado y autenticado—, el cual formaba parte a la sazón de la colección de Cyrus C. Palmer Jr., de Pasadena, California. El esmalte tabicado de este broche, labrado en forma de pera, decorado con una

filigrana tan delicada como característica, y engarzado originalmente con tres grandes rubíes, parecía encajar con absoluta perfección en la hebilla conservada en el Ashmolean. Por si fuera necesaria la aportación de pruebas adicionales, la inscripción del broche —\7bAE\7dLFRED Nota 1) MEC HE\7bHT GEWYR\7d CAN— mostraba idéntica forma y técnica de grabado a la de la áurea hebilla en la que, según coinciden hoy en día todos los expertos, estuvo otrora engarzada.

En breve, el broche regresará de nuevo a su hebilla gracias al espíritu filantrópico del señor Palmer y al amable interés y colaboración de su esposa, la señora Laura M. Stratton. El único problema que aún queda por resolver, según afirma el doctor Theodore Kemp, del museo Ashmolean, es el propósito exacto de este objeto tan espléndidamente labrado, el cual habrá de ser conocido desde ahora con el nombre de «Joya de Wolvercote». Entretanto, permanecerá viva la especulación en torno a si se trataba de un broche destinado a las vestiduras reales o si cumplía alguna función simbólica o ceremonial. Lo cierto es que la Joya de Wolvercote —completa tras la feliz unión del broche y hebilla que la componen— habrá de figurar desde ahora entre los más preciados tesoros del Ashmolean.

—¿Ha escrito usted esto? —preguntó Morse.

Kemp asintió con amargura; todo el puñetero asunto había sido cancelado. La ceremonia, que ya había sido organizada, la presentación, la prensa, la televisión... ¡Dios!

61

—En el colegio aprendimos las fechas de los reyes y reinas de Inglaterra —dijo Morse—. Pero el problema es que empezamos con Guillermo el Conquistador.

—Deberían haber retrocedido más, inspector, mucho más.

—Oh, eso es algo que siempre procuro hacer. —Fijó la mirada sobre el pálido rostro que le contemplaba desde el extremo opuesto de la mesa—. ¿Qué hizo usted esa tarde entre las cuatro y media y las cinco y cuarto, doctor Kemp?

—¿Cómo? ¿Que qué estuve haciendo? —Sacudió la cabeza como profundamente ofendido—. Usted no... ¡no entiende! Probablemente estaría pazeando por... —Señaló vagamente por encima de Morse, en dirección al Ashmolean—. No lo zé. ¡Y no me importa! —Recogió el montón de folletos y, con una rabia que Morse nunca hubiera creído en sus afeminados deditos, los rasgó por la mitad y los arrojó sobre la mesa.

Morse le dejó marchar.

Kemp era ya el segundo testigo de la tarde que se había mostrado

incapaz de responder a la única pregunta significativa que se le había planteado.

—No le ha caído a usted muy bien, ¿verdad, señor?

—¿Qué importancia tiene eso?

—No sé, pero alguien tiene que haber robado ese chisme de Wolvercote.

—¡Nadie lo robó, Lewis! ¡Robaron el bolso!

—No lo comprendo. El bolso apenas tenía valor pero el... ya sabe... dijo que era inapreciable.

62

—¡Abolutamente inapreciable! —remedó Morse.

Lewis sonrió.

—¿No creerá que lo robó él?

—Prefiero no pensar en absoluto en ese fatuo saco de orina y ventosidades. Lo que sé es que sería la última persona en Oxford que querría robarlo. Lo tenía todo organizado, ya había preparado sus discursos, su nombre iba a aparecer en los periódicos, iba a salir en la televisión, habría escrito una monografía para cualquier revista culta, la universidad le hubiera concedido un doctorado en literatura o algo por el estilo... No, no lo robó él. Una cosa así no se puede vender, Lewis. Sólo es inapreciable en el sentido de que es única,

irreemplazable, fundamental para la interpretación histórica y arqueológica... ¿Intentaría usted acaso vender la *Mona Lisa*?

—Usted ya lo sabía todo acerca del chisme de Wolvercote, ¿verdad, señor?

—¿Y usted no? Ha habido gente que ha venido de lugares remotos sólo para admirar el Broche de Wolvercote...

—¿No es una hebilla, señor? ¿Acaso no es sólo la hebilla lo que se conserva ahí?

—Nunca he oído hablar de este maldito trasto —gruñó Morse.

—Y yo nunca he entrado en el Ashmolean, señor.

—¿En serio?

—Lo único que aprendimos del rey Alfredo fue que había quemado unos bizcochos.

—Algo es algo, ¿no le parece? Es un hecho histórico... bueno,

63

quizá sea un hecho histórico. Pero hoy en día la historia no se ocupa de hechos. Se ocupa de la empatía, Lewis, sea lo que sea eso.

—¿En qué consiste el plan, pues, señor?

Morse se lo contó. Sacar el cuerpo discretamente a través del montacargas mientras los turistas estuvieran cenando, pedir a Kidlington que enviara un par de agentes para que ayudaran a

interrogar a los miembros del grupo —oradores incluidos— y a los ocupantes de las habitaciones adyacentes y próximas a la 310, acerca de sus actividades entre las 16.30 y las 17.15. ¿Las doncellas? Sí, convendría comprobar si había alguna haciendo las camas o reponiendo las bolsas de té o sencillamente dando una vuelta o... Súbitamente, Morse se sintió aburrido por todo aquello.

—¡Encárguese usted, Lewis! ¡Demuestre un poco de iniciativa! Y preséntese por la mañana. Yo estaré en casa... intentando tomarme unos días de permiso.

—¿Entonces no vamos a registrar las habitaciones, señor?

—¿Registrar las habitaciones? ¡Por Dios, Lewis! ¿Sabe usted cuántas habitaciones tiene el Randolph?

Morse añadió una última formalidad a lo que hasta entonces, bajo todo punto de vista, no podía considerarse sino como una investigación superficial. Conversó brevemente con Eddie Stratton, quien poco antes había sido afectuosamente acompañado a la habitación 308, ocupada por los Brown. Una vez allí, Morse se sorprendió experimentando una inmediata simpatía por aquel alto y bronceado californiano, en cuyo curtido rostro el sol parecía dispuesto a asomar entre los nubarrones de la adversidad. Nunca demasiado competente a la hora de mostrar sus sentimientos personales, Morse

poco más pudo hacer aparte de murmurar unas pocas frases hechas de condolencia rescatadas de anteriores funerales sólo a medias

64

recordados. Pero quizá bastara con eso, ya que el rostro de Stratton revelaba pocos signos de dolor y, desde luego, no había en él rastro de lágrimas.

El director se encontraba en la planta baja, junto al mostrador de recepción. Morse le agradeció su cooperación, explicándole que, siguiendo su invitación, había hecho... en fin... cierto uso de las comodidades disponibles en su despacho. ¿Podrían el sargento Lewis y sus hombres continuar utilizando el mismo hasta que...?

El director asintió.

—¿Sabe? Todo esto es de lo más desafortunado. Como ya le dije, inspector, siempre advertimos a nuestros clientes que, por su propio bien, nunca dejen objetos de valor en sus habitaciones...

—Pero ella no los dejó, ¿verdad? —sugirió Morse suavemente—.

Ni siquiera abandonó la habitación. De hecho, aún no la ha abandonado...

En lo que se refería a aquella última afirmación, Morse estaba algo atrasado, ya que en ese instante Lewis descendió por la escalera principal y procedió a informarles de que en ese momento el cuerpo de

Laura M. Stratton estaba siendo retirado de la habitación 310 y evacuado por el ascensor de servicio, camino de la capilla del hospital de Radcliffe, situado en Woodstock Road.

—¿Le apetece un trago, Lewis?

—No, gracias, señor. Estoy de servicio.

El fiel sargento se permitió una mueca irónica, e incluso el propio Morse sonrió vagamente. En cualquier caso, pensó Lewis, se ahorraría con ello una o dos libras, de eso no cabía duda. A Morse nunca parecía ocurrírsele que alguna ronda fuera la suya, y en ocasiones Lewis había

65

calculado que a pesar de tener que contentarse con un sueldo equivalente a las tres quintas partes del de su jefe, le tocaba pagar unas tres cuartas partes de las considerables cantidades de alcohol consumidas, raras veces por él, en el transcurso de cada caso. Morse asintió con un lacónico gesto de comprensión y echó a andar hacia el bar Chapter.

Nota 1

Alfredo el Grande (871-901). Para más información, véase *La artesanía de la Preconquista en el sur de Inglaterra*, Theodore S. Kemp, Babington Press, junio de 1991.

Volver

El agua, tomada con moderación, no tiene por qué hacer daño a nadie.

MARK TWAIN

Sheila Williams le hizo la pregunta clave mientras vertía una ínfima cantidad de tónica *light* en la ginebra doble a la que su acompañante actual acababa de invitarla.

—¿Crees que tendrás que cancelar el resto del viaje, John?

—Oh, no creo que haya necesidad de llegar a eso. Quiero decir que todos lo han pagado ya, ¿no? Evidentemente, podríamos devolverles el dinero si... bien, si el señor Stratton o...

—Está perfectamente. He hablado con él. Tú no.

—Como comprenderás, no puedo ocuparme de todo.

—Por favor, John, no me malinterpretes, pero ¿no te parece un poco desafortunado que no haya manera de dar contigo cuando a una de tus dieras se le revientan las arterias y encima le roban?

Ashenden bebió un sorbo de su media pinta de cerveza amarga y pareció dar la razón a Sheila en lo que acababa de decir, aunque sin añadir comentario alguno. En cierta ocasión había leído, u oído —¿no había sido Disraeli?, ¿o Jimmy Bowden?—, que un hombre nunca debía

pedir perdón ni dar explicaciones.

En consecuencia, no hizo ni lo uno ni lo otro.

—Seguimos adelante con todo, Sheila... a excepción de la presentación, claro está.

67

—A no ser que lo encuentren.

—No lo encontrarán.

—No lo encontrarán —asintió Sheila.

—A pesar de ese tipo...

—¡Ahí está! —susurró Sheila, apoyando una mano de uñas exquisitamente cuidadas sobre el antebrazo de Ashenden— ¡Ése es Morse!

Ashenden dirigió la mirada en dirección al tipo de mediana edad, mediana estatura y cabellos medianamente canosos que, dirigiendo una breve sonrisa a la morenita situada detrás de la barra, pidió una pinta de la mejor cerveza amarga del local.

—Bebe demasiado... cerveza, quiero decir —dijo Ashenden, apresurándose a añadir aquella última precisión al ver que los ojos de Sheila giraban en su dirección con una mirada de disgusto—. Me refería sólo al peso..., es un poco grueso de cintura.

—¡Sí! Lo sé. —Los ojos de la mujer se suavizaron y Ashenden

advirtió, como lo hacía a menudo, que la encontraba atractiva, especialmente (¡qué vida ésta!) en momentos como aquél, en que todo lo que parecía necesitar era un par de brazos robustos que la transportaran a la cama más próxima.

Pero, de pronto, maldita sea, lo estropeó todo.

Se había acercado a él y le habló al oído con voz suave y sensual:

—La verdad es que no debería decirte esto, John, pero le encuentro muy atractivo. No sé... apetecible... sexy...

Ashenden apartó la mano que había vuelto a posarse sobre su

68

manga.

—¡Por el amor de Dios, Sheila!

—¡Y listo, también, John! Muy listo... o al menos eso dicen.

—¿Qué se supone que significa eso? —La voz de Ashenden adquirió un tono tenso.

—Te lo diré —repuso Sheila. La claridad de su dicción comenzaba a desintegrarse—. Va a querer enterarse de qué... de qué... esdabas haciéndolo entre... entre... las cuatro y media y las cinco y cuarto.

—¿Y eso qué tiene que ver con él?

—No soy yo la que quiere saberlo, querido. Lo único que digo es

que... que eso es lo que va a pregun... a preguntarle. Lo mismo que va a preguntarle a todo el mundo.

Ashenden contempló su copa en silencio.

—¿Y dónde estabas, John?

¿Acaso la encantadora Sheila volvía a estar sobria?

—No hay ninguna ley que prohíba a la gente echar un vistazo por los colegios, ¿no?

—Más de uno andaba preguntándose dónde te habías metido...

—¡Ya te lo he dicho, por el amor de Dios!

—Pero ¿dónde estuviste exactamente, John? ¡Dímelo! ¡Vamos!

¡Cuéntaselo a mamá!

Ashenden decidió seguirle la corriente.

69

—Si te empeñas en saberlo, fui a dar una vuelta por el Magdalen... —Pero se detuvo.

A pocos metros de distancia, Morse se dirigía a un salón privado, pero Sheila lo llamó:

—¡Inspector! ¡Inspector Morse! ¡Únase a nosotros!

La media sonrisa de Morse, desganada y algo distante, sugería que probablemente habría preferido su propia compañía, pero Sheila golpeó suavemente el asiento libre que había junto a ella y Morse se vio

a sí mismo contemplando los mismos ojos oscuros y suplicantes que tanta fascinación habían ejercido poco antes sobre él en el piso superior.

—Yo... bien...

—¡Le presento a John Ashenden, nuestro guía!

Morse saludó con una inclinación de la cabeza, vaciló y se rindió por fin. Con cuidado, se sentó y depositó su cerveza sobre la mesa.

—Me contaba John que esta tarde estuvo dando un paseo por el Magdalen, ¿no es cierto, John?

—Sí. Es... bueno, no es un colegio que haya llegado a conocer bien nunca. Sin embargo es magnífico, ¿verdad? Había oído hablar de los ciervos del parque, pero nunca me había dado cuenta de lo agradable que resulta pasear a lo largo del Cherwell... cientos de hectáreas de campos y jardines. Y la torre, claro está. Sin duda una de las más bellas de Europa, ¿no le parece, inspector?

Morse asintió. Aquella tarde parecía mostrar una predisposición especial a asentir. Su mente, sin embargo, se hallaba ocupada como no lo había estado desde el momento en que apareció en escena por

70

primera vez...

Siempre había sostenido que cuando pensaba tenía que beber...

una máxima que sus colegas interpretaban indulgentemente como una excelente excusa para la desproporcionada cantidad de tiempo que el inspector parecía pasar en los bares. No obstante, el propio Morse se hallaba plenamente convencido de aquella verdad providencial; es más, sabía que sucedía de modo similar al revés: cada vez que bebía, se sorprendía invariablemente pensado. Al oír las palabras de Ashenden, los ojos azules de Morse se habían aguzado ligeramente, centrándose sobre el rostro del guía con un súbito asomo de interés y apenas un leve vestigio de excitación.

Veinte minutos después, en el bar principal, Howard y Shirley Brown se inclinaban pensativos sobre sus zumos de tomate, tras una cena en la que apenas habían hablado.

—Muy bien —dijo Howard—, tú tienes una coartada perfecta, Shirl. Quiero decir que tú y Eddie... ¡Nada, no hay problema! Pero ¿y yo? —Sus labios dibujaron una sonrisa maliciosa y simpática—. Yo ahí, tumbado al lado de Laura, ¿no? De haber querido... bueno...

—¿En qué estás pensando, cariño? ¿Asesinato? ¿Robo?
¿Violación?

—¡No me considerarás capaz de cometer una violación, Shirl!

—¡No, desde luego! —repuso ella con crueldad.

—Y dices que viste a Ashenden. Esto también le proporciona una

coartada a él.

—Media coartada.

—¿Estáis seguros de que él os vio a vosotros?

71

—Sin duda. Pero no creo que pensara que nosotros le habíamos visto a él.

—¿Y dices que iba por Holywell Street?

—Sí. Me fijé en la placa.

—¿Qué hay ahí?

—Eddie lo miró en el mapa. El New College, el Magdalen College... Magdalen sin *e*.

En ese momento, los agentes Hodges y Watson procedían a recorrer sistemáticamente sus listas; de modo casi simultáneo, Hodges solicitó a la señora Williams y al señor Ashenden que le acompañaran al despacho del director, mientras Watson preguntaba a Howard y a Shirley Brown si no les importaría responder a unas preguntas en el desierto salón de baile.

Cuando sus dos acompañantes hubieron partido —a regañadientes la dama y con evidente alivio el caballero—, Morse contempló una vez más los cuadros de Osbert Lancaster que colgaban de las paredes y se preguntó si realmente le gustaban aquellas

ilustraciones de Zuleika Dobson. Quizá debería al menos leer el libro de Beerbohm, pensó; incluso descubrir si el nombre de la protagonista se pronunciaba «Zulika» o «Zuleika»...

Su copa estaba vacía, por lo que regresó a la barra, donde

Michelle, la morenita vivaracha, rehusó aceptar el dinero que le ofreció.

—Pagó la señora. La que estaba con usted, señor.

—¿Eh?

—Me dijo que le sirviera una pinta cuando regresara usted a la barra.

72

—Dijo «cuando», ¿eh?

—Probablemente conoce sus hábitos, señor —dijo Michelle con una sonrisa condescendiente.

Morse regresó al salón privado, ahora prácticamente vacío, y dedicó un rato considerable a pensar en Sheila Williams. Recordaba haber tenido una novia llamada Sheila en sus tiempos de estudiante en el St. John's, el colegio de St. Giles' del que también A. E. Housman, aquel gran latinista del siglo XX, había sido expulsado por no alcanzar la nota mínima. Aquel episodio parecía haber acaecido un siglo atrás en el caso de Housman y un milenio atrás en el suyo... Sheila... el origen, en palabras de Milton, de todos nuestros males.

Tras su cuarta pinta de cerveza, Morse regresó al mostrador de recepción y se dirigió al conserje principal.

—Tengo el coche en el garaje.

—Haré que se lo traigan, señor. ¿Cuál es la matrícula?

—El... —Morse no lograba recordarlo—. ¡No! Lo recogeré por la mañana si no le importa.

—¿Se aloja usted aquí, señor?

—No, pero no quiero que me detenga la policía de camino a casa.

—Muy prudente por su parte, señor. Veré qué puedo hacer. ¿Le importa decirme su nombre?

—Morse. Inspector jefe Morse.

—No creo que a usted le detuvieran, inspector...

—¿No? Con la policía nunca se sabe.

73

—¿Quiere que llame un taxi?

—¿Un taxi? Iré dando un paseo. Vivo al final de Banbury Road, y a estas horas un taxi me costaría tres libras, que es lo mismo que decir tres pintas de cerveza.

—¡Sólo dos en este establecimiento, señor! —corrigió Roy

Halford mientras observaba el paso cauteloso, quizá demasiado cauteloso del inspector mientras descendía los pequeños escalones de

la entrada y salía a Beaumont Street.

74

13

Solvitur ambulando

(Los problemas se resuelven caminando.)

Proverbio latino

A medida que ascendía por Banbury Road aquel jueves por la noche, Morse era consciente de que para entonces Lewis sabría bastante más que él acerca del probable contenido del bolso de Laura Stratton, del posible destino del botín y del círculo más probable de sospechosos. No obstante, también se daba cuenta de que su mente parecía —¡estaba!— considerablemente más lúcida de lo que merecía estar, y de que efectivamente había diversos factores que debían ser considerados.

Hechos: una mujer había subido con su bolso a la habitación 310 alrededor de las 4.35 de la tarde; dicha mujer no había vuelto a ser vista con vida... o al menos nadie había admitido haberla vuelto a ver con vida. En el interior de la habitación 310 se había preparado y, casi con seguridad, tomado un baño; había hecho uso de un sobre de café y una tarrina de crema; en un momento aún no determinado había colgado un cartel de NO molestar en el picaporte exterior y probablemente

había dejado la puerta abierta; el marido de la dama había regresado a las 5.15 aproximadamente y, sin pasar por el mostrador de recepción, había entrado en el ascensor principal y subido al tercer piso en compañía de otro miembro (femenino) del grupo de turistas; a continuación, había bajado apresuradamente a recepción por la escalera y había solicitado un duplicado de la llave. Tras acceder finalmente a su habitación, el marido había descubierto a su esposa tendida en el suelo y, presumiblemente, ya muerta; el médico del hotel había llegado unos diez o quince minutos después y el cuerpo había sido trasladado del suelo a la cama (para entonces ya eran

75

aproximadamente las 5.40 de la tarde). En un momento anterior, bien antes de, bien durante estos últimos acontecimientos, el propio marido había advertido la desaparición del bolso de su esposa; y a eso de las 6.00 la jefatura de St. Aldate's había recibido una llamada de ayuda para lo que ahora parecía algo bastante más importante que un simple hurto.

Sí, ésos eran los hechos.

Sigue, Morse; entresaca alguna que otra deducción acerca del misterio del Broche de Wolvercote. Adelante, hijo mío, ¡elabora tus hipótesis! ¡Vamos! ¿Quién podría haberlo robado?

Bien, en primer lugar, de haber estado cerrada la puerta de la habitación 310, sólo aquellos que tuvieran la llave: el director, el encargado, las doncellas... esto es, cualquiera que guardara un duplicado de la llave de dicha habitación o tuviera acceso a ella. No el marido. En segundo lugar, considerando que la puerta de la 310 estaba abierta, se nos presentaba una galería de ladrones más interesante: evidentemente, podía haber sido cualquiera que pasara por casualidad y que a través de la puerta entreabierta hubiera vislumbrado un bolso de aspecto demasiado tentador. Proclives a tal tentación, si no directamente susceptibles a ella, podrían haberse visto los ocupantes de las habitaciones vecinas, las doncellas, cualquier transeúnte casual... pero ¡un momento! La habitación 310 estaba separada del pasillo principal, y cualquiera que se hallara en su inmediata vecindad debería haber estado allí por un motivo: un amigo, quizá, que se hubiera acercado solícitamente a preguntar por el estado de los pies de la dama; un compañero de grupo que quisiera pedirle algo prestado, o preguntarle algo... y también estaba Ashenden. Había mencionado que subiría después a todas las habitaciones para comprobar que había sobrecitos de café, champú, jabón, que funcionaban los interruptores... ¿Oportunidad? ¡Sí! Pero a duras penas un motivo poderoso. ¿Y los tres oradores? Los tres parecían descartables. En aquel momento aún no

habían sido llamados a filas... ni siquiera habían llegado al Randolph.

¡Mejor olvidarlos! O no... quizá no por el momento; no hasta que Lewis hubiera comprobado sus declaraciones.

Conque así estaban las cosas. Con aquello se definían los «parámetros» (la última palabra de moda en la central) del crimen. La galería no contenía más retratos.

No, francamente.

¡No!

¿O sí?

¿Y el marido? Morse siempre había alimentado sanas sospechas acerca de la primera persona en llegar a la escena de un crimen, y Eddie Stratton lo era por partida doble: había sido el primero en informar de la muerte de su mujer y del robo de la joya. Pero, a buen seguro, cualquiera que encuentre a su mujer muerta —¡muerta!— no va a pensar en... a nadie se le ocurriría eso.

Excepto a Morse.

¿Y qué pensar de... qué pensar de lo más irracional, lo más improbable, lo más impensable? ¿Impensable? Bien, ¡piensa en ello, Morse! ¿Qué pensar de la propia mujer, de Laura Stratton? ¿Podría haber sido ella la responsable de la desaparición de la joya? Pero ¿por

qué? ¿Estaba asegurada? ¡Con toda certeza! Y sin duda por una suma considerable. De acuerdo, aquel trasto era invendible e incomprable; era completamente inútil... salvo en su calidad de eslabón cultural de un museo universitario. O bien... ¡sí!... o bien como artículo asegurado cuya ausencia resultaba mucho más valiosa que su presencia desde el punto de vista monetario; y si los Stratton estaban un poco cortos de dinero, quizá lo más importante no hubiera sido que se perdiera sino cuándo se perdiera. ¿Y si acaso —la posibilidad no podía por menos de

77

asaltar la mente de Morse más pronto o más tarde—, y si acaso nunca hubiera llegado a estar allí? Sí, era una posibilidad que había que contemplar: ¿y acaso el Broche de Wolvercote nunca hubiera llegado al interior del bolso? (¡Continúa, Morse!) ¿Y si nunca hubiera abandonado Estados Unidos?

A estas alturas, Morse se encontraba ya en el centro comercial de Summertown, y unos cinco minutos después, precisamente cuando llegaba a su piso de soltero, situado al sur de la autopista A-40, concibió por fin la posibilidad más descabellada: ¿Y si el Broche de Wolvercote no existía en absoluto? Sin embargo, debían de existir, a buen seguro, numerosos documentos descriptivos y fotográficos, ¿no? ¿Cabía la posibilidad de que tan reconocida autoridad como era el

doctor Theodore Kemp pudiera haber sido embaucado hasta ese punto en una cuestión de tanta importancia? ¡No! Y, además, ¿acaso no había volado a Estados Unidos para verlo? ¡No! ¡Olvídalo! Conque Morse lo olvidó prácticamente, entró en su piso y escuchó los dos primeros movimientos de la *Sinfonía número 7* de Bruckner antes de marcharse a la cama.

Se despertó a las 2.50 de la madrugada, sintiendo una fuerte sequedad de boca. Abandonó la cama, se dirigió al cuarto de baño y bebió un vaso de agua y, a continuación, otro. Realmente, pocos días había en que el agua, un líquido apenas presente en la existencia diurna de Morse, no fuera la constante compañera de sus horas de madrugada.

78

14

En realidad, son tan sólo las personas superficiales las que no juzgan por las apariencias. El auténtico misterio del mundo se encuentra en lo visible, no en lo invisible.

OSCAR WILDE, *El retrato de Dorian Gray*

En su calidad de soltero, Morse tan sólo contó aquella noche con el espectro fantasmagórico y empapado en ginebra de una voluptuosa divorciada para compartir la almohada. No así los dos oradores

masculinos cuya intervención se encontraba prevista para el día siguiente dentro del programa de Ciudades Históricas de Inglaterra. Ambos se encontraban convenientemente dormidos junto a sus respectivas esposas en el interior de sus hogares, situados en North Oxford y separados apenas por cuatrocientos metros de distancia . El viajero que parta en dirección norte desde el centro de Oxford puede elegir, a la altura de la iglesia de St. Giles', entre tomar la ramificación que le conducirá a lo largo de Woodstock Road o enfilarse la desviación derecha. En este caso, recorrerá Banbury Road y, al cabo de aproximadamente un kilómetro y medio, llegará a Summertown. Una vez allí, al dejar atrás la zona comercial, verá a su izquierda el nuevo edificio de ladrillo amarillento que constituye la sede de Radio Oxford; a continuación, a su derecha, se encontrará con la primera de las cuatro calles —Lonsdale, Portland, Hamilton y Victoria— que se extienden entre Banbury Road y el río Cherwell (pronunciado «Charwell» por la mayoría de los habitantes de la localidad). Independientemente de la hora que sea, y debido a la ininterrumpida hilera de automóviles estacionados en uno u otro de sus bordillos, no hay ninguna de estas calles en la que pueda circularse en doble sentido. La mayoría de sus casas, construidas en los años veinte y treinta, carecen de garaje propio, y junto a sus aceras o sobre sus vallas es frecuente encontrar

rudimentarias señales pintadas a mano que exhortan amablemente,

79

amenazan legalmente o simplemente ruegan con un patético «por favor» a los automovilistas que toman el tren de Summertown que no estacionen sus condenados vehículos ahí. ¡Pero en vano! Por así decirlo, el torrente sanguíneo de estas calles circula a través de arterias permanentemente obstruidas por la arteriosclerosis.

El doctor Kemp, sin embargo, hace ya tiempo que no conduce...

Cualquier persona que fuera presentada por primera vez a los distinguidos catedráticos Theodore Kemp y Cedric Downes elaboraría, casi con toda seguridad, el siguiente juicio acerca de ellos: Kemp acaso parecería merecer calificativos tales como artístico, extravagante, intelectual, egocéntrico, altivo, desenvuelto... la lista podría extenderse interminablemente en esa dirección. Dicha impresión se basaría fundamentalmente en la ligera arrogancia y palidez de su rostro, la afectada pronunciación de su verbo, la casi invariable combinación de camisa de seda y corbata de lazo y la distraída elegancia de los ligeros trajes color marrón claro que solía utilizar tanto en verano como en invierno para adornar su esbelta y reducida figura. ¿Y qué decir de Downes? En su caso, desde luego, la imagen no sería tan definida: de movimientos algo lánguidos, ligeramente grueso, situado en un nivel

académico no del todo elevado, labios curvados en una expresión blandamente aburrida, ojos realzados por un destello divertido, complexión semirrubicunda, tirando a grueso, con pantalones a los que bien vendría un buen planchado, cabellos largos y lacios y una pronunciación descuidada y en absoluto presuntuosa que aún revelaba vestigios de su educación en las latitudes medias del país. Todos sus rasgos se hallaban bien definidos y podían describirse con adverbios tales como «muy», «completamente» y «bastante». Por fin, y quizá lo más importante, daba inmediatamente la impresión de estar volviéndose un poco —más que un poco: bastante— sordo. En efecto, cada vez resultaba más evidente su hábito de situar a sus interlocutores en el lado derecho y de llevarse con frecuencia la mano a ese mismo oído. Por último, su ocasional recurso a la ayuda de un audífono

80

parecía contribuir al veloz avance de su otosclerosis.

Así las cosas, podría presumirse que Kemp disfrutaba de cuanto la vida podía ofrecer en general y en Oxford en particular, mientras que al pobre Downes, más lúgubre y consumido, se le iba acabando el fuelle poco a poco y, probablemente, también la suerte. No obstante, tal suposición no sería del todo correcta: de hecho, diferiría considerablemente de la realidad.

La vida de Kemp no había florecido como sus primeros años parecían prometer. Tras engendrar (o al menos eso se decía) casi tantos hijos ilegítimos como en su día se atribuyeran al poderoso Zeus, y rechazar con éxito toda responsabilidad por tan excesiva multiplicación de su propia especie, había contraído matrimonio con una mujer anodina, si bien de elegante figura, llamada Marion (con o), cuyos padres tenían fama de ser relativamente adinerados.

Posteriormente —hacía apenas dos años— se las había arreglado para estrellar su BMW de tal modo que su esposa, no excesivamente bella pero sí en avanzado estado de embarazo, había perdido no sólo a su hijo sino también el uso de sus extremidades inferiores, mientras que él sólo había tenido que sufrir temporalmente un collarín cervical y unos cuantos cristales clavados en la espalda. Pero, al menos, Marion había sobrevivido: la otra conductora, una mujer casada de veintinueve años de edad, había muerto instantáneamente. Nunca llegó a determinarse sobre quién recaía la responsabilidad del accidente, ya que el forense se mostró confuso ante ciertos indicios y su informe no fue ni mucho menos un modelo de profesionalidad. No obstante, lo cierto era que Kemp había bebido, y que la acusación a la que hubo de enfrentarse, y que fue condenado a redimir con el pago de una multa y tres años de retirada del permiso de conducir, no fue la de conducción imprudente

o peligrosa, sino el simple hecho de conducir un vehículo en estado de embriaguez. Algunos de los que mejor conocían a Kemp, esto es, la mayoría de sus colegas universitarios y todos los que nunca le habían soportado, le consideraron sumamente afortunado. Aquella pena fue

81

probablemente la responsable de que la universidad se negara a ascenderle de investigador posgraduado (o «investigador graduado», como el pedante Kemp solía autodenominarse) al puesto de miembro del consejo facultativo que súbitamente había quedado vacante. Seis semanas después de aquella humillación, había sido nombrado conservador de antigüedades medievales y anglosajonas del Ashmolean. Actualmente, vivía en un piso bajo de Cherwell Lodge, un bloque de ladrillos de la Water Eaton Road que se extendía entre el final de Victoria Road y Cutteslowe Estate. Aquel traslado forzoso, resultante de la necesidad de acomodar en un lugar apropiado a su esposa, desde entonces confinada a una silla de ruedas, había tenido lugar en un momento nefasto del mercado inmobiliario, y su propiedad actual apenas se hallaba valorada en una cuarta parte del precio que habría alcanzado la de su compañero de estrado, el mismo que por un instante había olvidado el nombre de cierto arquitecto danés.

Cinco años antes, cuando no había pasado de los cuarenta, Cedric Downes había contraído matrimonio con Lucy, una mujer atractiva y once años más joven que él, dotada de un cutis claro, cabellos rubios y un cuerpo de atractivo sexual incontestable. Lucy, si bien mostraba cierta tendencia a sufrir un estado ligeramente nervioso, poseía un coeficiente intelectual calificado de notablemente alto por aquellos que acababan de conocerla, aunque luego el mismo pareciera descender un tanto a medida que se la conocía más a fondo. Downes, historiador medieval, era miembro del equipo académico del Brasenose y vivía en una mansión aislada y de gran tamaño, situada en un extremo de Lonsdale Road y provista de un jardín que se extendía hasta las mismas orillas del río Cherwell...

Marion Kemp permanecía tendida boca arriba en el dormitorio del número 6 de Cherwell Lodge. Marion Kemp se veía forzada a permanecer boca arriba. Para ambos habría resultado beneficioso — desde luego, les habría garantizado períodos más prolongados de

82

sueño— abandonar la cama-doble a partir del accidente y acomodarse en camas separadas... acaso incluso en dormitorios independientes. No obstante, y para su sorpresa, su marido no había querido ni oír hablar acerca de semejante posibilidad, y ella al principio se había sentido

complacida y halagada de que él aún prefiriera descansar cada noche junto a su inútil cuerpo. Incluso aquel jueves por la noche, parte del odio que durante tanto tiempo había ido alimentando su espíritu se hallaba mínimamente controlado...

Tal y como prometiera, su marido había llegado a casa a las diez de la noche. Resultaba evidente que no había bebido en demasía. Le había llevado a la cama una taza de Ovaltine y una galleta de régimen y, decididamente, ¡no había estado con aquella puñetera, borracha y golfa de la Williams!

A diferencia de Lucy Downes, Marion Kemp no daba la impresión inmediata de poseer una mente vivaz. No obstante, aquellos que la conocían bien —un grupo cada vez más reducido— eran conscientes de hallarse ante una inteligencia sagaz y observadora. Poco antes había observado atentamente a Theo mientras éste le relataba los sucesos ocurridos durante la tarde y había sido plenamente consciente del colosal disgusto y la decepción sufridos por su esposo. Sin embargo, lo cierto era que no podía evitar que le importara un bledo la pérdida del Broche de Wolvercote, y tampoco podía mostrarse excesivamente desconsolada por la muerte de cualquier vieja bruja enojada procedente de los remotos confines de Norteamérica. Empero, no logró conciliar el sueño durante la madrugada de aquel

viernes, pues su mente no dejaba de repasar una larga serie de hechos: sobre todo, la creciente sospecha de que el hombre que dormía junto a ella tenía puestas sus miras más allá de esa maldita zorra de la Williams...

Y Marion creía saber exactamente dónde.

83

Aquel jueves por la tarde, Cedric Downes había llegado a casa algo más tarde de lo habitual. Había sido uno de los últimos en relatar a la policía su paradero entre las 16.30 y las 17.15 horas («¿es esto verdaderamente necesario, agente?»). ¡Por Dios bendito! ¡Durante aquel período había estado dirigiendo un seminario! Ahora, ya por fin de regreso en su dormitorio, el silencio era completo y Lucy reposaba inmóvil en su propio costado del lecho. Suavemente, se acurrucó contra el contorno de su cuerpo, confiando en que su esposa percibiera la necesidad que sentía de ella y advirtiéndolo, casi de inmediato, su actitud distante y su falta de disposición para dejarse conmover. En consecuencia, se tumbó sobre el costado derecho, tal como era su costumbre cuando intentaba rendirse al sueño. Desde que se había iniciado la sordera gradual que afectaba a su oído izquierdo, solía oprimir conscientemente el derecho contra la almohada, con lo que apenas percibía los gruñidos nocturnos de las tuberías de calefacción,

los inexplicables crujidos de la madera o el zumbido del viento en las copas de los pinos circundantes. Su mente repasó brevemente los acontecimientos de aquella tarde y se recreó en el aborrecimiento que alimentaba hacia Kemp; sin embargo, al cabo de pocos minutos comenzó a notarse cálidamente arrastrado y no tardó en verse flotando hacia las profundidades del sueño.

No así su mujer, cuya respiración, suave y rítmica, ni siquiera revelaba el temblor ocasional de sus músculos lumbricales.

Por el contrario, Sheila Williams dormía profundamente aquella noche, abierta de par en par la ventana del dormitorio que ocupaba en un deteriorado edificio adosado construido al comienzo de Hamilton Road, situado casualmente en un punto casi equidistante entre las casas de Kemp y Downes.

A las 4.45 de la madrugada Morse realizó su tercera visita al cuarto de baño... y súbitamente lo recordó. Entró en el salón, revisó sus estanterías, extrajo un volumen, consultó el índice, se remitió a las

84

páginas indicadas y leyó atentamente la entrada que buscaba. Su cabeza se inclinó apenas un poco con gesto afirmativo y sus labios resecos se distendieron en una sonrisa levemente satisfecha.

A las 8.30, cuando Lewis llamó al timbre, estaba completamente

dormido.

85

15

Los mejores planes de hombres y ratones se desbaratan
y nos dejan dolor y amargura
en lugar del gozo prometido.

ROBERT BURNS, *A un ratón*

Son pocas las familias inglesas que, viviendo en su país,
mantienen un contacto estrecho con el desayuno inglés. Por ello,
resulta afortunado que tan amenazada especie se vea perpetuada por
los esfuerzos del personal de cocina de hoteles, los *bed and breakfast*,
bares de carretera y tantos otros establecimientos con o sin estrellas.
Dicho desayuno incluye, en el mejor de los casos, un huevo frito de
aspecto opaco y lechoso; dos lonchas de beicon poco tostado y sin piel;
un tomate cocinado al punto en que el corazón ha dejado de constituir
un nódulo blanco y duro susceptible de ser manejado con el cuchillo;
una gruesa salchicha, profunda y uniformemente dorada; y una
dorada rebanada de pan frito, apenas crujiente y suficientemente
grasiento, si bien no tanto como para desanimar a dietéticos
entrometidos. Tal es el desayuno inglés definitivo. Y así lo disfrutan
franceses, alemanes, italianos, japoneses, rusos, turcos... e ingleses —

estos últimos sometidos a su dieta diurna de copos de maíz y pan tostado—, tanto como prácticamente cualquier otra circunstancia de sus vacaciones.

Los norteamericanos también, aunque siempre hay excepciones.

Janet Roscoe se inclinó sobre la mesa, bajó el volumen —por lo general excesivamente elevado— de su voz y se dirigió a Sam y Vera Kronquist, la tercera de las parejas casadas registradas originalmente como tales en el viaje.

—Sencillamente, ignoro cómo puede... —sus agudos ojos se

86

centraron sobre Phil Aldrich, sentado a la mesa contigua— cómo puede pensar siquiera en comerse... eso.

El vehemente énfasis con que pronunció su última palabra podría acaso haber sugerido que el correligionario de Janet y miembro del Club de Científicos Cristianos de Sacramento para la Templanza estaba devorando un plato de gusanos crudos o la tostada carne de niños procedentes del sacrificio en lugar de su delgada loncha de beicon veteadado. Pero Sam Kronquist, si bien se sentía satisfecho con su cruasán, era un hombre alegremente tolerante con los gustos ajenos: —Janet, uno sólo está de vacaciones una vez al año. ¿No te parece que quizá podamos perdonarle?

O quizá no, porque Janet no respondió y se limitó a terminar en silencio su modesta colación de gajos de pomelo licuados acompañados de una rebanada de pan sin mantequilla untada de mermelada para diabéticos. Se hallaba a punto de apurar su taza de café descafeinado cuando John Ashenden, tras efectuar un errático recorrido en torno al resto de las mesas, acudió para comunicar a los tres que a las 9.15 se celebraría una breve reunión en la suite St. John con objeto de acoplar los acontecimientos previstos para el día siguiente a un programa ligeramente revisado...

—Si observan las hojas que les han sido entregadas —comenzó Ashenden sosteniendo en alto un ejemplar de las hojas amarillas distribuidas el día anterior—, observarán que, desgraciadamente, habrá que someterlas a ciertas modificaciones. El recorrido, no obstante, proseguirá su curso con normalidad, o al menos con toda la normalidad posible en las actuales circunstancias. Tal es el deseo de Eddie Stratton, quien prefiere que sigamos adelante y cree que Laura se hubiera mostrado de acuerdo con él. Así pues... en primer lugar: nuestra visita al Museo de Oxford, programada para las diez y media, ha sido retrasada a las diez. Anótenlo, por favor las diez en lugar de

87

las...

—¿No querrá usted decir adelantada, señor Ashenden?

Sí, probablemente Ashenden quería decir exactamente lo que la señora Roscoe había dicho, por lo que dirigió una amplia sonrisa a la dama, sintiéndose más agradecido que incomodado por la interrupción.

—... ha sido adelantada a las diez. Un grupo español ha cancelado su visita y a los organizadores les vendría mejor que ocupáramos ese turno. ¿De acuerdo? ¿Ningún problema?

A continuación, Ashenden distribuyó una nueva hoja a cada uno de los miembros de su sumiso grupo:

EL MUSEO DE OXFORD

Fue aquí, en Oxford, donde Lewis Carroll creó su inmortal Alicia; aquí donde el rey Carlos I instauró su Parlamento durante la guerra civil; aquí donde el arzobispo Cranmer murió en la hoguera; aquí donde se desarrolló la penicilina. Así que tomen asiento en nuestro museo volante... ¡todos a bordo del *Espiral!*... y remóntense hasta los primeros días de la ciudad universitaria de Oxford, cuando el fraile Roger Bacon (1214-1294) contemplaba el Folly Bridge desde sus habitaciones y... Pero permitamos a Oxford que cuente ella misma su propia historia mientras ustedes, confortablemente sentados, asisten como testigos a siglos y siglos de hombres fascinantes y

acontecimientos gloriosos. (Existen lavabos especialmente diseñados para su uso por minusválidos.)

Ni siquiera de la zona habitual surgieron murmullos que anunciaran una posible demora, por lo que Ashenden procedió a ensalzar las ventajas de la visita: uno podía viajar en el tiempo hasta los orígenes de la universidad, allá por el siglo XII, y luego, descansado y

88

sin moverse de su asiento, verse trasladado hasta el presente mientras gozaba de la espléndida propina que suponía escuchar los comentarios acerca del espectáculo nada menos que de labios del propio sir Alec Guinness. De hecho, la visita había figurado como un «extra» en el folleto previamente publicado, pero en vista de los... en fin... de los tristes acontecimientos acaecidos... bueno, la compañía había acordado anular el suplemento de dos libras esterlinas por persona.

—Un gesto muy generoso por su parte, señor —apuntó Phil Aldrich, y varios de sus compañeros de viaje se apresuraron a coincidir con su opinión.

Sam Kronquist, que sufría de incipientes problemas de próstata, se preguntó si aquel paréntesis final quería indicar la falta de instalaciones sanitarias para aquellas personas aún reacias a considerarse minusválidos; sin embargo, no hizo comentario alguno.

Aquello significaba, continuó Ashenden, que se produciría una especie de incómodo hueco entre aproximadamente las 11.15 y las 12.30; no obstante, le complacía anunciar que la señora Williams, el señor Downes y el doctor Kemp habían aceptado celebrar una sesión de preguntas y respuestas acerca de Oxford: la ciudad y sus instituciones. Tendría lugar en el Salón de Baile a partir de las 11.30 de la mañana.

En lo que se refería a la tarde...

Una vez más, Ashenden exhortó a los miembros de su auditorio a que consultaran los impresos originales, tras lo cual les confirmó que el programa estipulado tendría lugar según lo previsto. No obstante, quizá sería prudente comenzar con los grupos de sobremesa a las 14.45 horas, por favor, momento en que el doctor Kemp se reuniría con su grupo frente a la entrada principal del Ashenden; el señor Downes y la señora Williams harían lo propio con sus grupos en el Monumento a

89

los Mártires y el vestíbulo del hotel, respectivamente. ¿Quedaba todo claro? ¿Y serían todos tan amables de no cambiar el grupo que cada uno había escogido inicialmente? En ese momento, parecía existir un equilibrio magnífico; aunque tampoco es que pretendiera impedir a nadie que lo hiciera, por supuesto...

También en esta ocasión, la totalidad del grupo de viajeros pareció considerar irreprochables las disposiciones adoptadas, y Ashenden acometió el último punto de su agenda. ¿Querrían todos cambiar la hora que señalaban sus impresos para el comienzo de la cena? La cena se adelantaba (se dice así, ¿verdad, señora Roscoe?) de las 20.00 a las 19.30 horas. Tres de los administradores del Ashmolean se unirían a ellos, y Ashenden presumía que, salvo indicaciones en contrario, todos asistirían a aquella cena final. Cierto que se había anunciado como optativa —lo sabía—, pero en vista de...

Diez minutos más tarde, en el atestado vestíbulo del hotel, la señora Roscoe no se molestó en disminuir su nivel de decibelios para gritarle al amante del beicon procedente de Sacramento:

—Phil, me han dicho que viajaremos en esos coches de dos en dos, uno junto al otro...

—¡Sí! De acuerdo, Janet. Sí, de acuerdo.

16

A medida que uno avanza, se encuentra con grandes científicos, eruditos y hombres de Estado; con los pensadores, escritores, actores, monarcas y mártires que forman parte de la historia de Oxford. Al atravesar este umbral, uno vislumbra a aquellas personas que Oxford moldeó, muchas de las cuales han contribuido a su vez a moldear el

mundo.

LORD JENKINS OF HILLHEAD, *La historia de Oxford*

90

A las 9.50 de la mañana Cedric Downes se puso a la cabeza del grupo de turistas que descendían atropelladamente por la escalinata del Randolph, giró a la derecha y atravesó la calle. Nada más llegar junto al Monumento a los Mártires, se detuvo.

—Aquí tenemos... —Señaló el pesado letrero de hierro en el que aparecían pintadas de blanco las palabras MADGALEN STREET y los miembros del grupo formaron corro en torno a él—. Todo el mundo, casi todo el mundo, sabe que esto se pronuncia «Maudlin» Street, como si se tratara de una calle llorona y sentimental. Nota 2) Así la llaman los conductores de autobús. Ahora bien, en la zona este de Oxford tenemos una Magdalen Road, y esos mismos conductores de autobús la llaman «M-a-g-dalen» Road. He querido mencionar esto, amigos míos, para demostrarles que aquí, en Oxford, la vida no siempre es tan simple como parece. ¡Adelante, sigamos!

—No sabía eso, Phil —dijo Janet Roscoe en voz baja—. Es muy interesante.

El grupo avanzó hasta Broad Street, donde Downes hizo a todos detenerse de nuevo, esta vez frente al Master's Lodge de Balliol.

—Aquí, vean ahí, a su izquierda, la placa que hay sobre la pared, aquí es donde Latimer, Ridley y, posteriormente, Cranmer, fueron quemados en la hoguera en 1555 y 1556. No son fechas difíciles de recordar, ¿verdad? De hecho, puede verse aún el punto exacto, en esa cruz... ¿la ven? Justo en mitad de la calzada.

El grupo guardó un breve silencio mientras aquellos dotados de cierta capacidad de imaginación visual observaban cómo las barbas grises comenzaban a crepitar y las túnicas, largas hasta los tobillos, se inflamaban súbitamente con una ardiente llamarada; otros, quizá, escuchaban los alaridos de agonía a medida que la pira de leña consumía la carne viva de los condenados... Durante unos instantes

91

pareció como si todos se hubieran visto extrañamente afectados por las palabras de Cedric Downes. Acaso se debía al modo en que las había pronunciado, con un tono digno, sencillo y apesadumbrado...

—¡Bien, pues ya está! Ya no hay que caminar más por hoy. — Señaló al otro lado de la calle en dirección a los tres arcos que formaban la entrada del edificio de tres pisos que albergaba el Museo de Oxford.

Aquella misma tarde, la señorita Ginger Bonnetti escribió una carta bastante larga a su hermana casada de Los Ángeles, una tal

señora Georgie (¡nombre de pila!) Bonnetti, quien había contraído matrimonio con un hombre llamado Angelo Bonnetti. A Morse le hubiera encantado enterarse de aquello, ya que le entusiasmaban las coincidencias; sin embargo, dado que la señorita Ginger Bonnetti no se hallaba destinada a desempeñar papel alguno en el robo del Broche de Wolvercote, nunca llegó a saberlo.

!Hola, hermanita! Hemos pasado una mañana estupenda en Oxford. Tienen aquí una especie de atracción turística que llaman Museo de Oxford. Nos montaron en una especie de coches que en realidad se parecen más a esos pupitres pasados de moda de cuando el colegio... cuando nos sentábamos de dos en dos, ¿recuerdas? Están hechos de una madera oscura que no conozco y son ligeramente inclinados por la parte superior, como si una tuviera que ponerse a escuchar al profesor y arriesgarse a que la ordenaran escribir el alfabeto en caso contrario. Luego subimos por una especie de declive en espiral a algo así como 0,000001 kilómetros por hora... en serio! Ojalá pudiera recordar todos los grandes nombres que vimos, grandes de verdad! Y una va sentada. Te sientas a esa especie de pupitres dobles y escuchas lo que te va diciendo quien no te imaginarías sir Alec Guinness! O sea, su voz. Bueno, el caso es que fui escribiendo todo el rato mientras hacíamos la visita y te he guardado no sé dónde un folleto acerca de

toda esa gente, Roger Bacon, Thomas Bodley, Carlos I (no te imaginas

92

qué bajito era), Hobbes y Locke, Wilkins (?... no soy capaz de leer mi propia letra). Sir Christopher Wren, Boyle (¿te acuerdas de nuestro profesor de física?), John Wesley (¿o es Wesley?), Alicia (sí, la misma!), William Ewart Gladstone y una interminable lista de personajes. Y, claro está, Cranmer y los mártires protestantes. Ahora empiezo a acordarme de que me he olvidado de un montón de otros. ¿Tiene sentido esto último que he dicho, Georgie? En cualquier caso, ha sido maravilloso, y el único problema ha sido que el pobre señor que había delante de mí tuvo que aguantar la charla interminable de una mujer realmente horrible que claramente está intentando atrapar a una nueva víctima. Pero lo mejor lo he guardado para ahora. ¿Recuerdas que te hablé de aquella joya que uno de los miembros del grupo traía para el Museo de Oxford? Bueno, pues ayer esa pobre mujer sufrió una trombosis y se murió, ¡y alguien se llevó el bolso en el que la guardaba! ¿Me puedes decir dónde puede una considerarse a salvo hoy en día? A ver si eres capaz. Estaba un poco pachucha, y su marido dice que siempre fue consciente de que tenía que pasarle más pronto o más tarde, pero desde luego no podía haber ocurrido en peor momento. Para el viaje, quiero decir... Eddie —el marido— no quiere que nos

preocupemos y el recorrido va a seguir según se había planeado. ¡Era su segundo marido! Realmente es un individuo muy agradable. De todos modos me da la sensación de que era ella quien debía tener el dinero. Espero que estuviera bien asegurada. ¡Como ves, aquí no dejan de pasar cosas!

Recuerdos a Angelo,

GINGER.

»P.D. Se me olvidaba decírtelo, pero al principio el sitio ese del Museo de Oxford resultaba un poco tétrico.

»P.P.D. Mi habitación da justamente al Ashmolean... ¿ves la X que te dibujo en la postal?

93

El grupo había pasado bastante rato en la tienda de recuerdos de Oxford, examinando delantales, bustos, juegos de ajedrez, gatos de Alicia, gemelos, gárgolas en miniatura, juegos de cristalería, rompecabezas, jarras, mapas, cuadros, postales, carteles, papel de cartas, posaplatos, dedales, vídeos..., todo lo que cualquier turista podría desear.

—¡Vaya! ¡Con sus pies, a Laura le hubiera encantado ese paseo!

—observó Vera Kronquist. Sin embargo, su marido no hizo comentario alguno. Francamente, no podía por menos de alegrarse de que los pies

de Laura hubieran cesado de constituir uno de los factores principales a la hora de determinar los recorridos de las excursiones. Siempre estaba hablando de echarse un rato, y ahora por fin estaba echada. Para siempre.

—Muy bien —dijo Phil Aldrich al salir a Ship Street en compañía de la señora Roscoe y los Brown.

—Sin embargo, las figuras que hay aquí... no son tan buenas como las de Madame Tussaud, ¿verdad?

—No, tienes razón, Janet —dijo Howard Brown mientras la guiaba lentamente hacia Cornmarket de regreso al Randolph.

Cuando cinco días después Georgie Bonnetti recibió la interesante misiva de su hermana, se sintió ligeramente disgustada, como buena protestante que era, de que Ginger no hubiera logrado acertar con ninguno de los dos cañones de su pluma en el nombre correcto del venerable fundador del metodismo. Morse, como buen no creyente, se hubiera mostrado bastante más interesado en las otras cuatro faltas de ortografía.

Nota 2

Maudlin: en inglés, «llorón, quejica, sensiblero». (*N. del T.*)

Las personas inteligentes no parecen experimentar el gozo natural del asombro, sino que se dedican continuamente a responder preguntas cuando el mayor placer de esta vida reside precisamente en hacerlas.

FRANK MOORE COLBY

Tras su sesión informativa in situ frente al Balliol, Downes abandonó la escena de las bárbaras ejecuciones y regresó a Blackwell's caminando pensativamente. Una hora y cuarto, según había sugerido Ashenden, para el Museo de Oxford; luego, de vuelta al Randolph, donde él, Sheila Williams y Kemp (para Downes, aquel tipo siempre sería un apellido) habían acordado celebrar una sesión de preguntas y respuestas con los americanos. En ocasiones, Downes se sentía algo dubitativo acerca de los «norteamericanos»; sin embargo, al igual que casi todos sus colegas de Oxford, a menudo se sorprendía a sí mismo disfrutando de la compañía de los auténticos norteamericanos, ya sin comillas. Aquella mañana sabía que, como siempre, algunas de sus preguntas serían inquietantemente inocentes, otras penetrantes y todas sinceras. Downes aprobaba esa clase de preguntas, sin duda porque él mismo lograba a menudo apuntarse un tanto o dos con respuestas

igualmente sinceras en lugar de recurrir a los engreídos comentarios de algunos de los pseudoacadémicos que conocía.

Gente como Kemp.

Tras pasar cincuenta minutos hojeando los libros de segunda mano de Blackwell's, Downes regresó al Randolph, y ya ascendía los escalones cubiertos por la marquesina de la entrada cuando oyó una voz a pocos metros de su espalda.

—¡Cedric!

96

Se volvió.

—¡Debes de estar sordo! Te he llamado tres o cuatro veces mientras venías por la calle.

—Soy sordo... y lo sabes.

—¡No intentes que te compadezca, Cedric! ¡Qué demonios! Hay cosas peores que ser sordo.

Downes asintió con una sonrisa y contempló, no sin interés, a la seductoramente ataviada divorciada que había frecuentado a intervalos a lo largo de los últimos cuatro años. En ocasiones (aquella mañana era una de ellas), su voz resultaba ligeramente estridente, y casi siempre mostraba una actitud bastante tensa; pero había cosas peores que...

—¿Tienes tiempo de tomar una copa? —preguntó Sheila con tono

esperanzador. Hacía pocos instantes que habían dado las once. Entraron juntos en el vestíbulo y contemplaron el cartel que se extendía ante sus ojos: ciudades históricas: SUITE ST. JOHN A LAS 11.30 H.

—¿Me has oído? —prosiguió Sheila.

—¿Perdón?

—Te decía que tenemos casi media hora hasta...

—¡Un momento! —Downes procedía a ajustarse un audífono en el oído derecho, tras lo cual lo conectó, ajustó el volumen... y súbitamente la totalidad del hotel se animó con un maravilloso y audible parloteo—. ¡Ya me tienes de regreso en el mundo de los vivos! ¿Y bien? Sé que es algo pronto, Sheila, pero ¿qué dirías si te propongo un trago rápido? Nos sobra tiempo.

97

Sheila le dirigió una sonrisa radiante, le tomó del brazo y le condujo al Chapters Bar.

—Te diría que sí, Cedric. De hecho, creo que esta mañana diría que sí a cualquier cosa, y especialmente a un whisky.

Durante unos segundos maravillosos, Downes pudo sentir sobre el brazo la suavidad de su pecho, y acaso por primera vez desde que se habían conocido advirtió que podría llegar a desear a aquella mujer.

Mientras sacaba la cartera observó casi con agrado el cartel que adornaba uno de los extremos del bar: «Todos los licores se servirán en medida doble a no ser que nuestros clientes soliciten lo contrario.»

Se hallaban sentados frente a la barra, sobre un sofá de pared de color marrón claro, y picaban de cuando en cuando de un plato de cristal provisto de un surtido de aceitunas verdes y negras, cebollitas y pepinillos, cuando Ashenden asomó la cabeza al interior, miró alrededor y los vio.

—Ah... pensé que quizá os encontraría aquí.

—¿Cómo está el señor Stratton? —preguntó Sheila.

—Le vi durante el desayuno... La verdad es que parece estar afrontando los acontecimientos notablemente bien.

—¿No ha habido noticias de... del objeto que robaron?

Ashenden negó con la cabeza.

—Nadie parece tener demasiadas esperanzas al respecto.

—¡Pobre Theo! —dijo Sheila con un mohín—. Debo recordar comportarme amablemente con él esta mañana.

—Yo... esto... —Ashenden se mostraba incómodo—. Me temo que

98

el doctor Kemp no podrá unirse a nosotros durante la mañana.

—¿Y por qué diablos no? —espetó una Sheila súbitamente

erizada.

—La señora Kemp llamó hace un rato. El doctor Kemp ha ido a Londres, aunque sólo pasará allí la mañana. Su editor llevaba algún tiempo intentando verle, y dado que la presentación se canceló...

—¡Eso era esta tarde! —protestó Downes.

—¡Valiente frescura! —soltó Sheila—. John, tú estabas presente cuando lo prometió. ¡Es típico de él! ¡Ahora va y nos deja solos a Cedric y a mí con todo el trabajo pesado!

—Va a regresar tan pronto como pueda. Posiblemente esté de vuelta a la hora de almorzar, así que... bien, lo siento. Para los miembros del grupo ya ha constituido cierta decepción. Si quisierais...

—¡Con una condición, John! —Sheila, ahora sonriente, pareció relajarse. Ashenden comprendió, tomó su vaso vacío y se dirigió a la barra.

El guía se hallaba complacido por el modo en que había transcurrido la sesión. Muchas buenas preguntas y resultados merecedores de *magna cum laudem* por parte de Sheila Williams y Cedric Downes, especialmente en lo que se refería a este último, quien había sabido mostrar una perfecta combinación de erudición y escepticismo.

Durante el almuerzo, y tras haber consumido una generosa

proporción del jerez del aperitivo, incluyendo la ración correspondiente al aún ausente Kemp, Sheila comenzó a mostrarse innecesariamente cruel.

99

—¿Estudió usted aquí, en Arksford, señor Downes?

—Sí, señora Roscoe, en uno de los colegios menos elegantes... el Jesús. Es galés. Fue fundado en 1571.

—Creía que el Jesús estaba en Cambridge.

Sheila encontró la oportunidad irresistible.

—¡No, no, señora Roscoe! Jesús hizo artes y oficios en Belén.

La broma no podía ser más inofensiva, y desde luego Phil Aldrich rió abiertamente. Pero no así Janet Roscoe.

—¿Es a eso a lo que se refieren cuando hablan del sentido del humor británico, señora Williams?

—¿Dónde iba a estudiar carpintería, si no? —prosiguió Sheila, hallando su segundo comentario aún más gracioso que el primero y soltando una estridente carcajada.

Al propio Downes, sin embargo, ya no parecía divertirle la conversación, y elevó la mano derecha hacia su oreja para ajustarse el audífono, que llevaba algunos minutos emitiendo un pitido intermitente. Quizá no lo había oído...

Pero Janet no pensaba dejar las cosas así. Le habían hecho quedar como una tonta, y con su siguiente comentario consiguió parecer más tonta aún.

—Personalmente, no encuentro divertida la blasfemia y, además, en aquellos tiempos no había universidades en Palestina.

Phil Aldrich depositó suavemente una mano sobre el brazo de Janet intentando refrenarla, y la discordante hilaridad de Sheila alcanzó nuevas cotas.

100

—Le ruego que no se burle demasiado de nosotros, señora Williams. Sé que algunos de los presentes no somos tan ilustrados como la mayoría de ustedes. Por eso hemos venido, ¿sabe? Para intentar aprender un poco más acerca de su país y sus costumbres. Pronunció su pequeño discurso con grave dignidad, y Sheila se sintió de pronto avergonzada. Por unos segundos sus ojos inyectados brillaron con una mirada de leve arrepentimiento, y ya había comenzado a excusarse cuando sonó el teléfono, situado junto a ellos sobre una mesa colocada bajo la ventana que daba al Taylolean Institute.

Eran las 12.35 cuando Celia Freeman, mujer de agradable verbo y considerable competencia, atendió la llamada en la parte trasera de la

zona de recepción. Mejor dicho, eran aproximadamente las 12.35. Cuando posteriormente fue interrogada al respecto —e interrogada con metódica minuciosidad— descubrió en su cuaderno que tanto el nombre de la persona que había hecho la llamada, doctor Kemp, como el del interlocutor que la había recibido, señor Ashenden, habían sido anotados poco después de otra llamada recibida a las 12.31. Y eran las 12.48 exactamente cuando John Ashenden había llamado a recepción desde la suite St. John rogando que enviaran un taxi a la llegada del tren de las 15.00 procedente de Paddington para recoger al doctor Theodore Kemp en la estación de Oxford.

101

18

En las normas de procedimiento policial se puede permitir cierto grado de realismo, mas conviene no exagerarlo con objeto de evitar que las mismas parezcan tan tediosas como de hecho resulta la vida real del policía.

JULIAN SYMONS, *Asesinato sangriento*

Morse no había recuperado el Jaguar hasta las 10.00 de aquella misma mañana, y eran ya las 10.15 cuando por fin hizo acto de presencia en la jefatura de Kidlington.

—Espero que haya tenido una tarde provechosa, Lewis.

—No especialmente.

—¿Aún no ha detenido al ladrón?

Lewis negó con la cabeza. Llevaba ya tres horas trabajando, había estado intentando clasificar y cotejar varias declaraciones y no estaba de humor para soportar el sarcasmo de un hombre que aparentemente había perdido la mayor parte del escaso entusiasmo con el que había comenzado.

~¿Y bien?

—Nada, en realidad. Estos norteamericanos... bueno, parecen un grupo agradable. Algunos de ellos no están tan seguros acerca de dónde estaban exactamente, pero eso es lógico, ¿no cree? Instalándose, tomando el té, deshaciendo maletas, lavándose, intentando encender el televisor...

—Estudiándose las normas contra incendios, espero.

—Lo dudo. Pero por lo que he podido ver todos parecían decir la

102

verdad.

—Excepto uno.

—¿Perdón, señor?

—Ashenden mentía.

Lewis le miró desconcertado.

—¿Por qué dice eso?

—Dijo que había estado dando un paseo por el Magdalen.

—¿Y?

—Me lo contó de arriba abajo... puede decirse que prácticamente estaba recitando las frases de la guía.

—Él es guía.

—Las páginas ciento treinta a ciento treinta y pico del *Oxford* dejan Morris. Palabra por palabra... o casi.

—Probablemente estuvo empollándose para cuando saliera con el grupo.

—Magdalen no está en el programa.

—Pero no puede asegurar que estuviera mintiendo sólo porque...

—¡Ashenden es un embustero!

Lewis sacudió la cabeza: no merecía la pena discutir con Morse cuando estaba de aquel talante, pero insistió un poco más.

—De todas maneras no importa, ¿no le parece? Si Ashenden

103

decidió ir a dar una vuelta por el Magdalen...

—No lo hizo —dijo Morse suavemente.

—¿No?

—Esta mañana llamé a la conserjería de esa institución. El colegio

permaneció cerrado al público durante todo el día: estuvieron allí los albañiles desde primera hora de la mañana realizando no sé qué restauraciones en los claustros. Por orden del tesorero, nadie obtuvo ayer acceso al Magdalen excepto sus propios catedráticos, orden que, según me aseguró el portero, se cumplió sin la más mínima excepción... bueno, sí, un tipo que fue a entregar un pedido de papel higiénico perfumado para el presidente.

—¡Oh! —Lewis bajó la mirada y contempló las hojas de papel que tan cuidadosamente había considerado y ordenado... trabajo perdido, probablemente. Podía haberse tratado también de otros tantos rollos de papel higiénico. Ahí estaba Morse, burlándose de todos sus esfuerzos mediante una única llamada telefónica—. Así que nos estaba mintiendo —dijo sin entusiasmo.

—Algunos nos pasamos la vida mintiendo, Lewis.

—¿Quiere que le arreste?

—No se puede arrestar a nadie por decir mentiras. Al menos no esa clase de mentiras. Lo más probable es que tenga alguna amiguita en Holywell Street. A lo mejor incluso estaba allí.

—¿Señor?

—Bueno, significa que no estaba en el Randolph birlando bolsos, ¿no?

—Quizá lo hizo antes de salir. La señora Stratton fue una de las

104

primeras personas que subieron a la habitación, y Ashenden estuvo allí sus buenos diez minutos...

—¿Y qué hizo con él?

—Deberíamos haber registrado las habitaciones, señor.

Morse asintió vagamente y se encogió de hombros.

—¿Estamos perdiendo el tiempo? —preguntó Lewis.

—¿Con qué? ¿En lo que se refiere al bolso? ¡Oh, sí! Nunca lo hallaremos... puede usted apostar el saldo de su cuenta corriente.

—Tampoco perdería tanto si lo hiciera —musitó Lewis.

—¿Ha llamado Max?

—No. Prometió que lo haría, ¿no es así?

—¡Puerco holgazán! —Morse descolgó el teléfono y marcó el número del laboratorio—. Si sigue diciendo que sólo fue un ataque al corazón creo que me veré obligado a dejar este asunto en sus competentes manos, Lewis, y marcharme a mi casa.

—Imagino que se pondría usted más contento que unas pascuas si le dijeran que había sido asesinada.

Pero Morse ya había establecido comunicación.

—¿Max? Morse. ¿Has hecho ya los deberes?

—Trombosis coronaria aguda.

—¿Seguro?

Morse oyó un exasperado suspiro al otro extremo de la línea,

105

pero no obtuvo respuesta.

—¿Pudo haber sido inducida, Max?

—No sabría decirlo.

—¿El cuerpo no presenta ninguna herida?

—No.

—¿Has mirado en todos los sitios?

—Siempre miro en todos los sitios.

—No resultas de gran ayuda.

—Al contrario, Morse. Te he dicho exactamente de qué murió. Al igual que el competente doctor Swain.

Pero Morse ya había colgado, y cinco minutos más tarde se hallaba al volante de su automóvil en dirección a North Oxford. Lewis, por su parte, se quedó en la oficina y pasó el resto de la mañana completando la aburrida rutina del papeleo. A las 12.50, considerándose incapaz de emular el tono autoritario que Morse empleaba habitualmente con los recaderos, cogió el autobús 21 en dirección a St. Giles', bajó frente al Monumento a los Mártires y

comenzó a cruzar la calle en dirección al Randolph. Observó que Sheila Williams abandonaba el hotel con paso apresurado y, sin mirar atrás, enfilaba la acera izquierda de St. Giles', dejaba atrás las columnas del Taylorian y la fachada de Pusey House y escapaba a la mirada moderadamente interesada del sargento Lewis, quien, torciendo hacia Beaumont Street, ya con la marquesina del Randolph frente a él, se detuvo de nuevo. Un hombre descendía por la escalinata del hotel. Tras lanzar un rápido vistazo por encima del hombro, torció a la izquierda y huyó apresuradamente en dirección al Worcester College, donde torció

106

a la izquierda de nuevo al llegar al semáforo y pasó bajo la señal de tráfico que indicaba la situación de la estación de ferrocarril. En circunstancias normales, un episodio tan inocente difícilmente hubiera merecido un lugar en la memoria del sargento. Pero no se hallaban en circunstancias normales, y el hombre que tan presurosamente acababa de abandonar el Randolph era Eddie Stratton.

Distraídamente, Lewis encaminó sus pasos tras él.

Como más tarde sabrían Morse y Lewis, fue a esa hora, entre las 13 y las 14, cuando la escena quedó irreversiblemente dispuesta para un nuevo asesinato.

A las 15.20, y ante un auditorio ligeramente menos nutrido de lo

previsto, Cedric Downes señalaba las virtudes de las cristaleras de la capilla del University College, destacando especialmente la escena del Jardín del Edén, en la que las manzanas del árbol de la sabiduría brillaban como unas gigantescas Golden. A las 15.30 en los archivos del New Bodleian, Sheila Williams se esforzaba por mostrar entusiasmo ante una serie de fotografías de Henry Taunt tomadas durante la década de 1880... asimismo frente a un auditorio ligeramente menor de lo previsto. Sin embargo, las diapositivas seleccionadas por el doctor Theodore Kemp para ilustrar el desarrollo de la joyería en la Inglaterra anterior a la conquista, se hallaban destinadas a permanecer en su caja del Salón Conmemorativo de Elias Ashmole durante la totalidad de aquella tarde soleada.

19

En Oxford, los baños nudistas solían —y aún suelen— practicarse, lo que era motivo de mutua turbación cuando pasaban damas a bordo de sus embarcaciones.

MARILYN YURDAN, *Oxford: La ciudad y sus instituciones*

107

A las 21.30 los parques universitarios llevaban ya largo rato cerrados; de hecho, desde la puesta del sol. No obstante, esta circunstancia rara vez había descorazonado a los amantes más

decididos —así como a otros, más enloquecidos— de su empeño de descubrir vías de acceso a través o por encima de las verjas y los setos para acceder a tan célebres terrenos, escenario de incontables copulaciones desde el atrincheramiento de la artillería real en dicha zona durante la guerra civil.

Dos de aquellos amantes modernos, Michael Woods, de diecisiete años de edad, y Karen Jones, dos años mayor que él, ambos del pueblo de Old Marston, situado al este de los parques, habían atravesado el elevado arco que el Rainbow Bridge describía sobre el río Cherwell, adentrándose en Mesopotamia, un sendero que discurría entre dos brazos del río. El joven Michael, animado por el hecho de que la palma de su mano descansaba ya sobre la nalga derecha de la no poco formidable Karen sin oposición aparente de la misma, condujo a la precoz ninfa hasta el recinto conocido con el nombre de El Placer de Parson. Este célebre y denostado recodo de bañistas se encuentra en un punto donde el río aprovecha una de sus curvas para formar una agradable y discreta zona de natación dotada de una terraza de cubículos toscos, si bien útiles, que permiten a los deportistas despojarse de sus vestiduras y ponerse —o no ponerse— sus trajes de baño. El Placer de Parson se halla rodeado de una valla de hierro ondulado pintada de verde cuya puerta de acceso se encuentra

celosamente guardada durante los meses de verano y sólidamente cerrada tan pronto como se considera que las aguas han alcanzado una frialdad excesiva incluso para los más osados de sus habituales homoeróticos. Aquella tarde, sin embargo, una sección del perímetro aparecía tristemente derribada sobre el terreno, bien como resultado de alguna que otra tempestad inesperada, bien como consecuencia de algún reciente acto vandálico, y ambos jóvenes no tardaron en verse sentados uno junto al otro en una de las cabinas. A pesar de su

108

veteranía en cuanto a edad se refería, Karen se había mostrado como la más cauta de los dos a lo largo del desarrollo del romance. Y no sin motivo, ya que Michael, según atestiguaban varias de las muchachas del pueblo, era uno de los más notorios miembros a sueldo de la Brigada de las Manos Errantes. Tras varios manoseos exploratorios a lo largo del fémur izquierdo, una súbita alternativa táctica descargada sobre la parte anterior de su blusa había anunciado la presencia de una nueva ofensiva manual, momento que la joven escogió para retirarse a posiciones previamente fortificadas.

—¡Mike! ¡Vámonos de aquí, por favor! Estoy empezando a tener frío...

—¡Enseguida me ocupo de eso, cariño!

—Y esto es un poco tétrico. No me gusta este lugar, Mike.

La verdad es que el muchacho se lo había imaginado desde que se deslizaron a través del seto a las ocho y media; desde que la había besado brevemente sobre el Rainbow Bridge que salvaba las caudalosas y veloces aguas y había comprobado su temperatura, hallándola demasiado fresca como para permitirle adentrarse en la ropa interior de una muchacha que parecía haberse ataviado aquella cálida tarde como si pensara acometer una expedición a la Antártida. Así pues, se incorporó, y con lo que ella misma consideró como un gesto sorprendentemente galante y casi seductor, abrochó el único botón de su blusa que había conseguido hasta entonces alcanzar.

—Sí, está empezando a hacer fresco, ¿no crees? —mintió.

La luna brillaba con fuerza sobre ellos mientras se alejaban de la cabina, y Karen comenzaba a preguntarse si no habría juzgado ligeramente mal a aquel alegre y divertido jovencito, cuando sus ojos captaron una forma tendida a lo largo del borde de la encañizada que se extendía ante ellos.

109

—¡Aaaaahhhh!

SEGUNDA PARTE

110

La medusa lunar

oscila bajo olas

como un paracaídas en el aire.

BASIL SWIFT, *Selección de Haiku*

Fue a mitad del movimiento lento del *Cuarteto americano* de Dvořák —precisamente en el momento en que Morse intentaba decidir mentalmente si no cabía permitir a tan magnífica obra desplazar al «In Paradisum» del *Requiem* de Fauré del octavo puesto de la lista de casetes que se llevaría a una isla desierta— cuando sonó el teléfono. Por segunda vez en aquella tarde. Poco antes, un Lewis que parecía fatigado le había informado que Eddie Stratton se había marchado a la estación nada más terminar el almuerzo y no había vuelto aún al Randolph. Naturalmente, tan prolongada ausencia resultaba ligeramente inquietante, en particular a la vista de... bien, de las circunstancias. Y, de hecho, Ashenden había telefoneado a Kidlington pocos minutos antes para comprobar si la policía sabía algo. Así pues, a Lewis se le había ocurrido que quizá no estaba de más mencionarlo antes de abandonar el servicio. A regañadientes, Morse había prestado una atención poco menos que somera a aquella primera llamada, pero ahora escuchaba con bastante atención.

Cuando Morse llegó, tanto Lewis como Max se encontraban ya en escena. El forense, incongruentemente ataviado con traje de etiqueta, se apresuró a poner en antecedentes al inspector jefe de modo un tanto agitado y florido:

—El muerto yacía allí —señaló las aguas de la encañizada, iluminadas por la luna—, «como algo pálido, blanco y alargado», tal cual dijera la joven. No está mal, ¿verdad? Alguien le arrastró hasta

111

aquí con un bichero, y cuando llegué yo, su cadáver desnudo y anegado en agua se encontraba situado junto al borde de la ribera, justamente aquí, enfrente de las cabinas, boca abajo. El agua había lavado ya la sangre de la cabeza, ¡mucho sangre, diría yo, Morse!, y sus cabellos se alzaban y hundían en...

—¿Has estado ensayando todo este rollo, Max?

—No, sólo bebiendo, amigo... Se alzaban y hundían en el agua como una medusa medio descuartizada.

—¡Magnífico!

—No sé dónde he leído esa parte acerca de la medusa.

Demasiado buena para no utilizarla, ¿no crees?

—¿Te refieres a que necesitaba un corte de pelo?

—Tu alma carece de poesía.

—¿De qué fiesta se trataba esta noche?

—La Concejalía de Sanidad de Oxford. Y yo iba de orador invitado... ¡nada menos! —Alzando el índice de su mano derecha, Max propinó un golpecito a su corbata de lazo, tras lo cual se sirvió del mismo dedo para señalar la figura de un hombre cubierto por una sábana de plástico y depositado sobre la húmeda hierba que bordeaba el agua.

—¿Quién es? —preguntó Morse en voz baja.

—Ah, esperaba que tú pudieras decírmelo. Tú eres el detective, Morse. ¡A ver si lo adivinas!

—Un californiano de setenta años cuya mujer falleció ayer por causas naturales, si es que hemos de fiarnos de las autorizadas

112

opiniones médicas al respecto.

—¿Y de qué murió él?

—Se suicidó ahogándose, hace tres o cuatro horas, cuando comenzaba a oscurecer. Se golpeó la cabeza contra un trozo de rama mientras flotaba río abajo. ¿Hay algo más que desees saber?

—¡Para enviarte de vuelta a primaria, Morse! No sé con seguridad si era norteamericano o si se había separado recientemente de su esposa, ¡pero desde luego no había cumplido los setenta! Más

bien se hallaba en la cuarentena... puedes apostar tu pensión a eso.

—Gracias, pero mi pensión es algo que pienso conservar.

—¡Compruébalo por ti mismo!

Max retiró el plástico que cubría el cuerpo, e incluso Lewis experimentó su segundo estremecimiento de la noche. En cuanto a Morse, echó tan sólo un breve vistazo, aspiró profundamente, se inclinó ligeramente hacia adelante como si estuviera a punto de vomitar y volvió la cabeza. Tal y como Max había dicho, resultaba evidente que debía de haber habido mucha sangre; también era obvio que el cadáver pertenecía a un hombre relativamente joven: era el cuerpo del hombre al que (con tanto desagrado) había entrevistado Morse la tarde anterior; el hombre al que le había sido arrebatado el Broche de Wolvercote... el mismo hombre al que ahora le había sido arrebatada la vida.

El doctor Theodore Kemp.

Max procedía a colocar su bolsa en el maletero de su BMW cuando Morse se acercó lentamente hasta él.

—¿Llegaste pronto aquí, Max?

113

—Estaba a la vuelta de la esquina, muchacho. En el Instituto de Patología William Dunn. ¿Lo conoces?

—¿Cómo murió?

—Probablemente, la sangre ya estaba coagulada antes de que lo tiraran al agua.

—¿En serio? ¡Hasta ahora nunca te había oído afirmar nada tan definitivo!

—Lo sé, Morse. Lo siento. Son las copas.

—¿Pero lo sabrás mañana con seguridad?

—«Mañana, mañana, mañana...»

—¿Fue suicidio, pues?

—Oh no, Morse. Ése fue tu veredicto.

—¿No hay ninguna posibilidad?

—Yo soy sólo un patólogo.

—¿Cuánto tiempo llevaría en el agua?

—No podría decirlo.

—¿Aproximadamente?

—Ocho, siete, seis, cinco, cuatro horas...

—Muchísimas gracias.

Max rodeó el automóvil hasta situarse frente al capó.

114

—Por cierto, esta tarde volví a hablar con el doctor Swain. Se va a quejar de ti al jefe.

—Buenas noches, Max.

—Buenas noches, Morse.

Tan pronto como el forense hubo partido, Morse se volvió hacia su maltratado sargento con injustificada ferocidad.

—Usted me dijo, Lewis, que el maldito Eddie Stratton llevaba ausente en circunstancias muy sospechosas desde primeras horas de la tarde, y también que Ashenden, frenéticamente inquieto, le había llamado por teléfono y...

—¡En absoluto! ¡Yo nunca dije tal cosa!

—¿Qué me dijo, entonces?

—Bueno, es cierto que mencioné que Stratton había partido sin decir palabra. Y también dije que el doctor Kemp no se había presentado en la estación a pesar de que habían mandado un taxi para que le recogiera y le llevara a...

—¿A qué hora fue eso?

—A las tres, señor.

—Humm... así que si se demostrara que había sufrido un fortísimo golpe en la cabeza, y que dicho golpe había sido propinado deliberada y no accidentalmente hace, digamos, unas siete horas... ¿Fue a las tres, dice usted, Lewis, cuando Kemp se presentó de regreso en Oxford?

—Cuando *no* se presentó de regreso en Oxford, señor.

115

Tantas luces: estaban las luces amarillentas de las farolas que iluminaban la ribera del río; las luces blancas de los flashes de los fotógrafos de la policía; las luces azuladas de los coches de policía que aún se arremolinaban en torno a la escena. Pero apenas había luz en la mente de Morse. Claro está que podía quedarse un rato —una o dos horas— fingiendo saber qué era lo que él o cualquier otro debían intentar descubrir. O regresar a la jefatura e intentar planear unas cuantas líneas de interrogatorio para los miembros de un equipo formado por hombres y mujeres que parecían cada vez más sucios, desgredados e incompetentes a medida que avanzaba la madrugada. Sin embargo, existía otra opción. ¡Podía coger el coche, ir al Randolph y localizar a ese puerco embustero de Ashenden! El bar aún seguiría abierto, al menos para los residentes. ¿A buen seguro, los bares de los hoteles de cinco estrellas nunca cerraban? ¿Acaso no era eso lo que uno pagaba? ¡Sí! Y, como ahora ocurría, había veces en las que el deber y el placer coincidían misericordiosamente. En consecuencia, Morse prohibió gentilmente a Lewis que se quedara allí más de un par de horas y partió.

Habían transcurrido veinticinco minutos desde que Morse

abandonara la escena cuando Lewis encontró la primera e importante pista: una hoja de papel amarillo de tamaño DIN-A4 en la que originalmente habían aparecido impresos los detalles del Recorrido por las Ciudades Históricas de Inglaterra y sobre la que con un grueso trazo de bolígrafo se había tachado el último capítulo del día, que ahora rezaba: «19.30: Cena.»

21

*No viniste,
y yo fui entumeciéndome con el paso del tiempo.*

THOMAS HARDY, *Faltar a una cita*

116

Las zonas de estacionamiento que se extendían a ambos lados de St. Giles' se hallaban prácticamente vacías, y Morse aparcó su Jaguar frente al St. John's. Pasaban dos minutos de medianoche cuando entró en el bar Chapters, donde aproximadamente una docena de bebedores tardíos (o mañaneros) permanecían aún firmando facturas alegremente. Ashenden incluido.

—¡Inspector! ¿Me permite invitarle a una copa?

Tan pronto Michelle, la camarera, ataviada con una blusa blanca y una falda azul, logró interpretar con razonable exactitud la expresión «un chispazo de malta» como una generosa dosis de Glenlivet, Morse

se sentó a la mesa de Ashenden.

—Howard y Shirley Brown, inspector... y éste es Phil Aldrich.

Morse estrechó la mano de los tres, notando con aprobación el apretón firme y sereno de Howard Brown, en cuya cautelosa sonrisa de saludo creyó advertir unos ojos igualmente firmes y serenos. El motivo de tan tardía reunión, explicó Ashenden, era muy simple: Eddie Stratton. No había vuelto a ser visto desde que abandonara el hotel después de almorzar. La señora Roscoe (¿quién si no?) había sido la única en verle salir, así como (según sabía Morse) el propio Lewis. Nadie sabía adonde había ido, estaban todos preocupados y, a juzgar por su aspecto, Shirley Brown era quien más lo estaba: ¿qué podía estar haciendo nadie a esas horas de la noche, por el amor de Dios? Bueno, quizá bebiendo Glenlivet, pensó Morse, o acostado con una hermosa chica entre sábanas recién planchadas; de hecho, se hallaba a punto de sugerirles que sin duda era aún muy pronto para preocuparse demasiado cuando entró el conserje y preguntó al inspector jefe Morse si era el inspector jefe Morse.

—¿Cómo demonios supo usted que estaba aquí, Lewis?

—Dijo usted que se marchaba a casa.

117

—Entonces ¿por qué...?

—Nadie cogió el teléfono cuando llamé.

—Pero ¿cómo...?

—Soy detective, señor.

—¿Qué quiere?

Se había relacionado una llamada telefónica recibida poco antes de medianoche en la comisaría de St. Aldate's con la escena del crimen de El Placer de Parson, que la señora Marion Kemp, del número 6 de Cherwell Lodge, había informado que su marido, que había partido hacia Londres a primera hora de la mañana, aún no había regresado a casa; que dicha circunstancia era completamente inusitada, y que estaba comenzando (¡había comenzado hacía largo rato!) a sentirse un poco (¡muy!) inquieta por él. Ella era minusválida y precisaba constantemente el tipo de ayuda que su esposo le prestaba por las tardes. Sabía algo, aunque no todo, de su programa del día: había telefoneado al Randolph a las 10.45 de la noche y se había enterado por el guía del recorrido de que su marido no había acudido en ningún momento del día para cumplir con sus deberes, cosa que, ya de por sí, no resultaba en absoluto característica de él. Tras pasar una tarde de ansiosa y ya casi insoportable espera, se había decidido a llamar a la policía.

Tal fue el mensaje transmitido por Lewis, quien no añadió nada

por el momento con respecto a su emocionante hallazgo, si bien acordó recoger a Morse en cosa de diez minutos, después de pasar brevemente por la jefatura.

—¿Alguna noticia de Eddie? —preguntó ansiosamente Phil Aldrich tan pronto como el ceñudo Morse regresó al bar.

118

El inspector negó con la cabeza.

—En el Cuerpo recibimos toda clase de noticias, señor. Buenas, a veces... pero en su mayoría malas, claro está. No, no hay noticias del señor Stratton, pero yo no me preocuparía demasiado. Al menos no por él... —musitó para sí mismo.

Se preguntaba si informar o no a las cuatro personas sentadas ante él de la muerte del doctor Kemp ya que, al fin y al cabo, no tardarían en enterarse. Sin embargo, decidió que probablemente ya tenían demasiadas cosas en que pensar por el momento y, apurando ágilmente su Glenlivet, se puso en pie y, con aire pensativo, se dirigió a la entrada del hotel reflexionando sobre una nueva posibilidad: la posibilidad de que la noticia de la muerte de Kemp —del asesinato de Kemp— no hubiera pillado demasiado por sorpresa a *una* de las cuatro personas que aún compartían la mesa del bar Chapters.

No obstante, no había tiempo para desarrollar tan fascinante y

probablemente vana teoría, ya que mientras aguardaba sobre la acera frente a la entrada del hotel, un taxi estacionó junto al bordillo y, con ayuda del chófer, un tipo considerablemente borracho se dirigió al vestíbulo tambaleándose estúpidamente. Por lo general, Morse era tolerante con sus compañeros de libación y, de hecho, gustaba de vez en cuando de la compañía de elementos ligeramente achispados; sin embargo, el espectáculo de aquel tipo luchando patéticamente por extraer su cartera de uno de los bolsillos interiores y a continuación tendiéndole tres billetes de diez libras al chófer... aquello llenó a Morse de una leve repugnancia. No obstante, el episodio no dejaba de constituir un alivio, ya que el tipo no era otro que Eddie Stratton. Evidentemente, tendría poco sentido entrevistar a Stratton allí y entonces. Ya una solícita, si bien adusta Shirley Brown y un competente pero no sonriente Howard Brown se habían apresurado a sostener al hijo pródigo por ambos costados y encaminarle hacia el ascensor. ¡No!

119

Stratton podía esperar. Con suerte, aún estaría allí a la mañana siguiente.

No así el chófer del taxi.

Morse asió al hombre por el brazo y lo retuvo cuando éste ya bajaba por las escaleras.

—Ha debido de traerle desde bastante lejos, ¿no?

—Pero ¿qué...?

—¿Treinta libras? Ha tenido que ser desde... ¿Banbury?

—Sí, puede. No es asunto suyo, amigo.

—Yo no soy su amigo —dijo Morse mientras rebuscaba su identificación.

—¿Entonces cuál es el problema?

—¿Dónde le recogió?

—En North Oxford.

—¡Una carrera más bien cara!

—Yo no le pedí...

—Lo aceptó.

—Al fin y al cabo, estos yanquis pueden permitirse un par de libras de más...

—A mí los yanquis me caen bastante bien.

—A mí también, agente.

120

—Ahí dentro hay una urna —Morse señaló en dirección al mostrador de recepción— en la que pone «Fundación contra la leucemia». Me da la sensación de que aún no está llena del todo.

—¿Cuánto?

—¿Veinte?

Encogiéndose de hombros, el chófer entregó a Morse dos de los billetes.

—¿En qué parte de North Oxford? ¿Cuál era la dirección?

—Lo he olvidado.

—¿Acaso quiere que lo dejemos en veinticinco?

—Al final de Hamilton Road, no sé dónde... creo que era el 97.

—¿Nombre?

—El mismo que el mío. ¡Ja! ¿Qué coincidencia, eh?

—Siempre me han gustado las coincidencias.

—Una señora llamó por teléfono y dijo, ya sabe, que si alguien podía llevar a ese tipo de vuelta al Randolph.

—Bien. Gracias. Buenas noches, señor...

—Williams. Jack Williams.

Lewis estacionó su automóvil detrás del taxi, a tiempo de ver cómo Morse introducía lentamente —¿a regañadientes?— dos billetes de diez libras por la ranura de una urna de colectas. Sonrió alegremente. Morse tenía algo de dinero, lo sabía, pero la generosidad de su jefe solía brillar por su ausencia, especialmente en los pubs.

121

Resultaba de lo más tranquilizador descubrir aquella inesperada faceta

munificente del alma del inspector jefe, por lo que Lewis le observó y no dijo nada.

122

22

El deber es lo que uno espera de los demás, no lo que hace uno mismo.

OSCAR WILDE, *Una mujer sin importancia*

A Lewis apenas le costó trabajo encontrar el camino del domicilio de los Kemp en Cherwell Lodge, un piso bajo situado en la parte derecha de un edificio de tres plantas, ya que se trataba de la única ventana de la calle —y, por supuesto, de la casa— en la que aún brillaba la luz eléctrica a la una menos cuarto de la madrugada. Para entonces, Lewis había mostrado a Morse la hoja amarilla DIN-A4, y éste se había mostrado tan entusiasmado que había encendido la luz interior del automóvil en marcha. Dobló la hoja respetando sus pliegues originales y se la introdujo en el bolsillo anterior de la chaqueta en el momento en que Lewis aparcaba silenciosamente el coche junto a la acera, frente al número 6.

—Podemos llamar desde ahí... de hecho será más sencillo — sugirió Morse, señalando la vivienda de los Kemp—. Necesitaremos que venga una agente... probablemente haya una en jefatura, ¿no le

parece?

Lewis asintió.

—Y un médico —prosiguió Morse—. Su médico, si es que no se halla demasiado sumido en el sueño o en la bebida.

Lewis volvió a asentir.

—Tiene razón, señor. Para esta clase de cosas, cuantos más seamos, mejor lo pasaremos, ¿no es así? ¿Sabe una cosa? Se trata quizá de las únicas ocasiones en las que realmente detesto este trabajo... ya sabe, los accidentes y esa clase de cosas... tener que decírselo a los

123

parientes y todo eso.

Era el turno de Morse para asentir.

—Siempre resulta duro, Lewis. Yo también lo aborrezco, ya lo sabe.

—Bueno, al menos esta noche somos dos, señor.

—¿Perdón?

—Digo que por lo menos siendo dos...

—¡No! Sólo usted, Lewis. No podemos desperdiciar nuestros preciosos recursos a estas horas.

—Quiere decir que no piensa...

—¿Yo? Yo pienso ir a... bueno, a hablar con nuestro otro testigo.

—¿De quién se trata?

—Se trata de la señora Sheila Williams. Podría muy bien tener algo vital que contarnos. Fue Sheila Williams, recuerde, quien pidió el taxi...

—¡Pero si estará en la cama!

Ni siquiera un leve temblor de cejas traicionó el mínimo interés por parte de Morse ante la perspectiva de interrogar a una dama atractivamente proporcionada y, con toda probabilidad, escasamente ataviada a una hora tan intempestiva.

—Bien, Lewis, en ese caso tendré que despertarla. Como bien ha dicho, nuestra labor se halla repleta de obligaciones complicadas y, en ocasiones, desagradables.

124

Lewis no pudo evitar una sonrisa. Nunca había llegado a determinar con exactitud por qué le gustaba trabajar con aquel tipo extraño, a menudo déspota y superficialmente carente de sentido del humor. Ni siquiera sabía si le gustaba. Pero a su mujer, sí, ya que siempre que su marido trabajaba con Morse la señora Lewis podía distinguir una curiosa complacencia en sus ojos que no sólo era positiva para él sino también para ella. Muy positiva. Y, de un modo extraño, se consideraba casi tan admiradora de Morse como su fiel

esposo... un esposo cuya felicidad siempre había sido la suya.

—Quizá debería llevarle yo hasta allí, señor.

—¡No, Lewis! Iré andando. El paseo me sentará bien.

—Como usted diga.

—Otra cosa, Lewis. Acerca del Jaguar. Creo que lo he dejado frente a St. John's. Si pudiera... bueno... —Sostuvo sus llaves entre el índice y el pulgar de la mano derecha, como si quisiera proteger su nariz del hedor de un pañuelo maloliente. A continuación descendió del automóvil.

A medida que le observaba alejarse hacia Hamilton Road, Lewis se preguntó, como tantas veces anteriormente, en qué estaría pensando Morse exactamente; se preguntó qué estaría pasando por su mente en aquel preciso instante; la interpretación de las pistas, aquellas pistas cuya respuesta nadie parecía capaz de hallar, aquellos atisbos de motivaciones que nadie más habría podido sospechar, aquellas respuestas a ciertas preguntas que nadie había comenzado siquiera a formular...

Cuando Morse abrió la desvencijada puerta de la verja del número 97, su mente anticipaba ya una entrevista interesante en potencia. Si los diabéticos necesitaban lo que solía denominarse un «equilibrio» —esto es, una inyección de insulina que controlara sus

niveles de azúcar en la sangre—, del mismo modo precisaba Morse el equilibrio ocasional de alguna que otra apetencia tibiamente erótica para responder a las exigencias de lo que hasta tiempos recientes había siempre diagnosticado como una libido razonablemente sana. De hecho, pocos días atrás, mientras le llenaban el depósito del Jaguar, se había sorprendido estudiando el muestrario de revistas semipornográficas dispuestas en la estantería superior de la gasolinera, sobre los periódicos, reencontrándose así con títulos tan razonablemente familiares como *Sólo para hombres*, *Escort*, *Bribón*, *Vídeo XXXX* y tantos otros, cada uno de los cuales procuraba con su cubierta seducir a los conductores por medio de imágenes de mujeres voluptuosas y de bustos generosos en posturas provocativas. Y justamente cuando terminaba de hojear una de ellas había entrado el detective inspector Hodges (¡maldita fuera su estampa!), se había aproximado a la sección de periódicos y había cogido el segundo ejemplar del montón de *Daily Mirror*. Inmediatamente, Morse había cogido un ejemplar de *Times* y lo había sostenido mientras aguardaba junto a Hodges en la cola de la caja como si del escudo blasonado de un cruzado se tratara.

—Un día espléndido, ¿verdad, señor?

—Muy buen día.

En aquel momento se le había antojado que los torpes ojos de Hodges no habían revelado la menor sospecha de los pensamientos de Morse. Pero incluso Morse —¡especialmente Morse!— se equivocaba a veces por completo.

126

23

No obstante, el primero en llevar las malas nuevas sólo desempeña un oficio ingrato.

SHAKESPEARE, *Enrique IV*, parte II

Lewis contempló cómo la silueta iba formándose gradualmente tras el vidrio semiopaco que cubría la mitad superior de la puerta de entrada.

—¿Sí? ¿Quién es? —La voz era nítida y denotaba a una persona educada.

—Policía, señora Kemp. Usted nos llamó...

—¡Muy bien! Ustedes se han tomado su tiempo. ¡Dejen ahora que yo me tome el mío!

Tras un abundante chasquido de cerrojos y el sonido final de una cadena al descorrerse, la puerta se abrió y Lewis bajó la mirada con mal disimulada sorpresa.

—¡Por el amor de Dios! ¿Acaso no le han dicho que era minusválida? —Y antes de que Lewis pudiera responder—: ¿Dónde está la agente femenina?

—... ¿Qué agente, señora Kemp?

—Bien, no pienso dejarme acostar por usted... ¡Que quede bien claro desde el principio!

Lewis podía haber llegado a sentirse divertido por aquel diálogo de no haber sido por el peso de las noticias que llevaba consigo.

—Si no le importa que entre un minuto...

127

Con un par de gestos de sus musculosas muñecas, Marion Kemp imprimió a su silla un giro de ciento ochenta grados y se desplazó veloz y expertamente hasta el salón principal.

—Cierre la puerta, ¿quiere? ¿Quién es usted, por cierto?

Lewis se identificó, pero Marion Kemp apenas pareció interesada en observar la placa que le mostraba.

—¿Le han encontrado ya? —La voz que antes Lewis había juzgado bien controlada temblaba ahora ligeramente, y la mujer se enjugó con el pañuelo la leve película de sudor que se había formado sobre su labio superior.

—Me temo... —comenzó Lewis.

En ese momento Marion simuló cierto grado de hospitalidad.

—¡Siéntese, por favor, sargento! El sofá es bastante cómodo, aunque yo, claro está, apenas he tenido experiencia directa al respecto.

Bien, el único motivo por el que he telefoneado, el principal motivo, es que, como puede ver, necesito cierta ayuda.

—Sí, me doy cuenta. Estoy... lo siento...

—¡No se preocupe! Mi esposo se las arregló para estrellarse contra otro automóvil en Ring Road, cerca de Botley.

—Bien... si le parece, voy a... —Lewis había visto el teléfono en el vestíbulo y, tras solicitar permiso a la señora Kemp, abandonó la estancia rápidamente y llamó a la jefatura solicitando la presencia de una agente. Se sentía incómodo, pues ya había contemplado anteriormente la misma escena en varias ocasiones: parientes que hablan y hablan sin parar, como si les asustara el momento de escuchar la temida noticia.

128

—Llegará enseguida, señora —informó Lewis, sentándose de nuevo—. Muy peligroso, ese tramo de la curva de Botley...

—¡No para el conductor, sargento! No en aquella ocasión. Una vértebra rota y un corte en el hombro... ¡y ni siquiera eso sangró más allá de un par de minutos! —La amargura de su voz se volvió tan

intensa que Lewis se sentía incapaz de pensar en nada, ni aun inadecuado, que decir—. ¡Hubiera sido mejor que me matara y terminar de una vez! Estoy segura de que lo mismo piensa él. ¿Comprende? No puede librarse de mí... al menos no del modo en que uno se libra de una esposa *normal*. Tiene que regresar una y otra vez para ocuparse de mis necesidades cuando... cuando preferiría mucho más que alguien se ocupara de las suyas. Sabe a qué me refiero, ¿verdad, sargento?

Sí, Lewis lo sabía; pero esperó unos instantes, asintiendo compasivamente a una mujer que, por el momento, había dicho lo que tenía que decir.

—¿A qué hora se marchó su esposo esta mañana? —preguntó en voz baja, advirtiendo el súbito destello de sus ojos nerviosos.

—A las siete y veinte. Vino un taxi a buscarle. A mi esposo le retiraron el permiso de conducir durante tres años después de matarme.

Lewis sacudió la cabeza con impaciencia:

—No la mató, señora...

—¡Sí, lo hizo! ¡Mató a la mujer que viajaba en el otro coche... y también a mí!

Fue Lewis quien, extrayendo su libreta, rompió el silencio que de

pronto descendió sobre ambos.

129

—¿Sabía usted adónde iba?

—A ver a sus editores. Acababa de terminar un libro y ahora está escribiendo unos capítulos para la nueva *Historia de la Antigua Inglaterra de Cambridge*.

—Y, de hecho... fue allí, ¿no es cierto?

—¡No sea estúpido! Claro que fue. Me llamó desde Londres.

Cuando salió de aquí aún no había pasado el cartero, y quería saber si le habían llegado ciertas pruebas.

—¿A qué hora le esperaba usted de regreso?

—No lo sabía con seguridad. Habían tenido algunos problemas en el Randolph. Lo sabe todo, ¿verdad?

Lewis asintió... temiendo una vez más la llegada de ese momento inexorable en el que también ella tendría que saberlo todo acerca de otra cosa.

—Habían modificado el programa... no recuerdo exactamente qué me dijo. Pero habría estado de vuelta a las diez y media. Nunca llega más tarde de esa hora...

Aquella mujer delgada, morena y algo vulgar, comenzaba a traicionar síntomas de pánico desde su silla de ruedas. ¡Habla, Lewis!

Escribe algo en tu libreta. ¡Haz algo!

—¿No tiene usted idea de adonde pudo haber ido cuando regresó de Londres?

—¡No, no, sargento! ¿Cómo iba a tenerla? A duras penas tendría siquiera tiempo para visitar a su preciosa Sheila Williams de los demonios, ¿no cree? A esa lujuriosa, patética y alcohólica...

130

¡Habla, Lewis!

—Debía de estar profundamente disgustado por la desaparición del Broche de Wolvercote.

—Sí, llevaba mucho tiempo esperando para verlo.

—¿Por qué nunca viajó a América para verlo allí?

—Yo no se lo permití.

Lewis bajó la mirada hacia la tarima desnuda y guardó la libreta.

—¡Oh, no! No tenía intención de que me dejara aquí sola. ¡No después de lo que me hizo!

—Señora Kemp, me temo que tengo...

Pero los ojos de Marion parecían ya abiertos a un abismo desolado. Su voz, tan ferozmente vengativa sólo unos momentos antes, se había vuelto súbitamente trémula y sobrecogida... casi como si ya lo supiera.

—En ese aspecto no me comporté muy bien con él, ¿verdad?

Misericordiosamente, el timbre de la puerta sonó y Lewis se puso en pie.

—Debe de ser la agente, señora Kemp. Iré... si le parece, iré y...

Escuche, tenemos que decirle una cosa. Iré a abrir la puerta.

—Está muerto. Está muerto, sargento, ¿no es cierto?

—Sí, señora Kemp, está muerto.

La mujer no emitió sonido alguno, pero los extremos de sus dedos tensos y pálidos apretaron sus sienes como si intentaran

131

seccionar los nervios que enviaban el mensaje desde los oídos a la mente.

132

24

Existen numerosas protecciones eficaces contra la tentación, pero la más segura es la cobardía.

MARK TWAIN, *Siguiendo el ecuador*

-¡Siéntese, inspector! ¿Quiere acompañarme?

Sheila Williams, con aspecto relativamente sobrio y completamente respetable, procedía a tomar una taza de café.

—¿Cómo? ... ¿Café?

Sheila se encogió de hombros.

—Lo que guste. No me falta casi de nada... si sabe a qué me refiero.

—De cualquier manera, ya bebo demasiado.

—También yo.

—Escuche, sé que es tarde...

—¡Nunca me acuesto antes de la una... al menos no sola! —dijo

Sheila burlándose cruelmente de sí misma.

—Ha tenido usted un día difícil.

—Sí, difícil y alcoholizado. —Tomó unos sorbos del café caliente

—. En uno de los relatos de Kipling hay un tipo que afirma saber que su alma se ha podrido porque ya no consigue emborracharse. ¿Lo conoce?

Morse asintió.

133

—«El amor de las mujeres.»

—¡Sí! Uno de los grandes relatos del siglo veinte.

—Diecinueve, me temo.

—¡Oh, por Dios! ¡Un poli literato no! —Tristemente, fijó la mirada en el mantel, pero volvió a alzarla al oír que Morse proseguía.

—Era Mulvaney, ¿no? «Cuando la bebida ya no prende, significa

que el alma de un hombre está podrida.» Ha formado parte de mi bagaje intelectual durante años.

—¡Dios santo! —murmuró Sheila.

La habitación en la que se encontraban se hallaba agradablemente amueblada, y contaba con algunas piezas de buena calidad y varias reproducciones de cuadros holandeses del siglo XVII, tan interesantes como poco corrientes. Varios toques de buen gusto aquí y allá, pensó Morse; toques femeninos, también, como el osito de peluche con lacitos sentado en el sofá junto a su ama. Fue en aquella habitación donde Morse, con suavidad y sencillez, informó a Sheila de la muerte de Theodore Kemp, considerando de un modo extraño y personal que quizá no resultaba una hora inapropiada para que se enterara.

Durante un intervalo, Sheila Williams permaneció sentada e inmóvil mientras sus grandes ojos castaños iban humedeciéndose poco a poco, como los adoquines de la calle bajo una lluvia repentina.

—Pero ¿cómo?... ¿Por qué?

—Lo ignoramos. Esperábamos que pudiera usted ayudarnos. Por eso estoy aquí.

Sheila le dirigió una mirada atónita.

—¿Yo?

—Me han contado que tuvo una... bueno, que tuvo una pequeña discusión con él.

—¿Quién le ha dicho eso? —Su voz se había tornado áspera.

—Lino de los miembros del grupo.

—¡Esa zorra de la Roscoe!

—Pruebe otra vez.

—¡Bah, olvídalo! Discutimos, sí. Dios, si alguien hubiera pensado en matarse después de eso, hubiera sido yo, inspector, no él.

—Escuche, siento tener que pedírselo en un momento como éste...

—Pero quiere saber qué pasó entre nosotros... entre Theo y yo.

—Sí, eso querría, señora Williams.

—Sheila. Me llamo Sheila. ¿Y usted?

—Morse. Me llaman sencillamente Morse.

—Todo esto no persigue más que mi puñetera colaboración, ¿no es así?

—¿Qué pasó entre usted y el doctor Kemp, señora... humm, Sheila?

—¡Sólo mi vida, eso fue lo que pasó! ¡Eso es todo!

—Continúe.

—Oh, usted no lo entendería. Seguramente está casado, y tiene una esposa encantadora y un par de niños igualmente encantadores...

—Soy soltero.

—Ah, bueno. Eso está bien, ¿no? Bien para los hombres. —Apuró el café y miró alrededor, primero con desesperación y luego con tristeza.

—¿Un gin-tonic? —sugirió Morse.

—¿Por qué no?

Mientras el inspector le preparaba su copa (y otra para sí mismo), pudo oírla hablar con voz soñolienta y apagada, como si no lograra aceptar la noticia que acababa de oír.

—¿Sabe, Morse? Yo estuve casada en cierta ocasión. Así fue como conseguí la mayor parte de todo esto. —Indicó con un gesto el contenido de la estancia.

—Es agradable... la habitación —dijo Morse, consciente del contraste entre el destartalado aspecto del edificio y su elegante interior. Durante un par de segundos, se preguntó si no cabría comentar aquella reflexión con la propia señora Williams...

—Oh, sí. Tenía un gusto impecable. A eso se debió que me dejara por otra mujer..., una que no bebiera ni hiciera cosas embarazosas, ni

tuviera cambios de humor, ni momentos estúpidos o apasionados.

—Y el doctor Kemp... ¿también él había encontrado a otra mujer?

—insistió Morse cruelmente. Su respuesta, no obstante, le sorprendió.

—¡Oh, no! Ya la tenía encontrada; ¡la había encontrado mucho antes que a mí!

136

—¿Quién...?

—Su mujer... ¡su maldita mujer! Siempre estaba consultando el reloj y diciendo que tenía que irse y...

Rompió a llorar. Morse se acercó tímidamente al sofá, desplazó al osito, la rodeó con el brazo derecho y la estrechó contra su pecho hasta que la tormenta amainó.

—Ignoro si esto es la impresión o si sólo son los efectos de la resaca.

—No se sufren resacas a esta hora de la noche.

—¡De la mañana!

—De la mañana.

Restregó su mejilla húmeda contra el rostro de Morse.

—Es usted agradable.

—¿No se le ocurre por qué Kemp...?

—¿Habría decidido suicidarse? ¡No!

—Yo no he hablado de suicidio.

—¿Quiere decir que...? —De pronto se apartó de él, con los ojos dilatados por el horror—. ¿No irá a decirme que fue asesinado?

—No podemos estar seguros... no por ahora. Pero le ruego que sea sincera conmigo. ¿Conoce usted a alguien que pudiese querer matarle?

—¡Sí! Yo, inspector. ¡Y, ya puesta, también a su mujer!

137

Morse se despegó apaciblemente de Sheila Williams.

—Escuche, si hay alguna cosa que piense que debo saber...

—¿Usted no cree realmente que yo tuviera que ver con... con lo que haya ocurrido?

—Ayer, después del almuerzo, la vieron caminando por St. Giles' en dirección norte. Y esta vez tampoco fue la señora Roscoe. Fue el sargento Lewis.

—Iba... —repuso Sheila lentamente—, *fui* al Bird and Baby ¿Le apetece esta vez adivinar a usted? ¿Adivinar a qué fui?

—Allí, en el pub, ¿estuvo usted sola?

—S-sí —Vaciló lo suficiente.

—¿Vio a alguien allí?

—No. Pero... pero vi a alguien pasar en bicicleta, pedaleando

hacia Banbury Road. Era Cedric... Cedric Downes. Y él también me vio a mí. Sé que me vio.

Morse guardaba silencio.

—Me cree, ¿verdad?

—Uno de los secretos para resolver un asesinato es no creer nunca a nadie. No por completo, ni tampoco al principio.

—¡No irá a decirme que me considera sospechosa!

Morse sonrió.

—Le prometo quitarla de la lista tan pronto como me sea posible.

138

—¿Sabe? Nunca había sido sospechosa de asesinato. Gracias por tratar el tema con tanta elegancia.

—Será mejor que no mencione esto a los miembros del grupo. No hasta que hayamos avanzado un poco.

—Todavía no ha avanzado mucho, ¿verdad?

—No mucho.

—¿Y si nosotros avanzáramos un poco más, Morse? —Los dedos de su mano izquierda jugueteaban con el botón superior de su blusa de color rojo, y Morse escuchó junto a su oído una voz que sonó como una sirena—: ¿Qué diría si le ofreciera otra copa antes de irse?

—Diría que no, mi encantadora amiga. Y ello debido a que si no

soy razonablemente prudente, si me tomo otra copa, de hecho si me quedo aquí un minuto más incluso sin tomarme otra copa, es muy probable que le sugiriera que procediéramos (no olvide que en la policía nunca «progresamos», sino que «procedemos») a, en fin... — Morse agitó una mano, apuró el vaso, se levantó del sofá y se encaminó a la puerta.

—¡No le disgustaría!

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Por qué no, pues?

Sheila no se había movido del sofá y Morse permaneció en el umbral, contemplándola.

—¿No lo sabe?

Unos minutos después, mientras doblaba hacia Bandbury Road y comenzaba a pensar ya de nuevo con cierto asomo de racionalidad,

139

Morse trató de determinar si su testigo le había contado toda la verdad.

Diez minutos antes, mientras conducía de regreso a St. Aldate's, el sargento Lewis se había preguntado lo propio acerca de la señora Kemp; especialmente al recordar el hecho curioso de que, tratándose de una mujer que tan manifiestamente había odiado a su marido, había reaccionado con terrible amargura ante la noticia de su muerte.

Cuando voy en tren no experimento en absoluto la sensación de estar viajando; es, sencillamente, como si me «enviaran» a otro sitio, y no resulta muy distinto a sentirse transformado en paquete.

JOHN RUSKIN, *Pintores modernos*

A las 7.45, ya de regreso en la jefatura de Kindlington, Morse y Lewis procedieron a intercambiar notas. Ambos estaban profundamente fatigados, pero ninguno se animaba a admitirlo; por otra parte, uno de ellos sufría un fuerte dolor de cabeza que también prefirió no comentar. Aquella mañana, había encontrado el Jaguar estacionado frente a su casa, con las llaves bajo el felpudo; sin embargo, del mismo modo que no había mencionado su cansancio y su resaca, Morse tampoco expresó su gratitud.

Al menos, el programa de aquella mañana comenzaba a tomar forma. Evidentemente, el mayor problema consistía en qué hacer con los excursionistas, quienes tenían previsto abandonar Oxford a las 9.30 en dirección a Stratford-upon-Avon. Desde luego, sería preciso formular algunas preguntas adicionales a los turistas, especialmente en torno a sus actividades durante el período clave transcurrido entre el momento en que Kemp había regresado a Oxford y el aperitivo previo

a la cena, para el que todos habían hecho acto de presencia con la excepción, según parecía, de Eddie Stratton. Decididamente, había uno de los turistas que se vería incapaz de presentar su copia del programa de Oxford, dado que la hoja amarilla hallada en El Placer de Parson se encontraba actualmente a salvo en el despacho del forense. De hecho, era posible que de ella se desprendieran más pruebas. E incluso si no presentaba huellas digitales, incluso si varios de los turistas habían ya tirado o perdido sus propias hojas, no habría a buen seguro demasiados norteamericanos que solieran añadir a sus sietes el trazo transversal típico del continente. También estaba Cedric Downes.

141

Habría que verle lo antes posible y debería ofrecer una explicación satisfactoria acerca de por qué y cuándo exactamente había abandonado el Randolph.

Asimismo, había que confiar en que Max pudiera confirmar más o menos definitivamente la causa de la muerte; e incluso era posible (aunque difícil) que, al menos por una vez, el forense olvidara su habitual cautela y se decidiera a sugerir a qué hora había tenido lugar.

Una hora después, mientras conducía hacia Oxford en compañía de su jefe, Lewis se sentía extrañamente satisfecho. Nada le gustaba tanto como ver a Morse enfrentándose a un misterio: era como si

observara a su jefe desentrañando un crucigrama endiabrado (cosa que Lewis había tenido ocasión de hacer a menudo): allí, sobre una mesa situada frente a él, estaba el entramado en blando y, casi de inmediato, comenzaba a hallar respuesta para la mayoría de definiciones. De vez en cuando, el propio Lewis le suministraba la solución más obvia para la definición más sencilla, precisamente la única que Morse había sido incapaz de vislumbrar.

Lewis, claro está, ignoraba si en aquel caso podría resultarle igualmente de ayuda. No obstante, por así decirlo, ya había resuelto un pequeño crucigrama «rápido» propio, y procedió a informar a Morse de sus averiguaciones. Así era como había transcurrido probablemente la primera parte del día de Kemp:

Abandonó su casa temprano para desplazarse en tren a Londres y visitar a sus editores; un taxi le recogió a las 7.20, casi con toda seguridad para llevarle a la estación, donde debía coger el tren de las 7.59 que llega a Londres a las 9.03. Evidentemente, la gestión debía de ser breve, ya que no dudó en ningún momento de la posibilidad de hallarse de regreso para cumplir con sus obligaciones hacia los turistas durante el almuerzo en el Randolph y el resto de la tarde. Así pues, resultaba probable que tuviera la intención de coger el tren que sale de

Paddington a las 11.30 y llega a Oxford a las 12.30.

—¿Lo ha comprobado con British Rail?

—No he tenido necesidad. —Lewis introdujo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y alargó a Morse el horario de trenes de la red sudeste Oxford-Londres/ Londres-Oxford. Morse comprobó la hora de llegada del tren que partía de Paddington a la una y media, pero aparte de eso no mostró excesivo entusiasmo.

—¿Sabía usted, Lewis, que antes de las nueve de la mañana la tarifa de tercera clase...

—¡De segunda, señor!

—... sale unas, veamos, siete veces, ¡ocho veces!, más cara que coger un autobús desde Gloucester Green hasta Victoria?

—Cinco veces, señor. La tarifa del autobús...

—Deberíamos subvencionar el transporte público, Lewis.

—Usted es el político, señor... no yo.

—¿Se acuerda de Ken Livingstone? Cuando subvencionó el metro todo el mundo utilizaba el metro.

—Y luego le echaron.

—¿Sabe de qué es un anagrama «Ken Livingstone»?

—¡Dígamelo!

—Votes Lenin King. Nota 3)

—Hoy en día, sin embargo, no le votarían rey.

143

—Pensé que le interesaría esa pequeña parcela de información, eso es todo.

—Lo siento, señor.

—¿Por qué conduce tan despacio?

—Tengo por norma no conducir nunca a más de setenta en zonas urbanizadas.

Morse no hizo comentario alguno, y dos minutos después Lewis se detuvo frente al Randolph.

—¿No se habrá olvidado de Ashenden, verdad, señor? Quiero decir, fue él quien recibió la llamada de Kemp... y también sabemos que no estuvo paseando por el Magdalen.

—No había olvidado al señor Ashenden —dijo Morse mientras abría la portezuela—. De hecho, voy a pedirle que me organice una pequeña sesión ahora mismo. Estoy seguro de que todos estos turistas, casi todos estos turistas, son tan inocentes como su propia esposa...

—Pero hay uno que escribe los sietes de un modo peculiar, ¿no es cierto?

—¡No son peculiares! Si uno vive en el continente, los peculiares son los nuestros.

—¿Y cómo descubrimos de quién se trata?

Morse se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Qué día comenzó el recorrido?

Nota 3

144

En inglés: «Vota a Lenin Rey.» (*N. del T.*)

Volver

145

26

¿Aceptas tomar a esta mujer como tu legítima esposa y vivir con ella según las enseñanzas de Dios en el santo matrimonio? ¿Prometes amarla, consolarla, honrarla y conservarla en la salud y en la enfermedad? Y, sobre todas las cosas, ¿prometes permanecer junto a ella hasta que la muerte os separe?

Solemnización del matrimonio en la Liturgia Sagrada.

Poco después de las 9.30, Morse se hallaba sentado junto a Lewis, Ashenden, Sheila Williams y el (ahora informado con detalle) director del Randolph en una suite de la primera planta que este último se había apresurado a poner a disposición de la policía. Morse habló rápidamente y en voz baja sin que nadie le interrumpiera.

—No existe en mí ningún deseo de interrumpir el recorrido un

minuto más de lo necesario, señor Ashenden, pero tengo ciertas obligaciones en este caso que exigirán su cooperación. De igual modo, señor —Morse se dirigió al director—, le agradecería si pudiera ayudarnos en uno o dos aspectos prácticos... se lo explicaré en pocos minutos. Señora Williams, también agradeceré... el sargento Lewis y yo también agradeceremos su colaboración.

Morse procedió a exponer su estrategia preliminar.

El grupo, que originalmente tenía planeado salir a las 9.30, no podría partir ahora hasta un buen rato después de que se hubiera servido un almuerzo de buffet, si es que el personal de la cocina podía encargarse de organizado (el director asintió). Se convocaría inmediatamente una reunión de todos los turistas (Ashenden notó un par de ojos azules que le contemplaban sin pestañear) en algún lugar del hotel (el director asintió de nuevo: la suite St. John estaba libre), y el propio Morse se dirigiría al grupo y les revelaría tanto o tan poco como le pareciera, en la creencia —opinaba él— de que el rumor había

146

perdido poca de su eficacia desde la época de Virgilio, por lo que la mayoría de los turistas ya tendrían una idea bastante aproximada de lo que había ocurrido. Tan pronto como concluyera aquella reunión, las investigaciones policiales se verían facilitadas si alguien pudiera

encargarse de entretener a los turistas por el resto de la mañana. Así pues, si la señora Williams —¡cuánto le agradecía Morse que hubiera aceptado encontrarse presente!—, si la señora Williams pudiera quizá pensar en alguna forma de diversión... alguna charla, algún paseo. Sí, eso sería excelente.

Bien, había muchas cosas que hacer en el poco tiempo de que disponía, ¿no era así?

Ashenden partió inmediatamente con el encargo expreso de reunir a su rebaño, informar al chófer del autobús del retraso en la salida, telefonar al castillo de Broughton para cancelar los preparativos especiales de fuera de temporada, explicar al hotel Stratford los motivos de la cancelación de los treinta almuerzos reservados para la una y, finalmente, asegurar a la oradora de la Royal Shakespeare Company previamente contratada para el almuerzo que sus honorarios serían debidamente pagados.

El director fue el siguiente en salir, prometiendo a Morse que su secretaria no tardaría en componer el breve cuestionario que había esbozado y sacar treinta fotocopias del mismo: a) Nombre, b) domicilio, c) lugar en el que se encontraba entre las 15 y las 18.30 horas del viernes 2 de noviembre, d) nombre de un compañero de grupo que pueda corroborar los detalles especificados en el punto anterior, e)

fecha de entrada en el Reino Unido, f) firma y fecha.

Sheila Williams, no obstante, parecía menos dispuesta a cooperar que sus colegas.

—Acepté venir aquí, inspector, y usted lo sabe. Pero mi única

147

especialidad son los manuscritos medievales y, francamente, no hay muchos en este grupo que vayan a entusiasmarse demasiado con eso, ¿no le parece? Podría, bueno, procuraré en caso de necesidad, darles un paseo por estas ruinas habitadas e intentar recordar si Queens se escribe s con apóstrofo o apóstrofo y s. Sin embargo, al igual que el doctor Johnson, debo invocar mi ignorancia, inspector... mi absoluta ignorancia.

Fue entonces cuando Lewis contribuyó con su primera aportación.

—¿Y qué nos dice de enviarlos a todos en uno de esos recorridos circulares que se hacen en autobús, ya sabe?

Morse asintió.

—¿O bien —prosiguió, Lewis, cada vez más animado—, el Museo de Oxford? ¡No me diga que no es una idea brillante!

—La mayoría lo vieron ayer —repuso Sheila.

—Imagino que podríamos decirles sencillamente que

permanecieran en sus habitaciones viendo la tele —pensó Morse en voz alta, pero retiró inmediatamente la sugerencia—. ¡No! Empezará a llegar gente...

—Podrían limitarse a pasear por Oxford, ¿no le parece, señor?

Quiero decir, que hay un montón de cosas que ver por ahí.

—¡Dios mío, Lewis! Eso ya lo sugerí yo al principio. ¿No se acuerda?

—¿Y qué me dice de Cedric, inspector? —se oyó la voz de Sheila

— Estoy segura de que tiene la mañana libre, y cuando se pone en situación es un hombre sumamente interesante.

148

—¿Podría pronunciar el tipo de conferencia de la que iba a encargarse ayer el doctor Kemp?

—Bueno, quizá no tanto. Pero sí es aficionado al Renacimiento, si sabe a qué me refiero. Para lo único que resulta un poco raro es para la arquitectura moderna.

—¡Bien! Espléndido, pues. ¿Si no le importa telefonar a ese genio de la polimatía amigo suyo, señora Williams...?

—Nos haría mucho más caso si le llamara usted, inspector. Y probablemente aún no sepa nada de...

—No, a menos que fuera él quien asesinó a Kemp —interrumpió

Morse en voz baja.

Cedric Downes llevaba unos cinco minutos al teléfono intentando inútilmente ponerse en contacto con British Rail para preguntar los horarios de trenes a Londres a lo largo del día. No obstante, difícilmente podría haber imaginado la irracional y frenética impaciencia del hombre que estaba intentando ponerse en contacto con él; un hombre que, entretanto, se dedicaba a maldecir la incompetencia de British Telecom y a lamentarse de la impertinencia del universo en general.

—¡Hola! ¿Hablo con British Rail? —por el sonido de la voz, se trataba sin duda de la señora Downes.

—¿Cómo? —repuso Morse.

—Oh, lo siento. Es sólo que mi esposo no lograba hablar con British Rail, así que ha llamado a la operadora, y yo he pensado... — Evidentemente, la señora Downes no tenía una idea demasiado clara acerca de qué había pensado. Su actitud era enternecedoramente confusa, y Morse recurrió a lo que a veces consideraba un cierto

149

encanto propio.

—Sé a qué se refiere. He estado intentando conseguir su número de teléfono... humm... es usted la señora Downes, ¿verdad?

—Sí, soy la señora Downes. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Si no le importa. Le habla el inspector jefe Morse.

—¡Oh!

—Mire, prefiero hablar con usted que...

—¿S-sí?

—La voz, al igual que había sucedido antes, sonaba ligeramente indefensa, a la vez que más que ligeramente vulnerable. A Morse le gustó.

—Pero, dígame, ¿está en casa su marido?

—¡Ah! ¿Quiere hablar con Cedric? Espere un segundo.

Debía, pensó Morse, haber tapado el micrófono con la mano, o quizá el propio Downes había estado esperando (¿por algún motivo?) junto al teléfono, ya que no pudo oír ninguna llamada audible antes de la voz masculina que resonó en su oído.

—¿Inspector? Al habla Cedric Downes. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Desde luego, señor, si es tan amable. Estamos enfrentándonos a una pequeña crisis con nuestros turistas norteamericanos. Le hablo desde el Randolph, dicho sea de paso. La triste noticia es que...

—Lo sé. —La voz sonó plana y fría—. Theo ha muerto... ya lo sabía.

—¿Le importa decirme cómo lo sabía?

—John Ashenden me telefoneó hace un par de horas.

—¡Oh, ya veo! —En conjunto, Morse se alegraba de que Ashenden hubiera estado llamando a la gente—. Le llamo, señor Downes, para preguntarle si tendría tiempo de venir al Randolph esta mañana.

—¿Esta mañana? Bien... en fin... Bueno, tengo algún que otro compromiso después del almuerzo, pero creo que tengo la mañana libre.

—Si pudiera acercarse, señor Downes, le quedaría agradecido. La verdad es que estamos un poco sobrecargados.

—Claro.

—Si pudiera...

—¿Darles otro paseo por Oxford?

—¿Siguiendo una ruta distinta, quizá?

—O acaso podría conseguir que el Museo de la Universidad abriera un poco antes de la hora habitual... ya sabe, inspector: el dodo, Darwin, los dinosaurios...

—¡Magnífica idea!

—Encantado de poder serle de ayuda. Es espantoso, es terrible, ¿no le parece?, lo que ha ocurrido con Theo.

—¿Se pondrá usted en contacto con el museo, señor?

—Inmediatamente. Conozco allí a una persona que aún sigue

151

intentando clasificar unos cuantos cangrejos sudamericanos que

Darwin legó a la institución. Unas criaturas fascinantes, los cangrejos,

¿sabe usted?

—¡Oh, sí! —dijo Morse—. Se lo agradezco mucho.

—De cualquier modo, me pasaré por el Randolph, así que nos
veremos en breve.

—Antes de que cuelgue...

—¿Sí?

—Creo que es justo que le advierta que preguntaremos a todos
los presentes qué estaban haciendo ayer por la tarde...

—Cumple usted con su deber, inspector.

—... incluido usted, señor.

—¿Yo?

—Le preguntaré por qué pedaleaba usted calle arriba a lo largo
de St. Giles' en dirección norte después del almuerzo. ¿Quizá desee
preparar su respuesta? Ni que decir tiene que se trata de una mera
formalidad.

—¡Ojalá todas las preguntas fueran tan fáciles de responder!

—¿Adónde se dirigía usted?

—Me dirigía a mi casa, a recoger el otro audífono. Suelo llevar uno de repuesto casi siempre, pero ayer lo olvidé. A la hora del almuerzo, el que llevaba comenzó a fallar y de repente advertí que no iba a durarme toda la tarde...

152

—Tampoco oye usted tan mal, ¿no es cierto? Ahora no parece tener demasiados problemas.

—¡Ah!, pero resulta que tengo la suerte de que mi esposa, Lucy, me regalara un accesorio especial... me lo compró para mi último cumpleaños, que Dios la bendiga.

Algo se agitó en la mente de Morse, quien intentó continuar con la conversación.

—Por lo que parece, siente usted un gran afecto por su esposa.

—Quiero a mi mujer más que a nadie en el mundo. ¿Le sorprende eso?

—¿Y haría usted cualquier cosa por conservarla? —La pregunta resultaba algo brusca y extraña, pero Downes no pareció desconcertado en modo alguno.

—¡Sí, desde luego!

—¿Incluso asesinar a Kemp?

Desde el otro extremo de la línea no se oyó ninguna risa histérica, ninguna protesta estúpida, ninguna amenaza de consultar con abogados. Sólo una confesión amable y sencilla:

—¡Oh, sí! Incluso eso, inspector.

Por un instante, Morse se sintió completamente desorientado, y no hubiera tenido inconveniente en interrumpir la comunicación sin más. Pero Downes no había terminado:

—Fue Sheila, lo sé, quien me vio ayer por la tarde. Y no la culpo por decírselo. Si realmente tiene usted un asesinato entre manos, es deber de todos informar de lo que sepamos, por insignificante o

153

absurdo que parezca. Así que más vale que se lo diga desde ahora. Ayer tarde, mientras pedaleaba por St. Giles' me crucé con uno de los miembros del grupo que caminaba en dirección a North Oxford. ¿Le gustaría saber quién era inspector?

154

27

Es una verdadera lástima el hecho de que tantas sospechas mezquinas e infundadas resulten ser ciertas.

EDGAR WATSON HOWE, *Cuestiones de sentido común*

Desde el punto de vista de Lewis, la charla de Morse ante los

turistas no había sido una de las actuaciones más memorables de su jefe. Había informado a su silencioso auditorio de la muerte —tan sólo «muerte»— del doctor Kemp; había explicado que, con objeto de determinar, digamos, la totalidad de los sucesos acaecidos, sería necesario que todos los presentes rellenaran un pequeño cuestionario previamente distribuido, lo firmaran, lo fecharan y lo devolvieran al sargento Lewis. La salida del autocar tendría quizá que ser pospuesta hasta última hora de la tarde, tras un almuerzo servido por cortesía del Randolph. El señor Cedric Downes se había ofrecido para prepararles alguna actividad durante la mañana, entre las 10.45 y las 12.15 aproximadamente; en opinión de Morse, la actividad constituía un magnífico antídoto frente a la adversidad, y confiaba en que todos los miembros del grupo aprovecharan el amable ofrecimiento del señor Downes. Si fueran todos tan amables de intentar recordar los acontecimientos del día anterior e informar de cualquier detalle, por insignificante que pareciera, que pudiera haberseles antojado inusual, sorprendente o fuera de lugar... bien, así era como a menudo se resolvían los casos criminales. Y ahora, lamentablemente, había que enfrentarse a más de uno: no sólo el robo de una joya sino también dos muertes: la de la persona que debía hacer entrega de dicha joya al Ashmolean y la de la persona encargada de aceptar oficialmente la

donación.

Cuando hubo concluido, Morse experimentó una poderosa sensación de que acababa de dar a entender algo seguramente cierto: tenía que haber alguna conexión entre los inquietantes sucesos que tan
155

velozmente se habían desencadenado en torno al Broche de Wolvercote. Seguramente había que buscar al culpable en el círculo de turistas norteamericanos, incluyendo sus acompañantes y su guía. Y, quince minutos después, con todos los formularios ya rellenos y devueltos, había buenos motivos para suponer que Morse podía estar en lo cierto, dado que tres de las personas interesadas —Eddie Stratton, Howard Brown y John Ashenden— parecían temporalmente incapaces de aportar una confirmación de su situación y actividades durante el período crucial de la tarde anterior... la tarde en que los tres grupos originales se habían visto ligeramente reformados (como consecuencia de la llamada de Kemp), y durante la cual quienquiera que hubiera deseado ausentarse por algún motivo habría tenido una magnífica ocasión de hacerlo, ya que mantener un control sobre qué hacía cada uno de ellos, cuándo y dónde, hubiera resultado probablemente tan complicado como pasar lista tras el desembarco de Dunquerque.

Para Morse, la información recogida en los cuestionarios

resultaba sumamente satisfactoria, y cuando a las 10.50 Cedric Downes encabezó la salida de todos los miembros del grupo del hotel Randolph en dirección a South Parks Road y al Museo de la Universidad (con la única ausencia de Eddie Stratton), su aspecto era el de alguien satisfecho de sí mismo. Especialmente interesante resultaba el hecho de que Howard Brown, uno de los dos hombres que habían experimentado dificultades con el punto c) del formulario (Morse se preguntaba por qué su mujer no confirmaba sus aseveraciones), había rellenado el e) con la fecha correcta de llegada, esto es, el 27 de octubre o, para ser más preciso, el «2? de octubre».

Tampoco olvidaría Morse al único hombre que no había estado presente en la reunión, el que aún permanecía acostado con una terrible jaqueca junto a una bandeja de desayuno apenas tocada, en la habitación 201, a la que Shirley Brown le había acompañado cuando había entrado tambaleándose en el Randolph la noche anterior tras su inexplicada ausencia.

156

Sin embargo, fue Ashenden en quien se centró la atención de Morse. ¡Ashenden!... el hombre junto al que Cedric Downes afirmaba haber pasado mientras iba montado en bicicleta; el hombre que había mentido acerca de su visita al Magdalen; el hombre que, al igual que

Howard Brown (¿y posiblemente Eddie Stratton?), había sido aún incapaz de proporcionar un solo testigo de sus actividades durante la tarde anterior.

Tres hombres. ¡Qué sencillo había sido descubrir tres posibles sospechosos del asesinato de Theodore Kemp!

¿Demasiado sencillo, quizá?

157

28

*Yo mismo, cuando era joven, frecuentaba ávidamente
a doctores y santos, y oía profundos argumentos
acerca de todas las cosas: pero siempre
salía por la misma puerta por la que había entrado.*

EDWARD FITZGERALD, *Rubaiyat*

-¿Cómo te encuentras, Morse?

—Optimista.

—¡Oh! —Max pareció decepcionado por la respuesta y devolvió la mirada a la macabra labor que estaba realizando.

Aquella mañana, cualquier observador habría advertido el contraste entre ambos hombres. El robusto y encorvado cirujano se comportaba con circunspección a la vez que con desenvoltura y confianza; Morse, con aspecto claramente fatigado, tenía las

mandíbulas semiafeitadas con una maquinilla eléctrica que aparentemente había pasado ya su mejor momento, pero, a pesar de su aspecto, aún se le notaba que era de los buenos.

—Aquí se advierten profundas contusiones —comenzó Max, señalando la sien izquierda de Kemp—, pero el golpe principal —tiró de la cabeza hacia él y acarició el cráneo aplastado con suave reverencia — se recibió aquí.

Como en otras ocasiones, Morse intentó tragar de nuevo el fluido amargo que ascendía por su garganta y, al advertirlo, el cirujano volvió a tapar la cabeza con la sábana de goma.

158

—Un poco desagradable, ¿verdad? Sangró mucho. Quien le haya matado debió de recoger más de un cubo de sangre.

—Así pues, ¿fue asesinado?

—¿Qué? ¡Ah! Ahí me he ido un poco de la lengua, ¿no?

—¿Fue asesinado o no?

—Ese aspecto es cosa tuya.

—¿Qué golpe le mató?

—¿Con ese cráneo de papel de fumar que tenía? ¡Cualquiera de ellos! Bastaba un golpecito en el sitio adecuado...

—Probablemente el golpe de la parte de atrás, Max.

—Oh, sí... desde luego, pudo ser ése.

—¿O...?

—Sí... podría haber sido la herida de la sien.

—Alguien pudo golpearle y luego se cayó y se golpeó con el parachoques o el quicio de la puerta o la pata de la cama...

—O el bordillo de la acera, si estaba en la calle.

—¿Pero tú no lo crees?

—Mi trabajo no consiste en creer.

—¿Pudo haber sufrido alguna de esas heridas en el agua?

—«... hasta que sus vestidos, lastrados de húmeda carga, arrancaron a la desdichada de su melodioso canto a un destino

159

cenagoso».

—«Muerte», Max, no «destino». Y no estaba vestido, ¿recuerdas?

—Buena observación, Morse. Hay otra cosa que quiero mostrarte.

Max expuso el torso de Kemp y separó el cadáver unos centímetros de la mesa. A lo largo del hombro derecho podía verse un arañazo de unos trece o catorce centímetros de longitud: parecía ligero y superficial, pero acaso bastante reciente.

—¿Qué produjo eso, Max?

—Lo ignoro, amigo.

—¡Inténtalo!

—Alguna clase de instrumento.

—No un instrumento contundente, sin embargo.

—Yo sugeriría un instrumento punzante.

—¡Asombroso!

—Bastante punzante, diría yo.

—¿Causado mientras flotaba en el agua como Ofelia?

—No sabría decirlo.

—¿Pudo haber sido producido antes de que fuera asesinado?

¿Cuando aún llevaba puesta la camisa, quizá?

—¡Ah, no es mala pregunta!

Los dos hombres investigaron de nuevo la ligera herida que se

160

extendía diagonalmente desde la base de la nuca hasta la axila.

—¿Pudo haber sido así, Max?

—No lo creo.

—¿Luego probablemente estaba desnudo cuando le mataron?

—Oh, yo no me atrevería a deducir tanto. De cualquier modo,

pudo rozarse con una rama de árbol al caer al río.

—¿Qué otras posibilidades hay?

—La herida sólo llega a la parte inferior del omóplato, ¿no es

cierto? Pudo haber llevado puesta una toga que dejara el hombro al descubierto.

Morse cerró los ojos y desvió la vista del cuerpo.

—Una toga sujeta con el Broche de Wolvercote, sin duda.

—¡Oh, no! Si algo puedo asegurarte es que ese objeto no estaba en su persona.

—¿No querrás decir que... no habrás...?

Max asintió.

—Y tampoco se lo tragó.

—Y tampoco se ahogó.

—No. No hay presencia del limo que suele hallarse en los pulmones de alguien que ha intentado respirar bajo el agua. ¿Sabía nadar, por cierto?

—No lo sé. Aún no he hablado con su mujer.

161

Súbitamente, el patólogo abandonó su habitual tono de broma y miró fijamente a Morse.

—Sé que estás muy ocupado, viejo amigo. Pero si yo fuera tú, no tardaría mucho en ir a verla.

—Tienes razón —dijo Morse en voz baja—. Dime sólo, por favor, si crees que estaba desnudo cuando le mataron... sólo te pido eso.

—Te lo he dicho. Lo ignoro.

—No hay muchos motivos por los que una persona se desnude, ¿no crees?

—Oh, no lo sé. Dándose un baño, pesándose, tomando el sol en España... o eso me dicen.

—O haciendo el amor —añadió Morse—. Y a lo mejor no fue una rama de árbol sino la uña de una mujer.

—Menos probable, diría yo.

—Pero a veces te equivocas.

—No tan a menudo como tú, Morse.

—Ya veremos.

Max sonrió.

—Me alegro de que fueras tú quien mencionara el sexo.

Comenzaba a temer que te pasara algo raro.

—¡No, no! No hay posibilidad de eso, Max. Al menos no todavía.

Mientras abandonaba las instalaciones del forense, los labios del inspector jefe se distendieron en una leve sonrisa de confianza.

162

29

Hoy en día hay por ahí montones de borrachos. Verdaderamente, no me sorprendería que tú lo fueras.

MARTIN AMIS, *Otra gente*

Aparte, claro está, de su esposa, Edward Stratton había sido el único miembro del grupo original que no había escuchado a Morse aquella mañana. Aunque la cabeza le latía de un modo casi intolerable, se había sentido lo bastante sobrio como para pedir que le subieran el desayuno a la habitación, y había hecho lo posible por contemplar el «inglés completo» que tan estúpidamente había pedido para las siete en punto. Su menté prefería correr un tupido velo sobre las repugnantes consecuencias de su intento.

A Edward Stratton siempre le habían interesado los mecanismos o «piezas móviles», como gustaba de concebir las cosas. En el instituto, siendo un muchacho, había progresado desde modelos a escala de aviones de la Primera Guerra Mundial hasta maquetas de ferrocarril, y su mente y sus manos respondían ávidamente al ensamblaje de pistones, válvulas y ruedas que posteriormente ajustaba y lubricaba debidamente. Antes de casarse había montado un pequeño negocio de maquinaria agrícola especializada... que había quebrado en 1975. Tras un largo período de depresión y un breve intervalo de adiestramiento, había abrazado una nueva carrera, una carrera que también requería destreza manual: las pompas fúnebres. ¿Quién hubiera podido imaginar un cambio de profesión más extraño? Pero Stratton no había

tardado en adquirir gran habilidad en las siniestras —y a veces repugnantes— tareas de su nueva actividad, y mientras preparaba a un anciano filántropo para el lecho de seda que había de ser su última morada, había conocido a su desconsolada viuda: Laura. Se casó con ella un año después. O quizá cabría decir que fue ella quien se casó con él. Para ella había sido eso... conveniencia y poco más. ¿Acaso también

163

para él? Edward había presumido que debía de ser rica; todo el mundo presumía que era rica. Pero nunca lo había sabido a ciencia cierta, y aún hoy lo ignoraba.

Aquella mañana de sábado, sentado en la cama sin hacer y sosteniéndose la cabeza con las manos, Stratton mantenía su mente concentrada en el Broche de Wolvercote. El chisme estaba asegurado, eso lo sabía... y bien asegurado. ¿Cómo podía ser de otro modo? Sin embargo, ignoraba por completo en qué circunstancias y condiciones lo estaba con exactitud. ¿Por qué tenía Shirley Brown que haber mencionado la cuestión durante la breve visita que le había hecho aquella mañana, sembrando con ello el germen de sus dudas? ¿Acaso cambiaría las cosas el hecho de mantener que Laura había muerto antes de que el broche fuera robado? ¿Iría en ese caso el dinero a parar al Ashmolean? No obstante, aquello nunca podría probarse, y si la

mujer hubiera muerto después de que la joya fuera robada, el dinero tendría sin duda que ser considerado como parte de su patrimonio, ¿no? Stratton sacudió su dolorida cabeza. No lograba aprehender del todo la situación, y cuanto más cavilaba más confusos se tornaban sus pensamientos. Si pudiera convencer a la policía para que creyeran que había sido después... porque eso significaría que aún lo tenía en su poder cuando murió... ¿acaso entonces no...?

¡Puaj!

Stratton se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño.

Procedía a sumergir su pesada y martirizada cabeza en el agua fría del lavabo cuando oyó una seca llamada en la puerta. A los pocos momentos invitaba a pasar al inspector jefe Morse y al sargento Lewis a la habitación.

El primero había reconocido inmediatamente los síntomas de una resaca monumental y ofreció su ayuda en forma de dos tabletas de Alka Seltzer, medicamento que siempre parecía llevar encima.

164

Casi de inmediato, Stratton comenzó a hablar con normalidad...

Debían de haber considerado un poco insensible por su parte el haberse escapado de ese modo al día siguiente de... Pero había visto el anuncio en el *Oxford Mail*, y la perspectiva de un día libre en Didcot le

había resultado irresistible. Había recorrido las cocheras, dijo, contemplando larga y cariñosamente las viejas locomotoras, y había visto a escolares y hombres de mediana edad anotando números y disposiciones de ruedas en sus libretas. (¡Todos ellos en apariencia cuerdos, inspector!) Por fin, había experimentado el placer de ver realmente (una ambición de toda la vida) el *Flying Scotsman*. Había permanecido allí, en Didcot, mucho más tiempo del que había planeado, y cuando por fin había logrado despegarse del *Cornish Riviera* y el *Torbay Express*, había regresado a pie a la estación de Didcot a eso de las cinco y había cogido el siguiente tren para Oxford, donde... bueno, donde se había tomado una copa rápida en la cafetería de la estación. Luego, había regresado al Randolph, donde súbitamente le había resultado insoportable la idea de enfrentarse a las excesivas muestras de consuelo de sus compatriotas, lo que le había impulsado a marcharse a un pub y tomarse un par de pintas de cerveza rubia.

—Los pubs estaban abiertos, ¿no es así, señor Stratton? — preguntó Lewis.

Pero fue Morse quien respondió:

—Si lo desea, Lewis, le daré el nombre y dirección de tres de ellos que permanecen abiertos todo el día. Continúe, por favor, señor Stratton.

Bueno, a eso de las siete y media había entrado en Browns, un restaurante de St. Giles', donde había consumido un buen filete y una botella de vino tinto; había salido de allí en torno a las nueve y media y mientras caminaba dando un paseo en dirección al Randolph se había

165

encontrado frente al Taylorian con la señorita Sheila Williams, quien se dirigía hacia una parada de taxis. Habían charlado durante un buen rato, ambos ya entonados, y ella le había invitado a tomar la última en su casa, situada en North Oxford.

Eso era todo.

El corpulento norteamericano de rugosas facciones había hablado con tranquila sencillez y, mientras le contemplaba y escuchaba, Morse pensó que no le importaría tomarse una pinta con aquel tipo. Sin embargo, Morse era de la opinión de que nunca era mala idea hacer alguna que otra pregunta intrascendente, así que la hizo.

—¿Dice que tomó una copa en la estación de Oxford?

—Sí.

—¿En qué andén se encontraba el establecimiento?

—¡Ni idea! Pero juraría que en el mismo junto al que se detuvo el tren.

—¿Y sirven alcohol en él?

—¡Ya lo creo! Me tomé una lata... un par de latas. Era bastante caro.

Lewis enarcó las cejas y dirigió la mirada a su superior.

—Me temo que eso no es correcto, señor. El señor Stratton no pudo consumir cerveza o bebida alguna en la estación de Oxford... no ayer. En el exterior había un cartel que decía no se sirven bebidas o algo por el estilo, por causa de las reformas.

—«A causa» de las reformas, Lewis.

166

—Nunca logro distinguir entre las dos.

—Ni falta. Límitese a decir «debido a» y no se equivocará nunca.

—Como le decía, señor, la cafetería estaba cerrada.

—¡Interesante! —observó Morse, volviéndose súbitamente hacia un Stratton turbado—. Así pues, si no estuvo usted en la estación entre las cinco y media y las seis y media, ¿dónde estuvo exactamente, señor?

Stratton suspiró y pareció sopesar su situación unos instantes.

Por fin, suspiró de nuevo y mostró las palmas de las manos con gesto de resignación.

—Su sargento está en lo cierto, inspector. Pregunté si podían

servirme una copa... lo que fuera. Pero, como bien ha dicho, estaban reformando todos los locales. A pesar de todo es cierto que me quedé. Permanecí allí sentado una media hora... quizá más. Había comprado el *Herald Tribune* y estuve leyéndolo en uno de los bancos rojos que hay allí.

—¿No hacía un poco de fresco?

Stratton guardó silencio.

—¿Había alguien fuera con quien no deseaba encontrarse? — preguntó Morse.

—Preferí... preferí no salir de la estación durante un rato. Es... bueno, me hubiera resultado algo embarazoso encontrarme con alguien que pudiera estar esperando un autobús o un taxi.

—Vio usted en el tren a alguno de los miembros del grupo, ¿es eso lo que está diciendo? ¿Alguien sentado en el compartimiento contiguo al suyo cuando subió al tren en Didcot?

167

Stratton asintió.

—Pero él no subió al tren en Didcot. Imagino que debía de venir de Reading.

—O de Paddington —añadió Morse.

—Sí, o de Paddington.

Morse miró a Lewis. Paddington comenzaba a ganar importancia en la imagen. Había sido desde Paddington desde donde el asesinado Kemp había llamado por teléfono al Randolph el día anterior. Así pues, parecía excesivo creer que era Kemp a quien Stratton había visto... ¿a eso de las cinco, había dicho?

—¿Es usted consciente de que tendrá que decírmelo? —preguntó Morse.

—Era Phil Aldrich —contestó Stratton en voz baja. Sus ojos escrutaban a ambos policías con mirada de asombro... y quizá también de traición.

¡Uf!

—Permítame otra pregunta, señor. ¿Espera usted salir beneficiado por la muerte de su esposa?

—En ello confío —repuso fieramente Stratton—. Ando bastante mal de dinero y, para serle franco, no pienso decir que no al dinero del seguro si es que me llega.

—Es usted un hombre honrado, señor Stratton.

—¡No siempre, inspector!

Morse sonrió para sí mismo, y se dirigía ya a la puerta cuando

168

Stratton habló de nuevo:

—¿Puedo pedirle algo?

—Por supuesto.

—¿Podría usted dejarme otro par de esos Alka Seltzers?

169

30

La precisión en la comunicación es importante, y más importante que nunca en esta época de delicados equilibrios en los que una palabra falsa o malinterpretada puede dar lugar a un desastre similar al que podría causar una acción súbita e irreflexiva.

JAMES THURBER, *Lanterns and Lances*

Morse pensó que las campanadas de los tres cuartos que llegaban a sus oídos (10.45 horas) debían de proceder del espléndido reloj de pared que había visto no sabía dónde. Él y Lewis se hallaban sentados uno junto al otro en el profundo sofá del salón Lancaster, tomando café.

—Estamos descubriendo muchos sospechosos, señor.

—Humm. Avanzamos bastante en contenido pero poco en análisis, ¿no diría usted? Sin embargo, me encontraré mejor tan pronto abran el bar.

—Está abierto. Abrió a las diez y media.

—¿Se puede saber entonces por qué estamos consumiendo este

brebaje?

—El café estimula el cerebro.

Pero Morse estaba ya consultando el horario de trenes entre Paddington y Oxford que Lewis le había conseguido en recepción, y asintió para sí al advertir que el de las 13.30 llegaba a Oxford a las 14.57, tal y como había afirmado Kemp. Ahora bien, si por algún motivo Kemp se hubiera visto retenido durante más tiempo del previsto... durante mucho más tiempo del previsto... ¡Sí, era interesante! El tren que debía de haber tomado Stratton —el que decía

170

haber tomado— habría sido el que salía de Paddington a las 16.20 y llegaba a Didcot a las 17.10 y a Oxford a las 17.29. Durante varios segundos, Morse permaneció con la mirada fija en los grandes pilares jónicos del Ashmolean, al otro extremo de Beaumont Street... ¿A qué hora había salido Kemp de Paddington? Ya que era indudable que había salido de allí en algún momento después de telefonar al Randolph para explicar su retraso.

¿Pero, y si...?

—¿Sabe, señor? Estaba pensando en esa llamada telefónica. ¿Y si...?

Morse sonrió a su sargento.

—¡Qué dos grandes mentes, Lewis, la suya y la mía!

—¿Cree usted que existe la posibilidad de que no fuera Kemp el que llamó?

—Sí, lo creo. Y, de ser así, se abriría ante nosotros una perspectiva temporal completamente nueva, ¿no le parece? Al fin y al cabo, Max, con la mejor voluntad del mundo, nunca nos proporcionará demasiada ayuda si piensa que no puede hacerlo. Y hace bien. Es un científico. Pero si nosotros pudiéramos estrechar el plazo... o, mejor aún, extenderlo, Lewis...

Durante un rato, permaneció absorto en sus pensamientos. Por fin, apartó de sí la taza de café sin terminarlo, se puso en pie y dio órdenes a Lewis:

—Vaya y encuéntreme a Ashenden. Estaré en el bar.

—¡Ahí tiene, pues! —dijo John Ashenden.

Habían transcurrido veinte minutos, y Morse había decidido

171

(insistido) en que su cuartel general del salón Lancaster fuera trasladado a un lugar más permanente, tal como el salón privado del bar Chapters. Había interrogado detalladamente a Ashenden durante varios minutos acerca de la crucial llamada de Kemp, y le había rogado que escribiera la conversación en forma de diálogo lo mejor que

podiera recordarla. Ashenden, ahora reclinado en su butaca, cruzó sus desgarradas piernas y contempló con ojos ligeramente entrecerrados cómo Morse cogía la hoja de papel y procedía a leer la conversación reconstruida:

K: Me he retrasado en Paddington, John.

A: ¡Oh, no! ¿Sigues hay? ¿Qué te ha pasado?

K: Acabo de perder el tren, pero tomaré el de la una y media y estaré con vosotros a las tres y cuarto como muy tarde. Siento fallarte de este modo y perderme las copas, el almuerzo y la sobremesa.

¡Perdón, perdón, perdón, John!

A: Bueno, tampoco es el fin del mundo... ¡ni hablar! (*sotto voce*)

Haré lo que pueda para solucionarlo, por supuesto, y se lo diré a los de tu grupo.

K: Ya sé que soy un desastre.

A: Podría ser peor. ¿Quieres que me encargue de enviarte un taxi a la estación?

K: ¿Tú crees que merece la pena?

A: Te ahorrarás diez minutos.

K: De acuerdo. Llego casi a las tres.

A: Llamaré a Luxicars por si no hay ningún taxi cuando llegues.

K: Gracias.

A: ¡Asegúrate de no perder el siguiente!

K: No hay miedo. Esto... antes de colgar, ¿puedo hablar un momento con Cedric, si es que está ahí?

A: Está aquí. Iré a buscarlo. ¡No cuelgues!

—Escribe usted bastante bien —dijo Morse después de leer la hoja por segunda vez, reprimiendo aún el deseo de señalar la única monstruosidad gramatical de toda la redacción—. Un día de éstos debería intentar escribir algo de ficción.

—Hechos, inspector... no se trata de ficción. ¡Pregúntele a esa entrometida de la señora Roscoe, si no me cree! Estaba sentada junto al teléfono, y nunca se le escapa nada.

Morse sonrió, si bien sin mucho entusiasmo, y aceptó el argumento de su oponente. Sin embargo, sentía que esos pocos minutos posteriores a la conversación de Ashenden con Kemp podían muy bien constituir el elemento crucial de la concatenación de sucesos que había conducido a que se produjera un asesinato, por lo que continuó interrogando a Ashenden.

—Así pues, ¿llamó usted al señor Downes?

—Fui hasta donde estaba el señor Downes.

—¿Pero éste no quería hablar con el doctor Kemp?

—Eso lo ignoro. Tenía problemas con el audífono. No hacía más que emitir pitidos a intervalos.

—¿No podría haber oído sin él?

173

—No lo sé. Quizá no. Recuerdo que la línea estaba un poco mal.

Morse miró a Lewis, cuyas cejas acababan de alzarse un milímetro con gesto de autofelicitación.

—¿Quizá sólo creyó usted que era el doctor Kemp? —continuó Morse.

Pero Ashenden negó con gesto enérgico.

—¡No! Estoy seguro al noventa y nueve por ciento de que se trataba de él.

—¿Así pues, fue Sheila, la señora Williams, quien le habló a continuación?

—Sí. Pero lo ha dicho usted con toda precisión, inspector. Fue ella quien le habló. Y, tras hacerlo, colgó el teléfono, por lo que él no llegó a hablarle a ella... al menos, eso fue lo que me dijo.

—¡Ah!

—Seguimos sin contar con otra cosa que su palabra —dijo Lewis una vez Ashenden se hubo marchado—. Como ya dijimos, señor, si no fue Kemp nos enfrentaríamos a una perspectiva temporal

completamente nueva, ¿no es así? Un montón de coartadas no colarían.

Morse asintió pensativamente.

—Sí, estoy de acuerdo. Si Kemp ya estaba muerto a las doce y media...

—Hubo alguien más que le oyó, señor.

—¿No me diga?

174

—La telefonista de la centralita que pasó la llamada.

—¡No hubiera reconocido la voz, Lewis! Recibe miles de llamadas todos los días...

—Considerará que ha tenido un día ocupado el día que reciba cien, señor.

Morse aceptó también el argumento de su subordinado.

—¡Vaya a buscarla!

Celia Freeman fue de mucha más ayuda de lo que Morse y Lewis hubieran imaginado. Especialmente el primero, ya que cuando acababa de comenzar a contemplar la situación desde un ángulo por completo distinto, justamente cuando creía distinguir un destello entre las nubes que hasta entonces habían ocultado los rayos de luz, la operadora pulverizó cualquier esperanza al respecto con la sencilla declaración de que había conocido bastante bien en vida a Theodore Kemp. Durante

cinco años había trabajado en el Ashmolean antes de trasladarse al Randolph, situado al otro lado de la calle; y durante la mayor parte de dicho período había de hecho trabajado para el doctor Kemp, entre otros. Es más, había sido el propio doctor Kemp quien le había proporcionado una carta de recomendación cuando decidió cambiar de empleo.

—¡Oh, sí, inspector! ¡Fue el doctor Kemp quien llamó... no lo dude! Dijo «¿Celia? ¿Eres tú?», o algo por el estilo.

—El señor Ashenden afirma que la línea estaba mal y que había interferencias.

—¿En serio? Me sorprende. Puede que suene algo débil en alguna de las extensiones, pero nunca he oído a nadie decir que tuviera interferencias. No desde que tenemos el nuevo sistema.

175

—Ashenden nunca dijo que hubiera interferencias —dijo Lewis cuando la muchacha se hubo marchado.

—¿Cree usted que no sé eso? —espetó Morse.

—Realmente, opino que deberíamos estar investigando una o dos de esas otras pistas, señor. Quiero decir que, para empezar, tenemos... Pero Morse ya no le escuchaba. Una de las características más extraordinarias de la mente de aquel hombre era que el hecho de ver

echada por tierra una hipótesis atractiva, lejos de desalentarse, siempre parecía estimular la aparición de una segunda hipótesis aún más seductora que la primera.

—¿... a este tal Brown, no cree?

—¿Brown?

—El tipo del siete atravesado.

—Oh, sí, tendremos que ver a Brown y oír qué cuento chino nos ha preparado.

—¿Quiere que vaya a buscarle, señor?

—Por ahora, no. Está asistiendo al recorrido del señor Downes.

—Quizá no sea así —dijo Lewis en voz baja.

Morse se encogió de hombros, como si la localización actual de Brown le resultara indiferente.

—Al menos, el señor Downes sí que está haciendo el recorrido, ¿no es así? Quizá debiéramos aprovechar la oportunidad de... ¿Le importa decirme otra vez la dirección de Downes, Lewis?

176

31

Las ventanas poseen una enorme importancia. Para el ser humano, son lo que el marco a un cuadro, lo que el proscenio a la obra.

MAX BEERBOHM, *En torno al aire*

Era casi mediodía cuando Lewis frenó frente a la residencia de Downes, situada en el extremo de Lonsdale Road.

—Vaya choza, ¿no le parece, señor? —dijo Lewis sobre el ruido de sus pasos en el sendero de grava que conducía a la puerta principal.

—¡No codiciarás la mansión de tu vecino, Lewis! ¡Limítese a llamar al timbre!

Lucy Downes estaba en casa, y salió a abrir: era una mujer rubia, esbelta y atractiva que rondaría los comienzos de la treintena, y apareció ataviada con un traje de entretiempo de color verde pálido.

Llevaba colgado del brazo izquierdo un impermeable de color marrón claro. Sus ojos sostuvieron la mirada de Morse durante unos pocos segundos: unos ojos de aspecto algo tímido, a la vez que potencialmente maliciosos. Por fin, sus labios alcanzaron a articular un nervioso y breve «Hola».

—¡Buenos días, señora! —Lewis le mostró su identificación—

¿Está el señor Downes en casa, Cedric Downes?

Por un momento Lucy pareció confusa.

—¡Oh, Dios mío! ¡No está aquí! Esta mañana tenía que acompañar a unos norteamericanos en un recorrido por Oxford, y esta tarde tiene una conferencia, por lo que... Bueno, ¡lo siento! ¿Puedo ayudarles? Soy su esposa.

—Quizá pueda, señora Downes —repuso Morse—. No sé si

177

recordará que hablamos antes por teléfono. ¿Podríamos... en fin... entrar un momento?

Lucy echó un vistazo al reloj.

—¡Sí, claro! Sólo que —mantuvo la puerta abierta para franquearles el paso— que en este momento me iba a... ¡ay!

Morse se había golpeado la espinilla contra una enorme maleta colocada al otro lado del umbral y, durante unos instantes, apretó con fuerza los ojos mientras profería una muda blasfemia para sí.

—¡Lo siento! Debería haber... ¡esa maldita maleta! Yo misma me he golpeado ya dos veces con ella esta mañana. ¡Perdóneme!

Poseía una voz agradable, y Morse pensó que su tono efusivo no era sino una forma de disimular su nerviosismo.

¿Un nerviosismo debido a qué?

—Me iba en este momento —repitió Lucy—. A Londres. Tengo que cambiar unas cortinas. Una amiga me ha recomendado una tienda razonablemente barata cerca de King's Cross. Aunque hoy en día, uno no puede fiarse de ninguno de esos almacenes, ¿no cree? Encargué específicamente pliegue francés, y luego... ¡oh, perdón! ¡Siéntense, por favor!

Morse paseó la vista por el salón principal. Le sorprendió un poco advertir que todo —la moqueta, la decoración, el mobiliario— aparecía ligeramente viejo y desgastado, con excepción de las cortinas, de aspecto nuevo y resplandeciente, a la vez que, en opinión de Morse, lujoso y elegante. Claramente, Lucy había decidido que cualquier reforma del hogar de los Downes debía comenzar por las cortinas.

—Les ofrecería una taza de café, pero el taxi llegará en cualquier

178

momento. Normalmente es Cedric quien me lleva a la estación... —

Dejó escapar una breve risita—. Me temo que nunca he aprendido a conducir.

—Es una cuestión de simple rutina, señora —comenzó Morse, sentándose y hundiéndose en exceso sobre los viejos muelles de un anticuado sofá—. Sólo tenemos que comprobar todo lo sucedido ayer.

—¡Claro! ¿No es espantoso lo de Theo? Cuando me lo dijeron, no podía creerlo...

—¿Cuándo se enteró, exactamente? —Morse formuló la pregunta con tono pausado, sin separar sus ojos de los de ella.

Lucy Downes aspiró con fuerza, contempló el intrincado dibujo de la moqueta y elevó una vez más la mirada.

—Cedric me llamó del Randolph antes de venir. Tras advertirme

que no se suponía que él debiera saber nada pero que se lo había contado uno de los presentes, el guía del recorrido, con el ruego de que no lo revelara a nadie, me lo contó —aspiró de nuevo— y añadió que no fuera a decírselo a nadie.

—¡Maldito Ashenden! —murmuró Morse entre dientes.

—¡Su pobre esposa! ¿Cómo es posible...?

—¿A qué otras personas se lo dijo usted?

—¿Yo? A nadie. No he salido de casa.

Morse lanzó una ojeada al teléfono que descansaba sobre la mesa situada junto al sofá, pero dejó correr el tema.

—El doctor Kemp intentó hablar con su marido ayer, a la hora del almuerzo.

179

—Lo sé. Cedric me lo dijo. Regresó aquí.

—¿A qué hora fue eso?

—¿La una, más o menos? ¿La una y cuarto... o y media?

—¿Volvió en busca de su audífono de repuesto?

Lucy asentía con la cabeza.

—No sólo por eso. También se llevó algunas notas. No recuerdo para qué las necesitaba. Bueno, en realidad no lo he olvidado. ¡Lo cierto es que en ningún momento lo supe! —Sus labios se curvaron en

una sonrisa nerviosa, encantadora (en opinión de Lewis) y conmovedora (desde el punto de vista de Morse)—. De cualquier modo, se limitó a coger unos papeles y se marchó de nuevo.

—¿Se llevó consigo su audífono de repuesto?

La mujer elevó su mágica sonrisa hacia Morse.

—Es muy posible.

—Tenía entendido que la Seguridad Social sólo los proporcionaba de uno en uno.

—Así es. Pero Cedric tiene uno de repuesto... de hecho, tiene dos.

Adquiridos personalmente. Pero siempre vota a los laboristas. Bueno, eso dice.

—No es tan sordo como parece, ¿no es cierto, señora Downes?

—Finge no serlo. Pero no, tiene usted razón, no oye tan mal.

Ocurre tan sólo que cuando habla con la gente se siente un poco asustado. No asustado de no saber las respuestas, sino de no oír siquiera las preguntas.

180

—Una explicación muy descriptiva, señora Downes.

—¡Gracias! Pero eso es lo que él dice. Yo me limito a repetir sus palabras.

—¿A qué hora llegó a casa anoche?

—¿A eso de las once? ¿Un poco después? Él sabrá decírselo mejor que yo.

Sonó el timbre de la puerta. Hacía unos instantes que los tres habían oído ruido de pasos sobre la grava.

—¿Quiere que le diga que espere unos minutos, inspector? Se ha presentado con cierto adelanto.

Morse se puso en pie.

—No, creo que hemos acabado. A menos... que el sargento Lewis tenga alguna pregunta.

—Sí. ¿Qué es el pliegue francés?

Lucy Downes se echó a reír, mostrando una dentadura blanca y uniforme.

—¡Es como ese de ahí! —Señaló las cortinas de la ventana frontal

—. Consiste en esas pinzas que se recogen en la parte superior, sargento.

—¡Oh! Mi mujer no hace más que decirme que tenemos que comprar cortinas nuevas...

—Lewis, estoy seguro de que, llegado el momento oportuno, la señora Downes y la señora Lewis podrán organizar una entrevista privada. Pero en otra ocasión, si le parece bien. Tiene que coger el tren,

y su taxista espera impaciente en la puerta...

—¡Lo siento, señor!

Lucy sonrió de nuevo, especialmente al agente Lewis, quien se ocupó de transportar su pesada maleta hasta el automóvil.

—¿Sabe ya cuándo volverá, señora Downes? —preguntó Lewis.

—A las siete. Creo que un poco antes... ¿o es un poco después?

—¿Quiere que le diga a su marido que vaya a buscarla? Vamos a verle dentro de poco.

—Gracias. Ya hemos quedado en que vendrá a buscarme.

Subió al taxi, y los dos policías contemplaron cómo el vehículo salía a Londsedale Road.

—¡Encantadora mujer!

Morse no hizo comentario alguno y volvió la mirada hacia la casa con expresión de extrañeza.

—¡No codiciarás la mujer de tu vecino, Lewis! Sale en no sé qué capítulo del Éxodo.

—No me refería a eso. ¡No piensa usted en otra cosa, señor!

—Tiene toda la razón, Lewis: no pienso en otra cosa. Mi mente quiere saber qué relación tiene el robo del Broche de Wolvercote con el asesinato de Theodore Kemp. Y me sorprendería que esa «encantadora mujer», tal como la ha descrito, no supiera un poco más de lo que está

dispuesta a admitir... ¡incluso ante usted!

182

32

El hombre muestra tal predilección por los sistemas y las deducciones abstractas que no tiene inconveniente en distorsionar la verdad intencionadamente ni en negar la evidencia que le proporcionan sus sentidos con tal de justificar su propia lógica.

DOSTOIEVSKI, *Apuntes clandestinos*

Mientras regresaban por Banbury Road, Morse decidió súbitamente visitar El Placer de Parson a la luz del día. Así pues, Lewis se dirigió al extremo de South Parks Road, donde un policía de servicio le franqueó el paso a los parques universitarios a través de un camino de dirección única que conducía a la zona de bañistas. Allí, el área aparecía precariamente acordonada, y al pasar junto a ella Morse y Lewis vieron a uno de los empleados del parque hablando con el recién ascendido sargento Dixon. Los detectives supieron que el día anterior el parque había cerrado sus puertas a las 4.30 de la tarde. No obstante, no era infrecuente que ágiles adolescentes y adultos desesperados lograran acceder a los parques a través de media docena de lugares distintos. Por otra parte, el número de preservativos usados descubiertos en la zona de bañistas sugería que el amparo de la noche

y las cabinas no sólo fomentaban el acceso y la Salida sino también una cohabitación que ni siquiera se veía frenada por los períodos de heladas. Sin embargo, la cabina en la que había sido descubierta la hoja amarilla no reveló más secretos, y ya se había abandonado cualquier esperanza de obtener información adicional de las series de huellas dejadas sobre la hierba desde el día del crimen. Por la mañana dos buceadores habían investigado el lecho del río, pero no habían logrado descubrir nada de interés, aunque también era posible que hubieran visto algo pero no hubieran sabido reconocer su importancia. Desde luego, aseguró el sargento Dixon, ninguna prenda de vestir.

Morse se aproximó al borde del agua e introdujo la mano en el

183

cauce del río a lo largo de la orilla: no estaba tan fría como hubiera podido pensarse. La mención de la ropa por parte de Dixon había devuelto sus reflexiones al descubrimiento del cuerpo de Kemp, y dirigió a Lewis más o menos la misma pregunta que había formulado previamente a Max, obteniendo a cambio un resultado parecido.

—No creo que hubiera estado nadando aquí, señor.

—Se han dado casos de gente bañándose desnuda en este tramo, Lewis.

—Para mi gusto sería demasiado frío.

—¿Y qué me dice de una aventura sexual?

—Para eso no hace falta desnudarse por completo.

—¿No? Bien, acepto su palabra. No soy experto en la materia — permaneció unos instantes más estudiando el agua—. ¿Alguna vez discute usted con su mujer?

—«Se han dado casos», por utilizar sus propias palabras, señor.

—¿Y luego hacen las paces?

—Por lo general.

—Cuando eso ocurre, ¿se sienten quizá más unidos aún que antes?

Lewis comenzaba a sentirse desconcertado, a la vez que ligeramente turbado, por el curso de la conversación.

—Por así decirlo, es probable que un altercado que otro de vez en cuando contribuya a despejar el ambiente, señor.

184

Morse asintió.

—Sabemos de dos personas que tuvieron un altercado reciente ¿no es así?

—¿El doctor Kemp y la señora Williams? ¡Sí! Pero nuestra amiga tiene una poderosa coartada, señor.

—Mucho mejor que la de Stratton, desde luego.

—Podría intentar comprobar la declaración de Stratton: Didcot, el pub que mencionó, el restaurante Browns...

Morse parecía dubitativo.

—¡Si tan sólo supiéramos cuándo fue asesinado Kemp! Hasta que no lo sepamos, no cabe considerar que nadie tenga coartada.

—¿Piensa que pudo matarle Sheila Williams?

—Desde luego. Pero no creo que hubiera podido deshacerse del cadáver. Opino que eso fue labor de un hombre.

—Sin embargo, Kemp no pesaba demasiado. Tenía poca grasa.

—Demasiado pesado para una mujer.

—¿Incluso para una mujer celosa, señor?

—Sí, sé a qué se refiere. No hago más que preguntarme si Kemp no habría encontrado otra garita... y Sheila Williams lo descubrió.

—«Ni los infiernos alcanzan la cólera...»

—¡Si tiene que citar a los clásicos, Lewis, hágalo bien! «Ni los cielos alcanzan la cólera del amor tornado en odio ni los infiernos la furia de una mujer burlada.»

185

—¡Lo siento! Nunca leí mucho a Shakespeare.

—Congreve, Lewis.

—Parece que era un tipo algo mujeriego...

—Y si no podía mantener relaciones sexuales con su mujer porque se hallaba paralizada de cintura para abajo...

—Tengo la sensación de que a ella eso no le preocupaba demasiado. Simplemente, se la tenía jurada a Sheila Williams.

—¿Quiere decir que acaso le habría perdonado de tratarse de cualquier otra persona?

—Creo... creo que debería ir a verla, señor.

—De acuerdo —bufó Morse—. ¡Deme tiempo! Tenemos que ver a esos norteamericanos, ¿recuerda? Aldrich y Brown. Averiguar dónde estaban ellos ayer por la tarde. Dónde dicen que estaban.

Morse se volvió para contemplar de nuevo las aguas antes de partir. A continuación, permaneció sentado y en silencio en el asiento del acompañante del coche de policía mientras Lewis se despedía del sargento Dixon. En la bolsa lateral de la portezuela descubrió un mapa de calles de Oxford junto con un ejemplar del *Railway Magazine*; abrió el primero y trazó el recorrido del río Cherwell, desplazando lentamente su dedo índice en dirección norte desde el punto señalado como la laguna de los bañistas, siguiendo el borde de los parques universitarios, dejando atrás Norham Gardens y Park Town hasta alcanzar la Marston Ferry Road; por fin, torciendo en dirección noroeste, pasó junto a la parte inferior de Lonsdale Road... Portland

Road... Hamilton Road... Si. Había bajado mucha agua por el Cherwell, y cualquier cuerpo abandonado a la corriente en, digamos, Lonsdale Road...

186

Súbitamente, Morse supo dónde había sido arrojado el cadáver al río en su último viaje hacia la eternidad; supo asimismo que si Lucy Downes podía excitar tan fácilmente la libido más bien torpe de Lewis, no era difícil adivinar el efecto que produciría sobre la activa sexualidad de Kemp.

Lewis se había incorporado al asiento del conductor, y pudo distinguir el dedo de Morse pegado al mapa directamente sobre el final de Lonsdale Road.

—No habría podido hacerlo, señor... Downes no. Estuvo con los americanos todo el tiempo... y desde luego hasta después de ser hallado el cadáver. Si alguien tiene una coartada, es él.

—Quizá fue su amiga Lucy Downes.

—¿No pensará eso en serio?

—No estoy pensando en absoluto... no por el momento —repuso Morse con arrogancia—. Estoy deduciendo... deduciendo las posibilidades. Cuando lo haya hecho, comenzaré a pensar.

—¡Oh!

—Y muévase. No podemos tener a los americanos esperando todo el día. Tendremos que dejar que se marchen. ¡Al menos, la mayoría!

Lewis enfiló el camino de regreso desde El Placer de Parson, retornando a Banbury Road, descendiendo por St. Giles' y torciendo a la derecha en el semáforo para tomar Beaumont Street. Durante todo aquel tiempo, el inspector jefe Morse, ya algo menos irritable, no dejó de estudiar el mapa de Oxford.

«Deduciendo», pensó Lewis.

187

33

Si os asusta la soledad, no os caséis.

CHÉJOV

Sheila Williams se sentía espantosamente mal. Cuando Morse — él mismo lejos de parecer sereno— había entrado en el Randolph y había solicitado ver a los señores Aldrich y Brown, los ojos del inspector habían evitado los suyos, como si no deseara recordar los escasos momentos de intimidad que habían disfrutado juntos en las horas de la madrugada. La mayor parte de los turistas comenzaban a mostrar signos de impaciencia, lo que resultaba muy comprensible. Sólo Phil Aldrich había conservado su plácido aspecto habitual, incluso

después de verse interrumpido en mitad del almuerzo e invitado a sentarse en el salón Lancaster, donde ahora procedía a escribir afanosamente en un cuaderno del hotel y donde había sufrido una nueva y breve interrupción por parte de Janet Roscoe, quien parecía dispuesta a aprovechar cualquier posibilidad de fomentar aún más el descontento entre los presentes.

Como ahora, por ejemplo.

—Realmente, Sheila, pienso...

—No sabe cuánto la envidio, señora Roscoe. ¡Yo, hace años que no tengo un pensamiento digno de ese nombre! ¡Oh, Cedric! ¿Cedric? Cedric Downes intentaba escabullirse de las charlas de sobremesa, pero al llegar al pie de la escalera se vio detenido en plena fuga por Sheila, quien, sosteniendo un vaso en la mano izquierda, depositó las uñas intensamente rojas de la mano derecha sobre su solapa.

—¡Cedric! Cómo ha podido esa odiosa mujer sobrevivir tantos

188

años sin que la asesinen...

Cedric mostró una de sus sonrisas tristes y ladeadas, se zafó de la inquietante mano y la miró. Contempló sus labios superior e inferior, ambos casi de igual grosor, jugosos, entreabiertos y tentadoramente

estrujables. Sheila era una mujer a la que conocía desde hacía bastantes años, con la que nunca se había acostado y que medio le repelía, medio le había atraído siempre.

—¡Escucha, tengo que marcharme! Dentro de poco tengo un seminario, y quería despejarme antes de que empiece.

—¿Qué necesidad tienes de hacer eso, cariño?

—¡Sheila! Eres una mujer encantadora, pero... pero pierdes las formas cuando bebes demasiado.

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿También tú?

—¡Sí! ¡También yo! Y tengo que marcharme. He quedado en recoger a Lucy en la estación más tarde, y si quieres que te diga la verdad —miró a su alrededor haciendo girar los ojos en las órbitas—, estoy harto de todo este maldito asunto. Creo que he hecho todo lo posible. Primero me ofrecí a... —Se detuvo—. Lo siento, Sheila. No debería haber dicho eso. ¡Perdóname! —Tras besarla ligeramente en la mejilla, dio media vuelta y salió del hotel.

A medida que le veía alejarse, Sheila pensó que a pesar de las duras palabras que acababa de pronunciar, siempre habría en su corazón un rincón de ternura para aquel hombre. Pero también era consciente de lo mala que siempre había sido al juzgar a los hombres.

¡Su marido! ¡Dios mío! Un culto, apacible y respetado catedrático inglés

incurablemente afectado por el mal de Oxford, esa trágica enfermedad que ofusca a sus víctimas haciéndolas creer que jamás pueden

equivocarse, tanto en cuestiones de sabiduría como de opinión. ¡Qué

189

desastre había sido aquello! Luego, uní serie de admiradores timoratos, egoístas y fatuos... y después Theo. ¡Pobre Theo! Pero al menos él era (había sido) un tipo vital e interesante.

Sheila se acercó a la ventana y observó cómo Cedric atravesaba Beaumont Street empujando su bicicleta, en dirección a St. Giles’.

Nunca conducía si iba a beber durante las comidas. No como otras personas que Sheila había conocido. No como Theo, por ejemplo...

Dijeron que se hallaba por encima del límite permitido de alcohol cuando se había estrellado con el BMW, y no obtuvo compasión alguna de los parientes de la mujer que había muerto en el otro coche. Ni de su esposa, por supuesto... ¡su maldita esposa! Sin embargo, se había sugerido que había tenido un poco de mala suerte. Desde luego, mucha gente había balbucido todo ese rollo de «... hágase la voluntad de Dios». Y la vida estaba llena de golpes de suerte: algunas personas iban a la cárcel por cazar tejones furtivamente; pero si en lugar de eso se hubieran dedicado a cazar zorros, al día siguiente hubieran estado compartiendo una botella de jerez con el perrero mayor. Sí, quizá Theo

había tenido un poco de mala suerte con ese accidente.

Aunque su actual suerte era aún peor.

¿Y Cedric? ¿Tenía razón en lo que acababa de decir? En lo que iba de mañana, Sheila había bebido ya más de lo que en un cartel del centro sanitario de Summertown había leído que se consideraba la media semanal para las mujeres. Sin embargo, cuando estaba bebiendo era (o eso se decía ella) perfectamente consciente de todos sus pensamientos y actos. Era sólo cuando se encontraba razonablemente sobria —cuando se despertaba por la mañana, por ejemplo, sintiendo la cabeza palpitante y la lengua áspera— cuando comenzaba a sospechar en retrospectiva que en realidad no había sido tan racionalmente consciente como creyera de esos mismos pensamientos y acciones...

190

¡Dios mío! ¡Qué desastre de vida llevaba!

Dirigió una mirada desdichada hacia el otro extremo del salón, donde varios de los miembros del grupo charlaban en voz baja con aspecto no muy alegre. Las seis. Morse había fijado la hora de salida a las seis, a no ser que entretanto se produjera algún acontecimiento espectacular.

Regresó al salón Lancaster, donde Phil Aldrich aún garabateaba

sus notas sobre el papel del hotel; por un momento, mientras Sheila le contemplaba desde el umbral, alzó los ojos con su habitual expresión de paciencia y asintió levemente mientras Janet le refería sus últimas opiniones acerca de la injusticia que suponía este nuevo retraso del recorrido. Sin embargo, su humor parecía estar cambiando ante los ojos de Sheila. En tono no especialmente bajo, preguntó a la mujer si no le importaría dejarle en paz, aunque fuera un rato, dado que por el momento tenía cosas más importantes que hacer que escuchar el relato de sus retortijones y sus dolores de tripa.

—¿Quién lo habría creído?

Sheila había escuchado la mayor parte de la conversación y, teniendo en cuenta el volumen de la voz de Janet, lo más seguro era que varios miembros también lo hubieran hecho. Había sido una amonestación devastadora viniendo del apacible hombrecillo de California, y Sheila, al observar el rostro dolido de la formidable mujercita de aquel mismo estado (¿no pertenecían también a la misma religión?) casi experimentó una punzada de compasión por Janet Roscoe.

Casi.

También Lewis había observado a Aldrich mientras éste escribía su declaración, preguntándose cómo un hombre podía escribir con tal

fluidez. ¡Caramba! Cuando Aldrich le entregó lo que había escrito, sólo

191

distinguió tres tachaduras en todo el texto.

192

34

Has cometido fornicación; pero ha sido en otro país, y, además, la fulana está muerta.

CHRISTOPHER MARLOWE, *El judío de Malta*

A comienzos de 1944, cuando tenía 22 años de edad, estuve destinado en Oxford para recibir instrucción como soldado de intendencia con vistas a los próximos desembarcos en Normandía. Una noche, en Chipping Norton, conocí a una mujer casada de la que me enamoré profundamente. Su marido había servido en la Marina Mercante británica con la expedición del Convoy Ruso, pero desde 1943 se hallaba sometido a tratamiento psiquiátrico en algún lugar de Shropshire debido a su estado depresivo. Solían decir que nadie sobrevivía a tales misiones sin acabar con los nervios destrozados. Mientras él permanecía en el hospital, su mujer había quedado embarazada y tuvo una niña que nació el 2 de enero de 1945. Por lo que me han contado, el marido debía de ser un hombre comprensivo, ya que trató a la hija (7^{ma} hija) como si fuera propia. Sin embargo,

cuando ésta alcanzó la adolescencia tuvieron algún que otro problema con ella, y es posible que adivinara parte de la verdad. El hecho es que huyó de su hogar a finales de 1962, y que unos meses más tarde su madre oyó decir que vivía cerca de la estación de King's Cross, donde ejercía la prostitución callejera. Si me enteré de aquello fue debido a que la madre de la muchacha y yo nos manteníamos en contacto a través de postales de aspecto inocente y de una única llamada telefónica que hizo a nuestro a mi teléfono al morir su marido, en 1986. Poco después de aquello, se trasladó a Thetford, en E. Anglia, y pude telefonar allí unas cuantas veces. Pude advertir, sin embargo, que no existía por su parte un deseo real de reanudar nuestros antiguos lazos de amor y amistad, y si debo de ser sincero, tampoco había un deseo real por mi parte. Valoraba demasiado mi independencia como para entrar en ningún compromiso profundo, especialmente con una mujer

193

que —¡qué demonios!— probablemente ni siquiera habría reconocido. Sin embargo, mis sentimientos hacia mi hija eran diferentes, e intenté enterarme de adonde habría ido a parar. Dado que había asistido al funeral imaginé que habría habido algún contacto entre ellas. Además, su madre murió el pasado mes de febrero a causa de un cáncer espantoso, y la hija había permanecido junto a ella y probablemente se

habría enterado entonces del secreto que durante tantos años había pesado sobre la vida de su pobre madre. Imagino que debo ser más franco acerca de esto, ya que mi hija me escribió después del funeral de su madre y me dijo que, en cualquier caso, había adivinado lo sucedido. No había vuelto a tener hijos propios y, de algún modo, ella constituía entonces para mí algo precioso, si bien nunca confié en que llegaría a verla. No me había enviado su dirección, pero el matasellos indicaba la zona de WCI. Así que cuando leí el anuncio de este viaje y vi que habría que pasar tres días en Londres, decidí unirme a él, eso es todo. Pensé que estaría bien volver a visitar la vieja Inglaterra, e incluso si no encontraba a mi hija siempre podría decirme a mí mismo que al menos lo había intentado un poco. Así pues, cuando estuvimos en Londres estuve preguntando por ahí en diversos centros de rehabilitación para mujeres y tuve suerte. En uno de aquellos lugares había una docena de jóvenes almorzando juntas. No recuerdo el nombre del sitio, pero era un edificio de madera pintado de azul, con muros grises y tuberías de color rojo vivo. Se trataba de una edificación relativamente grande que formaba parte de una hilera de casas, con los marcos de las ventanas contruidos con ladrillos blancos y amarillentos. Estaba situada a unos cinco o diez minutos a pie desde King's Cross. La única otra cosa que recuerdo es que las calles

aparecían regadas de basura por todas partes. El encargado era un tipo estupendo, ¡y cuando mencionó el nombre de mi hija a aquellas muchachas descubrimos que una de ellas la conocía! Había un montón de prostitutas callejeras y pequeñas rateras —él las llamaba sus pros y sus contras— pero una de ellas había visto a mi hija Pippa una semana antes en una cafetería cercana. Le di 10 libras y le pedí por favor que si

194

volvía a verla se lo dijera al encargado para que éste pudiera telefonarme y ponerme al tanto de las noticias. Ayer fue el último día posible en que podríamos haber el recorrido pasaba lo suficientemente cerca de Londres como para acudir con facilidad, ya que sólo está a una hora de trayecto. ¡Por fin, ayer recibí una llamada telefónica de mi propia hija! Le había detallado nuestro itinerario al encargado, y la llamada fue pasada directamente a mi habitación antes de que partiéramos para almorzar. Así que acordamos vernos en el Brunei Bar, situado en el Great Western Hotel de Paddington, a las dos y cuarto, y se me ocurrió que iría sin decírselo a nadie del grupo. Llegué a Paddington justo después de las dos, con tiempo más que suficiente. Me dirigí al bar del hotel y me tomé un whisky doble porque, caramba, lo nervioso que estaba. Comprenden, nunca había visto a mi propia hija hasta entonces. Esperé y esperé y esperé... hasta eso de las tres y

luego, cuando el bar cerró, hasta eso de las cuatro en el vestíbulo. Pero no acudí, a pesar de que yo rezaba y confiaba en que cualquiera de las mujeres que entraban y parecían rondar los cuarenta y cinco años o cosa así resultara ser ella. Así que tomé el tren de las 4.20 de regreso a Oxford. Paró en Reading y luego en Didcot. No vi a Eddie subir al tren en Didcot, pero ahora sé que él me vio a mí. Si lo sé es porque me lo dijo esta mañana, no pensaba haberme dicho nada, pero tenía remordimientos de conciencia, por lo que me contó lo mismo que les había contado a ustedes. Tan sólo espero que a la policía le resulte más fácil esclarecer este asesinato si todos decimos la verdad, incluso si algunos tenemos algún que otro trapo sucio que sacar a la luz. Sólo les ruego que guarden mi secreto. Y otra cosa, le he pedido a Janet la señora Janet Roscoe que firme haberme visto ayer por la tarde en una de las sesiones. Por favor, no la culpen a ella. Fui yo quien le dije que tenía un terrible dolor de cabeza. Es una mujer mucho más agradable de lo que puedan pensar los demás, y la admiro profundamente.

PHILIP ALDRICH.

195

35

Una canción durante el crepúsculo

cuando las luces decrecen

Y las sombras parpadeantes

surgen y desaparecen...

Del Cancionero inglés

A pesar de su agilidad mental, Morse era un lector lento, y Lewis, que ya había leído la declaración, experimentó una considerable animación al contemplar a su jefe recorriendo con la vista esas mismas páginas. Era como ver a uno de los cabecillas de Cambridge incapaz de sumar 77 más 17 sin recurrir al lápiz y el papel.

—¿Y bien? —preguntó Morse al cabo de un buen rato—. ¿Qué ha sacado en claro de todo esto?

—Un dato curioso, señor. Sin duda es una buena coartada para Aldrich, pero no parará Stratton, ¿no cree?

—¿No?

—Desde luego que no. Aldrich no llegó a ver a Stratton en el tren, ¿no es cierto?

—¿Quiere decir que Stratton podría no haber estado en el tren? Sí... pero, en tal caso, ¿cómo supo que Aldrich sí estaba?

Lewis sacudió la cabeza.

—Eso es lo que intento imaginar, señor.

—Sin embargo, tiene usted razón, Lewis —añadió Morse a la vez

que se sentaba y elevaba los ojos al techo durante unos instantes. Y le diré otra cosa: ¡no escribe mal!

—Es un caballero inteligente, señor.

—Más culto que su hija, diría yo. A excepción de un par de errores o cosa así, ¿no es cierto?

—Yo sólo he visto dos —repuso Lewis, que mantenía una expresión tan impasible como la de un jugador profesional de póquer mientras Morse, con una media sonrisa de complicidad, hojeaba distraídamente los cuestionarios.

—No deja de ser triste —sugirió Lewis—, la historia de la hija del señor Aldrich.

—¿Humm?

—Me pregunto por qué no acudiría a Paddington.

—Probablemente conoció a un jeque del petróleo a la salida del Dorchester.

—Sin embargo, había acordado reunirse con él.

—Eso nos ha contado.

—¿No le cree? —El rostro de Lewis adoptó una expresión de asombro—. No es posible que se haya inventado toda esa historia del ejército... ni lo del tren.

—No, esas partes no.

—¿Pero no termina usted de creerse lo de en medio?

—Como acaba de afirmar usted, se trata de un caballero

197

inteligente. Sí, creo que es cierto que fue a Londres, pero no estoy ni mucho menos seguro de qué hizo mientras estuvo allí. ¿No le parece todo un poco difuso? Del mismo modo, tampoco estoy seguro de qué hizo Kemp después de despedirse de sus editores. ¿Y si se reunieron, Lewis? ¿No le parece una posibilidad interesante?

Lewis negó con la cabeza. En todos los casos ocurría invariablemente lo mismo: a la mitad, Morse se destapaba con improbables y complicadas teorías que no tardaban en tener que verse abandonadas a medida que surgían nuevos datos.

Misericordiosamente, en esta ocasión parecía estar concentrándose en los hechos, olvidándose de Aldrich por el momento y revisando una vez más los cuestionarios.

—¡Fíjese en esto, Lewis! —dijo Morse, alargándole tres de las hojas y señalando las respuestas al punto e):

P. Aldrich27-10-90

E. Stratton27 oct. 1990

H. Brown27 octubre

—Tampoco es una prueba definitiva, ¿no, señor?

Pero Morse parecía haber abordado ya una línea de pensamiento totalmente distinta.

—Estaba pensando en sus fechas de nacimiento...

—Enseguida las sabremos. Esta mañana le pedí a Ashenden que recogiera todos los pasaportes.

—¿En serio?

Lewis se sintió halagado al advertir la sorpresa y la aprobación

198

que se traslucían en los ojos y la voz de Morse, y no tardó en hallarse de regreso con los pasaportes.

—Están todos, ¿no es así?

—Excepto el de Ashenden. No se olvida usted de... de Ashenden, ¿verdad, señor?

—¡Oh, no! No me olvidó de Ashenden —repuso Morse

suavemente mientras extraía la pluma y escribía tres fechas de nacimiento en una servilleta:

Aldrich: 8.4.1922

Stratton: 29.9.1922

Brown: 3.8.1918

—Dos de ellos tienen sesenta y ocho años, y el tercero setenta y dos...

—Nadie diría, sin embargo, que Brown es el mayor de los tres, ¿no cree, señor? Siempre está trotando de un lado a otro. Representa dos años.

—¿Un qué de dos años?

Lewis suspiró y guardó silencio.

—Se quedó en su habitación mientras su mujer se iba a dar un

199

paseo por Oxford, ¿recuerda? Y aún pienso que una de las circunstancias más extrañas de este caso es por qué Stratton no acompañó a su esposa a la habitación. No es lógico, Lewis. Las cosas no suelen ser así.

—¿Qué pretende sugerir? —preguntó Lewis.

—Brown afirma que permaneció en su habitación mientras Stratton y su esposa salían a dar una vuelta por Oxford. Por lo visto estaba cansado... Como usted ha dicho, representa dos años.

—¿Un qué de dos años, señor?

Como si alguien lo hubiera preparado de antemano, comenzó a oírse una melodía procedente del salón privado. Al principio, tan sólo unas pocas notas tímidas tocadas presumiblemente en el Steinway de cola que Morse había admirado anteriormente en el salón Lancaster; a continuación, la melodía completa, a medida que el pianista contratado

para la velada recorría con los dedos los nostálgicos acordes de *La vieja y dulce canción del amor*.

Los dos hombres escucharon en silencio, y por fin Morse habló:

—¿Sabe? Empiezo a preguntarme quién tenía una aventura con cuál.

Una vez más, las cejas de Lewis se enarcaron como un relámpago.

—¡De acuerdo! «Con quién», si así lo prefiere. Stratton y Shirley Brown salen juntos, y todo el mundo piensa «uh, uh». ¿De acuerdo? En consecuencia, todos nos concentramos en el posible escándalo... y pasamos por alto una situación considerablemente más sugerente.

Brown y Laura Stratton están uno al lado del otro, en las habitaciones 308 y 310, respectivamente. Trampas y más trampas... ¡líos de cama, 200

Lewis! ¡Se trata de un *crime passionel!* Stratton regresa y sorprende a Brown en la postura del misionero... todo ese asunto del Broche de Wolvercote no es más que una distracción secundaria.

Lewis, sin embargo, se negó a compartir tan absurda especulación.

—Estaba cansada, señor. Seguramente le interesaba mucho más un baño que un...

—¿... que un polvo?

—No sé... las personas, a esa edad...

—¿Qué? He oído que el sexo puede continuar siendo sumamente placentero por encima de los sesenta y cinco.

—En ese caso, apenas le quedan a usted diez años.

Morse sonrió, pero sin convicción.

—Diga lo que diga, estoy seguro. Es *La vieja y dulce canción del amor...* tiene por fuerza que formar parte de los hechos. Una mujer muere. Desaparece una obra de arte. Un experto en arte aparece asesinado. ¿Me sigue, Lewis? Hay una relación... tiene que haberla. Sin embargo, por el momento no logro... —se interrumpió y contempló de nuevo las tres fechas—. Imagino que se da usted cuenta de que estos tres habrían tenido... ¿cuántos?... ¿veintidós, veintidós y veintiséis años en 1944? —Sus ojos relucieron con lo que parecía una especie de inspiración interior—. ¿Y si todos hubieran estado destinados en Oxford o cerca de Oxford?

—¿Qué diferencia supondría eso, señor?

Morse parecía ignorarlo.

201

Lewis cogió la declaración de Aldrich y se puso en pie.

—¿Quiere que vaya a buscar a Howard Brown?

Una vez más, Morse parecía haber sintonizado la mente en distinta frecuencia.

—¿Por qué dijo usted que... —señaló la declaración— que se trataba de un caballero inteligente?

—Bueno, para empezar, sólo hizo tres tachaduras, ¿no? Y... no sé... se sentó y... y lo escribió todo de un tirón.

—S-sí —dijo Morse, hablando para sí mismo, dado que Lewis ya había abandonado el salón privado en busca del señor Brown.

Paseó la mirada por las otras dos mesas ocupadas. Frente a la primera, una mujer de mediana edad dotada de un busto impresionante hundía su tenedor en un plato de ensalada con la precisión de un contable frente a su calculadora, tras lo cual se apresuraba a transferir el contenido a sus voraces mandíbulas; Morse supo que de haberse casado con ella, todo habría terminado antes de que transcurriera la primera semana. Sin embargo, en la segunda mesa había otra mujer: una mujer cuya edad apenas alcanzaría la mitad de la de su acompañante, ataviado como el típico ejecutivo; una mujer que, a juzgar por las apariencias, estaba pasando un rato difícil, ocupada como estaba en ensayar todo un capítulo de lenguaje corporal con sus manos desprovistas de anillos. Acaso, pensó Morse, se trataba de la clásica aventurilla laboral ilícita a punto de terminar. En ese instante, su

mirada apesadumbrada se cruzó con la de Morse estableciendo con ello una especie de camaradería anónima y distante, y sonrió. Morse hizo lo propio, sintiéndose por unos segundos intensa y espléndidamente feliz.

36

202

Sus encuentros transformaban en junios los diciembres.

TENNYSON

Enfrentado a la evidencia del revelador 7, Howard Brown capituló de inmediato. Sí, había un aspecto en el que Morse se hallaba en lo cierto: Aldrich, Stratton y él habían estado destinados en Oxford o sus proximidades en 1944 y, de hecho, él (Brown) había conocido vagamente a Stratton en aquellos días remotos. Por ello, ambos se habían sentido encantados de reanudar su relación con motivo del viaje; tan pronto había comenzado éste habían pasado numerosos ratos juntos, charlando acerca de los viejos camaradas que habían conocido —tanto de aquellos que habían sobrevivido como de los que no—, a la vez que recordando algunos de los «talentos locales» que tan felices se habían sentido los soldados de descubrir, tanto en Oxford como en algunas de las aldeas y poblaciones circundantes. Brown se había enamorado perdidamente (o eso decía) de una muchacha llamada

Betty Fowler a la que había conocido un viernes por la tarde en un baile celebrado en el ayuntamiento de Oxford. Ya en su segundo encuentro, ambos se habían jurado amor eterno.

Posteriormente, una vez desmovilizados de su destino en Alemania al terminar la guerra durante el verano de 1945, había regresado a Estados Unidos, sin esperanza de comunicación entre ellos aparte de una o dos direcciones ocasionales y poco fiables. Así pues, poco a poco, los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos fueron desvaneciéndose. Sin embargo, en Múnich había conocido a una muchacha maravillosa; luego, a una comprensiva ama de casa de Hamburgo... y la cosa había continuado. Gradualmente, y al igual que la mayor parte de sus camaradas, había logrado acostumbrarse al hecho de que las relaciones establecidas en tiempo de guerra se hallaban casi inevitablemente condenadas a la desaparición.

Ya de regreso en casa, había conocido a Shirley en California y se

203

había casado con ella. De acuerdo, quizá ya no quedaba tanto de la felicidad inicial del matrimonio; sin embargo, extrañamente, cuanto más habían huido de los tribunales de divorcio, más fuertes se habían vuelto los lazos que los unían: el hogar, los niños, los amigos, los recuerdos, las pólizas de seguro; y, sobre todo, quizá, el tiempo... el

tiempo, cada vez mayor que habían pasado como marido y mujer.

Cuarenta y tres años ya.

Antes de casarse con Shirley, había escrito a Betty Fowler una carta honesta y sincera a la que no había recibido respuesta. Fueran cuales fueran los motivos, había optado por pensar que la joven debía de haber contraído matrimonio. Se trataba de una muchacha extraordinariamente atractiva, de compleción pálida, rostro pecoso y cabellos pelirrojos: una chica por la que la mayoría de sus compañeros habrían entregado de buen grado un mes de paga. O un año.

Luego, hacía tan sólo seis meses, había recibido una carta («estrictamente privada y confidencial»). Aunque había sido enviada a la dirección que poseía en Los Ángeles en 1947, había terminado por llegarle, casi de milagro, desencadenando con ello un torrente de recuerdos a los que los años transcurridos habían añadido el correspondiente interés compuesto. En su momento, confesaba Betty, había recibido su carta; de hecho, aún la conservaba. Pero para entonces ya se había casado con un mecánico de Cowley, estaba embarazada de cuatro meses y se hallaba destinada a ser madre de cuatro criaturas maravillosas: tres niñas y un niño. Su marido se había jubilado en 1988 y había muerto, el pobre, tan sólo siete meses después. En cuanto a ella, estaba bien. No tenía preocupaciones, y mucho menos

económicas. Eso sí, tenía ocho (¡ocho!) nietos, si bien nunca se había sentido tentada de presentarse al concurso de La Abuela más Elegante de la localidad. Así, el único motivo de su misiva era decirle que si alguna vez tenía ocasión de regresar a Inglaterra... bueno, que le gustaría... en fin, que sería agradable...

204

¡Cuánto se había esforzado él por localizarla telefónicamente desde Estados Unidos! Pero ella no le había proporcionado ni dirección ni teléfono, y la dificultad de averiguar cualquiera de estos datos a base de llamadas de larga distancia había resultado insuperable. Sin embargo, aquí estaba ahora... ¡tan cerca de ella! Y con su esposa ausente durante el tiempo suficiente en compañía de uno de sus admiradores... El caso es que la había observado abandonar el hotel y, a continuación, se había puesto en contacto con el Servicio de Información desde el teléfono público del vestíbulo. Milagrosamente, no habían transcurrido dos minutos cuando se hallaba hablando con una mujer a la que había dado el último beso de despedida a comienzos de mayo de 1944... ¡hacía ya más de cuarenta y seis años! ¿Podían verse? ¿Querría ella verle? La respuesta había sido sí, sí, sí. Y, efectivamente, habían tenido (en realidad, le había resultado muy fácil escabullirse la tarde anterior) un nervioso y emocionante encuentro

frente a la entrada de los Parques Universitarios a las dos y media de la tarde.

—Ella sí se presentó, ¿no es cierto? —preguntó Morse.

—Sí. —Brown pareció ligeramente desconcertado por la pregunta—. ¡Oh, sí! A eso de las dos, enfilé St. Giles' y luego bajé por Keble Road hasta los parques. Y, bueno... allí estaba ella, esperándome.

—A continuación, se encaminaron a El Placer de Parson y se sentaron en una de las cabinas.

—Sí, pero no me malinterprete, inspector: quiero que esto quede claro. Nos limitamos a darnos un besito, a abrazarnos y... bien, eso fue todo, en realidad.

—Mi único deseo —dijo Morse, escudriñando ahora con antipatía no del todo irracional al notablemente bien conservado donjuán de Los Ángeles— es, como usted ha dicho, que quede esto
205

bien claro. ¡Conque gracias por su sinceridad!

Brown se puso en pie, disponiéndose a partir. Su expresión, no cabía duda, revelaba un considerable alivio, pero resultaba también obvio que algo turbaba su mente, ya que su mirada no hallaba lugar donde centrarse.

—Hay otra cosa, inspector.

—¿Cuál?

—Ayer, cuando caminaba en dirección a Keble Road, vi a alguien en la parada que hay frente a la iglesia de St. Giles's esperando el autobús de Summertown. Bueno, imagino que sería el de Summertown.

—¿Y quién era dicha persona, señor mío?

—El señor Ashenden.

—Sencillamente, no puedo creer todo esto —dijo Morse, tan pronto Brown hubo partido.

—¿Quiere decir señor, que está preguntándose a quién vio Ashenden?

—Exacto.

—Parecía estar diciendo la verdad.

—¡Todos dicen la verdad! Pero hay alguien que no lo hace, Lewis.

¡Alguien robó el Broche de Wolvercote, y alguien asesinó a Kemp! ¡Si al menos pudiera descubrir la relación!

—¡Quizá no exista tal relación! —dijo Lewis.

206

Pero fue como si hablara consigo mismo.

207

37

Sic, ne perierit, non cessat perdere lusor

(El jugador continua respaldando a los perdedores en su intento por recuperarse de sus pérdidas.)

OVIDIO, *Ars amatoria*

Ashenden, atrapado como estaba una vez más en la cafetería del hotel por la diminuta dinamo de Sacramento, se mostró más que agradecido ante la ocasión de huir de ella, aunque para ello hubiera de entrevistarse de nuevo con el inspector Morse.

—¿Siempre les caen a ustedes una de éstas? —preguntó Lewis en tono compasivo.

—La verdad es que Janet se llevaría el primer premio —concedió Ashenden con una sonrisa fatigada—, aunque a veces tampoco es tan mala chica... una vez que se ha llegado a conocerla.

—De todos modos, uno no deja de preguntarse cómo ha encontrado a alguien que quisiera casarse con ella.

Ashenden asintió mientras su interlocutor le cedía el paso al interior del salón privado del bar del hotel:

—¡Pobre hombre!

Con esta su siguiente jugada (Ashenden), Morse no se anduvo con delicadezas. Sencillamente, mostró sus ases y aguardó el resultado.

Pregunta: ¿Por qué había mentido Ashenden respecto a su visita al

Magdalen? Respuesta: En realidad, no había sido una mentira. De hecho, había acudido efectivamente al Magdalen, había preguntado a los porteros y éstos le habían dicho que la institución se encontraba cerrada al público; a continuación, había proseguido su paseo a través

208

del puente, había rodeado el parque y había regresado bajando por High Street. Lo cierto es que había sido una mentira estúpida, pero no se le había ocurrido otra forma de evitar una tediosa y larga explicación. Pregunta: ¿Qué me dice de ayer por la tarde, a eso de las dos? Al formularla, Morse le advirtió que se encontraba perfectamente dispuesto a admitir cualquier explicación, por «larga y tediosa» que fuera.

—No hay nada que ocultar, inspector. De hecho, le dije a un par de miembros del grupo (creo que al señor y a la señora Kronquist) que pensaba dar un paseo por Summertown.

—¿Por qué tuvo que molestarse? ¿Por qué dar explicaciones? Usted trabaja por libre, ¿no es así?

Ashenden consideró la pregunta unos instantes.

—Ayer me di cuenta de que quizá no se hallaran ustedes completamente satisfechos de la información que les había dado acerca de mis actividades mientras, en fin...

—Mientras alguien robaba el Broche de Wolvercote —sugirió Morse.

—Sí. Por eso pensé que no sería mala idea que alguien conociera mi paradero durante la tarde de ayer.

—¿Dónde estuvo?

Ashenden, mostrando un aspecto claramente incómodo, aspiró profundamente.

—Pasé la tarde en el despacho de apuestas de Summertown. Lewis alzó la mirada.

209

—Eso no es ningún delito, ¿no?

Morse pareció agradecer el comentario.

—Creo que el sargento Lewis tiene razón, ¿no le parece? No se considera delito dar de comer a los corredores de apuestas.

De pronto, Ashenden pareció relajarse.

—Me habían dado una pista. El día que visitamos el University Arms de Cambridge me encontré con un tipo de Newmarket. Me dijo que no dejara de apostar a este caballo... ganador en Fontwell Park.

—Continúe.

—Bueno, en realidad, eso es todo. Creo que llegué al despacho de apuestas a eso de las dos y media; el caso es que aposté a otro caballo

en la carrera anterior. Aposté tres libras a un caballo que corría en la de las tres menos diez y luego cinco libras al ganador «seguro» que aquel individuo me había recomendado para la de las tres y cuarto o tres y veinte... algo así.

—¿Cuánto ganó?

Ashenden meneó la cabeza apesadumbrado.

—Por lo que me pregunta, creo que no es usted un jugador habitual, inspector.

—¿Cree usted que en el despacho de apuestas conservarán algún registro de su presencia allí?

La pregunta había sido formulada por Lewis, y Ashenden giró en su asiento.

—¿Acaso pretende usted insinuar que no estuve allí?

210

—No, señor. Desde luego que no. Pero no deja de ser el período clave que investigamos, ¿comprende? ¿Las tres? Justo cuando el doctor Kemp debía llegar a Oxford.

—Ya —repuso Ashenden—. Entiendo a qué se refiere.

—¿Cree que alguien le reconocería si volviera allí? —prosiguió Lewis.

—Lo ignoro. Aquella tarde pasaron por allí bastantes personas...

ocho, diez... quizá más en algunas carreras. De ahí a que alguna me reconociera...

—¿Sin duda conservarán los recibos de las apuestas? —sugirió Morse.

—Oh, sí... los habrían conservado... si hubiera ganado, claro está.

—En ese caso, qué lástima que no lo hiciera. Podría haber disfrutado de sus ganancias y haber demostrado su coartada al mismo tiempo.

—Como sin duda sabe, inspector, la vida está llena de pequeños inconvenientes... —Súbitamente, se detuvo, y sus ojos se iluminaron mientras extraía una negra cartera de cuero del bolsillo interior de su chaqueta de sport— Con un poco de suerte... ¡sí! ¡Gracias a Dios! Pensé que igual los había roto.

—Tengo entendido que los despachos de apuestas suelen estar alfombrados de recibos rotos —dijo Morse mientras estudiaba los dos papelitos rosados que Ashenden le acababa de entregar.

—Me temo que, por mí, como si quiere romper también éstos, inspector.

—Oh, no. No debemos destruir ninguna prueba, ¿no es cierto,

211

Lewis?

Ashenden se encogió de hombros y, por unos instantes, pareció sentirse de nuevo incómodo.

—¿Algo más?

—Creo que no —dijo Morse—. Pero es un juego para idiotas. Me refiero a las apuestas, ¿entiende? Para idiotas y además sucio.

—Quizá debiera usted visitar un despacho de apuestas. Hoy en día se trata de un negocio bastante civilizado...

Pero Morse le interrumpió con una mirada gélida.

—Escuche, hijo, cuando haya perdido tanto como yo en los caballos... entonces podrá venir a echarme sus sermones acerca del juego, ¿de acuerdo? —Agitó los dedos en señal de despedida—. Y dígame a su chófer que puede anunciar la salida para las cinco. Creo que todos se alegrarán de oír esa noticia. De aquí a Stratford sólo hay unos sesenta kilómetros... y en cierta ocasión Lewis consiguió hacer el recorrido en una hora.

38

Aún se distingue el resplandor del día por occidente: el viajero rezagado espolea ya su cabalgadura para alcanzar a tiempo la posada.

SHAKESPEARE, *Macbeth*

Mientras el autocar enfilaba Woodstock Road en dirección norte y salía a la A-34, la mayoría de los miembros de la excursión guardaban

silencio, sus pensamientos centrados acaso en los extraños y trágicos acontecimientos que habían dejado atrás en Oxford. ¡Qué historias podrían contar a su regreso a casa! John Ashenden, sentado en solitario en uno de los asientos de la primera fila más próximos al pasillo,

212

dudaba si tomar el micrófono y pronunciar unas palabras acerca del Somerville College, la Radcliffe Infirmary, la Torre de los Vientos, las grandes residencias de ladrillo rojo que databan del siglo XIX, St. Edward's School... Al fin, decidió no hacerlo: no se encontraba de humor, ni lo estaba tampoco el resto de los ocupantes del vehículo a juzgar por las apariencias.

Junto a él, ocupando el asiento situado tras el conductor, permanecía sentada la señora Roscoe. Mostraba una expresión agria, y su hermosa naricita aparecía sumergida en el texto de *El sueño de una noche de verano*. Tras él se hallaban sentados Howard y Shirley Brown, ambos silenciosos y sombríos, abstraídos en pensamientos que ningún observador habría sabido determinar... de hecho, imposibles de comprender del todo por ninguno de ellos mismos. Y, detrás de los Brown, los enigmáticos Kronquist —la tercera pareja casada registrada como tal en aquel viaje—, que parecían reacios a iniciar siquiera una conversación trivial: la mujer leía *Lark Rise to Candleford*; él, la recién

publicada *Guía completa de la cerveza* para 1991. Al fondo, como si quisiera distanciarse al máximo de la mujer que *ab initio* había intentado acapararle en calidad de acompañante, amigo y guía, se sentaba Phil Aldrich, absorto en una lenta lectura de la edición de tarde del *Oxford Evening Mail*. La súbita frialdad reinante entre él y la señora J. Roscoe no había pasado desapercibida para la mayoría del resto; más bien, aquel giro en su relación se había convertido en uno de los pocos temas de conversación que se desarrollaba a medida que el autocar aceleraba siguiendo la doble calzada que conducía a Woodstock.

Tan sólo dos de los miembros del grupo que arribara al Randolph aproximadamente cincuenta horas antes faltaban de sus asientos (las plazas situadas detrás de la señora Roscoe). El cuerpo tendido de una de esas personas aún descansaba (en paz) en el depósito de la policía en St. Aldate's; la otra, con autorización expresa de Morse, había partido aquella tarde para Londres en tren, esta vez sin detenerse (como afirmaba haber hecho anteriormente) en Didcot, población que

213

atravesó para luego dejar atrás Reading, Maidenhead y Slough hasta llegar a Paddington, en donde había cogido un taxi que le trasladó hasta las oficinas de la agencia de viajes en Belgravia para repasar los últimos deseos y ceremonias de su hasta poco antes legítima esposa,

Laura Mary Stratton.

A medida que el vehículo remontaba poderosamente la colina alejándose de Woodstock, Ashenden consultó una vez más su reloj con cierta ansiedad. Había telefonado al Swan Hotel de Stratford para rectificar la hora de llegada y fijarla a las 18.15; a juzgar por los acontecimientos, sin embargo, la cosa iba a resultar, en palabras de Wellington, «condenadamente justa». No obstante, no hizo intento alguno por exhortar al conductor a que rebasara el límite de velocidad establecido.

¿Que llegaban un poco tarde? ¡Y qué! Según le habían dicho, se encontrarían ya dispuestos los veintiséis platos de ahumados con *mousse* a la Arbroath... y un único zumo de zanahoria para la muchacha soltera residente en Las Vegas.

¿Era Morse, se preguntó Ashenden, la clase de hombre que todo el mundo parecía creer? ¿Un hombre dotado de una mente ante la que acaso habría palidecido ligeramente la del mítico Mycroft? Ashenden lo dudaba, y sus dudas se reafirmaban a medida que el autocar avanzaba a lo largo de la A-34 alejándose más y más de Oxford. Todo saldría bien.

214

39

Nunca me sentí tan agotado como al ver a *Slippery Sun* llegando vencedor a la meta con las apuestas 30 a 1.

A. P. HERBERT, *Un día en el Derby*

Morse y Lewis los habían visto partir desde la ventana de la cafetería que daba a la calle.

—¿Cree que volveremos a ver a alguno de ellos, señor?

—No —dijo escuetamente Morse.

—¿Significa eso que tiene usted alguna idea...?

—¡Ideas, en plural, Lewis! Rara vez hemos contado con tantas pistas, ¿no cree? Pero no puedo evitar el convencimiento de que hemos pasado por alto las verdaderamente vitales... —Morse interrumpió su discurso y reanudó el hilo de sus reflexiones anteriores—. Se trata de todo este maldito asunto de los enamorados... y aún pienso que si Kemp terminó asesinado fue porque le gustaban demasiadas señoras a la vez.

—Sé que no hago más que hablar de la señora Kemp, señor, pero ¿no cree que deberíamos...?

Morse hizo caso omiso de la interrupción.

—¿Por qué estaba desnudo? Al principio, pensé que se debía a que el traslado del cadáver podría haber resultado considerablemente fastidioso y sangriento. Max dijo que tuvo que haber litros de sangre, y

si alguien quiere evitar empaparse el traje o el vestido... es una posibilidad, Lewis. O también pudieron desnudarlo para retrasar la identificación, imagino. Cuanto más tiempo lo consiguieran...

215

—... más difícil sería para nosotros refutar una coartada.

Morse asintió.

—Sin embargo, no creo que se debiera a ninguno de esos motivos.

—¿Cree usted que estaba haciendo el amor con una dama?

—Bueno, con una mujer, Lewis. Y dado que sabemos que rio es probable que dicha mujer fuera su esposa, debido al... en fin, al accidente de automóvil, hemos de determinar quién pudo haber sido. Es probable que el marido, o cualquier otra persona celosa irrumpiera y les sorprendiera copulando. Pero ¿quién era ella? Por mucho que lo intento no logro convencerme de que pudiera ser Sheila Williams... No, hay que estudiar la lista de carreras hasta encontrar una yegua atractiva, disponible y complaciente... y la yegua más probable es, sin duda...

De repente, Morse se interrumpió, su mente una vez más seis estadios por delante del pelotón. Aquella mañana, antes de acudir al Randolph había adquirido un ejemplar del *Times*, pero hasta entonces

ni siquiera se había fijado en los titulares. Ahora estudió de nuevo los dos recibos de apuestas que descansaban frente a él sobre la mesa; a continuación, abrió el periódico al final de la sección de Economía, en busca de Deportes, y su mirada recorrió los resultados de las carreras celebradas el día anterior en Fontwell Park. Aparentemente, las tres libras arriesgadas por Ashenden en Golden Surprise para la carrera de las 14.50 no habían hecho sino aumentar el lujoso nivel de vida de la comunidad de corredores de apuestas. Sin embargo, Lewis vio cómo la circunferencia de los ojos de Morse aumentaba considerablemente de tamaño al depositar éste su mirada sobre el resultado de la carrera de las tres y cuarto: «1 THETFORD QUEEN (J. Francis) 30-1.»

—¡Mil demonios!

216

—¿Señor?

—Ashenden apostó ayer a un caballo, un caballo que según dijo le había recomendado alguien en Cambridge, arriesgó cinco libras... ¡y ganó! *Thetford Queen*. ¡Mire! Está escrito en el recibo.

—¡Vaya! Eso significa que le esperan ciento cincuenta libras.

—No. No pagó el impuesto correspondiente, por lo que sólo cobraría ciento cuarenta... incluida la cantidad que apostó.

—Ignoraba que supiera usted tanto acerca de estos temas, señor.

Una vez más, Morse pasó por alto el comentario.

—Afirma que estuvo ahí, Lewis, en el despacho de apuestas.

Apuesta su dinero al caballo que le han recomendado, el bicho gana y...
¡no recoge sus ganancias!

Lewis consideró las palabras de Morse y sacudió la cabeza desconcertado. A buen seguro, Ashenden habría acudido de inmediato a la ventanilla de pagos de haberse encontrado allí... especialmente dado que era la única ocasión en que iba a visitar aquel despacho de apuestas. Y, si por algún extraño motivo, le hubieran dado una información incorrecta, si le hubieran dicho que el caballo había perdido, resultaba difícil concebir por qué habría guardado tan cuidadosamente los recibos en la cartera. ¿Por qué no romperlos como todo el mundo y añadir su propia aportación a la masa de papeles que alfombra todos los despachos?

Morse interrumpió las reflexiones de Lewis:

—¿Quiere que le diga exactamente qué hacía nuestro héroe en el despacho de apuestas? ¡Establecer su coartada! Si alguien que va a marcharse al día siguiente ha apostado a un par de caballos, se queda a

217

escuchar el resultado como todo el mundo. Pero si los dos que ha elegido son puramente del montón y de una improbabilidad absoluta,

no hay necesidad alguna de quedarse allí, ¿no cree? ¡Mire cómo estaban las apuestas de *Golden Surprise*! ¡Cincuenta a uno! Así pues, lo que hizo Ashenden fue gastarse ocho libras para comprarse una coartada.

—Qué mala suerte que ganara el caballo, señor, si entiende a qué me refiero.

—¿Pero adonde fue?

—Bueno, él no puede ser ese «marido celoso» que estaba buscando.

—No, pero fue a algún lugar en el que no deseaba que nadie supiera que había estado. Me pregunto si podría haberse tratado de un sitio como...

El director avanzaba presuroso hacia ellos.

—¿Puede usted acudir al teléfono, inspector? Dicen que es muy urgente.

Era Max.

—¿Morse? ¡Vente para aquí volando! ¡Por todos los demonios!
¡Rayos y truenos!

—Dime, Max —dijo Morse.

—¡La señora Kemp! Ha intentado suicidarse; y lo habría conseguido de no haber sido por una enfermera que llegó

inesperadamente.

—¿No ha muerto?

218

—Aún no.

—¿Es probable que muera?

—Oh, no sabría decirlo.

—¡Por el amor de Dios, Max!

—Ni siquiera por el Suyo.

Morse nunca había visto a Marion Kemp, pero por la fotografía de boda que colgaba en el salón advirtió que en otro tiempo debía de haber sido una mujer vivaz: cabellos oscuros y ondulados, silueta firme y esbelta, y unos ojos burlones y curiosamente descarados. Había sido trasladada ya a la unidad de cuidados intensivos del JR2, pero el dormitorio conservaba aún numerosos indicios de que había proyectado una despedida claramente deliberada. Sobre la mesilla de noche reposaba, vacío y destapado, un frasco marrón de pastillas para dormir y junto a él, sobre la cubierta de una novela de Georgette Heyer, se veía una nota breve y sobriamente legible, aunque sin afirmar: «Si me encuentran y aún estoy viva, por favor, déjenme morir. Si me encuentran muerta, ruego se pongan en contacto con el Dr. M. Davies del Centro de Salud de Summertown: el único hombre que alguna vez

intentó comprender mi sufrimiento.»

219

40

Aquel que se mata para evitar el sufrimiento, lo teme; y, en el mejor de los casos, demuestra al hacerlo cierto valor bastardo.

PHILIP MASSINGER, *La dama de honor*

Morse y Max permanecieron en silencio durante unos instantes frente a la puerta principal del domicilio de los Kemp. Como ambos hombres sabían, nada había tan sombrío y deprimente como un suicidio, o, como en aquel caso, un intento de suicidio, ya que no sólo revelaba un sufrimiento insoportable sino también cierto coraje mal empleado. Morse había revisado brevemente el piso, pero no había encontrado nada que despertara en él demasiado interés.

—Intentemos mantenerla con vida, si es que podemos, Max —
dijo en voz baja.

—Ya no está en mis manos.

—¿Te apetece una copa de Brakspear? Ahí, un poco más adelante.

—¡No tengo tiempo, muchacho! Presumo que consideras a la rama Henley de la familia Brakspear como mayores benefactores de la humanidad que ese tipo de St. Albans.

—¿Cóm...? —Por unos segundos, incluso Morse se sintió levemente perdido pero, al cabo, sonrió—: Eres culto, ¿eh, canalla? —¿Sabes, Morse? —jadeó Max mientras intentaba acomodar su pesada mole en el interior de su automóvil—. En realidad, siempre me he considerado un hombre del Renacimiento.

Partió, y Morse paseó la mirada alrededor con cierta sensación de impotencia. Un operario de mantenimiento, provisto de un rastrillo y

220

una carretilla, se afanaba en el cuidado de la franja de hierba que se extendía frente a los bloques de pisos. A preguntas de Morse, contestó que formaba parte del pequeño equipo encargado del mantenimiento de los tres bloques que ocupaban el lado este de Water Eaton Road. Y, sí, llevaba varios días trabajando allí. ¿Había visto entrar a alguien a lo largo de la tarde anterior? ¿Después de las tres, quizá? Pero el tipo — demasiado joven, a los ojos de Morse, para haberse licenciado con méritos propios en escuela alguna de paisajismo y jardinería— negó dubitativamente con la cabeza.

—Un poco difícil, ¿no? Quiero decir, que estuve en la parte trasera durante la mayor parte del tiempo. Entraron, sí, algunas personas, lo recuerdo, pero lo más probable es que vinieran de hacer compras y cosas así, ¿no?

—¿Vio usted a este hombre? —Morse le mostró la fotografía del doctor Kemp que acababa de descolgar del salón. Era evidente que había sido tomada varios años antes, pero, incluso entonces, mostraba ya un rostro engréido que contemplaba la cámara con la cabeza bien estirada hacia atrás y unos labios que parecían sonreír con una curiosa arrogancia sobre la perilla.

—¡Sí! Le he visto antes... pero no recuerdo si ayer. Como le he dicho, estuve atrás la mayor parte del tiempo... arreglando las zonas más próximas al río.

El río...

Morse le dio las gracias y se encaminó hacia la rampa que se extendía paralela al lado del bloque y descendía hasta una zona de cemento en la que la silueta de cinco garajes interrumpía la vista. A continuación, torció a la derecha y llegó a una extensión de césped cuidadosamente cortado que descendía suavemente hasta el río, cuya ribera opuesta aparecía bordeada por una hilera de sauces

221

considerablemente desmochados. Allí, el agua fluía verdosa y semiestancada. Un puente («Sólo para residentes») le condujo a través del río hasta el cauce principal del Cherwell, donde el agua aún fluía con relativa fuerza tras las lluvias caídas a comienzos de semana,

arrastrando escombros que rebotaban ocasionalmente contra los costados del río y a continuación giraban y oscilaban hacia ambos lados a intervalos, como los coches de choque de las ferias. Durante unos minutos Morse contempló las turbias y túrgidas aguas, como si sus pensamientos discurrieran con agitación similar a la del cauce. Por fin, asintió con firmeza para sí mismo y la expresión de sus labios se tornó casi tan arrogante como la del difunto Theodore Kemp, quien, en algún momento, en algún lugar, había sido recientemente deslizado hacia el interior de aquellas mismas aguas lóbregas y espesas.

Cuando regresó a la carretera, halló a Lewis esperándole.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Lo que necesitamos ahora es un pequeño refrigerio líquido, y allí, un poco más adelante —Morse se introdujo en el asiento del acompañante—, hay un pequeño pub.

—Igual nos hubiera dado ir caminando, señor. Sólo son cincuenta metros.

Morse no dijo nada. Permaneció sentado donde estaba, cogió la *Gaceta del Ferrocarril* de la bolsa interior de la portezuela y fingió leerla.

De pronto, se encontró leyéndola realmente durante unos pocos segundos.

Lewis había hecho retroceder el coche hasta adentrarse un par de

metros en la rampa y se encontraba a punto de torcer hacia el Cherwell Arms cuando oyó sisear la voz de su jefe en forma de solitaria e incrédula blasfemia:

222

—¡Diosssss!

—¿Más pistas, señor?

—¡Mire! ¡Mire esto!

Lewis cogió la revista y leyó el breve artículo que Morse le señalaba:

JOYAS DEL PASADO

A los miembros de la Sociedad para la Conservación de Ferrocarriles Antiguos les interesará particularmente saber que el fin de semana del 21 de octubre, el mundialmente célebre Torbay Express regresará en visita nostálgica para recorrer unos cuantos tramos de su antigua vía, antes de lo cual permanecerá estacionado en la cochera ferroviaria 4 de Plymouth.

Sus ojos se volvieron hacia los de Morse.

—Y dijo que había visto el Torbay Express en Didcot, ¿no es cierto? Sin duda, figurará en su declaración.

Morse dirigió la mirada hacia adelante con los ojos brillantes.

—Stratton es un embustero... ¡un cochino embustero!

—¿Esa revista es... es de 1990? —preguntó Lewis.

Morse consultó la pintoresca cubierta y, a continuación, devolvió la revista a su lugar de origen con un gesto de indiferencia.

—¿Y bien, señor?

—Septiembre de 1988 —dijo Morse con voz casi imperceptible.

—¿Qué cree que significa lo que ha ocurrido? —preguntó Lewis,

223

sentándose a la mesa con una pinta de Barkspear para Morse y media para él. Nunca había comprendido por qué casi siempre Morse daba por sentado que era él quien debía encargarse de pedir y pagar la cerveza. Era como si el inspector pensara que él, Lewis, disfrutaba de una cuenta de gastos perpetua.

—¿Se refiere a la señora Kemp?

—Me refiero a todo. Sencillamente, no sé qué está pasando.

—¿Y cree que yo lo sé?

—Pensé que quizá tenía alguna idea.

—Es posible que la tenga —apuró su pinta con extraordinaria rapidez—. ¿Esta ronda es suya o mía?

Casi alegremente, Lewis se dirigió hacia la barra con el vaso vacío.

Mientras se hallaba ausente, Morse buscó la última página del

Times. Cuando Lewis regresó dos minutos después, había completado ya la parte inferior derecha del crucigrama.

—¿Siempre hace usted los crucigramas al revés, señor?

—¿Eh? ¡Oh, sí! Siempre intento resolver mis problemas empezando por el final..., nunca por el principio.

—Tendré que intentarlo yo alguna vez.

—Ignoraba que hiciera usted crucigramas, Lewis.

—¡Ya lo creo! La parienta y yo solemos intentar resolver el crucigrama rápido del *Daily Mail* alguna que otra tarde.

224

—¡Oh! —dijo Morse con poca convicción—. Bien, pues permítame que le diga una cosa: cuando estoy haciendo un crucigrama y empiezo a tener la sensación de que me estoy quedando atascado...

—Eso no es muy frecuente, señor.

—No, no lo es... no suele ocurrirme. Pero si por cualquier motivo llego a atascarme, ¿sabe lo que hago?

—¡Dígame!

—Dejo de pensar en el problema. Luego, cuando vuelvo sobre él, ¡el problema se ha acabado!

—¿Tenemos nosotros un problema, señor?

—¡Ya lo creo! Por eso necesitamos el descanso... el descanso de la

copa. —Morse bebió un largo sorbo de su nueva pinta, dejando apenas un centímetro de líquido en el fondo—. Nuestro problema consiste en hallar la conexión entre el robo de la joya y el asesinato de Kemp. Una vez hayamos descubierto eso... Lo mejor que podemos hacer es comenzar a pensar en algo totalmente distinto. Hábleme de algo, Lewis... de algo que no tenga nada que ver con la señora Kemp.

—Justamente ahora estaba pensando en esos recibos de apuestas, señor. En ellos figura la hora. La hora en que se realizó la apuesta.

—¡He dicho algo distinto, Lewis! Cualquier cosa. ¡Hábleme de cualquier cosa! ¡Dígame cómo se llamaba su primera novia! ¡Lo que sea!

—No puedo señor. Al menos, no por el momento.

Tengo la sensación de haberle fallado a la señora Kemp... de algún modo.

225

—¿De qué demonios está hablando? ¡Yo soy quien le ha fallado!

¿Cuántas veces me dijo usted que debería ir a verla?

—¿Por qué cree que intentó...?

—¡Cómo diablos voy a saberlo!

—Era sólo una pregunta.

—De acuerdo. ¿Qué le parece a usted?

—Imagino que pensó que la vida ya no merecía la pena vivirse sin él... sin su marido.

—Sin embargo, cuando se entrevistó con ella no le dio esa sensación, ¿no es cierto? Por lo que me dijo, parecía usted convencido de lo contrario: la vida podía haber comenzado a merecer la pena una vez que él ya no estaba presente.

Sí, Lewis sabía que Morse tenía razón. Recordaba haber percibido la ira y la amargura de la mujer por encima de cualquier sensación de pérdida o angustia. Sabía, también, que comenzaba a sufrir los efectos de la falta de sueño.

—Dice usted que hay que dejar descansar la mente, señor, pero yo no voy a tener más remedio que dejar descansar el cuerpo. Estoy agotado... hecho polvo por completo.

—En ese caso, márchese a casa. ¿Quién se lo impide? Siempre puedo recurrir a Dixon...

—No quiero marcharme a casa, señor. En casa están los decoradores, y mi mujer no hace más que decirme que si hay que comprar moqueta nueva, cortinas nuevas y...

Morse se puso en pie de un salto con expresión radiante.

226

—¡Lo ha conseguido, Lewis! ¡Ha vuelto a conseguirlo!

Lewis también se puso en pie. Sus nobles facciones mostraban una expresión tan fatigada como desconcertada.

¿Qué era lo que acababa de decir?

227

41

La luz agoniza, y el cuervo levanta el vuelo hacia los bosques en que anidan los grajos.

SHAKESPEARE, *Macbeth*

Eran las seis y cuarto cuando Sheila Williams vio el coche de policía aparcar frente a su puerta y salió a abrir la puerta.

—¡Entre, inspector! —Acaso el líquido incoloro que contenía el vaso que llevaba en la mano no fuera más que agua; no obstante, fuera lo que fuese, la mujer parecía inusualmente sobria.

—No. Tengo... tenemos mucho que hacer. Escuche. Siento mucho tener que decirle esto... pero esta tarde, la señora Kemp intentó suicidarse.

La mano derecha de Sheila saltó convulsivamente hacia sus labios.

—¡Oh, no! —murmuró.

—Se tomó una cantidad de píldoras suficiente para matar a un elefante robusto, Sheila, pero afortunadamente una enfermera la

descubrió... creemos que a tiempo. Quizá tan sólo justo a tiempo.

—¿Dónde...?

—Está en el JR2. Está recibiendo los mejores cuidados.

Sheila aspiró.

—¡Oh, Dios mío! —alcanzó a decir con voz quebrada mientras las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas. A continuación, y para turbación de Morse, hundió la cabeza en su hombro y se abrazó

228

estrechamente a él.

—¿Cree que le quería? —musitó Morse.

—¡Le poseía!

—¿Pero le amaba?

Enderezándose, Sheila Williams se apartó de él y procedió a rebuscar un pañuelo en los bolsillos.

—¡No! —repuso, casi con ferocidad—. Yo era la única que de verdad le amaba.

—¿Sabe de alguien más que lo hiciera? ¿Había alguien más?

¿Había una tercera mujer en su vida?

Sheila sacudió la cabeza. Parecía profundamente angustiada.

—¿Está completamente segura, Sheila? Es muy importante que sea sincera conmigo —apremió Morse.

—Él decía que no. ¡Me lo juró!

—¿Y usted le creyó?

Ella asintió y se secó los ojos. Morse asintió a su vez, con expresión profundamente apesadumbrada.

—De acuerdo. Gracias —se volvió, dispuesto a partir, pero Sheila le detuvo mientras las lágrimas comenzaban de nuevo a resbalar por sus mejillas.

—¡Inspector..., por favor!

Morse se volvió y depositó suavemente su mano derecha sobre el hombro de la mujer.

229

—En realidad, no tiene necesidad de decírmelo. Sé que había una tercera mujer en su vida.

Sheila respondió con un «sí» apenas audible.

—Y creo que usted sabe de quién se trataba.

La mujer asintió de nuevo.

—Pero hacía poco, ¿no es cierto, Sheila? ¿Hacía muy poco que había comenzado a verse con la señora Downes?

Lewis, de pie frente a la verja de entrada, había conseguido escuchar la mayor parte de la conversación y había observado a la sollozante señora Williams separarse definitivamente de Morse. Ahora,

ya en el interior del automóvil, ambos hombres permanecieron sentados en silencio mientras observaban la luz que se encendía en el dormitorio principal... y las cortinas al cerrarse.

—¡Cortinas! —dijo Morse, con voz fatigada pero triunfal—.

Como usted dijo, Lewis... cortinas.

La residencia de los Downes aparecía sumida en la oscuridad, y el sonido del timbre de la puerta principal pareció devolver un extraño eco a lo largo de los desiertos pasillos y habitaciones. Morse consultó el reloj: eran poco después de las seis y media... y Downes tenía que recoger a su mujer a las siete.

Junto a la casa, una verja de madera daba acceso a un camino que conducía a un jardín trasero primorosamente cuidado. El césped descendía hasta el río, atravesando por un sendero de losas que concluía en lo que parecía un pequeño muelle construido junto a la orilla que acaso hubiera servido en otro tiempo para amarrar una embarcación pequeña pero del que, a juzgar por su aspecto cuando Lewis lo iluminó con la linterna, no se había hecho uso recientemente.

230

—¿Cree usted que pudo...? —Lewis indicó las rápidas aguas del Cherwell.

—¿... ser arrojado aquí? Sí, lo creo. Arrojado a la eternidad.

—Pero ¿cuándo, señor? No había regresado a Oxford...

—¡Cada cosa a su tiempo, Lewis! Por el momento, sea usted buen chico e ilumine esas ventanas traseras con su linternita, ¿quiere?

Al igual que en la parte delantera, las ventanas aparecían cubiertas por largas y elegantes cortinas, todas ellas con evidente aspecto de ser nuevas; y todas ellas más o menos recogidas con el tipo de pliegue francés que tan recientemente había visto Lewis por primera vez... y, la verdad sea dicha, también Morse.

—¿Comprende, Lewis? —comenzó Morse mientras regresaban a la parte delantera—. Kemp se había cansado de Sheila Williams y acababa de iniciar una nueva conquista... la apetecible Lucy Downes. Desgraciadamente para él, sin embargo, Cedric Downes descubrió a la pareja *in flagrante delicto*, lo que, como recordará, Lewis, significa con los pantalones bajados, en latín. El bueno de Kemp no puede estar sin una mujer. Una y otra vez, se impone su lema: *amo amas amat*. Y acaba de poner de nuevo manos a la obra cuando Downes le golpea con lo primero que encuentra a mano; lo mata; se pregunta dónde va a arrojar el cadáver. No puede vestirlo... resulta demasiado complicado vestir un cadáver...

—Especialmente para una mujer, señor.

—¿Cómo?

—¿No se le ha ocurrido que pudo ser una mujer celosa, y no un hombre celoso?

231

—¡No, no, Lewis! No Sheila Williams.

—Sin embargo, se separó del grupo... se marchó al pub...

—¡No tenía tiempo! Quienquiera que haya matado a Kemp tenía tiempo: tiempo para transportarle hasta el río y arrojarle allí... para arrojarle despacio, Lewis, sin un solo chapoteo que pudiera alarmar a los cisnes...

—No pudo ser así. Las horas no coinciden en absoluto.

—¡Siga, Lewis! Al igual que al asesino, nos sobra tiempo.

—¿Quiere decir que vamos a quedarnos aquí esperando?

—¡Oh, sí! Me apetece mucho volver a ver al señor y la señora Downes.

—¿Y cree que en esa maleta que llevaba...?

Ambos detectives, apostados junto al coche, oyeron de pronto la llamada de la radio.

—¡Lewis al habla!

—Malas noticias, sargento. La señora Kemp murió en el JR2... hace cincuenta minutos. Acabamos de enterarnos.

Morse permaneció donde estaba, escuchando mientras escrutaba

el cielo como sí quisiera vigilar el posible comportamiento inusual de alguna lejana galaxia. Sus hombros caídos y su rostro apesadumbrado denotaban una considerable fatiga.

—Parece usted agotado, señor.

—¿Yo? ¡No se pase de listo! —Morse consultó el reloj.

232

—¡Tiene que recogerla dentro de siete minutos! ¡Ya puede acelerar!

—¿No dijo que íbamos a esperar aquí?

—Lewis, arranque... ¡y ponga en marcha esa maldita sirena!

233

42

Nadie se presentó en aquel andén desnudo.

EDWARD THOMAS, *Adlestrop*

El coche de policía penetró en la zona de la estación reservada a autobuses y taxis. Frente a ellos, el tren de Paddington se deslizaba lentamente junto al andén 2; en torrente, los pasajeros comenzaban ya a atravesar el nuevo puente peatonal mientras Morse y Lewis ascendían y descendían por los escalones lanzando miradas desafiantes a su alrededor y abriéndose paso a través de la muchedumbre.

El tren permanecía inmóvil junto al andén mientras un grupo de

empleados de Correos cargaban una pila de abultadas sacas en el vagón del revisor. Y allí mismo —¡allí, sí, frente a ellos!—, pasando de ventanilla en ventanilla, escrutando el interior de los vagones con rostro tenso y preocupado, se hallaba Cedric Downes. Morse retuvo a Lewis depositando una mano sobre su antebrazo, y ambos permanecieron contemplando al hombre hasta que los dos o tres últimos pasajeros, pesadamente cargados de maletas, terminaron de abandonar el andén. Al poco rato, Downes había alcanzado ya el último vagón, situado junto a la locomotora diésel y miraba rápidamente a través de las ventanillas de los compartimientos mientras las pocas portezuelas aún abiertas eran cerradas de un portazo y el tren dejaba escapar un silbido. Con un leve resoplido y un impulso titánico, el largo convoy del norte comenzó a avanzar lentamente, adquiriendo velocidad poco a poco hasta enfilarse en el curvo tramo de vía que conducía a Banbury.

Downes consultó su reloj y, por fin, dio media vuelta y retrocedió a lo largo del andén desierto en dirección al puente, donde se vio confrontado por la corpulenta silueta de Lewis.

—Buenas tardes, señor. Como recordará, *ya* nos hemos visto

234

antes.

Downes pareció ligeramente sorprendido... pero apenas dejó traslucir otra emoción.

—¿Se trata de Theo, presumo? ¿De Theo Kemp?

—Pues... sí. —La respuesta de Lewis no logró establecer ninguna marca de rotundidad.

—Bien, me temo que no tengo nada más que decirles. Nada que pueda añadir a la declaración que ya he...

—¿Ha venido a recoger a su esposa, señor Downes? —
interrumpió Morse.

—¿Perdón? Un segundo, inspector. Yo... espere un momento, por favor. —Downes se acopló en el oído derecho un audífono que acababa de extraer del bolsillo. El artilugio comenzó inmediatamente a emitir una serie de agudos silbidos mientras su dueño manipulaba inútilmente los controles.

—¡Le preguntaba si había venido a recoger a su...! —vociferó Morse, aparentemente sin resultado.

—Si no les importa, caballeros, me acercaré un momento al coche. Siempre guardo uno de repuesto en la guantera. —Su boca dibujó una sonrisa implorante que proporcionó a su rostro un aspecto casi infantil.

Morse hizo un ademán vago.

—Claro. Le acompañaremos.

Frente a la estación de ferrocarril esperaba ya un segundo coche de policía (solicitado por el esperanzado Morse mientras Lewis le
235

conducía desde North Oxford), y el inspector jefe saludó con una breve inclinación de cabeza a los dos agentes que permanecían sentados uno junto al otro en los asientos delanteros mientras observaban y esperaban el desarrollo de los acontecimientos. Vieron cómo los tres hombres se encaminaban hacia la zona de estacionamiento gratuito («máximo veinte minutos») reservada para aquellos que acudían a esperar a pasajeros de la British Rail, y vieron también cómo la dejaban atrás y penetraban en el aparcamiento principal, adornado con un gran cartel que prevenía claramente a cualquier inocente intruso:

«APARCAMIENTO RESERVADO PARA PASAJEROS DE
BRITISH RAIL. ABONO PARA USUARIOS DESPROVISTOS DE
FICHA:
10 LIBRAS DIARIAS.»

—¿Le importaría decirme, señor, por qué no ha aparcado en la zona limitada a veinte minutos? Estacionar aquí me parece un gasto innecesario, ¿no cree? ¿No cree que...?

—¿Me perdona un momento, inspector? Si me concede sólo un

instante... un segundo o dos... tan sólo...

Downes extrajo un manajo de llaves del bolsillo, abrió la portezuela de un MG Metro, se introdujo en el asiento del conductor y se inclinó para abrir la guantera.

Morse y Downes aguardaron en actitud cautelosa junto al coche mientras Downes comenzaba una vez más a manipular su audífono... un audífono que resultaba sospechosamente similar al que poco antes había producido tan estridentes pitidos.

—¡Ya está! —dijo Downes, descendiendo del automóvil y poniéndose en pie frente a ellos. Su rostro aparecía iluminado por una sonrisa casi infantil—. ¡De regreso al mundo de los vivos! ¿Creo que

236

intentaba decirme alguna cosa, inspector?

—No, no intentaba decirle nada, señor Downes. Le decía algo. Le comentaba lo extraño que me parecía que no hubiera estacionado su automóvil en la zona limitada a veinte minutos.

—¡Ah! La verdad es que lo hice, en cierto modo. A lo largo de los últimos meses, parezco haber reunido una considerable cantidad de fichas. ¿Sabe? Tengo que trasladarme a Londres a menudo, y a veces no regreso hasta bastante tarde. A esas horas, la barrera suele estar abierta, y no hace falta echar la ficha para salir.

—Pero ¿por qué desperdiciar una de sus preciosas fichas? —

insistió Morse.

—¡Ah! Ya veo a dónde quiere ir a parar. Me considero un ciudadano respetuoso de la ley, inspector. Llegué hace ya un rato, y no quería arriesgarme a que me pusieran un cepo o una multa o nada por el estilo. Esta semana se está celebrando una Feria de Antigüedades en Park End Street y le había echado el ojo a un pequeño secreter chapado en madera de tejo. Dentro de poco es el cumpleaños de Lucy, el siete de noviembre...

—¿Y luego, sin duda, pasó por el Royal Oxford?

—¡En absoluto! Ya nunca bebo cuando conduzco. ¡Nunca!

—Algunas personas sí lo hacen, señor —dijo Morse—. Como bien sabrá, es la causa más corriente de accidentes.

Se hizo el silencio entre los tres hombres que ahora permanecían en actitud un tanto incómoda junto al MG Metro. A juzgar por las apariencias, Downes había comprendido la situación y se hallaba dispuesto a acompañar a los policías a... bien, ¡a algún sitio! Abrió de nuevo la portezuela del MG, pero Morse, inclinándose ligeramente

237

hacia él, le abrió la mano derecha como si se tratara de un beréber norteafricano a la caza de limosnas.

—Quisiéramos que nos acompañara, señor. Si no le importa entregarme las llaves de su coche, el sargento Lewis se encargará de que lo recojan más tarde y lo devuelvan a su domicilio.

—No creo que esto sea necesario, ¿verdad? Sé dónde está la comisaría, ¡por Dios! —Mientras pronunciaba las últimas palabras, Morse había perdido la compostura que hasta entonces había intentado mantener.

—¡Las llaves, por favor! —insistió Morse en voz baja.

—¡Escuche! Ignoro a qué vienen todas estas bobadas. ¿Querría decírmelo, por favor?

—¡Desde luego! ¿Puede usted oírme ahora?

Casi con un gruñido, Downes asintió, escuchando con la boca abierta y expresión de incredulidad la llamada con la que Morse requirió la presencia de los dos agentes que esperaban en el segundo coche de policía.

—Cedric Downes, queda usted arrestado como sospechoso del asesinato del doctor Theodore Kemp. Es mi deber advertirle que cualquier cosa que diga a partir de ahora podrá ser anotada por el sargento y utilizada posteriormente contra usted.

Sin embargo; mientras los dos agentes lo esposaban, Cedric Downes parecía incapaz de articular un monosílabo, y mucho menos

de balbucir declaración inculpativa alguna. Durante varios segundos, permaneció donde estaba, como un hombre cuya mirada se hubiera cruzado con la de Medusa.

238

43

Como de costumbre, lograba resolver cuestiones que otras personas ni siquiera habían llegado a plantearse como problemas.

BRYAN MAGEE, *En torno a Wagner*

Tan pronto los dos agentes se llevaron a Downes, Morse y Lewis regresaron a su automóvil, desde donde Morse dictó urgentes instrucciones al laboratorio forense para que enviaran a un par de sus magos a la estación de ferrocarril —¡de inmediato!—, y luego a la jefatura de Kindlington para que, antes de una hora, acudiera una grúa a hacerse cargo de cierto MG Metro.

—Está usted seguro acerca de Downes... —dijo Lewis. Se trataba de una afirmación, no de una pregunta.

—¡Oh, sí!

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Esperar el informe del forense. Luego iremos a ver qué tal está Downes...; no le vendrá mal pasear media horita por la celda. Tuvo suerte, ¿sabe, Lewis? De un modo u otro, tuvo mucha suerte.

—¿No podría empezar desde el principio, señor? Lo más probable es que tengamos que esperar un rato.

Morse se lo contó.

El elemento crucial del caso había sido la llamada telefónica de Kemp. Y, sí, había sido realizada por Kemp, si bien habría cabido albergar alguna duda al respecto: Ashenden conocía al tipo, y también su voz, y a pesar de que se trataba de una conexión probablemente defectuosa, la telefonista —otra persona que también le conocía, y muy bien, por cierto— había confirmado que la llamada era de Kemp. No:

239

nadie había telefoneado fingiendo ser Kemp. Pero Kemp no lo había hecho desde Paddington, tal como había asegurado, sino desde Oxford. Quería estar completamente seguro de que otra persona se encontraba presente en el Randolph a la hora del almuerzo con los turistas norteamericanos, y se había enterado inequívocamente de que dicha persona estaba efectivamente allí, si bien no había logrado hablar con ella. Es más, la ausencia de Kemp aquella tarde significaría que esa otra persona —sí, Downes— se vería aún más comprometida a permanecer con los turistas durante su «reunión» informal. Aquel truco —tan sencillo como ingeniosamente concebido— le habría proporcionado un par de horas para hacer lo que más desesperadamente deseaba hacer:

meterse en la cama con Lucy, la hermosa y sin duda voluptuosa consorte de Downes, y salir de ella antes de que se le acabara el tiempo. Probablemente, el romance no había dado comienzo hacía mucho: acaso desde que la larga obsesión de Kemp por la semipermanentemente embriagada Sheila había comenzado a decaer. Pero ¿dónde podían verse? Tenía que ser en el domicilio de los Downes: Kemp no tenía habitaciones privadas en el *college*, y no podía ser en su casa debido a la presencia de una mujer, inválida y recluida. Así pues, aquella mañana le había ofrecido una magnífica oportunidad... y quizá también una pequeña compensación por el enorme disgusto experimentado con el robo del Broche de Wolvercote. La joya estaba ya casi en su poder: a punto de poder ser admirada, fotografiada y comentada por los mejores periódicos; una joya cuyo rastro él mismo había seguido y por cuya donación al Ashmolean había trabajado incansablemente. No era de extrañar que hubiera desaparecido por completo su interés en intercambiar gentilezas con el grupo de ancianos norteamericanos; no era de extrañar que la perspectiva de la lúbrica Lucy Downes le resultara tan irresistible. La argucia de Kemp había sido muy ingeniosa. Si iba a llegar tarde a la reunión —había prometido hacerlo a las tres de la tarde—, los otros dos invitados del grupo, Sheila Williams y Cedric Downes, se verían

presionados para compartir la responsabilidad de mantener a los

240

turistas entretenidos. Al mismo tiempo, a Kemp no se le habría ocurrido que una de las consecuencias de aquellas soluciones de última hora habría sido que varios miembros del grupo hubieran contado con la ocasión de dedicarse a una extraña variedad de actividades extramuros... desde ir a admirar locomotoras hasta acudir en busca de retoños perdidos. Pretextos, todos ellos, destinados a desviar la atención.

Pero entonces las cosas comenzaron a salir mal. Downes no está aún demasiado sordo; a veces, sin embargo, con cierta clase de ruidos de fondo y un montón de gente haciéndole preguntas, puede llegar a experimentar dificultades. Tal y como nos reveló Lucy Downes, a una persona sorda no le preocupa demasiado ignorar la respuesta a las preguntas que se le formulan; le preocupa —y hasta un grado considerablemente embarazoso— no oír las propias preguntas. Y a la hora del almuerzo —de ello hay testigos— el audífono de Downes comenzó a hacer el tonto y su dueño descubrió que había salido sin él de repente. Decidió ir a su casa a recogerlo, y de hecho fue visto pedaleando St. Giles' arriba en dirección a North Oxford. No resulta difícil adivinar la secuencia de acontecimientos que se sucedieron tras

insertar su llave en la cerradura Yale de su domicilio. Pudo despertarse en él un sexto sentido acerca de la presencia de un extraño en la casa; más probablemente, vio alguna evidencia física —un abrigo, un sombrero— perteneciente a alguien que conocía. Cogió un bastón o algún otro objeto del vestíbulo y corrió escaleras arriba para descubrir a su mujer y a Kemp *in medio coitu*, ambos completamente desnudos. Cegado por el odio y los celos, golpeó con el bastón la cabeza de Kemp mientras éste intentaba librarse de las sábanas para saltar de la cama y defenderse... pero sin éxito. Kemp se tambaleó unos pasos y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza —por segunda vez, como ya sabemos— con la esquina de la cama de matrimonio o el afilado borde de la chimenea. Tenía el cráneo bastante delgado —un hecho establecido por el forense— y súbitamente se produjo un silencio ominoso...

241

acompañado de gran cantidad de sangre. La infiel, desesperada, horrorizada y boquiabierta esposa miró a su amante y adivinó que estaba muerto. A veces resulta bastante difícil matar a un hombre, pero otras veces resulta muy fácil, como ocurrió entonces...

¿Y el propio Downes? Los sentimientos de odio y celos se ven inmediatamente vencidos por otro instinto más primario: la supervivencia, y el asesino comienza a darse cuenta de que aún puede

salir todo bien si no pierde la cabeza. Ya que, súbita y milagrosamente, acaba de advertir que cuenta con una magnífica, ¡no!, con una *perfecta* coartada que le ha proporcionado la misma persona que acaba de matar. ¡Oh, ironía! Kemp le había dicho a Asheden (y éste, a continuación, había dicho a todo el mundo) que él (Kemp) no estaría de regreso hasta las tres de la tarde. Ello significaba que Downes no podía haber matado a Kemp antes de esa hora, por lo que iba a asegurarse a conciencia —como, en efecto, hizo— de no abandonar el campo de visión o de contacto de su grupo aquella tarde con excepción de alguna que otra visita al lavabo.

No resultaba difícil tampoco adivinar qué ocurrió en la residencia de los Downes tras la muerte de Kemp. El propio Downes no podía permanecer allí sino unos pocos minutos. Ordenó a su histérica y avergonzada esposa que metiera la ropa de Kemp en una maleta y limpiara los ríos de sangre que debían de haberse vestido sobre la moqueta y, probablemente, sobre las sábanas. El cuerpo fue abandonado —tuvo que ser abandonado— en el dormitorio. El propio Downes tendría que encargarse de él. Pero eso ocurriría más tarde. Por el momento, intenta recobrar la compostura mientras pedalea de regreso al Randolph.

Aquella tarde, a eso de las siete, regresa a su casa de Lonsdale

Road —del final de Lonsdale Road—, desde la que desciende una ladera que conduce directamente a las orillas del río Cherwell. Baja el cuerpo de Kemp por la escalera y lo traslada al extremo opuesto del

242

prado, probablemente con ayuda de una carretilla. La noche era oscura, y probablemente cubrió el cadáver con una tela impermeable o algo parecido. A continuación, lenta y cuidadosamente, sin producir el más mínimo chapoteo, desliza a Kemp al interior de las rápidas aguas, recientemente alimentadas por las copiosas lluvias. Dos horas más tarde, el cuerpo ha sido arrastrado río abajo hasta quedar atascado en el dique de El Placer de Parson: el lugar en que un Howard Brown descuidado ha dejado caer previamente su programa amarillo... adornado con su siete continental...

Fue en este punto de la recapitulación de Morse cuando se presentó la brigada forense; y, poco después, un BMW azul oscuro en el que viajaba nada menos que el superintendente jefe Bell de la policía local.

—¿Sabe, Morse? —comenzó Bell—. Parece usted dar lugar a tantos problemas como una coneja preñada.

—Imagino que puede contemplarse desde el punto de vista opuesto —repuso el radiante Morse—. Si no fuera gracias a Lewis y a

mí, todos estos tipos del laboratorio tendrían que depender del subsidio de paro, señor.

Aproximadamente una hora antes de que aquellos acontecimientos tuvieran lugar, los turistas norteamericanos se habían registrado en el hotel Swan, un establecimiento de dos estrellas de Stratford-upon (decididamente, era upon)-Avon. Como ya había sucedido durante el resto del viaje, Ashenden había observado al grupo de egoístas y oportunistas apresurándose a formar el inicio de la cola, en busca, como siempre, de las llaves de sus habitaciones; al final de la misma, también como siempre, habían esperado aquellos otros aparentemente más tranquilos que sabían que el hecho de ser los primeros o los últimos en llegar a su habitación apenas produciría diferencia alguna en la calidad de la misma. Al fondo de todo había

243

visto la figura diminuta y paciente de Phil Aldrich intentando (de ello le cabía poca duda a Ashenden) evitar el embarazo de firmar la última solicitud de Janet Roscoe.

La cena había sido reprogramada para las ocho y media, y Ashenden, con tiempo de sobra, depositó su gran bolsa de viaje sobre la colcha de su cama individual y se unió a unos cuantos turistas en el salón de residentes donde, tras proveerse de varias hojas de papel del

hotel, comenzó a escribir una carta. Cuando la hubo terminado, extrajo de su cartera su sello rojo de primera clase, lo pegó al sobre y salió a Bridge Street en busca de un buzón. La carta iba dirigida al inspector jefe Morse, de la jefatura de St. Aldate's, Oxford, y en la esquina superior izquierda se leía la palabra URGENTE.

244

44

Cuando mi noble y sabio hermano emita su juicio, que sean puestos en libertad —dijo Krook, dirigiéndonos un nuevo guiño—. Y luego —añadió susurrando mientras esbozaba una amplia sonrisa—, si eso llegara a ocurrir —lo que no será así— los pájaros no enjaulados los matarían.

DICKENS, *La casa desolada*

Lewis, sentado con Morse en la cantina de St. Aldate's, comenzó a filosofar, lo que resultaba inusual en él.

—Asombroso, de verdad: consigue uno todas esas declaraciones y coartadas y reunioncitas secretas y luego, al final, no es más que... bueno, que la vieja historia de siempre, ¿no le parece? Un tipo que ha llegado a su casa y se ha encontrado a la parienta acostada con uno de sus vecinos.

—Recuerde, sin embargo, que eso no representa sino la mitad del

caso. Y que tenemos que conseguir pruebas. ¡No, eso no es cierto!

Tenemos pruebas... o las tendremos muy pronto.

—Quizá no deberíamos esperar mucho más, señor.

—Todo llegará. ¡Paciencia, Lewis! ¡Cómase su sándwich de queso!

—A pesar de todo, no he podido evitar sentir cierta compasión por él.

—¿Cómo? ¿Por qué dice eso?

—Pues no sé, podría haber sido todo un poco... accidental, ¿no cree?

245

—Desde luego que no —repuso Morse con absoluto convencimiento.

Downes se encontraba sentado frente a la mesa de la sala de interrogatorios 2 en actitud atónita e inmóvil, como si una bruja le hubiera rodeado tres veces con un círculo. Delante de él, el sargento Dixon hallaba su silencio e inmovilidad cada vez más embarazosos.

—¿Le apetece una taza de té?

—¡No! Quiero decir... sí. Sí, por favor.

—¿Leche y azúcar?

Pero Downes pareció no oír esta última pregunta, y Dixon hizo

un ademán con la cabeza al agente que permanecía junto a la puerta, quien se encaminó hacia la cantina en pos de una misión no del todo concreta.

En el hotel Swan de Stratford, la señora Roscoe acababa de concluir su cena, consistente en un guiso de alubias tan notablemente insípido como para satisfacer al más exigente oriundo de Las Vegas. Inmediatamente, escribió una breve nota de felicitación e insistió en que el camarero se la hiciera llegar al *chef de cuisine* personalmente.

A esa misma hora (eran ya las nueve de la noche), Eddie Stratton se hallaba sentado en la única silla de una pequeña habitación del tercer piso de un hotel situado al norte de Russell Square. Las comodidades de que disponía eran mínimas: un lavabo agrietado, una minúscula pastilla de jabón y una toalla blancuzca. Sin embargo, la cama parecía contar con sábanas limpias y tenía un aspecto confortable. Además, según le había dicho la dueña, había un retrete al fondo del pasillo, un cuarto de baño en el piso de abajo y una sala de televisión para residentes junto al mostrador de recepción. Sobre la mesilla de noche se veía una Biblia de Gedeón y, junto a ella, un

246

formulario de registro que, una vez relleno, daría derecho al afortunado solicitante a su inclusión en una rifa gratis cuyo premio

consistía en una entrada para asistir a los campeonatos de golf del próximo verano. Stratton decidió no aprovechar ninguna de ambas cosas.

Poco antes había visitado el consulado norteamericano, donde una atractiva y comprensiva compatriota de Carolina del Norte le había informado acerca de todos los procedimientos —tristes, pero necesarios— que había que seguir tras el fallecimiento de un ciudadano norteamericano en Gran Bretaña, a la vez que le había comunicado el coste actual del traslado de cadáveres al otro lado del Atlántico. Ahora, mientras contemplaba fijamente la configuración floral de la deslucida alfombra, experimentó cierta lástima al pensar en Laura, aquella que había sido su esposa tan sólo durante los dos últimos años. En su opinión, ambos se habían sentido tan complacidos como hubiera cabido esperar de una unión basada en gran medida en la conveniencia y la comodidad; y siempre recordaría con una especie de perverso afecto su voz ligeramente estridente, sus generosas pinturas de guerra... y, por supuesto, el lamentable estado de sus pobres pies... Asintió para sí mismo y, a continuación, alzó la mirada hacia la ventana adornada con cortinas de encaje como un pájaro que hubiera descubierto abierta la puerta de su jaula. Cualquier observador que hubiera contemplado la escena de aquella pequeña habitación,

habría advertido cómo cierto asomo de sonrisa curvaba sus labios lacios y ligeramente azulados.

Poco después de las nueve, un agente de policía llegó de la estación portando un pequeño sobre marrón que Morse cogió con evidente alegría. Sonrió a Lewis, pero no dijo nada mientras rasgaba la parte superior y atisbaba en su interior. A continuación, sin perder la sonrisa, le entregó el sobre a su subordinado.

—¡Deséeme suerte! Le haré saber cuándo tiene que entrar.

247

45

Quizá mi exceso de preguntas resulta molesto.

DANTE, *Purgatorio*

Morse decidió ahorrarle al menos a Cedric Downes la parodia de una cordial consternación por su parte; incluso pasó por alto expresarle su deseo de que hallara las condiciones satisfactorias y de que estuviera recibiendo un trato correcto. Lo cierto era que el detenido parecía desorientado y derrotado. Poco antes se le había comunicado su derecho legal de solicitar la presencia de su abogado pero, sorprendentemente, había preferido no ejercerlo. Una taza de té (azucarado) reposaba intacta junto a su codo derecho. Cuando Morse se sentó frente a él, en el lugar antes ocupado por Dixon, alzó una

mirada taciturna. El inspector había dispuesto una silla para una agente sumamente rubia que, entre otras virtudes, era la única persona de la jefatura de St. Aldate's que contaba con un diploma de taquigrafía Pitman de 130 palabras por minuto. Tampoco es que estuviera destinada a lograr práctica adicional alguna a tan vertiginosa velocidad, ya que Downes, al menos durante la primera mitad de la entrevista, enunció sus respuestas con la lenta deliberación de un zombi atontado. Morse esperaba pacientemente. A la larga, siempre era mejor así. Y cuando Downes por fin habló, lo hizo para preguntar por su esposa.

—¿Acudió alguien a la llegada del tren, inspector? ¿Del tren siguiente?

—Le ruego, señor, que no se sienta inquieto por ella. Será debidamente atendida.

Downes sacudió la cabeza, estupefacto.

—Esto es una locura... ¡una completa locura! Tiene que tratarse

248

de un horrible malentendido... ¿es que no lo comprende? No... no consigo pensar correctamente. ¡No sé qué decir! No hago más que rogar que pueda despertar de esta pesadilla.

—Hábleme del doctor Kemp —dijo Morse.

—¿Qué quiere que le diga? Todo el mundo conocía a Kemp. Era el más conocido donjuán de Oxford.

—¿Ha dicho usted «todo el mundo»?

—¡Sí! Su mujer incluida. Ella lo sabe muy bien.

—Lo sabía. Murió esta tarde.

—¡Oh, Dios mío! —Downes cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. A continuación, los abrió y dirigió la mirada hacia Morse—. Creo que sé qué va a preguntarme ahora, inspector.

Morse ladeó la cabeza hacia la izquierda.

—¿En serio?

—Va a preguntarme si Lucy... si mi mujer también... también lo sabía.

Morse ladeó la cabeza, pero ningún comentario.

—Bien, pues la respuesta es sí. En una o dos ocasiones, Kemp había... bueno, había intentado hacerle proposiciones. En recepciones, fiestas... esa clase de cosas.

—¿Su mujer le contó eso?

—Supongo que se sentía ligeramente halagada.

—¿No me diga?

249

—Sí, y divertida. Más divertida que halagada, creo.

—¿Y usted, señor Downes? ¿Se sintió usted divertido?

—¡Hubiera podido matar a ese maldito cerdo! —Su actitud había cambiado radicalmente: su voz era ahora un gruñido áspero, y sus ojos brillaban de odio.

—No es tan fácil matar a un hombre —dijo Morse.

—¿No? —Downes adoptó una expresión de perplejidad.

—¿Con qué le golpeó cuando regresó a casa en busca de... de lo que fuera?

—Yo... ¿perdón?... no irá usted a...

—En sus propias palabras, señor, si no le importa.

Dígame sólo qué pasó, eso es todo. La agente aquí presente anotará sus palabras y a continuación se las leerá de nuevo, por lo que podrá modificar cualquier cosa en la que crea haberse equivocado. ¡No hay problema!

—¿Cómo...? —Downes sacudió la cabeza en actitud angustiada

—. ¿Cuándo voy a despertar?

—Comencemos por el instante en que introdujo su llave (se trata de una cerradura Yale, ¿no es así?) en la puerta principal y entró...

—Sí, y recogí mi audífono y unas cuantas notas...

—¿Dónde guarda usted su audífono de repuesto?

—En el dormitorio.

Morse asintió, animándole a proseguir.

250

—Camas gemelas, supongo...

—No; de hecho, tenemos una cama de matrimonio, y yo suelo guardar el audífono en el cajón de la cómoda —una vez más fijó sus ojos en los de Morse—, junto a los pañuelos, los gemelos y las muñequeras. ¿Quiere que sea preciso en mis declaraciones?

—Y su esposa estaba tendida en la cama de matrimonio... sí, señor, queremos que sea preciso.

—¿Qué...? ¿Qué le hace pensar que mi esposa estaba en la cama?

Estoy hablando de la hora de comer.

—¿Dónde estaba?

—¿En el salón? ¡No lo sé! Lo he olvidado. ¿Por qué no se lo pregunta a ella? No tiene usted derecho a retenerme aquí. Sé que tiene que cumplir con su obligación... lo entiendo. Algunas personas son detenidas a veces en calidad de sospechosos... ¡Lo sé! ¡Pero tengo que hablar con Lucy!

Su voz se tornó en un chillido de ira e impotencia. Lo que alegraba a Morse. Con demasiada frecuencia, la pérdida del autocontrol no era sino el feliz prelude de la confesión; confesión que, a su vez, constituía un enorme alivio para las presiones reprimidas de

una mente torturada. Downes volvía ya a tomar asiento, aparentemente más sosegado, y Morse reanudó su interrogatorio.

—Comprendió usted el motivo real de la llamada del doctor Kemp, ¿no es cierto? Nadie más lo sabía... pero usted sí. —En contraste con el crescendo de cólera de Downes, la voz de Morse sonaba como un susurro, y la agente sentada junto a él dudó si habría transcrito sus palabras con fidelidad.

Downes se había inclinado sobre la mesa.

251

—¿Le importa hablar un poco más alto, inspector? Me temo que no he oído lo que ha dicho.

Es probable, no obstante, que sí oyera el fuerte golpe propinado con los nudillos sobre la puerta para anunciar la entrada de un Lewis de aspecto atribulado.

—Siento interrumpirle, señor, pero...

—¡Ahora no, sargento! ¿Es que no ve que...?

—Es muy urgente, señor —dijo Lewis con tono confidencial y severo.

La agente había oído perfectamente las palabras de Lewis, y dirigió una mirada a Downes. ¿Lo habría oído él? Algo en sus facciones pareció sugerirle que era probable que así fuera.

Pero era difícil asegurarlo.

46

Me encanta observar y anotar.

JONSON, *Volpone*

-¡Sencillamente, no puedo creerlo! —exclamó Morse.

Era el propio Lewis quien, unos minutos antes, había respondido a la llamada del Met. Nota 4)

—Intentaba cruzar la calle junto a la estación de King's Cross... a eso de las cinco y media... atropellada por un automóvil. Y es de Oxford. Una tal señora Downes: Lucy Claire Downes, según su documentación. Vive en Lonsdale Road.

252

—¿Ha... ha muerto?

—Está en la UCI del hospital de St. Paneras. Es todo cuanto sabemos.

—¿Llevaba una maleta consigo?

—No tenemos más detalles... no por el momento, sargento.

Parece que, sencillamente, descendió del bordillo de la acera para introducirse en una cola de gente y...

Morse se sentó y apoyó la frente sobre su mano derecha.

—¡Por todos los demonios!

—Desde King's Cross a Paddington en metro... ¿qué se tardaría, señor? ¿Unos veinte minutos, quizá? Debía de tener intención de coger el tren de las seis, y andaría con unas prisas enormes cuando... —la noticia había afectado notablemente a Lewis.

—¿Sí? ¿Andaría con mucha prisa cuando qué?

—Cuando descendió del bordillo...

—¿Una mujer inteligente arriesgándose en el tráfico de Londres... en una hora punta? ¿En serio cree usted eso? ¿O piensa, quizá, que pudo ser empujada? ¿Me oye, Lewis? Empujada.

—¿Cómo puede decir eso?

Por unos instantes, Morse permaneció donde estaba. A continuación, se puso lentamente en pie... con un brillo salvaje en los ojos.

—Lo hizo él, Lewis. ¡Lo hizo él!

253

—¡Pero si él estaba en Oxford!

—¡No, no estaba! No estaba esperando en el andén en absoluto.

Acababa de bajar del tren. Y entonces nos vio. Así que, en ese instante, giró sobre sus talones e intentó fingir que estaba buscando a la mujer a la que acababa de intentar matar... mientras caminaba a su lado. Él la amaba, ¿comprende? Probablemente no ha amado a nadie en su vida

con excepción de su Lucy. Y cuando la vio fornicando con Kemp... Sencillamente, no pudo librarse de la idea ni por un segundo. Pensó que nunca conseguiría quitárselo del pensamiento —Morse sacudió la cabeza—. ¡Y yo soy idiota, Lewis! ¡Esa llave! La llave que encontraron bajo la alfombrilla del coche, o donde sea. Adiviné que Downes quería regresar a su coche para ocultar algo, por lo que le seguí la corriente con toda esa pantomima del audífono. Y cuando trajeron la llave, supe exactamente de qué se trataba: una llave perteneciente a una taquilla de consigna. ¡Y, dígame una cosa, Lewis! ¿Cómo diablos podía dicha llave estar en su poder si no había estado con su mujer?

—¿Eso es, señor? ¿La llave de una taquilla? ¿Está seguro?

Morse asintió.

—Y le diré de qué estación, a no ser que prefiera decírmelo usted a mí.

—King's Cross.

—Podría ser Paddington, imagino.

—¡El muy hijo de puta! —murmuró Lewis, mostrando un despliegue de emoción poco habitual en él.

Morse sonrió.

—A usted le gusta; ¿verdad?

—¡Es una mujer adorable!

—Eso pensaba Kemp.

—¿Quizá...? —comenzó Lewis.

—¡Oh, no! No merece la pena desperdiciar nuestra compasión en Kemp. ¡Escuche! Quiero que busque a alguien que le lleve al hospital para ver cómo está, ¿de acuerdo? Puede aprovechar el viaje para echar una cabezada. Luego, vaya a King's Cross y compruebe si hay algo en la taquilla sesenta y siete. Si es así, tráigaselo. Y si consigue de ella algún tipo de declaración... estupendo. Si no, bueno, intente ver si tiene algo que decir.

—Si está... ¿quiere que le diga que le tenemos a él aquí?

—Quizá no... pero no lo sé. ¡Toque usted de oído!

—De acuerdo, señor. —Lewis se puso en pie y se dirigió a la puerta, donde se detuvo—. ¿Se ha parado a pensar en algún momento que pudo ser la señora Downes la que mató al doctor Kemp? ¿Y si cuando su marido llegó a casa se hubiera encontrado con Kemp ya muerto y hubiera estado jugando a todo esto... ya sabe, para encubrirla?

—Oh, sí, Lewis. A lo largo de este caso, he reflexionado sobre todas las posibilidades. Incluida Lucy Downes.

—¿Y no cree que...?

—Creo que estará usted completamente a salvo en Londres. No creo que corra ningún peligro de ser apuñalado mientras visita el lecho de una joven dama semiinconsciente en la UCI.

Lewis sonrió y se introdujo la mano en el bolsillo para cerciorarse de que el sobre marrón que contenía una llavecita roja con el número 255

67 aún estaba allí.

Janet Roscoe había terminado de releer *El sueño de una noche de verano* y sintió que se debilitaba su antigua y largamente defendida certeza (anteriormente, había sido actriz) de que el señor Shakespeare se mostraba en ocasiones muy por debajo de su nivel óptimo al escribir comedias. Acababa de encender el televisor con la esperanza de hallar un programa de noticias de última hora cuando oyó que alguien llamaba ligeramente a su puerta con los nudillos. Era Shirley Brown. Algo le había picado, ¿podría Janet echarle una mano? ¡Pero, claro está, sabía que Janet podría ayudarla! Invitada a entrar, Shirley contempló cómo la mujercita buceaba en su espacioso bolso (una broma habitual entre el resto de los miembros del grupo), del que, además de los accesorios habituales, habían emergido ya una navaja de explorador, una cucharilla con el mango en forma de apóstol y una plancha en miniatura. Y algo más» ahora: dos tubos de pomada. Aunque Shirley

afirmaba no estar segura de si el insecto agresor había sido una avispa, una abeja, un mosquito o una pulga, un poco de cada una, aseguraba Janet, no podía hacerle daño alguno.

Durante los cinco minutos posteriores al tratamiento, ambas mujeres permanecieron sentadas en la cama, charlando. ¿Había notado Janet lo silencioso que se había mostrado el señor Ashenden durante todo el día? Se mirara como se mirara, no se había comportado en absoluto de la forma habitual. Janet lo había advertido, sí: y él era el guía, ¿no es cierto? Le pagaban por hacerlo. Janet añadió algo más. Creía saber qué podía estar preocupándole, porque le había visto escribir una carta en el salón. Y cuando había depositado el sobre en la mesa para ponerle el sello —¡boca arriba, claro está!—, no había podido evitar ver a quién iba dirigido, ¿verdad?

De pronto, y quizá por primera vez, Shirley Brown experimentó una punzada de afecto por la solitaria mujercita que parecía bastante más enterada que ninguno de ellos de cuanto estaba ocurriendo.

256

—Pareces darte cuenta de todo, Janet —dijo con voz afable.

—Hay pocas cosas que se me escapen —repuso la señora Roscoe con una sonrisita de satisfacción.

Nota 4

Met: departamento de policía londinense con jurisdicción sobre la zona que rodea el centro, el cual es controlado por la City of London Police. (*N. del T.*)

Volver

257

47

Existen pruebas circunstanciales que sin embargo resultan muy significativas... como cuando uno se encuentra una trucha en el vaso de leche.

HENRY THOREAU, manuscrito inédito

-¿Está usted dispuesto a ahorrarnos un montón de tiempo y de trabajo o por el contrario está decidido a causarles aún más gastos a los contribuyentes?

Downes se pasó la lengua por los labios resecos.

—Ignoro a qué se refiere todo esto... sólo sé que debo de estar volviéndome loco.

—¡Oh, no! Está usted muy cuerdo... —comenzó Morse. Pero Downes, al menos por el momento, había tomado la iniciativa.

—Si tan preocupado está por los contribuyentes, ¿no cree que debería atender a esa pequeña y urgente cuestión que acaba de plantearle su sargento?

—¿Conque ha oído eso? —preguntó Morse con tono incisivo.

—Habla con más claridad que usted.

—¿Incluso cuando susurra? —por unos segundos Morse pareció abstraído, ligeramente más interesado en las críticas a su dicción que en la investigación del caso. Downes prosiguió:

—Hablaba usted de mi estado de cordura, inspector.

La agente Wright lanzó una ojeada a Morse, quien seguía sentado a su derecha. Nunca había trabajado antes con él, pero el nombre del

258

tipo era casi una leyenda en el cuerpo de policía de Oxfordshire, y la muchacha se sentía ligeramente defraudada. Morse, sin embargo, había comenzado a hablar de nuevo. Parecía estar recuperando el ritmo, y la agente apuntó sus palabras con trazos rápidos y hábiles.

—Sí. Decía que está muy cuerdo. ¡Lo bastante para encubrir un asesinato! Lo bastante para convencer a su esposa de que se encargara de llevarse todas las pruebas incriminatorias y guardarlas en un armario de equipajes...

—Es imposible que esté oyéndole correctamente...

—¡No! ¡Otra vez no... por favor! No sé si es consciente de que esa excusa en particular cada vez le resulta menos eficaz. La empleó cuando Kemp le llamó por teléfono... cuando le llamó desde su propia

casa. Volvió a servirse de ella esta noche cuando acababa de descender del tren de Paddington y fingía estar esperando a la señora Downes...

La agente Wright tuvo tiempo más que suficiente para escribir en su cuaderno de taquigrafía la palabra que Downes chilló a continuación; tiempo de escribirla normalmente e, incluso, con letras mayúsculas. De hecho, tuvo tiempo hasta para sombrear las dos últimas letras.

Escribió ¡basta!

Y Morse, obediente, enmudeció... durante medio minuto. No había prisa. A continuación, repitió su acusación.

—Obligó usted a su mujer para que se llevara a Londres las ropas de Kemp...

—¿Que obligué a mi mujer... que obligué a Lucy? Pero, pero ¿qué está diciendo?

259

—Lo sabemos todo, señor. —El tono de Morse, pensó la agente Wright, se había vuelto considerablemente más solemne. Hablaba con voz suave, educada, segura... casi amable y comprensiva— Tenemos la llave que le dio su esposa después de depositar las ropas y las sábanas manchadas de sangre...

—¡He estado aquí todo el día... aquí, en Oxford! —La voz había

pasado de la exasperación a la incredulidad—. Tengo una coartada fantástica... ¿lo sabía? Esta tarde estuve en un seminario desde...

Pero Morse había tomado las riendas por completo, y alzó la mano derecha con gesto de firme autoridad.

—Le aseguro, señor, que interrogaremos a todas las personas que afirme usted haber visto esta tarde. No tiene nada que temer si me está diciendo la verdad.

¡Pero escúcheme, Downes! Aunque sólo sea por una vez, ¡escúcheme! Cuando vino a verme el sargento, usted mismo le oyó, acababa de enterarse de que el armario de Londres había sido abierto según mis instrucciones. Y que dentro del armario había una maleta: la maleta que su esposa se llevó hoy consigo a Londres; una maleta que, según ella misma me dijo, o mejor dicho, a mí y al sargento Lewis, sólo contenía cortinas. ¡Cortinas! Ambos la vimos llevársela en un taxi.

¿Quiere que le diga una vez más lo que contenía en realidad?

Downes descargó ambos puños sobre la mesa con tal ferocidad que la agente Wright trasladó el cuaderno de taquigrafía a sus rodillas, enfundadas por negras medias, y olvidó apuntar las siguientes tres palabras que vociferó Downes.

—¡No! ¡No! ¡No!

Pero Morse se mantuvo imperturbable.

—Dígame, por favor, señor Downes, ¿cómo llegó esa llave a su poder? Estaba en su automóvil, debajo de la alfombrilla del asiento del conductor, ¿no es cierto? ¿O en la guantera? ¿Puede usted explicar eso? ¿Está intentando decirme que fue uno de los pasajeros procedentes de Londres quien le entregó la llave?

—¿Qué...?

—¿No sería quizá su mujer quien lo hizo?

—¿Qué tiene Lucy que ver con eso...?

—¡La llave! —rugió Morse—. ¿Qué me dice de la llave?

—¿La llave? ¿Se refiere a...? —las mejillas de Downes estaban muy pálidas y, lentamente, comenzó a ponerse en pie.

—¡Siéntese! —vociferó Morse con autoridad, y Downes obedeció en silencio.

—¿Recuerda el número de la llave?

—Por supuesto.

—Dígame cuál es, por favor —pidió Morse en voz baja.

—El sesenta y siete.

—Exacto, señor Downes. —Morse apoyó brevemente su mano derecha en el brazo de la agente Wright y le dirigió un ademán imperceptible con la cabeza. Sabía que era crucial que las próximas

frases del diálogo fueran transcritas con impecable exactitud. Sin embargo, cuando Downes se encogió de hombros con aire indefenso y comenzó a hablar, el lápiz recién afilado de la agente Wright permaneció suspendido en el aire sobre la página.

261

—Se trata de la llave de mi armario en el club de golf de North Oxford, inspector.

Súbitamente, la sala de interrogatorios 2 se tornó silenciosa como un sepulcro.

262

48

La oscuridad es más productiva en cuanto a ideas que la luz.

EDMUND BURKE, *De lo sublime y de lo bello*

Apenas había tráfico en Western Avenue y, una hora y cuarto después de partir de Oxford, Lewis hablaba con la hermana de guardia en el tercer piso del hospital, una muchacha pulcra y morena de aspecto competente que parecía más inquieta por el súbito interés de la policía en sus asuntos que por el estado de salud de su más reciente víctima de tráfico, quien a la sazón reposaba tras las cortinas que rodeaban su cama del pabellón Harley. Una víctima que, en cualquier caso, tampoco se hallaba tan malherida: rotura del húmero izquierdo,

rotura de la clavícula izquierda, heridas y contusiones en el hombro izquierdo... pero ni piernas ni costillas rotas y, casi con toda seguridad, ninguna lesión en la cabeza. Sí, dijo la hermana, en realidad, la señora Downes había sido afortunada; y, sí, el sargento Lewis podría verla unos momentos. Le habían administrado sedantes, por lo que la encontraría algo aturdida y mareada, y aún en cierto estado de shock y desorientación. Sin embargo, estaba bastante lúcida.

—Y —añadió la hermana— más vale que tenga algo preparado para decirle cuando le pregunte cuándo va a venir a verla su marido. Hasta ahora, le hemos dado largas al respecto lo mejor que hemos podido.

Lewis se aproximó a la cama y contempló a la enferma. Tenía los ojos abiertos, y al verle esbozó una cauta sonrisa de reconocimiento. Hablaba en voz baja, con un ligero ceceo, y Lewis advirtió (cosa que no le habían dicho) que tenía rotos dos dientes de la mandíbula superior.

—Nos conocimos esta mañana, ¿no es cierto?

—Sí, señora Downes.

263

—¿Cedric sabe que estoy bien?

—Está todo bajo control. No debe preocuparse por nada.

—Vendrá pronto, ¿verdad?

—Ya se lo he dicho —contestó Lewis—, nos estamos ocupando de todo. No tiene que preocuparse de nada.

—¡Pero quiero verle!

—Los médicos no quieren que tenga usted visitas... de momento. Ya sabe, primero quieren remendarla un poco.

—Quiero ver a Szedric —gimió. Sus labios temblaron y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, y el buen Lewis depositó suavemente la mano sobre la inmaculada escayola blanca que cubría la parte superior de su brazo.

—Pronto. Muy pronto. Como ya le he dicho...

—¿Por qué usted puede verme y él no?

—Pura rutina... ya sabe... pasa con los accidentes. Tenemos que redactar informes sobre...

—Pero yo ya he hablado con la policía.

—¿Y les ha dicho...?

—Les he dicho que fue culpa mía... no fue culpa del conductor — sus ojos contemplaron a Lewis con expresión implorante.

—¿Le importaría repetirme lo que les contó? Por favor, señora Downes.

—No había nada que contar. Fue culpa mía, ¿qué más quiere que

le diga?

—Ya sabe, cómo ocurrió...

—Iba caminando por la calle. Tenía prisa por coger el metro... era en plena hora punta. No quería perder el tren... Cedric... ¿sabe? Cedric tenía que recogerme...

—¿En Oxford, quiere decir? ¿La estaba esperando en Oxford?

—Claro. Intenté adelantar a unas personas que había delante de mí y descendí del bordillo. El conductor... no pudo hacer nada. Fue por mi culpa, ¿es que no me cree? Frenó, y... En realidad, fue por la maleta. De no haber sido por la maleta, pienso que quizá...

—¿Quiere decir que el automóvil golpeó la maleta? ¿La maleta fue lo primero que golpeó?

Lucy asintió.

—Sí, actuó a modo de... bueno, amortiguó el golpe. Yo salí despedida contra un cubo de basura que había en la acera y... —Alzó la mano derecha y señaló vagamente la parte izquierda de su cuerpo.

—¿Así que aún llevaba consigo la maleta? ¿La llevaba cuando la atropellaron?

Por primera vez, la hasta entonces despierta Lucy pareció un poco confusa, como si no lograra comprender la última pregunta de Lewis.

—No le sigo del todo... lo siento.

—Sólo quiero saber si todavía llevaba consigo la maleta.

—Claro que la llevaba.

265

—¿Sabe usted... sabe usted dónde está ahora?

—¿Es que ya no está debajo de la cama, sargento?

Morse respondió a la llamada apenas pasadas las once de la noche.

—¡Nunca adivinaría lo que ha sucedido, señor!

—¡Yo que usted no apostaría demasiado, Lewis!

—Creen que se pondrá bien, señor. En el Met se equivocaron acerca de lo de la UCI.

Morse guardó silencio.

—¿Está usted... bueno, se alegra, no es cierto?

—No me agrada en absoluto la muerte, Lewis, y si hay algo que me preocupa especialmente son los accidentes... la concurrencia al azar de los átomos en el vacío, como solía decir Epicuro.

—¿Está cansado, señor?

—Sí.

—¿Sabía usted desde el principio que había sido un accidente?

—No. No desde el principio.

—Hace que me pierda... como de costumbre.

—¿Cuáles son esas noticias que nunca podría adivinar, Lewis?

—¡La maleta, señor! La maleta que ambos vimos a la señora Downes llevarse a Londres.

266

—Que ambos le vimos meter en el taxi, si es que hemos de ser precisos.

—¡Pero es que la trajo efectivamente a Londres, señor! Y nunca adivinaría qué contiene.

—¿Cortinas, Lewis? ¿Son buenas? ¿Son de pliegue francés? Por cierto, recuérdeme un día de éstos que le explique ese asunto del pliegue francés. A la señora Lewis le encantará que se tome usted algo más de interés por lo que respecta al mobiliario doméstico y la decoración interior.

—¿Qué quiere que haga con la llave del armario de equipajes, señor?

—¿De qué me está hablando? ¿Qué le hace pensar que se trata de la llave de un armario de equipajes?

Una vez Lewis hubo colgado el teléfono, Morse se sentó ante su mesa y se fumó tres Dunhill International uno detrás de otro. Desde luego, se había sentido desconcertado cuando Cedric Downes le había

invitado a acompañarle hasta el club de golf de North Oxford y despertar al encargado si ello era necesario. Y, sin duda, la llamada de Lewis acababa de remachar el último clavo sobre el féretro de la teoría Cedric-Lucy. Sin embargo, la mente de Morse nunca se mostraba tan fértil como cuando se enfrentaba con algún obstáculo aparentemente insuperable, e incluso ahora hallaba dificultad en abandonar su anterior y magnífica hipótesis acerca del asesinato de Theodore Kemp. Dirigió la mirada hacia el exterior de la ventana desnuda, contemplando el aparcamiento con desierto: en él sólo se veían su propio Jaguar rojo y dos blancos automóviles de la policía. Podía — ¡debía!— dejarlo por el momento y marcharse a la cama. En diez minutos estaría en casa. En menos, quizá, teniendo en cuenta la hora que era... Sí, resultaba muy útil tener coche, dijera lo que dijera la gente

267

acerca del tráfico y la polución y los gastos... sí...

Morse era consciente de que su mente comenzaba a derivar hacia perspectivas de reflexión interesantes, pero también de que él mismo comenzaba a sumergirse en el sueño. Era el tema de los coches lo que había despertado en él nuevas ideas... Por el momento, sin embargo, se habían desvanecido. No obstante, todo un cúmulo de ideas diferentes se abrían paso en su mente. En primer lugar, el convencimiento de que

había —¡tenía que haber!— una relación, una relación acaso cegadoramente obvia, entre el robo del Broche de Wolvercote y el asesinato de Theodore Kemp. Segundo, la creciente convicción de que tenían que haber intervenido al menos dos personas en los acontecimientos y, con toda seguridad, en el asesinato. Tercero, la inquietante sospecha de que entre las pistas ya acumuladas, las declaraciones obtenidas, las personas interrogadas, las relaciones personales observadas, los *obiter dicta*, la topografía de Oxford... entre todas aquellas cosas había en algún sitio una circunstancia que había alcanzado a observar o a oír pero que nunca había llegado a reconocer o comprender en su totalidad. Cuarto, la extraña reticencia que sentía ante la posibilidad de renunciar a Downes como sospechoso número uno. Y al abrir la portezuela de su automóvil, Morse se detuvo unos instantes para contemplar la Estrella Polar y se hizo una vez más la pregunta que había estado haciéndose durante las dos últimas horas: ¿existía aún algún modo mediante el cual Downes pudiera haber sido el asesino?

Muchas de las ideas de Morse eran tan extrañas o tan absurdamente improbables que la mayoría se hallaban condenadas a ser descartadas. No obstante, daba la casualidad de que en aquella velada el inspector estaba mostrando una eficacia superior a la media,

ya que tres de las cuatro ideas que había formulado habían de resultar con el tiempo completamente correctas.

268

TERCERA PARTE

269

49

Aquae Sulis, un lugar en el que el agua, ya fría o caliente, es buena para la gota.

Inscripción mural en la sala de bombeo, Bath, 1760

-¿Bairth? ¿Esto es Bairth?

Sentado en el asiento delantero del lujoso autocar, John

Ashenden desvió la mirada en dirección a la pequeña septuagenaria californiana.

—Sí, señora Roscoe, esto es Bath.

Con evidente falta de entusiasmo, se inclinó para coger el micrófono, lo conectó y comenzó a hablar, no con tanto aplomo como en Stratford, claro está, y ni mucho menos como en Oxford, donde previamente había memorizado frases enteras de la guía de Jan Morris.

—Bath, señoras y señores, se encuentra edificada sobre un antiguo balneario romano, Aquae Sulis, construido probablemente durante los siglos primero y segundo de nuestra era. Las excavaciones

realizadas han descubierto gran cantidad de baños antiguos, y la ciudad obsequia al turista moderno con lo que acaso podrían considerarse como las ruinas romanas más espléndidamente restauradas de Europa.

A ambos lados del pasillo central, los presentes asentían con la cabeza al contemplar los edificios y las calles que los rodeaban, y Ashenden prosiguió, ya algo más animado. Él mismo (al parecer, igual que aquellas ruinas) aparecía espléndidamente restaurado de fuera cual fuese la dolencia que le había afectado durante los dos días anteriores, dolencia que había sido advertida y comentada por varios miembros del resto del grupo aparte de Shirley Brown, quien a la

270

sazón permanecía cómodamente instalada en su asiento habitual, ya superadas las consecuencias de su picadura gracias al doble tratamiento de los ungüentos de la señora Roscoe.

—Parece un lugar fantástico, Shirl —sugirió Howard Brown.

—Sí. Ojalá Laura estuviera con nosotros... y Eddie. Resulta todo tan triste.

—¡Y que lo digas! El autocar parece como vacío...

Tal como estaba previsto, los turistas habían abandonado

Stratford aquel domingo por la mañana y posteriormente habían

almorzado en Cirencester. El tiempo seguía agradable, o casi: uno de tantos días dorados de finales del otoño. Y, acaso, en la mente de muchos de ellos comenzaban a desvanecerse lentamente los recuerdos de su trágica estancia en Oxford.

Una de las viudas más jóvenes, la señora Nancy Wiseman, una bibliotecaria residente en Oklahoma City, había escogido uno de los asientos posteriores del autocar, situándose junto a Phil Aldrich. Con muda satisfacción, había observado la frialdad que esa estridente mujer, la Roscoe, había comenzado a mostrar frente a su antiguo acompañante tras la negativa de este último, y de la mayoría del resto de los viajeros, a firmar su petulante carta de protesta acerca de Sheila Williams. Si bien Phil se había mostrado ligeramente reservado en su actitud hacia ella (Nancy), ésta sabía que ello se debía tan sólo a su manera de ser, y no podía evitar disfrutar de la compañía de aquel enjuto y nervudo ciudadano de voz cálida procedente de Sacramento que casi siempre terminaba ocupando el último lugar de cualquier cola que se formara. Sí, decididamente el viaje comenzaba a tornarse algo más animado, y la tarde anterior había escrito una tarjeta postal a su hija en la que le decía que a pesar de que se había producido una muerte, un robo y un asesinato «empezaba a parecer que el viaje le

serviría para hacer uno o dos buenos amigos».

Lo cierto, no obstante, era que el propio Phil comenzaba a encontrar a Nancy Wiseman un tanto efusiva para su gusto y, aunque parezca algo perverso, hubiera preferido sentarse en la parte delantera del autocar, junto a Janet Roscoe, mientras escuchaba la conclusión de la presentación que Ashenden había hecho de Bath:

—Durante el siglo dieciocho, la ciudad se convirtió en un lugar de ocio para la alta sociedad inglesa, lo que por supuesto nos trae a la mente el nombre de Beau Nash, el célebre dandy y jugador que vivió aquí entre las décadas de 1740 y 1750. Entre las referencias literarias de Bath, se cuentan figuras de la talla de Henry Fielding, Fanny Burney, Jane Austen, William Wordsworth, Walter Scott, Charles Dickens... y, quizá la más célebre: Geoffrey Chaucer, autor de *El cuento de la comadre de Bath*.

Como colofón, no estaba mal.

Advirtió que Janet Roscoe, sentada frente a él, había vuelto a rebuscar en su bolsa, en esta ocasión para extraer un volumen cuyo título le resultó imposible no distinguir y que, en cualquier caso, hubiera podido adivinar: CHAUCER, *El cuento de la comadre de Bath*.

Le dirigió una sonrisa y ella, abriendo el libro a la altura del prólogo, le correspondió con otra igualmente encantadora.

Parecía un buen presagio de su estancia en Bath.

272

50

Durante sus últimas visitas a Stinsford, ya anciano, solía visitar a menudo la tumba anónima de Louisa Harding.

FLORENCE EMILY HARDY, *Vida del joven Thomas Hardy*

Según el parte médico del lunes por la tarde, el estado de Lucy Downes era calificado de «positivo», un escalón por encima del «satisfactorio» del domingo y dos por encima del anterior, considerado «estable». Posiblemente, las tres visitas de su marido habían contribuido a su recuperación (la primera de ellas durante la madrugada del domingo, dos horas después de su puesta en libertad), pero habían surgido leves complicaciones en forma de una permanente hemorragia interna, a lo que había que sumar la vergüenza de la paciente al darse cuenta del aspecto que debía de ofrecer cada vez que sonreía a alguien. Así pues, había dejado de hacerlo —ni siquiera cuando se hallaba junto a Cedric—, y aquel lunes, sintiendo un dolor cada vez más intenso en el brazo, hubiera preferido en retrospectiva (lo sabía muy bien) haberse roto dos costillas en lugar de dos dientes.

Vanidad, y nada más que vanidad, decía el predicador. Sin embargo, ¿hasta qué punto el término «positivo» definía sus

circunstancias actuales? En cualquier caso, ésa fue la palabra que Morse repitió como respuesta a la primera pregunta que le formuló Lewis interesándose por la evolución del estado de Lucy a primera hora de la mañana del martes. Quizá Morse sonrió imperceptiblemente ante la pregunta.

O quizá no.

La actividad que tuvo lugar durante los dos días que siguieron a la puesta en libertad de Cedric Downes apenas podía considerarse un modelo de colaboración indagatoria: Morse había dormido hasta bien entrada la tarde del domingo y luego había pasado la mayor parte del

273

lunes holgazaneando en su despacho y estudiando por encima los documentos relativos al caso; Lewis, por el contrario, había procedido a aportar lo que él consideraba una significativa contribución al caso durante el domingo por la tarde y luego había pasado toda la jornada del lunes en la cama, inasequible para el activo mundo exterior. Incluso cuando la señora Lewis le había sacudido afectuosamente por el hombro a las seis y media de la tarde, susurrándole al oído la perspectiva de un plato de huevos con patatas, se había limitado a girar la cabeza sobre la almohada y reanudar pacíficamente su sueño.

Ahora, sin embargo, se sentía completamente descansado.

Su jefe, sin embargo, no había disfrutado —a juzgar por su aspecto— de una recuperación semejante, y en su voz podía distinguirse un matiz de irritación mientras leía la breve nota que le había entregado Lewis.

—¿Dice usted que Stratton estaba en Didcot mientras Kemp era asesinado?

—No cabe la menor duda, señor. Me trasladé allí ayer...

—Ayer estaba usted en la cama.

—El domingo, quiero decir. Y todos le recordaban.

—¿Quiénes son «todos»?

—Uno de ellos le hizo una fotografía encaramado a la plataforma del *Corniskman*. La tenía ya revelada y pensaba enviarla a Norteamérica. Stratton le había dado cinco libras. Va a sacar una copia y nos la enviará aquí.

—¿Y era Stratton?

—Lo era.

274

—¡Oh!

—¿Qué significa todo esto, señor? A decir verdad, ignoro dónde nos encontramos en este momento.

—¿Y cree que lo sé yo? —balbució un Morse mal afeitado—.

¡Tome! Lea esto... llegó esta mañana.

Lewis cogió el sobre que le alargaban, franqueado con un matasellos de Stratford-upon-Avon, y extrajo de él las dos páginas manuscritas que contenía.

Awan Hotel

Stratford,

Sábado, 3 de noviembre

Querido inspector:

Mi conciencia lleva remordiéndome desde que partí de Oxford.

Cuando me preguntó acerca de aquella llamada telefónica, intenté recordarlo todo, e ignoro qué más podría haberle dicho. Quiero insistir en que la línea estaba mal, pero de verdad quien hablaba era el doctor Kemp y no creo que nadie pudiera haber realizado una transcripción más fiel de sus palabras que la que yo le entregué. Pero mentí acerca de aquella tarde, y me preocupó que quisiera conservar los recibos de las apuestas ya que probablemente sabrá que uno de los caballos ganó y que habría obtenido una considerable cantidad de dinero si hubiera permanecido en el despacho de apuestas. Quería que la gente pensara que había estado en Summertown, así como poder demostrarlo si ello era necesario, por lo que acudí a Ladbrokes, escogí los caballos del montón, aposté por ellos y me marché. El único motivo

por el que hice aquello fue porque no quería que nadie supiera dónde había ido realmente: fui a un piso de Park Town en el que, me

275

avergüenza decirlo, estuve viendo algunos vídeos pornográficos con otras tres personas. Creo que una de ellas estaría dispuesta a confirmar mi historia por lo que, de ser necesario, estoy dispuesto a darle su nombre si me promete que puede realizar la gestión sin acusar a nadie de nada. También me preocupa el modo en que me preguntó a dónde había ido cuando llegamos a Oxford, porque tampoco entonces le dije la verdad. Fui al cementerio de Holywell para visitar la tumba de un amigo mío. Me había escrito antes de morir y yo no le había respondido, por lo que quería compensarle de algún modo, si es que ello era posible. Se llamaba James Bowden.

Siento mucho haberle causado problemas.

JOHN ASHENDEN.

P.D. Olvidaba decirle que dejé un pequeño recuerdo sobre su tumba.

P.P.D. Le agradecería si pudiera recoger mi premio y entregarle el dinero a la beneficencia.

—¿Y bien?

—Imagino que querrá que le diga cuántas faltas de ortografía ha

cometido.

—No estaría mal.

—A mí me parece que está bien, pero falta un apóstrofo.

El rostro de Morse se iluminó.

—¡Muy bien! ¡Excelente! Hay una falta de ortografía, pero no cabe duda de que va usted mejorando... Y es una pista, por cierto...

¿No? ¡Da igual!

276

—Al menos empezamos a atar algunos cabos sueltos.

—¿Quiere decir que con esto podemos tachar a Ashenden de la lista de sospechosos?

—Lo ignoro, señor, pero creo que sí podemos tachar a Stratton. Pasó la mayor parte de la tarde en Didcot, de eso no cabe duda.

—¿Por lo que no pudo haber matado a Kemp?

—No veo cómo.

—Tampoco yo —dijo Morse.

—¡Y de vuelta al principio!

—Usted ya sabe dónde nos equivocamos, ¿no es cierto? Fue aquella llamada telefónica la que hizo que me metiera en un callejón sin salida. No podemos olvidar el hecho de que si Kemp estuvo en Londres podía haber cogido un tren anterior. ¡Eso aún me tiene

intrigado! Llamó a las doce treinta y cinco, y había un tren a las doce cuarenta y cinco. ¡Diez minutos para trasladarse desde la cabina al tren!

—La verdad es que no hemos comprobado eso, ¿no es cierto?

Quiero decir, que el tren pudo haber sido suprimido... o algo así.

—Lo he comprobado —dijo Morse—. Es lo único que he hecho ayer que ha merecido la pena —encendió un cigarrillo, se sentó y dirigió la mirada a la ventana con expresión sombría.

Lewis se sorprendió estudiando la página posterior del *Oxford Times* que descansaba sobre la mesa. Morse aún no había empezado el crucigrama (aquella semana el autor era Ichabod) pero, a la derecha del mismo, Lewis pudo advertir una pequeña noticia acerca de un accidente mortal acaecido en el semáforo de Marston Ferry Road: una

277

joven estudiante que había seguido un cursillo relámpago en EFL.

¡Cursillos relámpago! ¡Bah!

—¿No me diga que ha resuelto la primera horizontal, Lewis?

—No. Estaba leyendo esta noticia del accidente del semáforo de Marston Ferry. Es un cruce peligroso, ¿sabe? Opino que debería haber un carril de aceleración en la entrada de Banbury Road.

—¡No sería mala idea!

Lewis continuó leyendo en voz alta.

—«Georgette le... no sé qué... hija de monsieur Georges le... algo de Bourdeaux...» —Pero de pronto sus ojos se fijaron en la fecha—. ¡Tiene gracia! El sábado pasado hizo una semana de este accidente, señor, y tuvo lugar a las cinco y media. Exactamente una semana antes que el de la señora Downes.

—La vida está llena de coincidencias, estoy harto de decírselo.

—Sí, pero cuando suceden dos cosas así, la gente empieza a decir que tiene que haber una tercera, ¿no es cierto? Eso dice siempre mi mujer.

—Escuche, si lo que quiere es un tercer accidente, ofrézcase voluntario para el turno de mañana de la ambulancia. Le apuesto cinco libras contra un orinal viejo a que algún estúpido irresponsable... — Morse se detuvo, sintiendo en sus hombros un viejo cosquilleo de excitación.

—¡Dios mío! ¡Qué estúpido has sido! —murmuró para sí mismo.

—¿Señor?

Morse espetó sus siguientes palabras:

278

—¿Cómo se llama la editorial de Kemp? ¿La misma a la que llamó usted para asegurarse de que había estado allí?

—Babington's. El tipo con el que hablé dijo que la habían bautizado en honor a Macaulay (Lewis sonrió con antiguos recuerdos): Thomas Babington Macaulay, señor... ya sabe, el que escribió *Polvos de la antigua Roma*. Es el único poema que me...

—¡Póngase en contacto con el consulado norteamericano!
¡Rápido, por lo que más quiera! Averigüe dónde está Stratton... ellos lo sabrán, supongo. Tenemos que evitar que salga del país.

Los ojos de Morse despedían un brillo de triunfo.

—¡Creo que lo sé, Lewis!

Pero Eddie Stratton había abandonado el país la noche anterior en un jumbo de la PanAm con destino a Nueva York... junto con su esposa Laura, que descansaba fría y rígida en un féretro estibado en un compartimiento especial situado sobre el tren de aterrizaje.

279

51

*Viniste al concluir el día,
y, como el sol del atardecer,
dejaste un resplandor a tu paso.*

BASIL SWIFT, *Selección de Haiku*

Lewis estaba disfrutando de aquel martes. En Morse se había desencadenado un frenético torbellino de actividad. Había aumentado

su personal en seis miembros: el sargento Dixon, tres detectives de la jefatura y dos agentes femeninas para atender los teléfonos. La infraestructura administrativa y la supervisión necesarias para el funcionamiento de tal equipo era precisamente la clase de trabajo en que Lewis destacaba, y las horas transcurrían rápidamente con la progresiva recolección de datos, la acumulación gradual de pruebas que respaldaran las teorías iniciales... y, siempre, esa satisfacción casi insolente que brillaba en los ojos de Morse, quien semejaba conocer (o eso le parecía a Lewis) la mayoría de los detalles antes de que se efectuaran las llamadas y corroboraciones correspondientes.

Tras consumir un rápido y abstemio almuerzo, Morse intentó explicar a Lewis la naturaleza del error previamente cometido: —En cierta ocasión quise resolver un crucigrama en el que todas las definiciones podían tener dos soluciones distintas. Una especie de crucigrama basado en el *doublé-entendre*. Si te equivocabas de longitud de onda con la primera horizontal, todo te encajaba menos una de las letras verticales. ¡Un pasatiempo magnífico! Lo publicó Ximenes en el *Observer*. Y eso es lo que yo hice: empezar con mal pie. Y más tarde volví a hacerlo, en este caso con Downes. ¿Sabe cuál era la primera horizontal? ¡Esa maldita llamada telefónica! En su momento presumí que era importante, Lewis, y estaba en lo cierto. Pero estaba en lo cierto

por motivos equivocados. Al decirnos que la conexión era mala, pensé que era posible, incluso probable, que el interlocutor no fuera en absoluto Kemp. Luego, cuando afirmó haber perdido el tren, a pesar de que aún le quedaban diez minutos para cogerlo, pensé que no debía de estar en Paddington: pensé que Kemp se hallaba probablemente en Oxford. Y todo encajaba, ¿verdad? Excepto en lo que se refiere a esa única letra... Desde el principio, sin embargo, esa mala conexión de la que no hacían más que hablarnos poseía, sí, un significado crucial, ¡pero por una razón muy distinta! Efectivamente, fue Kemp quien hizo la llamada. Pero no estaba en Paddington, sino aún en las oficinas de sus editores londinenses, Babington Press, Publicaciones de Bellas Artes, South Kensington, a quienes sin duda se refería como Babington's, tal y como cualquiera hubiera hecho. ¡Oh, sí! Allí era donde se encontraba, e hizo exactamente lo que dijo. Cogió el siguiente tren y llegó a Oxford con una puntualidad de muerte.

En aquellas circunstancias, pensó Lewis, «una puntualidad de muerte» no parecía la frase más afortunada, pero sabía que Morse tenía razón con respecto a la llamada desde Babington's. Había sido él, Lewis, quien finalmente había conseguido localizar al encargado de completar las pruebas de la próxima obra, titulada *Artesanía de la*

Preconquista en el sur de Inglaterra, por Theodore S. Kemp, MA, DPhil: el hombre que se había encerrado con Kemp aquella mañana fatídica y que había confirmado que el doctor no abandonó las oficinas hasta aproximadamente las 12.30.

El sargento Dixon (sus nuevos galones recién cosidos) también estaba disfrutando, aunque al principio había alimentado serias dudas acerca de si él —o cualquiera, si a eso vamos— podía enfrentarse con éxito a la tarea que le había sido encomendada en el ridículo plazo de tres o cuatro horas que Morse había descrito como «más que suficiente».

Pero lo había logrado.

281

Nunca había sido consciente del número de clientes que conseguían atraer las compañías de alquiler de coches de Oxford, especialmente en lo que se refería a norteamericanos. En la comprobación de sus listas había tardado más tiempo de lo que había imaginado. En este aspecto en particular, Morse (quien había sugerido como probable la zona de Botley Road) se había equivocado por completo, ya que en las *oficinas* de Hertz situadas al final de Woodstock Road donde Dixon había por fin descubierto el nombre que había estado buscando con la emoción de un pescador empeñado en la

captura de un lucio gigante.

El director, Tom Pritchard, le había revelado el catecismo al que había de enfrentarse todo cliente que deseara alquilar un automóvil: Nombre y domicilio completos, duración deseada del período de alquiler, marca de coche deseada, fechas, un solo conductor o varios, forma de pago (preferentemente mediante tarjeta de crédito), permiso de conducir en vigor (se acepta el norteamericano), y número de teléfono de referencia.

A continuación, el director le había explicado el procedimiento adoptado: una llamada telefónica al número de referencia; verificación de la tarjeta de crédito; verificación del permiso de conducir; verificación del domicilio (en estas tres últimas formalidades rara vez se tardaba más de diez minutos a través del Ordenador Internacional de Información) y preparación, presentación y firma del contrato (incluyendo las cláusulas correspondientes al seguro). Por fin, una vez finalizado el papeleo, el coche era trasladado al aparcamiento delantero y un empleado explicaba sucintamente al cliente el funcionamiento de los mandos y le entregaba las llaves. *Bon voyage, ciao* y que no te pase nada.

Por suerte, había sido el propio director quien se había encargado de realizar aquella operación en particular, y recordaba la ocasión con

bastante exactitud. Al fin y al cabo, sólo hacía de ello cinco días, ¿no?

282

En realidad, lo que recordaba con más claridad era la llamada de referencia al Randolph: tras obtener el teléfono, le habían pasado la comunicación a la extensión indicada por el cliente, en la que habló con la directora adjunta, que se había mostrado inmediatamente encantada de garantizar a Hertz la *bona fides* de su cliente. Naturalmente, el director podía aportar más detalles: el automóvil alquilado había sido un Cavalier rojo, con número de matrícula H 106 XMT; había sido alquilado a las 13.45 y devuelto después de las 18.30, hora de cierre de las oficinas. Tal y como solicita la compañía, el cliente había depositado las llaves en el buzón especial. La distancia recorrida había sido establecida en sólo cincuenta kilómetros. Probablemente, sugirió el director, el coche no había abandonado Oxford.

A pesar de su propia satisfacción por haber conseguido averiguar aquellos datos, Dixon ignoraba qué parte de su informe podía explicar la extraordinaria expresión de triunfo que había advertido en el rostro de Morse cuando regresó a jefatura y se lo entregó, a las 14.25.

La tarea que el sargento Lewis se había impuesto habría de ser, sospechaba, considerablemente difícil. Pero incluso en eso parecía que los dioses sonreían a la investigación de Morse. El distinguido

personaje conocido como sargento forense se había mostrado dispuesto a sacrificar el tiempo necesario si era cierto que con ello servía a los intereses de la Justicia (con mayúscula). No obstante, los dos hombres habían tardado más de dos horas en reunir y fotocopiar el material que con tanto aplomo había predicho Morse que hallarían.

Y lo habían hallado.

Sin embargo, la tarea más difícil y agotadora había correspondido a las telefonistas, quienes durante la mañana, tarde y anochecer de aquel martes realizaron docenas y docenas de llamadas transatlánticas: llamadas a una dirección que conducían a llamadas a otra dirección; llamadas a un amigo que conducían a otro amigo o

283

colega; llamadas de un departamento de policía a otro; de un estado a otros estados; llamadas en busca de unos archivos que se referían a otros archivos que, a su vez, conducían a... *ad* aparentemente *infinitem*.

—¿No podía haber esperado? —había preguntado el superintendente jefe Strange durante la breve visita que realizó a jefatura a media tarde—. ¿No podía haber esperado a mañana?

Pero Morse era una persona incapaz de soportar las cosas a medias; incapaz de esperar y no-saberlo-inmediatamente. Una definición sin completar en el crucigrama del *Listener* y Morse agotaría

la capacidad de la última de sus neuronas a niveles inconcebibles hasta que la hubiera resuelto. Lo mismo sucedía, como en este caso, en la investigación de un asesinato. Su mente consideraba el mañana un concepto demasiado distante como para esperar a que con él llegaran las últimas piezas del rompecabezas... una mente que no había cesado de agitarse ni un solo instante desde que Lewis —¡bendito Lewis!— mencionara aquella información en apariencia irrelevante publicada por el *Oxford Times*.

¡Aquellos nombres!

Y había sido el propio Morse quien había instigado la detención de Edward Stratton a la llegada de su avión a Nueva York; el propio Morse quien había hablado con el susodicho Stratton durante cuarenta y seis minutos y siete segundos, medido por el contador recientemente instalado en la también recientemente inaugurada sala de teléfonos de St. Aldate's. Pero ni siquiera el tacaño superintendente Strange podría haber protestado en demasía del precio pagado por la extraordinaria información obtenida por Morse.

Había sido también el propio Morse quien, a las ocho y media de la tarde, había ordenado parar todo. No había expresado la más mínima gratitud obsequiosa a los miembros de su equipo por el trabajo

que habían realizado a lo largo del día; pero había que comprender que siempre le había resultado difícil expresar sus sentimientos más profundos. No obstante, había devuelto —con excepción de tres de ellos— todos los pasaportes de los turistas a la caja fuerte del director del Randolph, quien se había mostrado molesto ante el hecho de que ahora fuera aparentemente responsabilidad suya el devolver los pasaportes allí donde los turistas dieran en hallarse en aquel momento. A las nueve de la noche, Morse —para quien hasta entonces había transcurrido un día sorprendentemente escaso de cerveza— se encaminó a través de Cornmarket en dirección al bar Chapters del Randolph. Se habían dado numerosas ocasiones en la vida de Morse en las que había necesitado una copa para poder pensar. Algunas veces, sin embargo (como ahora, por ejemplo), necesitaba una copa porque la necesitaba. Es más, teniendo en cuenta que había dejado el Jaguar en el aparcamiento de la jefatura, iba a tomársela.

Morse, ansioso, feliz y sediento... bebió.

Una hora y media más tarde, sentado sobre uno de los elevados taburetes del bar, bajó la mirada para contemplar los dedos de una mano perfectamente cuidada posados sobre su brazo izquierdo y sintió apenas el hálito del suave contacto de un pecho femenino contra su hombro.

—¿Me permite invitarle a una copa, inspector? —la atrayente voz sonaba ligeramente ronca y desarticulada.

Morse no tuvo necesidad de volver la cabeza.

—Déjeme invitarle yo a una, Sheila.

—¡No! Insisto —Asió su brazo, oprimiéndolo suavemente contra sí, y a continuación depositó sus labios (¡tan turgentes, tan secos!) sobre una mejilla afeitada mal y aprisa unas catorce horas antes.

285

Por un instante, Morse no dijo nada. El día que pronto tocaría a su fin había sido uno de los más maravillosos que había vivido: el robo, el asesinato, la conexión entre el primero y el segundo... sí, ya se sabía todo. Bueno, casi se sabía. Y lo había resuelto todo él. ¡Sí, había necesitado ayuda! Ayuda para dibujar las barras de las tes, los trazos de los sietes y los puntos de las jotas. Claro que la había necesitado. Sin embargo, había sido su propia visión, su propio análisis, su propia solución.

Suyos.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó.

—El baile anual. Sociedad de Amigos de la Literatura y la Filosofía. ¡Condenadamente aburrido!

—¿Tiene acompañante?

—Nadie viene a estas cosas sin acompañante.

—¿Y?

—Y el mío insistía en mostrarse demasiado íntimo durante el *Veleta*.

—¿El *Veleta*? ¡Dios mío! Yo solía bailarlo...

—Ninguno de nosotros se vuelve mucho más joven...

—¿Y a usted no le apetecía... no le apetecía eso?

—Me apetecía una copa. Por eso estoy aquí.

—Así que le dijo...

—... que se fuera al infierno.

286

Morse la miró con detenimiento... quizá por primera vez. Llevaba un vestido negro que descendía hasta poco más arriba de las rodillas y colgaba de sus hombros por tirantes apenas más gruesos que un cordón de zapato; a ello se añadían medias negras que envolvían unas piernas sorprendentemente esbeltas y unos zapatos rojos de tacón muy alto que la mantuvieron un par de centímetros por encima de Morse cuando éste se puso en pie para ofrecerle el taburete. El inspector le sonrió, y sus ojos parecieron expresar afecto y comprensión.

—Parece usted contento —dijo ella.

Pero Morse sabía que en realidad no estaba contento en absoluto.

Durante la última hora, su mente progresivamente embriagada le había recordado las consecuencias de la justicia (con minúscula): las consecuencias de llevar a un criminal a juicio, de asegurarse de que era condenado por sus pecados (¿o se decía por sus crímenes?), de encerrarle, quizá, durante el resto de su vida en una prisión en la que nunca volvería a ir al retrete sin que alguien observara aquella embarazosa actividad íntima, sin que alguien le oliera, sin que alguien le humillara. (Y, sí, era un le.) Humillándole en aquel diminuto recinto de intimidad en el que intentaría con todas sus fuerzas conservar cuanto quedara de su dignidad y autoestima.

—No estoy contento —dijo Morse.

—¿Por qué no?

—Gin-tonic, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Soy un genio.

—A mí también se me dan bastante bien algunas cosas.

287

—¿Sí?

—¿Te gustaría que te hiciera feliz esta noche? —Su voz adquirió un tono más sobrio, más nítido... y aún más afectuoso.

Morse la miró: observó el peinado que remataba sus melancólicas

facciones; observó su abundante busto, desprovisto de sujetador; observó la tirantez de la media que cubría su pierna derecha cruzada, entre la rodilla y el muslo. Se sentía preparado para ella, y ella parecía percibirlo.

—Tengo una cama muy cómoda —susurró ella a su oído izquierdo.

—¡Yo también! —dijo Morse, poniéndose curiosamente a la defensiva.

—Pero no merece la pena discutir demasiado por eso, ¿no crees?

—Sheila sonrió y alargó la mano hacia su copa—. ¿Quieres otra?

Morse negó con la cabeza.

—Provoca el deseo, pero dificulta su realización.

—¿Sabías que nunca había conocido a nadie que citara esa frase correctamente?

Quizá no debiera haberlo dicho, porque sus implicaciones despertaron en él unos celos irracionales. Sin embargo, cuando enlazó posesivamente su brazo con el de Morse, recogió el abrigo del guardarropa y le condujo en dirección a la parada de taxis de St. Giles', supo que había retornado su deseo por ella, y que ya no volvería a perderlo.

—Debería dejarle bien claro, señora —murmuró en el taxi—, que

cualquier ropa interior que lleve puesta puede serle arrebatada y

288

utilizada como prueba.

Por primera vez en muchos días, Sheila Williams se sintió feliz. Y así había de continuar hasta el alba del día siguiente, cuando Morse la abandonara para regresar caminando a su piso de soltero, situado a corta distancia a lo largo de Banbury Road, exponiendo su cabeza desnuda a la lluvia que una hora antes había resbalado a través de las ventanas del dormitorio principal de Sheila Williams.

289

52

Es tan sólo el rígido esqueleto de la costumbre lo que mantiene erguida la estructura humana.

VIRGINIA WOOLF, *La señora Dalloway*

Morse y Lewis llegaron al hotel Chesterton de Bath a las diez y media de la mañana siguiente. Morse había insistido en recorrer lo que él llamaba la ruta «escénica», a través de Cirencester, pero —oh, fatalidad— la campiña no mostraba su mejor aspecto: los días dorados habían concluido, y los esquilados campos en los que pacían perpetuamente las ovejas aparecían húmedos y desapacibles bajo su cubierta de nubes grisáceas. Ambos detectives apenas habían

conversado hasta que, a una hora de camino de Oxford, Morse (quien, en opinión de Lewis, aún parecía bastante cansado) había puesto el trazo final sobre las últimas tes.

—Todo un poco extraño, ¿no le parece, señor?

—¿Eso piensa?

—Sí. Tan extraño como...— Lewis se mostraba incapaz de discurrir la comparación apropiada.

—Tan extraño como un cartero gordo —sugirió Morse.

—¿En serio? Nuestro cartero da la impresión de andar por los ciento treinta kilos.

Morse dio una calada a un nuevo cigarrillo, entrecerró los ojos, sacudió la cabeza y regresó al silencio que habitualmente guardaba durante cualquier trayecto.

Tras ellos, en un coche oficial de la policía, el sargento Dixon viajaba en compañía de su conductor, un agente Watson

290

moderadamente excitado.

—Conduce bastante deprisa, ¿no cree? —aventuró este último.

—Debe de ser lo único que hace deprisa —dijo Dixon.

A Watson, aquello se le antojó como una observación cruel e injusta. Y el propio Dixon sabía que lo era, por lo que durante un rato

se sintió arrepentido de haberla realizado.

Cuarenta y cinco minutos antes, la doctora Barbara Moule había aparcado su Fiesta frente al hotel Chesterton, donde John Ashenden la esperaba con cierta ansiedad. La primera parte de su conferencia había de tener lugar entre las diez y las once de la mañana, a lo que seguiría un descanso para tomar café y una nueva sesión de diapositivas y preguntas desde las once y media hasta el mediodía. El propio Ashenden se había encargado de trasladar el pesado proyector al salón Beau Nash, situado en la parte trasera del hotel, donde numerosos turistas comenzaban ya a congregarse. El salón era de forma estrecha y oblonga, y sus sillas de plástico aparecían dispuestas en fila de a dos a ambos lados del hueco central en cuyo extremo se había instalado el aparato. Mirando a su alrededor, Ashenden advirtió de nuevo el hecho evidente de que (al igual, sin duda, que los animales) los turistas delimitaban sus territorios desde el principio: si uno los veía sentados a una mesa en particular durante la cena, casi invariablemente los hallaba en el mismo lugar durante el desayuno a la mañana siguiente; si se les adjudicaba un asiento específico en el autocar durante la primera etapa de su viaje, los pasajeros se encaminarían a los mismos lugares durante el resto del recorrido como impulsados por un derecho territorial. El salón Beau Nash podía muy bien haber representado su

autocar de lujo: en él se encontraban ya veintitrés de ellos, pues Eddie Stratton se hallaba en esos instantes retenido por la policía de Nueva York a sólo unos metros de donde descansaban los restos mortales de su ex mujer; Sam y Vera Kronquist —uno de los tres matrimonios

291

registrados como tales en la lista— se hallaban aún en su habitación del segundo piso del hotel: Sam, absorto en la cadena ITV y sus dibujos animados del mediodía; Vera, vestida y tendida perezosamente sobre los almohadones de su cama de matrimonio y leyendo el número de *Vida Campestre* de febrero.

—No olvidarás, pajarito, que se supone que estás mala con jaqueca, ¿verdad?

Vera, sin dignarse levantar la mirada de la página, sonrió levemente.

—Nadie va a entrar aquí, Sam... no mientras tengamos colgado el letrero del picaporte.

En la primera fila del salón Beau Nash sólo había una silla ocupada. Si hubieran sido numeradas de izquierda a derecha, habría sido la uno, dos, tres, cuatro... el asiento que Janet Roscoe había ocupado durante todas las etapas del trayecto en autocar. Tras ella se veían dos asientos vacíos, lo que representaba un molesto recuerdo del

lugar que habían ocupado Eddie y Laura al principio, cuando el autocar había abandonado el aeropuerto de Heathrow para trasladarles a los suburbios del este de Oxford.

En la parte posterior de la sala se sentaba un solitario señor Aldrich, ya preparado para aburrirse mortalmente durante la hora siguiente (¿o eran dos?). Su interés por las ruinas romanas era mínimo, y en cualquier caso, sus oídos (otosclerosis incipiente, había diagnosticado su médico de cabecera) parecían llenarse día a día con bolas de algodón cada vez mayores. Le hubiera gustado intercambiar unas palabras con Cedric Downes en Oxford. Seguramente aquel hombre sufría un problema similar. Pero no había surgido la ocasión, y Aldrich no había tomado la iniciativa de presentarse.

Resultaba extraño: Aldrich, con sus problemas auditivos cada vez

292

más serios, sentado en la parte posterior de la clase; y la señora Roscoe, dotada de un oído extraordinariamente agudo, sentada siempre en la parte delantera...

¡En fin!

Tres filas por delante de Aldrich —a su izquierda según contemplaba sus nuca— se sentaban Howard y Shirley Brown.

—Espero que estas diapositivas sean mejores que las que nos

pone tu hermana en Ottawa.

—Sería difícil que fueran peores —asintió Shirley mientras

Ashenden iniciaba un bien ensayado elogio de los incomparables méritos de la doctora Moule en el campo de la arqueología romano-británica de Somerset y posteriormente avanzaba hasta el fondo de la estancia para apagar las luces.

A las 10.15 Aldrich desvió la mirada hacia los dos hombres que habían entrado silenciosamente a través de la misma puerta.

Sorprendentemente, podía oír con toda claridad a la doctora Moule, pues la mujer poseía una voz firme y sonora. Es más, pensó, hablaba bien; le apetecía oír lo que decía. Y sus compañeros de grupo parecían opinar como él. De hecho, apenas llevaba hablando tres o cuatro minutos cuando Shirley Brown se inclinó y susurró en el oído de Howard:

—¡Mejor que Ottawa!

A pesar de hallarse vuelta de espaldas, la doctora Moule había notado la silenciosa adición de nuevos miembros a su auditorio, pero no pensó más en ello. Sin embargo, tras concluir la primera parte de su conferencia, tras agradecer con una ligera inclinación de la cabeza los generosos aplausos, tras encenderse de nuevo las luces y tras señalar Ashenden (como cualquier otro presentador desde que el mundo es

mundo) cuánto habían disfrutado todos con su charla y cuán agradecidos se sentían de que no sólo la distinguida oradora les hubiera fascinado con sus conocimientos sino de que hubiera aceptado responder a las preguntas que, sin duda, todos los presentes estaban deseando formular a tan distinguida experta en su campo... sólo entonces pudo la doctora Moule estudiar con detenimiento a los intrusos. Ambos habían tomado asiento en la última fila: el que estaba situado más cerca de la salida era un tipo voluminoso que mostraba un semblante recio a la vez que bondadoso; junto a él se sentaba un individuo más delgado y dotado claramente de mayor autoridad que el primero. Poseía un rostro pálido y una cabellera escasa. Fue este último, el segundo de ellos, el que formuló la primera, la última, pregunta. Y fue a él a quien casi todos los presentes se volvieron cuando comenzó a oírse su voz apacible, cultivada, interesante y profundamente inglesa:

—Yo también fui un clásico en mi juventud, señora, y si bien siempre me he sentido profundamente interesado por las obras de los poetas e historiadores romanos, la arquitectura romana nunca ha despertado en mí excesivo entusiasmo. De hecho, la contemplación de un ladrillo romano siempre me deja frío... muy frío. Así pues, no sabe

cuánto me gustaría saber qué es lo que usted encuentra tan apasionante...

La pregunta actuó como un bálsamo tranquilizador en los oídos de Barbara. Pero el individuo que la había interpelado se había puesto en pie.

—... sí, sería muy interesante para todos los presentes escuchar su respuesta. Pero... ¡no ahora, por favor!

A continuación, el hombre avanzó por el pasillo central y se detuvo junto al proyector, donde se volvió hacia los asistentes y habló.

¿Se dirigía a ella? ¿Se dirigía al auditorio?

294

—Lamento la interrupción. Sin embargo, los aquí presentes saben quién soy... quiénes somos. Y me temo que tendré que rogarle que nos conceda la siguiente media hora a Lewis y a mí.

La doctora Moule casi sonrió al oírle. Había captado la alusión literaria, y los pocos segundos durante los cuales su mirada había sostenido los intensos ojos azules de aquel hombre habían resultado muy agradables.

Fue Ashenden quien se encargó de subir a llamar a la puerta de la habitación número 46.

—¿No se lo ha explicado Sam? Tengo dolor de cabeza.

—Lo sé, señora Kronquist. Pero se trata de la policía.

—¿En serio?

—Y quieren que todo el mundo baje al salón.

—¡Oh, Dios mío!

295

53

Y tan bien resumido que superaba con mucho todo cuanto habían dicho los testigos.

LEWIS CARROLL, *El sueño del defensor*

La hermosa y perpleja doctora Moule, invitada a permanecer en la sala si así lo deseaba, tomó asiento en la primera fila. Aquel hombre, pensó, hablaba más como un catedrático que como un detective.

—Permítame exponerles el caso, o, mejor dicho, los casos, a grandes rasgos. En primer lugar, alguien robó una joya de la habitación que la señora Laura Stratton ocupaba en el Randolph. Al mismo tiempo, poco antes o poco después del robo, la señora Stratton murió. Los médicos han demostrado que murió de trombosis coronaria aguda: no cabe la posibilidad de que existiera juego sucio, salvo que el ataque cardíaco fuera provocado por la impresión de descubrir en su habitación a alguien robando la joya que había traído desde Estados Unidos para entregar al museo Ashmolean o, más específicamente, al

doctor Theodore Kemp en representación de dicho museo. Intenté descubrir, espero que me perdonen, quién podía salir beneficiado por el robo de la joya, y gracias al señor Brown, aquí presente —todas las cabezas giraron hacia el caballero en cuestión—, me enteré de que la señora Stratton siempre se había mostrado ligeramente misteriosa, e incluso ambivalente en lo que se refería a su situación financiera. Así pues, me vi forzado a tener en cuenta la posibilidad de que la joya no hubiera sido robada por una tercera persona, sino «hecha desaparecer», digámoslo así, por los propios Stratton. Había pertenecido al primer marido de la señora Stratton, y había sido él quien había expresado su deseo, reflejado en su testamento, de que fuera devuelta a Inglaterra para ocupar un lugar permanente en el museo Ashmolean con su pareja, la Hebilla de Wolvercote. En su calidad de tesoro de considerable importancia histórica, el Broche de

296

Wolvercote era, ni que decir tiene, inapreciable. Por sí mismo, sin embargo, y en tanto que artefacto adornado con piedras preciosas, resultaba, por así decirlo, «apreciable», y la señora Stratton lo había asegurado en medio millón de dólares. Aún no estoy completamente informado de los términos específicos de la póliza contratada, pero parece ser que en caso de robo de la joya, ya se produjera éste antes o

después de su muerte, el dinero del seguro había de ser percibido por su esposo, y no derivado hacia fundaciones u organismos similares. En cualquier caso, eso era lo que pensaba, piensa, mejor dicho, Eddie Stratton, ya que la mayor parte de estos datos me los proporcionó él mismo, quien actualmente se encuentra de regreso en Norteamérica. — Morse se detuvo unos instantes y recorrió a su auditorio con la mirada —. No creo que sea preciso subrayar la tentación a la que había de enfrentarse el señor Stratton, un hombre sin recursos, que sabía, o así parece, que su esposa había despilfarrado prácticamente la totalidad de la considerable fortuna heredada de su primer marido.

En numerosos rostros se dibujó una expresión incrédula y dolida, pero Janet Roscoe fue la única persona que no logró reprimir su agitación:

—¡Eso no pudo suceder así, inspector! Eddie había salido a pasear...

Morse alzó la mano derecha y se dirigió a ella con tono bondadoso:

—Por favor, señora Roscoe, escúcheme hasta el final... Resultó fácil determinar el período de tiempo durante el que tenía que haberse producido el robo, y tampoco fue difícil, ¿verdad?, establecer dónde se encontraban la inmensa mayoría de ustedes durante los cuarenta y

cinco minutos cruciales. No todos se prestaron a ser completamente sinceros conmigo, pero prefiero no entrar en esa cuestión por el momento. En mi opinión de entonces, que aún mantengo, el ladrón

297

tenía que ser uno de los aquí presentes, un miembro del grupo, incluido su guía —todas las cabezas giraron de nuevo— o un miembro del personal del Randolph. Sin embargo, esta última posibilidad no tardó en ser descartada. Así pues, señoras y señores, creo que ya habrán notado hacia dónde van los tiros...

—Las consecuencias inmediatas del robo se vieron relegadas a un nivel secundario tanto por la muerte de Laura Stratton como por el asesinato, al día siguiente, del doctor Kemp, el hombre a quien el broche había de ser entregado ese mismo día durante una pequeña ceremonia oficial celebrada en el Ashmolean. Ahora bien, una de las tareas de la policía, en particular del departamento de investigación criminal, consiste en intentar establecer una configuración en todo crimen si ello es posible, y en esta ocasión tanto al sargento Lewis como a mí mismo nos costaba trabajo creer que no existiera una relación entre ambos acontecimientos. Claro está que podía haberse tratado simplemente de una coincidencia, pero el hecho es que ya existía una relación, ¿no es cierto? ¡El propio doctor Kemp! El hombre que se había

visto despojado de una joya cuya pista había seguido él mismo hasta descubrir su pertenencia a un coleccionista norteamericano; una joya cuya donación había negociado; una joya que en 1873 había sido descubierta en el fondo de las aguas que discurren bajo el puente de Wolvercote; una joya que, unida a su pareja, se habría convertido sin duda en un elemento de considerable interés histórico a la vez que habría proporcionado cierta fama pasajera, o quizá un eterno prestigio, a quien la había recobrado... a Kemp. De hecho, iba a utilizarse una fotografía de la hebilla y el broche unidos para la cubierta de su próximo libro, de inminente aparición. Así las cosas, Kemp es asesinado al día siguiente. Interesante, ¿no creen? ¿Acaso, me pregunté, habría sido la misma persona quien cometiera el robo y el asesinato? Cada vez me parecía más probable que así fuera. Así pues, quizá no necesitaba más que un criminal, no dos; pero también necesitaba un motivo. En consecuencia, encaminé mis reflexiones en

298

esa dirección... en la dirección correcta. Si el criminal había sido el mismo en ambos casos, ¿no era lógico pensar que su motivo hubiera sido también el mismo? En ambos crímenes, el principal perjudicado había sido el mismo hombre: Kemp. En el primero, le habían robado algo en lo que había depositado su corazón; en el segundo, le habían

arrebatado su propia vida. ¿Por qué? Esa era la pregunta que no cesaba de hacerme. O mejor dicho, ésa no fue la pregunta que me hice al principio, ya que me vi obligado a pensar, incorrectamente, que no podía haber conexión alguna entre ambos crímenes.

—Volvamos, pues, a Kemp. Uno de los hechos establecidos en toda investigación de asesinato es que la propia víctima constituye la fuente de la que más podemos aprender acerca del asesino. Muy bien. ¿Qué sabíamos de la víctima, del doctor Kemp? Era conservador de antigüedades del Ashmolean, y se le consideraba un individuo de atuendo y comportamiento llamativos y extravagantes, y no simplemente un mujeriego, sino uno de los donjuanes más notorios de la universidad; un hombre que ofrecía a primera vista una imagen de persona vanidosa y egocéntrica. No obstante, la vida no había sido ni mucho menos generosa con Kemp. La universidad había sabido reconocer la auténtica idiosincrasia de Kemp: su promoción se había visto retrasada; se le había negado la categoría de miembro honorario; no tenía familia; tan sólo poseía un modesto piso de dos habitaciones en North Oxford; y, sobre todo, sufría una gran tragedia personal. Hace dos años se vio envuelto en un terrible accidente de tráfico en el tramo oeste de Ring Road en el que su esposa, sentada junto a él en el asiento del acompañante, sufrió serias heridas que inmovilizaron la parte

inferior de su cuerpo para el resto de su vida, que concluyó trágicamente la semana pasada, y la confinaron a una silla de ruedas. Pero eso no es todo: la conductora del otro automóvil resultó muerta en el acto... una tal señora Mayo, de California, que se hallaba de paso en Inglaterra realizando una investigación sobre las novelas de Anthony Trollope. Al final, terminaron por establecerse las compensaciones de 299

la póliza de accidentes de la mujer, así como de la póliza que amparaba la responsabilidad de «cobertura de pasajeros» del conductor superviviente, conductor que, por otra parte, había resultado prácticamente ileso. Sin embargo, el entramado legal referente a la «culpabilidad» nunca llegó a desentrañarse por completo: no había testigos visuales, existían pruebas contradictorias con respecto a posibles fallos mecánicos y discrepancias acerca de la hora a la que se había realizado la prueba del alcohol... factores, todos ellos, que tuvieron como resultado que Kemp sufriera una pena relativamente leve, consistente en la retirada del permiso de conducir durante tan sólo tres años y una multa de cuatrocientas libras que a muchos debió de parecer ridícula. Lo que realmente había confundido a todo el mundo era el hecho de que Kemp siempre llevaba una petaca de coñac en la guantera del coche, y que había ofrecido a su mujer, inmovilizada

por las piernas junto a él, varios sorbos hasta la llegada de la ambulancia. ¡Incluso él había bebido también! Todos cuantos supieron luego de esta acción la consideraron estúpida e irresponsable, si bien cabría aplicar a tales críticas el atenuante de que el hombre se hallaba en un profundo estado de shock. Al menos, eso fue lo que adujo durante su defensa.

—Permítanme, sin embargo, regresar una vez más a los crímenes cometidos la semana pasada. Se mire como se mire, el elemento crucial fue la llamada telefónica realizada por Kemp. Personalmente, elaboré numerosas teorías acerca de aquella llamada... pero todas demostraron estar equivocadas, y por tanto no me referiré a ellas. Kemp había informado al grupo de que llegaría a Oxford a las tres de la tarde... y lo cierto es que efectivamente llegó a Oxford a esa hora. Sin embargo, alguien que conocía la existencia de aquella llamada telefónica fue a recibir a Kemp a la estación, sin duda después de informar al chófer del taxi contratado que ya no se precisaban sus servicios.

Janet Roscoe alcanzó a entreabrir los labios, como si pensara romper el silencio que siguió a las palabras de Morse. Pero éste se

300

adelantó y prosiguió su discurso:

—Como comprenderán, hubiera sido fácil seguir la pista de un

taxi, por lo que el asesino adoptó un plan distinto. Alguien acudió a una compañía de alquiler de coches de North Oxford a primera hora de la tarde y alquiló un Vauxhall Cavalier. Tan sólo había una dificultad sería: una vez que se habían establecido la validez del permiso de conducir, la solvencia y demás datos del conductor, la compañía exigía una referencia que asegurara la *bona fides* del cliente. Sin embargo, esta dificultad fue resuelta con la máxima sencillez: el hombre que alquiló el automóvil —¡el hombre, sí!— dio el número de teléfono del Randolph y, mientras el director de la agencia marcaba, mencionó de un modo casual la posibilidad de ponerse en contacto con la directora adjunta del establecimiento en determinada extensión. La llamada fue conectada con la extensión indicada, la última formalidad se cumplió y el coche fue entregado al cliente. Evidentemente, habrán advertido que en este punto resultaba fundamental contar con un cómplice que, sin embargo, no podía ser nadie dispuesto a prestar un favor ocasional. ¡No! Más bien alguien dispuesto a ser cómplice de asesinato. Ahora bien, creo que no me equivoco al presumir que, salvo una excepción, ninguno de ustedes se habían conocido antes de este viaje. Esa excepción eran el señor Stratton y el señor Brown, quienes se habían conocido en las fuerzas armadas. Sin embargo, en el momento en que se habían conocido en las fuerzas armadas. Sin embargo, en el

momento en que se alquiló el coche el señor Stratton se encontraba de camino hacia el Museo de Ferrocarriles de Didcot... de eso no cabe duda. Y el señor Howard Brown... —Morse vaciló— nos ha proporcionado una crónica completa y satisfactoria de sus propias actividades durante aquella tarde, crónica que posteriormente se ha visto corroborada. —Las cejas de Lewis se dispararon hacia arriba de modo involuntario, y el sargento confió en que nadie se hubiera dado cuenta.

»Sin embargo, aquella tarde había una o dos personas más

301

ausentes, ¿no es así? El señor Ashenden, sin ir más lejos. —El guía contemplaba fijamente el trozo de alfombra que se extendía entre sus pies—. No obstante, el señor Ashenden, tal y como hemos comprobado, pasó toda aquella tarde en Summertown, en compañía de unos amigos. —Lewis logró mantener inmóviles sus cejas—. Y luego, claro está, tenemos al señor Aldrich. —Esta vez, las cabezas se volvieron hacia atrás formando un giro completo para enfocar la última fila, en la que Phil Aldrich asentía suavemente con la cabeza. Sus labios dibujaban una sonrisa forzada sobre sus alargadas y lúgubres facciones—. Sin embargo, el señor Aldrich tampoco podría haber sido nuestro culpable, ¿no creen? Aquel día se desplazó a Londres y, de hecho, viajó

en el mismo tren que Stratton hasta que ambos llegaron a Oxford. El propio señor Aldrich afirma, y me siento inclinado a creerle, que no vio al señor Stratton en el tren. Pero el señor Stratton sí vio al señor Aldrich. Y así, aunque no tengamos pruebas de que Stratton estuvo en Didcot, ambos se proporcionaron de un modo extraño una coartada inquebrantable. Adicionalmente, ahora sabemos que Stratton pasó la mayor parte de la tarde en Didcot. ¿Comprenden, señoras y señores? Pase lo que pase, nadie puede estar en dos lugares al mismo tiempo, ya que lo prohíben las leyes del universo. Y la persona que había perfeccionado su plan en Oxford, la persona que había alquilado el Cavalier rojo, tenía muchas cosas que hacer, y un tiempo escaso y precioso en el que hacerlas... en el que hacerlas en Oxford. Quizá cabría añadir una breve consideración adicional. Se me ocurrió que si Stratton y Brown se habían conocido anteriormente lo mismo podrían haberse conocido quizá sus respectivas esposas. Sin embargo, una de ellas ya estaba muerta, y fue un hombre —dijo Morse—, no una mujer, quien alquiló el automóvil aquella tarde... ¿Podría decirse, pues, que nos quedamos sin posibles sospechosos? Casi, en efecto. Cuando comenzó su viaje, había tres parejas casadas, ¿no es así? Y ya hemos eliminado dos de ellas: los Stratton y los Brown.

A lo largo del tenso silencio que siguió a esta observación, todas

las miradas se volvieron hacia la pareja que había permanecido anteriormente en su habitación; la pareja que había decidido que cualquier dosis adicional de deliciosas arquitecturas clásicas habría equivalido a una forma de gula cultural forzosa. Sin embargo, las mismas miradas que habían recaído sobre Sam y Vera Kronquist regresaron al inspector Morse tan pronto éste comenzó la conclusión de su resumen.

—Sin embargo, el señor Kronquist, como muchos de ustedes ya saben, estuvo ayudando a Sheila Williams durante la mayor parte de la tarde con motivo del temperamental calidoscopio que había sido asignado a esta última para su conferencia ilustrada sobre el tema de «Alicia». Bien, el señor Kronquist podrá ser un hombre muy inteligente, pero tampoco a él le está permitido vulnerar las leyes físicas del universo. ¿Y por ello comprenderán todos ustedes que también hay que tachar a la señora Williams de la lista de sospechosos? Finalmente, tacharemos el nombre de Cedric Downes por el mismo motivo. Si alguno de los presentes fue a esperar a Kemp a las tres, no pudo ser Downes, ya que hay nueve o diez de ustedes que se mostrarían dispuestos a atestiguar el hecho irrefutable de que dicho caballero estuvo hablándoles a partir de esa hora. ¿Qué dije... que nos

estábamos quedando sin posibles sospechosos? Sin embargo, señoras y señores, alguien fue a esperar al doctor Kemp a la estación aquella tarde...

—¡Uno de ustedes!

303

54

¿O qué mujer que tenga diez dracmas, si pierde una, no enciende la luz, barre la casa y busca cuidadosamente hasta hallarla?

SAN LUCAS, 15, 8.

A lo largo de la mañana durante la cual Morse se dirigió a su auditorio en Bath para desenmascarar los engaños y las medias verdades que hasta entonces habían empañado la verdad del caso, se desarrolló una gran actividad en La Trucha, una taberna ribereña sumamente popular situada en el pueblo de Wolvercote, entre el dique y la presa de Godstow, a unos tres kilómetros al oeste de North Oxford. Durante los meses de verano, solían congregarse regularmente en ella docenas de visitantes que disfrutaban comiendo y bebiendo a placer en la terraza pavimentada que se extendía entre los viejos muros de arenisca de la propia taberna y la orilla del río, lugar este último que muchos escogían para sentarse en el parapeto de piedra y contemplar a través del agua transparente y verdosa la oscura o plateada superficie

moteada de las carpas que ascendían desde las profundidades para capturar las migas y cortezas que arrojaban los visitantes.

Aquella mañana de miércoles, sin embargo, los pocos clientes que habían acudido a tomar una copa temprana se mostraban más interesados por otras criaturas submarinas: cuatro de ellas, dotadas de piel negra y brillante y extremidades palmípedas y desproporcionadamente grandes, ascendían y descendían, giraban en redondo y registraban las profundidades de la presa dejando escapar intermitentes chorros de burbujas que subían a la superficie desde los cilindros sujetos a sus espaldas. Eran experimentados submarinistas de la policía, que sabían exactamente lo que estaban buscando: sabían, de hecho, las dimensiones exactas del objeto en cuestión y la disposición de los tres grandes rubíes que otrora fueran engastados en él. Hasta entonces no habían encontrado nada, y su búsqueda había levantado

304

un nebuloso sedimento de cieno que turbaba las blancas aguas que racionaba la presa. No obstante, las esperanzas se mantenían altas. Los submarinistas habían sido informados —¡y con qué grado de certidumbre!— del punto exacto desde el que había sido arrojado el broche desde el puente. Así pues, pudieron planificar su operación con cierta precisión y nadaron primero lentamente a través del río, tras lo

cual retrocedieron y atravesaron de nuevo la corriente, tanteando, registrando, avanzando poco a poco río abajo hasta los remansos más tranquilos del agua.

Tras ser descubierto en 1873, el broche había ido a parar a manos de un buscador de tesoros que había guardado silencio acerca del hallazgo y lo había vendido a un comerciante de Londres, quien, a su vez, lo había vendido a un coleccionista norteamericano que con el tiempo lo prestó a una exposición celebrada en Filadelfia en 1922.

Dicha aparición había proporcionado las pistas necesarias para que, sesenta y cinco años después, se llevara a cabo una acción casi detectivesca por parte del doctor Theodore Kemp, del museo Ashmolean, un hombre que hoy yacía muerto en el depósito de Radcliffe. Empero, el hombre que había accedido a revelar al inspector Morse dónde se encontraba precisamente el broche y el grado de ímpetu con que lo había arrojado de nuevo al interior del río a su paso por Wolvercote... ese hombre continuaba sentado, y bien vivo, en algún lugar de la complicada estructura del aeropuerto Kennedy. El asiento contiguo se hallaba ocupado por un hombre de tan colosales dimensiones que Eddie Stratton se preguntó cómo era posible que cupiera en el asiento que le habían reservado para él vuelo a Heathrow, cuya salida se produciría cuarenta minutos después. También se

preguntó si el individuo se mostraría dispuesto a abrir las esposas que le mantenían sujeto por la muñeca derecha, ya que él —Stratton— no tenía la menor intención de protagonizar secuestros ni tonterías en mitad del océano Atlántico.

305

55

Al enfrentarnos con asuntos importantes deberíamos preocuparnos más por no crear oportunidades para los demás que por aprovechar aquellas que se nos ofrecen.

LA ROCHEFOUCAULD, *Máximas*

En el Chesterton había pasado ya la hora fijada para tomar café, pero nadie parecía haberse dado cuenta.

—Kemp fue recibido en la estación —continuó Morse—, Allí le dijeron algo (estoy haciendo suposiciones) que le persuadió de acompañar al conductor a su piso de Water Eaton Road. Quizá le dijeron que su mujer se había puesto súbitamente enferma; incluso que había muerto... Acaso bastó con una argucia menos dramática. Allí, en el domicilio de Kemp (y sigo suponiendo) tuvo lugar una discusión en la que Kemp fue golpeado en la cabeza, cayó redondo en su propia sala de estar y murió al estrellarse la sien contra el bordillo de la chimenea...

A veces me maravilla lo difícil que resulta para algunos asesinos

terminar con sus víctimas. Recuerdo que en Thames Valley tuvimos en cierta ocasión un caso en el que el criminal necesitó nada menos que veintitrés puñaladas para dar por terminado el trabajo. Y, sin embargo, a veces resulta tan fácil arrebatarse la vida a alguien: apenas un golpecito con el parachoques del coche basta para tirar al suelo a un ciclista; que se golpea luego la cabeza contra el bordillo... y en uno o dos segundos, se ha perdido una vida. En este caso, Kemp tenía un cráneo muy frágil, y su eliminación no supuso ningún problema. Pero ¿y el cuerpo? ¡Oh, sí, el cuerpo ya lo creo que lo era!

»Ahora bien, si el asesinato tuvo lugar a eso de las tres cuarenta y cinco, como creo, ¿por qué la esposa de Kemp, Marion, no hace nada al respecto? Ya que podemos estar razonablemente seguros de que estuvo allí todo el tiempo. Quizá el motivo fue que se sintiera vengativamente

306

complacida de no hacer nada, y el sargento Lewis opina que probablemente odiaba a su esposo tanto como el propio asesino. No obstante, en mi opinión, Marion Kemp no pudo matar a su marido y, desde luego, apenas habría podido desplazarlo un centímetro de donde yaciera tras morir. Por otra parte, Kemp era un hombre delgado y de estructura ligera, por lo que para la mayor parte de los presentes, esto es, cualquiera razonablemente ágil y fuerte, sí hubiera sido posible

trasladar su cuerpo, al menos a una pequeña distancia. Incluso una mujer podría haberlo hecho, si fuera lo bastante robusta o corpulenta.

La insinuación implícita en aquel comentario fue demasiado para la diminuta figura sentada en la primera fila, quien, durante las últimas frases había comenzado a dar muestras de un inconfundible malestar.

—¡Inspector! ¡Inspector jefe, mejor dicho! El simple hecho de que sugiera que yo hubiera podido mover un cuerpo... ¡bueno, resulta completamente absurdo! Y si cree que voy a quedarme aquí sentada...

Morse sonrió a la dama sentada en la primera fila, una dama que a buen seguro apenas pesaría treinta kilos.

—¡Jamás la acusaría a usted de eso, señora Roscoe, se lo aseguro!

Al parecer tranquilizada, Janet se reclinó de nuevo en su asiento mientras John Ashenden, sentado frente a ella (junto a la doctora Moule), la contemplaba con ojos sombríos y venenosos. Morse continuó:

—En el patio de cemento de la parte trasera de los pisos de Water Eaton Road había una carretilla de aluminio ligera y con la rueda de goma que uno de los encargados de mantenimiento había estado utilizando poco antes. Fue en dicha carretilla en la que, con el amparo de la noche, se transportó el cadáver, tapado con unos sacos de plástico y éstos, a su vez, cubiertos de hojas secas. A continuación, quienquiera

que fuese cruzó con ella el pequeño puentecillo de madera que

307

atraviesa el riachuelo y continuó a lo largo de un camino bien frecuentado hasta alcanzar el veloz cauce del Cherwell, donde sin más formalismos procedió a tirar el cuerpo al agua. Y, como ya he dicho — Morse miró lentamente alrededor, contemplando los rostros de su auditorio—, fue uno de los miembros de su grupo el que se encargó de esta siniestra tarea... un hombre... un hombre que no habría tenido escrúpulo alguno en despojar al muerto de sus ropas... ya que había habido mucha sangre; sangre inconveniente y pegajosa que casi inevitablemente habría dejado restos en las ropas de quienquiera que intentara deshacerse del cuerpo; un hombre que durante los últimos diez años de su vida se había visto inmunizado ante tan macabras cuestiones por su calidad de dueño de una empresa norteamericana de pompas fúnebres moderadamente próspera.

Entre los presentes se produjo un súbito y simultáneo suspiro.

Morse no necesitaba pronunciar el nombre, pero lo hizo:

—¡Sí! Eddie Stratton.

—¡No, señor!

La voz procedente del fondo de la estancia hizo que todas las cabezas se volvieran, a pesar de que todos conocían ya el cultivado

tono de Phil Aldrich.

—Tiene usted mi testimonio, señor, y el del propio Eddie de que...

—¡Señor Aldrich! Comprendo su punto de vista, y le aseguro que no tardaré en explicarme. Regresemos brevemente a Stratton. Tras convertirse en un empresario de pompas fúnebres de poca monta, se había especializado en embellecer, ¡permítanme la palabra!, cadáveres que hubieran sufrido una muerte violenta o desfigurante. Y era soltero. Hasta hace dos años y pico, claro está, época en la que conoció a la viuda de un filántropo de poca monta y se casó con ella. La boda en

308

cuestión fue en esencia un acuerdo de intereses mutuamente conveniente para ambos. Eddie hacía la compra, cuidaba el jardín, reparaba los grifos y los fusibles y mantenía el automóvil familiar en perfecto estado. Laura, Laura Stratton como había pasado a llamarse, se mostraba complacida con este nuevo estado de cosas: tenía menos miedo de los ladrones y la llevaban en automóvil a la consulta de su pedicuro dos veces por semana. Olvidó la mayor parte de sus preocupaciones acerca de la casa y continuó disfrutando de los dos placeres de su vida, fumar cigarrillos y jugar al bridge... en especial cuando podía hacer ambas cosas simultáneamente.

»Tanto Eddie como ella, no obstante, se habían visto defraudados cuando finalmente, o casi finalmente, se había repartido el patrimonio del difunto filántropo, reparto en el que habían engordado los abogados. Había gran cantidad de *objets d'art*, pero la mayoría estaban reservados para colecciones o galerías. Así, las perspectivas de un feliz y próspero matrimonio de conveniencia iban disminuyendo cada vez más, hasta que a ambos, o, por lo menos, a Laura Stratton, se les ocurrió una idea. El Broche de Wolvercote estaba asegurado en medio millón de dólares, y uno de los modos más seguros de trasladarlo a Inglaterra era en la persona del propio viajero: pocas personas habrían confiado un objeto semejante al correo o a empresas de transportes o mensajeros. Incluso si lo hubieran hecho, la prima de seguros que hubieran tenido que pagar habría sido prohibitiva. Así pues, los Stratton lo llevaron personalmente... y a continuación se aseguraron de que fuera robado. Ése era el plan. El motivo de que se torciera tan lamentablemente fue la no del todo inesperada pero sí inconveniente muerte de Laura Stratton, si bien nunca sabremos si su fallecimiento se vio acelerado por su propia complicidad, excitación, remordimientos... ¡cualquier cosa! El plan, muy sencillo, consistía en robar el broche inmediatamente después de que Laura se hubiera instalado en su dormitorio del Randolph. Previamente se habría puesto tan pesada con

el tema de sus pies doloridos que no habría tenido problema alguno en

309

ser la primera en recoger la llave de su habitación... ¡después de la señora Roscoe, claro está!

Por primera vez desde que Morse iniciara su análisis, su auditorio sonrió con desgana concediendo la primacía de la diminuta californiana y de sus perpetuos dolores de vientre.

—Tan pronto obtuviera la llave, y mientras su marido se ocupaba de las formalidades, tenía que subir a la habitación, depositar el bolso en el que se encontraban el broche, el dinero, las perlas, etcétera, sobre una repisa lo más cercana posible a una puerta que iba a quedar deliberadamente entreabierta. Entretanto, Eddie Stratton iba a anunciar con entusiasmo su propósito de dar un paseo rápido por el centro de Oxford antes de que oscureciera demasiado, y la señora Brown, una mujer con la que había trabado amistad durante el viaje y que probablemente se sintió halagada al hacerlo, aceptó su invitación para acompañarle. Todo lo que tenía que hacer era dar a conocer el hecho de que había prometido dejar a Laura sola para que pudiera descansar en paz, excusarse brevemente para ir al lavabo, subir a su dormitorio, probablemente en el ascensor, entrar, agarrar el bolso, sacar la joya antes de deshacerse de él, y entonces...

Morse hizo una breve pausa.

—¿Están pensando ustedes que no resulta una hipótesis convincente? Si es así, la verdad es que tiendo a coincidir con ustedes. En aquel momento, todo el mundo estaría intentando coger el ascensor. Probablemente habría hasta una cola formada frente a él. Y hubiera sido imposible utilizar la escalera principal ya que, como recordarán, se encuentra junto al mostrador de recepción. ¿Y dónde deshacerse del bolso vacío? Porque nunca se encontró. Por muy rápidamente que hubiera querido actuar, el acto de apropiarse del bolso le hubiera ocupado más tiempo del que diríamos que disponía ya que, si hay que dar crédito al testimonio de al menos dos personas de las que aquí se

310

encuentran, el señor Brown y la señora Roscoe, se le vio saliendo del Randolph con Shirley Brown casi inmediatamente. ¡Bien! Así pues, sugiero que debió de ocurrir algo ligeramente más sofisticado.

Déjenme decirles lo que pienso. Fuera cual fuese el plan, debieron de organizarlo mucho antes de la llegada del grupo a Oxford, pero unas cuantas recapitulaciones y comprobaciones de última hora hubieran sido casi inevitables. ¿Quizá hayan advertido ustedes lo difícil que a menudo resulta calibrar nuestro volumen de voz cuando viajamos en un autobús o un tren? ¿Verdad? ¿Hablamos demasiado alto? ¿Y dónde

estaban sentados los Stratton? —Morse señaló con gesto dramático (o eso esperaba él) los dos asientos vacíos situados detrás de Janet Roscoe —. Si discutieron sus asuntos en el autocar, ¿quiénes habrían sido los que más probablemente les habrían oído? Según me han dicho, usted, señora Roscoe, disfruta de un oído de extraordinaria agudeza para una dama de...

Esta vez la mujercita se puso en pie si bien con ello apenas logró añadir unos veinte centímetros a su estatura sentada.

—Su insinuación, inspector jefe, es completamente infundada, y deseo informarle de que tengo en Estados Unidos un amigo abogado célebre por su ferocidad en los casos de difamación...

Con la misma sonrisa paciente de antes, Morse indicó a la excitable dama que se tranquilizara y esperara el momento de hablar.

—Usted no era la única que se hallaba lo bastante cerca como para oírles, señora Roscoe. En la fila posterior a los Stratton, al otro lado del pasillo, se sentaban el señor y la señora Brown... y frente a ellos, en el asiento del guía... —Como impulsados por una atracción magnética, todos los ojos, incluidos los del inspector, se centraron en John Ashenden, sentado en la primera fila de asientos y mirando al frente sin pestañear.

»¿Comprenden? —continuó Morse—. Stratton nunca subió a su habitación del Randolph... no entonces. Pero alguien sí lo hizo, alguien de los que están aquí; alguien que había oído lo suficiente del plan original; alguien que había reconocido una ocasión maravillosamente providencial para sí mismo, o misma, y la había aprovechado. ¿Cómo? ¡Ofreciéndose a robar el Broche de Wolvercote de modo que los Stratton pudieran reclamar, sin que nadie sospechara de ellos, la atractiva compensación del seguro!

—Permítanme que lo explique con sencillez. La persona que había escuchado la intriga planeada por Stratton realizó el trabajo de éste; robó la joya, se deslizó a continuación a segundo plano y se deshizo a su mejor conveniencia de las perlas y el dinero superfluo. Y eso, damas y caballeros, no es una hipótesis descabellada que se me haya ocurrido; es la verdad. Stratton se vio enfrentado a una propuesta que no podía rechazar. En aquel momento, sin embargo, no era consciente, nunca hubiera podido imaginar, del extraordinario servicio que tendría que prestar como *quid, pro quo* del acuerdo. No tardaría mucho en enterarse, sin embargo. De hecho, iba a enterarse al día siguiente, y desempeñó su parte del trato con una honestidad curiosamente honorable. Por cierto —Morse consultó su reloj—, dentro de muy poco despegará del aeropuerto Kennedy para regresar a

Heathrow, y ya ha realizado una importante confesión acerca de su papel en los extraños acontecimientos que han rodeado al Broche de Wolvercote y al doctor Theodore Kemp. Pero... ¡créanme, por favor!, no fue él quien robó el primero... ni tampoco quien mató al segundo. No obstante, aguardo con impaciencia el momento de ver al señor Stratton de nuevo, ya que hasta ahora se ha negado a decirme quién fue el asesino...

En la Taberna de la Trucha, los submarinistas se hallaban sentados frente a un alegre fuego que ardía en la chimenea. La patrona, una atractiva y rolliza mujer ya entrada en la cuarentena, les había servido a cada uno un gran plato de chile con carne y una pinta de 312

cerveza rubia para regarlo. Ninguno de los cuatro había visto aún a Morse, e ignoraban hasta qué punto hubiera desaprobado dicha bebida. Pero sabían que estaban trabajando para él, y cada uno confiaba en que, si aparecía la joya, fuera él quien la hallara. Cierta reconocimiento o gratitud de aquel hombre constituían siempre un objetivo devotamente ansiado.

Pero aún nada. Nada, claro está, excepto un triciclo de niño, una vieja diana de dardos y lo que parecía parte de un aspirador casero. En aquellas ocasiones en que había volado anteriormente, Eddie

Stratton había advertido con frecuencia que el corazón le daba un vuelco al oír el ding-dong de los intercomunicadores. De hecho, había opinado a veces que la utilización de dicho sistema debería estar prohibida por las leyes internacionales excepto en situaciones de clara emergencia. Nadie que hubiera conocido Eddie deseaba conocer al piloto ni enterarse de sus posibles problemas. Así pues, ¿por qué no se ocupaban del timón y pasaban por alto cualquier indicación a los pasajeros interesados en el hecho, digamos, de que estuviéramos observando una magnífica vista del océano Atlántico? Ni anuncios, ni noticias... eso era lo que querían los pasajeros. Pero ahora, diez minutos antes del despegue, Stratton se sentía curiosamente despreocupado ante la posibilidad de un desastre aéreo. ¿Acaso recibiría tal eventualidad como una agradable liberación? No, la verdad es que no. Hablaría de nuevo con Morse, sí. Pero Morse nunca sabría —al menos no por él— el nombre de la persona que había asesinado a Theodore Kemp.

313

56

Y a medida que el hermoso buque crecía en tamaño, gracia y matices, crecía también el Iceberg en la penumbra distante y silenciosa.

THOMAS HARDY, *The Convergence of the Twain*

El sargento Lewis se había visto satisfecho por la breve mención de su nombre en algunos mensajes, y en cualquier caso estaba reconsiderando (para mejor) su anterior juicio de las habilidades retóricas de Morse. De acuerdo, él, Lewis, conocía ya toda la situación, pero no estaba de más ver los detalles representados de nuevo ante un auditorio distinto. Nunca había estado entre los primeros de la clase en ninguna de las asignaturas que le enseñaban en el colegio, y sin embargo había pensado a menudo que no se hubiera distanciado demasiado de los sabihondos si algunos de los profesores no hubieran tenido inconveniente en explicar ciertas cosas dos veces, incluso tres veces. Ya que una vez que Lewis conseguía comprender algo con firmeza —ya fuera una sugerencia, una idea, una hipótesis o una teoría—, lograba con frecuencia advertir su significado e implicaciones casi tan bien como cualquiera; incluso como Morse. Ocurría tan sólo que tenía ciertos problemas con las etapas iniciales, mientras que para Morse... bueno, ese tipo parecía capaz de encontrar una o dos respuestas incluso antes de leerse el papel de las preguntas. Eso era una de las cosas que más admiraba en él: la habilidad de ponerse en cabeza desde la salida... aunque en ocasiones acabara dándose cuenta de que estaba participando en una carrera completamente distinta. Lo más curioso del caso era que Morse no sólo parecía creer que por lo

general Lewis galopaba alegremente a su altura, sino también que Lewis era capaz en ocasiones de distinguir en lontananza cosas que al propio Morse se le habían escapado a medida que ambos corrían hacia la meta. Era ridículo, por supuesto, pero Lewis siempre se sorprendía confiando en que aquella falsa impresión se perpetuara durante largo tiempo.

314

La dicción de aquel tipo resulta ligeramente pedante, pensó la doctora Moule, pero lo cierto es que habla empleando frases, lo que no resulta corriente ni en los predicadores ni, mucho menos, en los policías. Y —¡gracias a Dios!— no se metía las manos en los bolsillos ni se dedica a jugar con las monedas. Le recordaba a su profesor de latín, del que estaba especialmente prendada, y se preguntó si no le habría sucedido lo mismo con este hombre. Estaba un poco grueso en torno a la cintura, y ella pensó que quizá bebía demasiado. Parecía fatigado, como si llevara la mayor parte de la noche despierto y ocupado en sus investigaciones. Parecía la clase de hombre con el que le gustaría irse, y se preguntó si alguna vez habría sido infiel a su esposa... ¿Pero a buen seguro ninguna esposa permitiría a su marido viajar con aquella blancuzca imitación de una camisa limpia? La doctora Moule sonrió levemente. Esperaba estar mostrando su aspecto

más atractivo, e intentó dejar de confiar en que el inspector tuviera agujeros en los calcetines.

A medida que el Tristar de TWA giraba lentamente en la cabecera de pista, el teniente Al Morrow intentó apretar un centímetro más el cinturón de seguridad que sujetaba su enorme barriga al asiento. Al mismo tiempo, abrió las esposas que le mantenían unido a su compañero de viaje. Morrow tenía bastante experiencia con los criminales, y aquel delincuente en particular no era lo que suele considerarse como el típico muy-peligroso-no-abordable-bajo-ningún-concepto. De acuerdo. Le acompañaría al lavabo. Pero, aparte de eso, el tipo estaría perfectamente, aprisionado en su asiento de ventanilla por el fuselaje a un lado y la inmensa montaña de carne que era Morrow al otro. El teniente se concentró en su lectura, *El arte de la pesca con mosca*, y, a medida que el reactor aceleraba y hacía rugir sus motores, dirigió una vez más la mirada hacia el hombre sentado a su lado: sus rasgos aparecían inmóviles, pero en absoluto relajados; los ojos contemplaban casi fuera de las órbitas, aunque acaso no veían nada; la frente, libre de arrugas pero igualmente tensa, parecía sugerir una mente concentrada

315

en recuerdos desafortunados.

—¿Quiere leer algo, amigo?

Stratton negó con la cabeza.

Era lo que el teniente había sospechado...

... Resultaba extraordinaria la perfecta sincronización que habían mostrado ambas cosas en Oxford: más o menos como el iceberg, creciendo a medida que el *Titanic* se aproximaba.

¡Era culpa de Laura, claro está! La mujer era incapaz de bajar la voz... aquella voz que alcanzaba por regla general el doble de decibelios que se precisaban para llevar una conversación normal; aquella voz que, incluso en un susurro conspiratorio, se hacía oír al volumen de cualquier diálogo. Especialmente en los transportes públicos, aquella viejecita medio chiflada y enternecedora nunca parecía ser capaz de controlar los límites de su penetrante voz. De haber contado con un mando que controlara el volumen, Stratton se habría pasado la vida disminuyéndolo. Así y todo, había preguntado a su flamante esposa si acaso lo que deseaba era que todo el mundo se enterara de sus asuntos. Bueno, quizá eso equivalía a una pequeña exageración. Sin embargo, alguien había oído el plan; o había oído lo bastante como para sumar dos y dos y obtener cuatro. Y lo mejor del caso es que ese alguien se había mostrado tan ansioso o más que la propia Laura y él mismo por escamotear el Broche de Wolvercote. El plan B se había acordado durante la noche que pasaron en el

pub University Arms de Cambridge. Era un plan tan simple que incluso la propia palabra parecía demasiado grandilocuente para describirlo: durante el viaje a Oxford, Laura procuraría quejarse audiblemente de sus pies (¡cosa fácil para ella!); dado que su asiento habitual se hallaba en la segunda fila comenzando por el principio, sería naturalmente la primera en alcanzar el mostrador de recepción

316

del Randolph, adelantándose incluso a la habitual prerrogativa de la señora Roscoe; al ladrón no le restaría sino la infantil tarea de meter la mano por la puerta. ¿Y el papel de Eddie? En esencia, mantenerse lo más alejado posible de su habitación. La policía (no habría manera de evitar su presencia) se mostraría muy interesada en quien fuera a verse beneficiado por el dinero del seguro; y él, el propio Stratton, tendría que parecer —cual la mujer del César— por encima de toda sospecha. La verdad era que ya había preparado el terreno para todo ello a base de cortejar a Shirley Brown; no le había resultado en absoluto difícil, ya que le apetecía cortejar a Shirley Brown, y la dama se había mostrado halagada ante su oferta de dar un paseo crepuscular por Radcliffe Square... un paseo durante el que habían visto a su guía, Ashenden, y habían sido vistos a su vez por la omnipresente Roscoe, una mujer a la que nadie podía soportar pero a la que todos creían. ¡Qué toque

maestro! El problema que había preocupado a Stratton del ahora abandonado plan A era cómo demonios deshacerse del bolso. Pero ¿resultaba lógica tanta preocupación? ¿Acaso habría importado si no hubieran tardado en encontrar el bolso en el cubo de basura más cercano? ¡No, no hubiera importado! Lo único de lo que había que deshacerse era de la propia joya... no sólo por no poner en peligro el dinero del seguro, sino también porque alguien quería despojar a Kemp de ella. Y lo quería desesperadamente.

¡Y entonces fue cuando Laura tuvo que meter la pata! Cuando tuvo que meter su maldita, dolorida y callosa pata hasta el fondo. Muriéndose.

Tampoco es que él, Stratton, hubiera tenido nada que ver en aquella primera muerte. ¡En absoluto! Pero en cuanto se refería a la segunda... ¡ah, eso ya era distinto! Y ocurriera lo que ocurriese nunca le diría a nadie toda la verdad acerca de eso... no voluntariamente. Ni siquiera a ese poli sabelotodo del inspector jefe Morse.

317

Aun así, respetaba al tipo; no podía evitarlo, al recordar la primera conversación transoceánica y el modo en que había destruido sus primeras defensas.

—No, inspector. No hay nada que pueda decirle acerca de la

muerte de Kemp. Nada.

—Yo estaba más interesado por la joya, señor.

—¡Ah! «Aquella joya que fue nuestra», como solía decir Laura.

—¡Déjese de historias!

—¿Perdón, inspector?

—He dicho «¡mierda!»

318

57

¿Qué son los nombres? Aquello que llamamos rosa despediría un aroma igual de dulce si su nombre fuera otro.

SHAKESPEARE, *Romeo y Julieta*

Aunque la mañana había sido relativamente fresca, varias de las personas sentadas en el salón Beau Nash hubieran deseado que la calefacción central pudiera enfriarse unos cuantos grados. Howard Brown se secó la amplia frente con un enorme pañuelo, y John Ashenden empleó la manga de su chaqueta deportiva para limpiarse el labio superior, donde notaba que empezaban a formarse gotitas de sudor. El propio Morse describió con el índice de un semicírculo por el interior del cuello, demasiado ajustado, de la camisa y continuó:
—Sé quién robó el Broche de Wolvercote. Sé dónde está y estoy seguro de que no tardará en ser recobrado. También sé quién de

ustedes, quién de los que están aquí, mató al doctor Kemp.

El silencio era tan intenso que Lewis se preguntó si alguien le habría oído tragar saliva involuntariamente. Durante treinta segundos Morse permaneció inmóvil y en silencio. Sólo sus ojos se desplazaban de izquierda a derecha y de derecha a izquierda siguiendo el pasillo central. Nadie del grupo osaba tampoco moverse. Ni siquiera toser.

—Confiaba en que a estas alturas el culpable hubiera confesado.

Si digo eso es porque es posible que hayan leído de varios casos recientes en Inglaterra en los que se ha criticado a la policía, a veces con toda justicia, por basar sus acusaciones en confesiones no corroboradas por los propios acusados, confesiones que, en uno o dos casos, desde luego, podrían haber sido logradas en circunstancias en absoluto saludables ni satisfactorias. Cuánto mejor habría sido, pues, que el asesino de Kemp hubiera confesado, confesara aún, frente a sus amigos y compañeros de grupo... —Una vez más, Morse paseó la mirada por la

319

estancia, pero si sus ojos azules enfocaron a alguien en particular, ninguno de los presentes lo notó.

—¿No? —preguntó Morse—. ¿No? —repitió—. ¡Sea!

—Poco más hay que pueda contarles. La primera de las pruebas más importantes del caso casi se me pasa por alto, pero el sargento me

estimuló la memoria. Estaba contenida en un informe policial del accidente de carretera en el que Kemp dejó inválida a su mujer... y mató a la conductora del otro automóvil, P. J. Mayo, una mujer de veintinueve años oriunda de California: la señora Philippa J. Mayo, cuyo esposo había resultado muerto anteriormente en un accidente artillero en el buque militar norteamericano *Dakota del Sur*. Aquello ya debió de ser malo de por sí para los suegros de Philippa, ¿no creen? Pero al menos su hijo había estado sirviendo a su país; al menos, había muerto por una causa, justificada o no. Pero ¿y los padres de Philippa, cuando ésta muere? Su hija. Su única hija. Su única criatura. Una criatura muerta innecesaria, inútil, trágica y sin duda censurablemente por un hombre que, a juzgar por los informes recibidos, aquellos padres debieron de dibujarse como un cerdo borracho, egoísta y malvado que merecía estar tan muerto como su propia hija... Sobre todo, imagino, los padres debieron de mostrarse abrumados por lo que les pareció una extraordinaria indulgencia por parte de los magistrados del juicio, y tanto el uno como el otro acudieron a Inglaterra a enterrar al fantasma que los había perseguido día y noche a lo largo de los últimos dos años. Pero ¿por qué esperar hasta entonces?, preguntarán ustedes. Me he enterado de que la esposa había estado sufriendo de cáncer cervical durante los últimos tres años y acababa de soportar su

segunda sesión fuerte de quimioterapia, tras la cual había decidido que no se enfrentaría a una tercera: como mucho, le quedaban seis meses de vida. Así que la pareja acudió para ver al asesino de su hija, y ambos juraron que si le consideraban merecedor de la muerte, moriría. Sólo le vieron una vez, la noche antes de su muerte: era un personaje cruel y engreído, a la vez que un hombre al que, al igual que la madre de

320

Philippa Mayo, le quedaba muy poco tiempo de vida. Por fin vi clara la conexión entre ambos crímenes y la motivación de los mismos, y ambas cosas se fundieron en todo: el odio implacable de un hombre y de su esposa hacia la persona que había matado a su hija. Hacia Theodore Kemp. Insisto en hablar de «marido y mujer» porque por fin llegué a persuadirme a mí mismo de que nadie hubiera podido realizar por sí solo el asesinato de Kemp. Sin embargo, sí podía ser obra de dos personas, fueran las que fuesen, y teníamos que descubrir cuanto pudiéramos acerca de ustedes. Cuando se registraron en el Randolph, todos ustedes rellenaron un impreso en el que se solicitaba a todos los clientes extranjeros detallar su nacionalidad, número de pasaporte, lugar de emisión del mismo, domicilio permanente, etcétera. Sin embargo, como sabrán también yo tuve que pedirle al señor Ashenden que recogiera sus pasaportes, y mi sargento, aquí presente —las

mejillas de Lewis se ruborizaron—, comprobó todos los detalles que habían dado y descubrió que dos de ustedes vivían en el mismo bloque de pisos destinado a personas retiradas. Estos dos, sin embargo, no se hallaban registrados como marido y mujer; por el contrario, habían decidido jugar al acecho: aprovechar cualquier cosa que surgiera, «optimizar sus oportunidades», como creo que dicen en Norteamérica. Y dicha oportunidad se materializó... en la persona de Eddie Stratton. —Stratton había estado en Didcot durante la tarde en que murió Kemp y, lo que es más, podía probar su presencia en dicho lugar de un modo determinante... poseía pruebas fotográficas. Así pues, se me hizo... se nos hizo creer que sus inocentes declaraciones acerca de su trayecto en tren de regreso a Oxford eran igualmente ciertas. Pero no era así. Inteligente e inconscientemente, proporcionó una coartada inquebrantable a un hombre que vio en el compartimiento situado frente al suyo... un hombre al que debía mucho. ¡Pero no vio a ese hombre, damas y caballeros! No lo vio porque ese hombre no estaba aquella tarde en el tren de Didcot a Oxford, sino que se encontraba en Oxford... asesinando al doctor Kemp.

321

Las últimas palabras se hundieron en el silencio de la sofocante estancia, y por fin Morse sonrió levemente y habló en voz muy baja:

—¿Me oye usted bien allí al fondo, señor Aldrich?

—¿Perdón?

—¿No cree que sería mucho mejor si...? —Morse extendió la palma de la mano derecha y pareció invocar a algún espíritu invisible para que ocupara la primera fila de asientos.

Aldrich, mostrando un aspecto de absoluta perplejidad, se puso en pie y caminó vacilante a lo largo del pasillo central; volviéndose hacia él, Janet Roscoe sonrió expectante y señaló el asiento vacío junto a ella. Aldrich, empero, hizo caso omiso del gesto y se deslizó en uno de los sitios vacíos situados tras la mujer.

—Como digo —prosiguió Morse— la persona que Stratton afirmó haber visto en el tren nunca subió a él. Esa persona me dijo que había ido a Londres a ver a su hija; pero sólo había tenido una hija en su vida... y estaba muerta.

El auditorio de Morse permanecía pendiente de todas sus palabras, pero muy pocos parecían capaces de comprender las extraordinarias implicaciones de lo que decía.

—¿Saben? —el tono de Morse sonó más distendido—, los nombres poseen una extraordinaria importancia. A algunas personas no les gustan los suyos... mientras que otras se muestran extraordinariamente ansiosas por perpetuarlos... tanto los nombres de

pila como los apellidos. Digamos, por ejemplo, que el señor y la señora Brown, ¿Howard y Shirley, no es cierto?, quisieran bautizar su hogar. Podría muy bien ocurrírseles juntar las dos mitades de sus respectivos nombres. ¿Qué les parece «W-a-r-d» del suyo y «l-e-y» del de ella? No sería un mal nombre de casa, ¿no creen? ¿«Wardley»?

322

—Dios mío, eso es exactamente... —comenzó Shirley, pero Howard depositó una mano sobre su brazo y la dama guardó un silencio turbado.

—Sin embargo, tampoco tiene mucho sentido perpetuar un apellido... no si es tu hija quien contrae matrimonio. Aunque ella sí que puede conservar su nombre de soltera, claro está. ¿No es cierto? Pero resulta más fácil con los nombres de pila, algunas veces sobre todo. Un hombre que se llame, digamos, «George», puede llamar a su hija Georgie, Georgina o Georgette. —Lewis alzó la mirada hacia Morse—. Y la mujer que falleció en el accidente de tráfico se llamaba Philippa J. Mayo, ¿recuerdan? Su padre no pudo darle su nombre exacto, pero sí el equivalente femenino de Philip. Y Philippa Mayo era la hija del único de los presentes que tiene ese nombre.

»¿No es cierto, señor Aldrich? —preguntó Morse con un susurro estremecedor.

*... aquel hermoso vergel
del Enna, donde Proserpina, recogiendo flores
cayó en manos del melancólico Plutón,
quien, considerándola la flor más hermosa de todas,
se apoderó de ella, causando la desolación de Ceres,
que recorrió el mundo entero en su busca...*

JOHN MILTON, *El paraíso perdido*, Libro IV

-¿Dice usted todo eso en serio, señor? —Philip Aldrich inclinó la cabeza a un lado y sus tristes facciones adquirieron una expresión dolida e incrédula.

—Oh, sí —dijo Morse, sencillamente, acaso también él con cierta amargura—. No tiene usted ninguna hija en Londres... ni en ningún otro lugar ahora, me temo. Se ha quedado también sin su coartada... sin la inteligente coartada que Eddie Stratton le proporcionó como primero de los servicios que habría de prestarle... antes de realizar el segundo, aquel mismo día, deshaciéndose del cuerpo de Kemp en el río Cherwell.

Por un instante Aldrich pareció a punto de protestar, pero Morse agitó la cabeza fatigadamente:

—No tiene sentido... no tiene sentido en absoluto que lo niegue usted, señor Aldrich. Nos hemos puesto en contacto con la policía de Sacramento, con sus vecinos, con las instituciones locales de su ciudad, incluyendo la escuela a la que asistía su hija. Tenemos su pasaporte, y hemos comprobado la dirección de su domicilio, que parece

324

completamente correcta. Extendió usted todos sus datos en el impreso de registro del Randolph y, sin duda, también aquí, en Bath. Pero ¿y su esposa? Su esposa se mostró un poco «económica con la verdad», ¿no cree? Su esposa... su cómplice, señor Aldrich... cambió ligeramente sus detalles aquí y allá, ¿no? No pasaba nada porque se supiera que vivían ambos en el mismo distrito, incluso en la misma calle... pero no en el mismo apartamento. Porque usted vive en el mismo apartamento de su esposa, ¿no es así? Llevan casados (felizmente casados) casi cuarenta y dos años, si mi información es correcta. Y, aparte de su hija, sólo ha habido otra mujer en su vida que haya usted amado con la misma pasión y ternura... la mujer con la que se casó. Según he podido saber, fue en su día una actriz de gran talento. Llegó a ser bien conocida en numerosas producciones realizadas en los cincuenta y los sesenta en la costa Oeste norteamericana... al principio en obras musicales, casi siempre, y luego en una serie de obras de Arthur Miller. Siendo una

actriz, y de éxito, resultaba lógico conservar el nombre artístico que, de hecho, no era sino su nombre de soltera. Pero prefirió darle su nombre de pila, al igual que usted. Philippa J. Aldrich, Philippa Janet Aldrich... así se llamaba.

Morse meneó la cabeza tristemente para sí mismo y para las dos personas que estaban frente a él.

En ese instante sucedió algo tan patético como emocionante.

Apenas unos minutos antes, Phil Aldrich había rechazado las lisonjas de una pequeña, chillona e insufrible arpía. Pero ahora aceptó su invitación. Se puso en pie, avanzó una fila hasta donde se encontraba la mujer y, sentándose junto a ella, asió su mano diminuta entre las suyas mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Y mientras lo hacía, la mujer volvió hacia él sus ojos pálidos y desolados, ojos que sin embargo se iluminaron con el brillo de un afecto feliz y profundo mientras contemplaba sin vergüenza ni remordimiento el rostro de su marido; los ojos de una mujer que durante largo tiempo y desesperadamente había llorado la muerte de su única hija, una mujer

325

cuyo dolor nunca podría recibir consuelo y que se había trasladado a Inglaterra para vengar lo que consideraba una acción imperdonablemente malvada... la pérdida de una joya que había sido

suya.

326

59

Je ne regrette rien.

Canción francesa

Tras los arrestos, tras la declaración de ambos Aldriches y de un contrito Stratton y tras un segundo registro del domicilio de los Kemp, el caso quedaba cerrado, al menos en lo que se refería a Morse.

La declaración principal (a la que Morse concedía el premio literario) era la de Janet Roscoe, quien muy apropiadamente insistió en revisar la transcripción de la misma realizada por la agente Wright.

Con excepción de lo referente a un único punto, se correspondía exactamente con la declaración de Phil Aldrich, y ambas, a su vez, se hallaban sustancialmente corroboradas por el testimonio de Edward Stratton referente a su complicidad con los Aldrich. La única y colosal discrepancia surgió de la contradicción entre las dos crónicas de la muerte de Kemp. Ni el señor ni la señora Aldrich se mostraban dispuestos a proporcionar detalle alguno acerca de lo que, imaginaba el inspector Morse, debió de ser un altercado amargo y salvaje ente ellos y Kemp antes de que el golpe fatídico (¿si bien quizá no inmediatamente fatal?) fuera asestado con el bastón que originalmente

había descansado entre las rodillas de Marion Kemp, sentada en su silla de ruedas y, en las espléndidas palabras de Janet, con los ojos «brillando con una especie de venganza gloriosa». Hasta ahí no había duda. Kemp se había tambaleado a ciegas contra una silla y a continuación se había desplomado pesadamente, golpeándose la parte posterior de la cabeza con la esquina de la chimenea y produciendo «un ruido que recordaba un gran huevo pisado deliberadamente». Hasta ahí no había duda. Luego, toda esa sangre. ¡Una cantidad sorprendente! Y la alfombra sobre la que se había esparcido la mayoría; y su ropa, «sucia y pegajosa con el líquido». Hasta ahí no había duda. Pero cuál de los dos era el que había blandido ferozmente el bastón

327

(sobre el que podía leerse «Se ruega devolver al hospital de Radcliffe»)... ¡ah! Eso era lo más difícil de decidir. Había sido Phil, claro está, confesó Janet: «¡Debió de perder la razón, inspector!» ¡Pero no! Había sido Janet, admitió tristemente Phil ante Morse: una Janet frenética convertida en el feliz instrumento de la justicia eterna. Cuando Morse había comunicado a esta última la discrepancia entre ambas declaraciones, la mujer se había limitado a sonreír. Y al comentarla con Phil, éste también había sonreído... con profundo afecto.

Las declaraciones habían encerrado dos o tres sorpresas de menor importancia, pero en su mayor parte las cosas habían ocurrido tal como había anunciado Morse. Lo que, según parecía, había convertido un dolor intolerable en un odio implacable y el anhelo por obtener alguna venganza había sido el hecho de que en todos los informes recibidos por los padres acerca de los procedimientos del forense y el juicio de Kemp, el nombre de Philippa no apareciera ni una sola vez. Un catalizador curioso, quizá, ¡pero hasta qué punto devastador! Sin embargo, el nombre del doctor Theodore Kemp había sido nombrado muchas, muchas veces, y cuando habían leído el anuncio del recorrido por las Ciudades Históricas de Inglaterra, habían vuelto a ver el nombre. Hicieron sus planes y ocuparon sus respectivos lugares en el tour... casi disfrutando del papel distante pero amistoso que habían asumido. Y fue en el autocar donde Janet se había enterado de la estafa que planeaban cometer los Stratton... Después de apoderarse del bolso de Laura e introducirlo en el suyo, mucho más espacioso, Janet había ido a su habitación, situada en el mismo piso y había descubierto que, felizmente, el Broche de Wolvercote cabía casi perfectamente en la pequeña caja en la que transportaba su plancha portátil.

Luego se produjo la llamada telefónica...

¡Janet había oído todo con claridad! Y enseguida formuló un

328

plan. A Eddie Stratton se le dijo que fuera a algún sitio... daba igual dónde, siempre y cuando pudiera establecer una coartada sólida para sí mismo; Phil, por su parte, fue enviado a una oficina cercana de alquiler de coches mientras ella, Janet, se quedaba junto al teléfono de su dormitorio para proporcionar las referencias necesarias al director de la agencia. La confusión causada aquel día por el retraso de Kemp fue como un regalo divino; y Phil, después de recoger a Janet en Gloucester Green, había ido a recoger a Kemp a la estación de ferrocarril (el tren llegó con dos minutos de adelanto) para informarle de que su esposa se había puesto enferma, de que sus deberes estaban siendo atendidos y que él, Aldrich, había acudido para conducirle a su domicilio de North Oxford...

Una vez cometido el robo, Janet se había visto esperando con ansiedad el regreso de Eddie Stratton, y tan pronto —¡nadie más, sino ella!— lo había visto, le había alejado del Randolph, le había entregado el Broche de Wolvercote y le había informado del segundo de sus deberes en una conspiración criminal en la que desempeñaba ya el papel de cómplice voluntario: la eliminación del cadáver.

Marion Kemp, según había afirmado Stratton, le había

franqueado la entrada en Water Eaton Road, donde había procedido a despojar el cuerpo de sus ropas... ¿cómo, si no, manipularlo sin manchar el suyo? Y, bueno, el resto ya era sabido. No había sido una tarea exageradamente desagradable para un hombre que ya consideraba cualquier proceso post-mortem como una mera formalidad. Había envuelto las ropas del asesinado en la alfombra y, a continuación, había depositado el fardo detrás de la caldera de la despensa. ¿Y Marion Kemp? Durante todo el proceso, afirmaba Stratton, había permanecido sentada en el vestíbulo. En silencio. —Y considerablemente angustiada —opinó Morse.

—¡Oh, no, inspector! —había replicado Stratton.

329

Tras abandonar Water Eaton Road, Stratton había caminado a lo largo de First Turn y Goose Green hasta la Taberna de la Trucha, en Wolvercote, donde había arrojado el broche al río... y a continuación había cogido un autobús de regreso a St. Giles's, donde se había encontrado con la señora Williams.

El testimonio de Sheila coincidía con el relato de Stratton. Había invitado a Stratton a su domicilio de North Oxford, y él había aceptado. Ansioso como estaba por emborracharse hasta perder el sentido, y con una compañera igualmente dispuesta a ello, Stratton había consumido

considerables cantidades de Glenfiddich... y por fin, a eso de la medianoche, se había introducido tambaleándose en el interior de un taxi...

Tal era la historia que había emergido por fin; tal era la historia que Morse relató durante la mañana del viernes de aquella misma semana cuando el superintendente jefe Strange había entrado en su despacho y se había dejado caer en la silla más cercana con un gruñido.

—¡No me venga con sus historias, Morse! ¡Dígame sólo qué ocurrió, a grandes rasgos! Estoy citado para almorzar con el gran jefe dentro de media hora.

—Dele recuerdos cariñosos de mi parte, señor.

—¿Quiere empezar de una vez?

Cuando Morse hubo terminado, Strange se reclinó contra el asiento y miró el reloj.

—Debía de ser una mujer increíble.

—Lo era, señor. Creo que posiblemente Janet Roscoe era la...

—¡No estoy hablando de ella! Hablo de la tal Kemp... ¿Marión, no

330

es así? ¿No le parece que los dos Aldrich se arriesgaron demasiado, ya me entiende, al presumir que se convertiría en su cómplice y todo eso?

—Oh, sí. Pero todo había sido un juego desde el principio, señor.

Un juego con las apuestas más altas...

—¡Y se imagina, Morse! Estar en aquella casa... con aquel cuerpo ensangrentado... en su dormitorio... en el vestíbulo... donde sea... lo ignoro. Yo hubiera sido incapaz. ¿Y usted? Me hubiera vuelto loco.

—Ella nunca había podido perdonarle...

—Aun así me volvería loco.

—Le recuerdo señor, que se suicidó —dijo Morse, comenzando ahora, quizá por primera vez, a comprender la desesperación de Marion.

—¡En efecto, Morse, en efecto!

Strange miró una vez más su reloj e inclinó su cabeza, de pesadas mandíbulas.

—¿Qué le dio la pista de que eran ellos, los Aldrich?

—Imagino que debí haberme dado cuenta antes. En particular tras la declaración que realizó Phil Aldrich relatando su viaje ficticio a Londres. Lo escribió de un tirón... tan sólo realizó tres tachaduras en tres páginas. ¡Si tan sólo me hubiera fijado más en lo que tachó en lugar de en lo que escribió! Estaba escribiendo en un momento de tensión, y si la memoria no me engaña, tachó cosas como «podríamos haber hecho algo» y «nuestro número de teléfono». Tenía miedo de traicionarse, porque estaba escribiendo como un hombre casado... Era

un hombre casado... y hubo también otra lista. Llegó incluso a mencionar el nombre de su hija en la declaración: Pippa, que, como

331

usted sabe, señor, es diminutivo de Philippa.

Strange se puso en pie y se enfundó el pesado abrigo.

—¡Bien pensado, Morse!

—¡Gracias, señor!

—No estoy hablando de usted. Hablo de la tal Roscoe. ¡Una damita bastante lista! Sabe usted que muchos de ellos, de los grandes hombres fueron diminutos: Alejandro, Augusto, Atila, Nelson, Napoleón...

—Según he oído, señor, Bruckner fue un individuo muy pequeño.

—¿Quién?

Los dos hombres se sonrieron brevemente mientras Strange alargaba la mano hacia el picaporte.

—Tan sólo un par de cosas, Morse. ¿Cómo se deshizo Janet Roscoe de aquel bolso?

—Afirma que dio la vuelta a la esquina, entró en Cornmarket, enfiló Salisbury's y lo metió entre todos los que estaban puestos a la venta.

—¿Y el arma del crimen? ¿Dijo que no la había recobrado?

—Aún no. Dice que acudió al hospital de Radcliffe y vio un mostrador de Amnistía para la Devolución en el que uno puede devolver cualquier cosa que se haya llevado sin que le hagan preguntas incómodas. Así que se limitó a devolverlo.

—¿Por qué no lo ha recuperado, entonces?

332

—Envié al sargento Lewis, señor. Pero en el departamento de fisioterapia había setenta y un bastones.

—¡Oh!

—¿Quiere que los enviemos al laboratorio del forense?

—Me parece tirar el dinero.

—Eso dijo el sargento Lewis.

—¡Un buen tipo, ese Lewis!

—¡Un tipo excelente!

—No tan listo como esa señora Roscoe, sin embargo.

—Pocos hay que lo sean más.

—Nos vendría bien en el Cuerpo.

—Imposible, señor. Ayer fue sometida a un riguroso examen médico. Apenas le dan quince días de vida.

—¡Cualquier médico que le diga cuándo se va a morir no es más

que un maldito idiota!

—Éste no —dijo Morse en voz baja... y triste.

—¿Cree usted que recuperará esa joya?

—Eso espero, señor. Pero ellos no, ¿verdad?

—Perdón, ¿cómo dice?

—Su joya, señor. Ellos nunca recuperarán la suya, ¿no cree?

333

¿Acaso Morse comenzaba a imaginarse cosas? Por un segundo le había parecido que los ojos de Strange brillaban con una película de lágrimas. Pero no había modo de asegurarlo con certeza ya que el hombre había fijado la mirada en la alfombra extendida junto a la puerta antes de partir hacia su almuerzo con el gran jefe.

60

Accipe fraterno multarti manantía fletu,

Atque in perpetuum, frater, ave atque vale.

(Recibe el manantial del fraterno llanto

y, hasta siempre, ve con Dios, hermano.)

CATULO, Poema CI.

Una semana después de su entrevista con Strange, Morse cogió el autobús de North Oxford a Cornmarket. Se las había arreglado para tomarse dos días de permiso, había releído *Bleak House*, había vuelto a

escuchar (dos veces) *Parsifal* y, aunque jamás lo habría admitido, comenzaba a sentirse ligeramente aburrido.

¡Si bien no aquel día!

334

La semana anterior, al despedirse de Sheila Williams, había sugerido una segunda cita. Al fin y al cabo, era (le aseguró a ella) un tipo razonablemente civilizado, y sería agradable para ambos verse pronto de nuevo y acaso almorzar juntos: ¿qué tal la Taberna Griega de Summertown, por ejemplo? Así, acordaron cuidadosamente la hora y el lugar: las doce del mediodía (del mediodía) en el vestíbulo (el vestíbulo) del Randolph.

¿Dónde, si no?

Como de costumbre (en lo que a citas se refiere), Morse se adelantó diez minutos y permaneció un rato en el vestíbulo charlando con Roy, el portero jefe, y felicitándole por la Medalla del Imperio Británico que le había sido recientemente concedida. Un cuarto de hora más tarde, descendió los escalones del hotel y, durante varios minutos, permaneció inmóvil sobre el pavimento, centrando algunos de sus pensamientos en el museo Ashmolean que se alzaba frente a él y en su antiguo conservador de antigüedades anglosajonas y medievales. Sin embargo, la verdad sea dicha, la mayor parte de sus reflexiones giraban

en torno a Sheila Williams. A las 12.20, cuando ya comenzaba a consultar el reloj unas tres veces por minuto, regresó al vestíbulo y aguardó allí con impotencia unos cuantos minutos más. A las 12.25 preguntó en recepción si había habido algún mensaje. No. A las 12.30 abandonó toda esperanza y decidió ahogar su decepción en el bar Chapters.

Al acercarse a la puerta, dirigió la mirada al interior... y se detuvo. Allí, sentada frente a la barra, sosteniendo un gran vaso vacío en su mano izquierda y con la mano derecha apoyada sobre el hombro de un tipo más bien joven (¡y con barba!), se hallaba Sheila Williams. Mostraba las piernas enfundadas en medias negras y provocativamente cruzadas, y su cuerpo aparecía inquietantemente próximo al de su acompañante.

335

—¡Si insiste! —le oyó decir Morse mientras empujaba la copa a través de la barra— ¡Ginebra... una y grande, por favor! Sin hielo... sólo medio vaso de tónica *light*.

Morse se reprimió, experimentando una enorme oleada de celos tan irracionales como impotentes acerca de los que nada podía hacer. Absolutamente nada. Como un ciervo herido, regresó al vestíbulo, donde escribió una breve nota («No he podido evitarlo, asunto policial

urgente») y pidió al portero que lo llevara al bar transcurridos unos cinco minutos o así y se lo entregara a la señora Williams... a la señora Sheila Williams.

Roy había asentido con el gesto. Llevaba ya cuarenta y cinco años en el hotel. Por eso le había condecorado la reina. Comprendía la mayoría de las cosas. Y creía comprender ésta.

Morse caminó velozmente a lo largo del Broad, dejando atrás King's Arms, la sala de música Holywell y la parte posterior de New College, giró a la izquierda en Longwall Street y, aproximadamente doscientos metros después, atravesó la puerta de madera que conducía al cementerio Holywell. Tardó mucho menos que Ashenden en hallar la tumba y el sobre que había dejado aquél tras la rechoncha cruz, con las cuatro líneas pulcramente escritas en la tarjeta que contenía. Tras devolver el sobre a su lugar, Morse abandonó el cementerio y caminó lentamente de regreso a lo largo de Holywell Street hasta el King's Arms, donde pidió (como ya hiciera Ashenden antes que él) una pinta de Flowers Bitter. Se sorprendió pensando aún en Sheila, y en cierto momento estuvo a punto de correr al Randolph para comprobar si aún se encontraba en el bar Chapters.

Pero no lo había hecho.

Y, poco a poco, los recuerdos de la señora Williams comenzaron a

desvanecerse; en su lugar, descubrió que su mente se recreaba en la

336

triste estrofa que había hallado junto a la pequeña cruz de piedra del cementerio de Holywell:

Separados del amigo nos hallamos,

alejados por la vida;

acepta la memoria, con mis lágrimas,

de esta última y amarga despedida.

En la Taberna de la Trucha, los submarinistas habían trabajado durante cuatro días antes de cancelar la búsqueda del Broche de Wolvercote. Muy razonablemente, además, ya que Eddie Stratton, quien ahora debía enfrentarse a los cargos de perjurio y obstrucción a la justicia, podría haberles dicho desde el principio que no se molestaran. En realidad el desprender aquel único rubí y ocultarlo bajo el forro de seda blanca del féretro de Laura, había sido una especie de reaseguro de precaución. Sus planes se habían visto frustrados en Nueva York, pero la joya aún estaría allí cuando volviera. Cuando fuera y donde fuera que la enterraran por fin. ¿Acaso alguien podría sospechar tanta hipocresía, tan maquiavélica doblez? No, sin duda. Sin duda no, reflexionó Stratton. Y, sin embargo, no pudo evitar que acudiera a su mente el tipo que había estado a cargo de todo.

Sí, en todo caso, quizá aquel tipo...

337

Document Outline

- [INSPECTOR MORSE IX](#)
- [Acerca del Autor](#)
- [Resumen](#)
- [PRIMERA PARTE](#)
 - [1](#)
 - [2](#)
 - [3](#)
 - [4](#)
 - [5](#)
 - [6](#)
 - [7](#)
 - [8](#)
 - [9](#)
 - [10](#)
 - [11](#)
 - [12](#)
 - [13](#)
 - [14](#)
 - [15](#)
 - [16](#)
 - [17](#)
 - [18](#)
 - [19](#)
- [SEGUNDA PARTE](#)
 - [20](#)
 - [21](#)
 - [22](#)
 - [23](#)
 - [24](#)
 - [25](#)
 - [26](#)
 - [27](#)
 - [28](#)
 - [29](#)

- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)
- [34](#)
- [35](#)
- [36](#)
- [37](#)
- [38](#)
- [39](#)
- [40](#)
- [41](#)
- [42](#)
- [43](#)
- [44](#)
- [45](#)
- [46](#)
- [47](#)
- [48](#)

- [TERCERA PARTE](#)

- [49](#)
- [50](#)
- [51](#)
- [52](#)
- [53](#)
- [54](#)
- [55](#)
- [56](#)
- [57](#)
- [58](#)
- [59](#)
- [60](#)

Table of Contents

INSPECTOR MORSE IX

Acerca del Autor

Resumen

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

SEGUNDA PARTE

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48

TERCERA PARTE

49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60